

Henry Tantaleán

ARQUEOLOGÍA de la FORMACIÓN del ESTADO

EL CASO DE LA CUENCA NORTE DEL TITICACA



Fondo Editorial del Pedagógico San Marcos

ARQUEOLOGÍA DE LA FORMACIÓN DEL ESTADO
EL CASO DE LA CUENCA NORTE DEL TITICACA

Henry Tantaleán

ARQUEOLOGÍA DE LA
FORMACIÓN DEL ESTADO

EL CASO DE LA CUENCA NORTE DEL TITICACA

Fondo Editorial del
Pedagógico San Marcos

***Arqueología de la formación del Estado.
El caso de la cuenca norte del Titicaca***

© Henry Tantaleán

© Asociación Fondo de Investigadores y Editores - AFINED
Jr. Pablo Bermúdez 285, Of. 405 - Jesús María, Lima-Perú
Email: fondoeditorialpsm@yahoo.es

Teléf: 330-0429

Para su sello: Fondo Editorial del Pedagógico San Marcos

Diseño y diagramación: Asociación Fondo de Investigadores y Editores

Primera edición, octubre 2008

Tiraje: 500 ejemplares

Registro del Proyecto Editorial: 31501130800367

Hecho el depósito legal en la

Biblioteca Nacional del Perú: 2008-09996

ISBN: 978-603-45185-7-5

Prohibida la reproducción parcial o total
sin autorización del autor o de la editorial.

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Esta obra se terminó de imprimir en el mes de octubre, en los talleres gráficos de la Asociación Fondo de Investigadores y Editores (AFINED), Lima-Perú.

*Dedicado a mi mami, Mónica, por su
capacidad para sonreírle siempre a
la vida.*

*Por eso, he de osarlo todo
sin tomarme nunca un descanso.
¡No permanezcamos mudos
sin querer realizarnos por entero!
¡No nos sometamos
en silencio y temor
al yugo humillante,
pues nos quedan el deseo,
la pasión y la acción!*

*(Karl Marx. Poema escrito cuando era
estudiante universitario en Berlín)*

Contenido

Prólogo desde Barcelona	13
Prólogo desde Lima	15
Prefacio a la primera edición	19
Prefacio a la segunda edición	23
Introducción	29

ARQUEOLOGÍA DE LA FORMACIÓN DEL ESTADO EL CASO DE LA CUENCA NORTE DEL TITICACA

I. Entre el cielo y la Tierra: las concepciones filosóficas-políticas acerca del Estado	33
• Síntesis histórica	38
• Las concepciones filosófico-políticas idealistas	40
• El “puente filosófico”	56
• Las concepciones filosófico-políticas materialistas acerca del Estado	58
• Comentarios	68
II. En el jardín de los senderos que se bifurcan: los modelos antropológicos y arqueológicos acerca de la formación del Estado prehistórico	71
• Por qué y cómo surge el interés por explicar el Estado. Un poco de historia	71
• Modelos idealistas acerca del Estado prehistórico	78

• Modelos materialistas acerca del Estado prehistórico	117
• Comentarios	145
III. En busca del tiempo perdido: una historia de las investigaciones arqueológicas en la cuenca norte del lago Titicaca	149
• Ubicación y descripción de la cuenca norte del Titicaca	152
• La abstracción sobre la realidad: una reconstrucción arqueológica ideal	159
• La (re)producción del discurso arqueológico en la cuenca norte del Titicaca y su relación con el contexto socioeconómico y sociopolítico	164
• Comentarios	220
IV. <i>El Felino en la Roca</i> : una representación arqueológica materialista histórica de la formación del Estado en la cuenca norte del Titicaca	225
V. A modo de conclusiones finales	267
Referencias bibliográficas	271

Prólogo desde Barcelona

Este trabajo que ahora se hace público, y que escapa del sobrevalorado circuito de las universidades, está alentado por la misma pasión que guió la mano de Marx en sus poemas adolescentes y por su necesidad posterior de actuar en sociedad mediante una capacidad analítica y una posibilidad realista rigurosamente fundamentadas que le mantuvieron en pie durante sus años de miseria en Londres. Aquellos mismos estandartes acompañan este análisis del Estado, que tiene como compañera la acción consecuente. Al igual que aquel joven entusiasmado con el objetivo de cambiar las cosas, Henry tropezó con las dificultades del extranjero mal “tratado” en este primer mundo de fruslería que es la Europa de los tratados autistas, de la doble moral y las palabras desencaminadas interesadamente.

El trabajo que tengo el honor de presentar se caracteriza, en primer lugar, por su perspectiva marxista y, en segundo, por su no alineación dentro del campo de las diferentes propuestas de esta escuela de la vida. Este aparente distanciamiento le otorga un punto de vista alejado de manidos vasallajes y le permite tratar la voz y los actos de los maestros con el mismo criterio que al resto de las voces y los gestos que se ocuparon de su tema de estudio: el Estado.

Como bien anuncia en la introducción, todo surgió de la contradicción observada “arqueológicamente” entre la materialidad social de la cuenca norte del lago Titicaca y la representación que hacían los investigadores de este área de estudio y de este oficio un ejemplo relevante del desajuste entre materia e idea. Ahora bien, este origen concreto no debe llevarnos a engaño, pues la necesidad de ajustar materia e idea en Pukara recorre el mismo camino que otros itinerarios estatales y se puede reconocer igualmente en nuestra sociedad actual. El deseo de simplificar los elementos del laboratorio y de eliminar los ruidos superfluos en el análisis le llevaron a “remontar” milenios con el objetivo de contemplar, lo

más nítidamente posible, los orígenes de la explotación social, el verdadero interés de este trabajo. El origen de todos los males constituye, por su capacidad de reproducción, el tema que más ha provocado a las conciencias y más sufrieron los cuerpos. Parece que continuamos viviendo en aquel origen.

Henry no pretende dar con “una” explicación del Estado, “otra” más, sino que nos pone en el camino y nos recuerda el recorrido de la noción a través de la historia. Escapando a la división de saberes contemporánea, se las ve con lo que ahora llamamos filósofos, economistas, antropólogos y arqueólogos, todos ellos estadistas en conciencia, aunque la mayoría no fueran hombres de Estado. Ese campo de la idea y sus razones es interpretado como resultado material de cada momento histórico, y ahí se detiene intencionadamente a observar la carga ideológica que conlleva el ritmo económico y político impuestos en su disciplina, en la historia y en su país.

Al final nos presenta lo que llama acertadamente una representación materialista histórico-dialéctica del desarrollo económico y político de las sociedades que los arqueólogos denominamos Qaluyu y Pukara. Con ello cierra el bucle arqueológico del origen del trabajo y nos anima a desenmascarar las ideologías que, a la inversa de lo real, anuncian y luego recubren los hechos de la historia.

Sabedor de que el sustento marxista, las fuentes de su interpretación, siguen siendo todavía más fuertes que el análisis concreto de la materialidad social de aquellas sociedades tan manipuladas por los arqueólogos, Henry nos propone para un futuro próximo dar cuenta “más de cerca” todavía de los restos de *El Felino en la Roca*¹, sin que medien representaciones condicionadoras y subvirtiendo vicios arqueológicos. Seguro que lo logrará.

Vicente Lull
Departamento de Prehistoria
Universidad Autónoma de Barcelona

¹ Aquí, Vicente Lull hace referencia al título original con que este texto fue presentado como tesis de maestría, asesorada por él mismo, en el año 2002, en la Universidad Autónoma de Barcelona. El título completo era *El Felino en la Roca: la formación del Estado prehispánico en la cuenca norte del Titicaca*. *El Felino en la Roca* es una metáfora que explica los planos filosóficos, políticos y empíricos que aborda este trabajo. De entre estos planos, resaltamos el que se relaciona con la convicción que tienen algunos pobladores actuales de la zona alrededor del sitio arqueológico de Pukara, para los que el cerro que sirve como marco de este asentamiento prehispánico tiene forma de un felino recostado sobre un lado de su cuerpo.

Prólogo desde Lima

El presente libro corresponde a una nueva etapa de hacer Arqueología en el Perú, etapa que tiene sus cimientos en el último lustro del siglo pasado con la reformulación, por parte de diferentes colectivos, de lo que deberían ser los contenidos de una arqueología autodenominada como social. No es, pues, que esta etapa se inicie de una manera cronológica por tratarse de los albores del siglo XXI, ni que esté representada por los avances de aplicaciones metodológicas y técnicas, ni que se inserte dentro de las posturas críticas postmodernas y transmodernas tan de moda hoy en día, y que, además, corresponden a una crítica renovada de las teorías derivadas de la “ciencia positiva” aplicadas a las Ciencias Sociales. La arqueología social ha tenido un derrotero diferente y sus críticas al procesualismo en arqueología y otras tendencias positivistas en Ciencias Sociales tienen ya una historia de más de tres décadas.

La arqueología social, a finales del siglo XX, recibió desde su interior críticas de reformulación, principalmente propuestas desde colectivos conformados por arqueólogos jóvenes y no tan jóvenes de lo que podríamos llamar una segunda, y hasta tercera, generación de arqueólogos sociales.

Estas reformulaciones se pueden nuclear básicamente en dos aspectos, uno afirmativo y otro complementario. Las propuestas afirmativas corresponden a confirmar que la arqueología social debe embarcarse en proyectos de investigación, cuyos ejes temáticos no dejen de comprender la integralidad de las Ciencias Sociales, pero que aborden aspectos específicos de estudio relevantes con la teoría y leyes propuestas desde las generalizaciones más importantes del materialismo histórico y dialéctico. Uno de esos temas relevantes y de acuciosa importancia, no sólo para el momento actual, sino que pertenece al orden estructural, es el Estado. Este libro contiene, pues, como tema principal, uno de los aspectos más

relevantes que como tema de estudio se debe plantear desde la Arqueología social: el Estado.

El estudio arqueológico del Estado, tal y como está planteado desde las perspectivas de este libro, se compenetra en un riguroso cumplimiento de los aspectos ontológicos, epistemológicos y valorativos de la arqueología social. Es decir, sin abandonar el rigor científico, desde una propuesta dialéctica, aborda el tema del Estado no solamente para satisfacer nuestra curiosidad sobre cómo funcionaron y se concretaron las experiencias estatales del pasado en el área altiplánico, sino que aborda las generalizaciones más importantes sobre las características de la sociedad estatal y el aparato estatal, convirtiéndolo en un libro cuyos alcances también son para el presente y permiten poder comprender las características orgánicas del Estado, cualquiera haya sido su concreción en los niveles temporales y espaciales. No es por casualidad, sino por principio metodológico, que el autor realiza una amplia revisión de los antecedentes de forma historiográfica y crítica, lo que le permite continuas idas y vueltas de lo conocido a lo desconocido y de la base material del dato arqueológico hacia las teorías arqueológicas y sociales.

Los cimientos señalados anteriormente, que incluye el aspecto complementario mencionado párrafos arriba, también formularon –y Henry Tantaleán ya desde estudiante avanzado participó de esas discusiones– el segundo aspecto de la crítica interna de la arqueología social: una suerte de divorcio explícito entre la teoría arqueológica y el dato recuperado en el campo, además de la concreción de una metodología específica para el abordaje investigativo de las diferentes temáticas sociales que, desde el registro arqueológico, podemos recuperar para confrontarlas con las generalizaciones de lo que denominaremos una teoría general de la Historia. He señalado la palabra explícito para referirme a ese divorcio, pues creo que, de manera implícita, tal divorcio no existió nunca, ya que lo que faltaba era una maduración metodológica y, sobre todo, una concreción práctica en la investigación que se viera reflejada no solamente en los proyectos de campo, sino también en publicaciones que tuvieran, de manera ordenada y sistemática, los temas teóricos, metodológicos, sustento empírico y contrastación historiográfica.

Creo que, en ese sentido, este libro se presenta con tales características, logrando brindar la posibilidad de que la comunidad científica en general pueda apreciar un sólido e integral proyecto de investigación que contemple todos los aspectos que, desde un inicio, tanto han reclamado los diferentes colectivos partícipes de la arqueología social. Este libro, de alguna forma, debe constituirse en un modelo a seguir en los términos de su integralidad, y quizá también pueda servir para aplacar las críticas de quienes, desde afuera de la arqueología social,

venían sosteniendo que los modelos teóricos planteados no podían conjugarse con metodologías específicas y menos aún con dato empírico, sea este directamente obtenido o localizado en fuentes. Curiosamente, y sólo como un paréntesis, debo señalar que los principales críticos nunca han presentado una publicación de orden integral, sea cual fuere su escuela arqueológica o su postura teórica, si es que la tuviesen.

Podemos o no estar de acuerdo con los resultados; tenemos mucho que discutir no solamente sobre el origen, sino también sobre cada una de las concreciones históricas del Estado, su posibilidad de estudio arqueológico; podemos discutir inclusive si la cantidad y calidad del referente empírico es o no suficiente. Particularmente, creo que Henry Tantaleán ha sabido diferenciar, dentro de la coherencia integral que tiene el libro, los aspectos teóricos, historiográficos y metodológicos aplicados al dato empírico, lo cual hace de este libro una lectura obligatoria para quienes, en su condición de investigadores, quieran profundizar sobre temas vinculados al altiplano, al estudio arqueológico del Estado, a la historiografía de la investigación, entre otros. Se hace también de lectura obligatoria para estudiantes en proceso de formación como investigadores, es también una lectura recomendable para muchos colegas que apuestan por una investigación exclusivamente empírica y de los objetos o una crítica sin producción intelectual (hay críticas que no parecen contener trabajo intelectual) y también para aquéllos que parecen estar acostumbrándose a los estudios de segundo orden, como las historiografías de las historiografías, los inventarios de los inventarios, los simbolismos de los simbolismos. Los estudios de segundo orden podrían ser importantes, pero sólo pueden ser manejados por aquellos con amplia experiencia en los estudios de primer orden.

¡Salud, Henry! ¡Salud, arqueología social! ¡Salud a las nuevas publicaciones que seguirán a ésta!

Casona de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Lima, 10 de noviembre de 2005

Javier Alcalde Gonzáles

Prefacio a la primera edición

Cuando a mediados del año 2004 me hallaba redactando mi tesis doctoral en Barcelona y me ofrecieron publicar mi tesis de maestría como un libro, estuve tentado en postergar dicha oferta, pues muchas otras cosas me esperaban por (re)hacer. Sin embargo, de vuelta al Perú a finales de ese mismo año pude ser convencido, o mejor dicho me convencí para hacerlo. No debo dejar de decir que fue difícil y trabajoso para mí adecuarme en la tesitura de autor de un libro que originalmente se había gestado casi por sí solo en la Barcelona del año 2002 y con el objetivo concreto de obtener mi maestría en Arqueología Prehistórica.

He aceptado publicar este ensayo sobre la formación del Estado porque llegué a la conclusión que esperar a crearme capaz de mejorarlo a corto plazo podría llevarme a una situación de inercia como investigador, sobre todo cuando soy consciente que toda acción es producto de su tiempo y que, como diría Vicente Lull en alguna de esas divertidas, pero profundas clases, “todo lo que no es, es Arqueología”, cuestión que me planteaba que si mi texto no se publicaba pronto este terminaría convirtiéndose en un objeto arqueológico. Por el contrario, mi deseo es que mi texto sirva a otr@s, tal como me sirvió, para reflexionar sobre un tema tan apasionante y polémico como es el Estado. Por eso mismo, este libro, como cualquier otro, no está acabado, sino que espero sea el comienzo de un debate en torno a algunas ideas que he podido articular en estas páginas. Así, pues, he querido conservar el texto original, con mínimas modificaciones, presentado en Barcelona como testimonio de su momento histórico, y que en su defensa puedo decir que fue aprobado por mi jurado con la máxima nota (“matrícula de honor”).

El tema del Estado es un tópico bastante recurrente en los debates arqueológicos. Sin embargo, como pronto me di cuenta, no existe un libro que hable

específicamente de este tópico², especialmente en lengua castellana, salvo algunos artículos dispersos en revistas de circulación restringida. Asimismo, una perspectiva teórica y práctica desde el interior del Perú se hacía necesaria para poder incluirla dentro de los desarrollos teórico-arqueológicos globales. Este ha sido uno de nuestros objetivos: articular dicho modelo en el contexto de sus exponentes en la “arena arqueológica” mundial, cuestión que no espero remediar aquí, pues una compilación completa de las posturas acerca del tema sería un esfuerzo que escapa a mis posibilidades actuales.

Como verán, este libro no está escrito en primera persona, cuestión que respeta el formato del texto original como fue concebido, formato que a la sazón me pareció bastante coherente con las críticas e ideas que se vierten dentro del mismo. También he querido salvar esa cuestión del machismo implícito en los discursos de los investigadores; por eso, el lector notará muchas veces en el texto el uso del símbolo @ en algunos sustantivos como forma de incluir a ambos sexos en el discurso. También se han tratado de conservar las muchas notas al pie de página originales, pues, como se fue redactando el manuscrito, este daba paso mediante la investigación a una serie de cuestiones que si bien no se desarrollan en el texto deja abierta la posibilidad al lector para que pueda ver las fuentes en las que me basaba o algunas ideas que me iban surgiendo en el camino. Así, pues, se pretende que este libro esté “abierto” para ser aumentado por quien se interese en seguir trabajando sobre esta línea o criticarlo sobre mis propias fuentes. Lo mismo se espera conseguir con las referencias a una cantidad significativa de bibliografía publicada hasta finales del año 2002³, alguna de ella quizá fuera del alcance de nuestras exiguas bibliotecas peruanas.

Este libro, pues, es prácticamente una introducción a la arqueología de la formación del Estado, contrastado con un caso de estudio. De esta manera, el lector podrá observar de mejor manera cómo se ha realizado el análisis de una parte de la realidad social que comprende otros fenómenos, pero que nuestros “compartimentos o parcelas académicas” no nos han dejado apreciar de manera global.

² Solo este año, mis profesores, colegas y amigos del Departamento de Prehistoria de la Universidad Autónoma de Barcelona, Vicente Lull y Rafael Micó (Lull y Micó 2007), han podido materializar un libro acerca de las principales teorías que discuten el tema.

³ Sin embargo, como producto de la relectura del texto, no he podido resistirme a la tentación de incluir algunas referencias más recientes. Estas se colocan a pie de página para no alterar en demasía el texto original.

Espero que las críticas realizadas a los escritos de los autores en este texto sean tomadas como tales, pues en ningún momento se ha querido entablar una discusión personal, sino solamente a los planteamientos vertidos en sus obras, como consecuencia del contexto en que estos fueron escritos. De esa manera, podremos elevarnos de las discusiones estériles que personalizan las críticas y que esperamos sean sustituidas por discusiones que colectivamente hagan de nuestra Arqueología una ciencia por derecho propio.

Henry Tantaléan
Museo de Arqueología y Antropología de la
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Lima, enero de 2005

Prefacio a la segunda edición

El Estado es una entidad política que debe su vida a los hombres y mujeres que por diferentes situaciones históricas han terminado ubicados en un lado u otro de la sociedad que le otorgó vida. Incluso participan de éste sin quererlo. Entender cómo esto ha sucedido en diferentes tiempos es algo que interesa, desde luego, a los investigadores sociales y, sobre todo, a los arqueólogos como yo. Por ello, desde esa, mi profesión, he estado interesado en entender cómo este fenómeno se ha presentado en tanto realidad, concepto y categoría.

Cuando escribí esta tesis, que devino en libro, estaba muy interesado (quizá demasiado) en entender a qué se referían exactamente las personas cuando invocaban a la palabra Estado. Como pronto me di cuenta con esta investigación, habían muchas formas y apreciaciones para expresar a dicha institución política. En el momento en que escribí estas páginas, que ahora les entrego nuevamente, desarrollé una división en dos grandes grupos que me pareció que serviría para ordenar a esas ideas y conceptos (y sus productores) de una forma que me permitiese entenderlas como una pugna por hacer prevalecer una visión del mundo. Aun cuando ahora estoy algo desengañado de dicha división, pienso que, en tanto, el Estado es la confirmación del enfrentamiento de, como mínimo, dos grupos de interés opuestos (si quieren clases sociales), dicha división puede servir para entender cómo es que la ideología no es más que la racionalización de un posicionamiento político de un grupo social que desea reproducirse o subvertirse⁴.

⁴ Esta es una cuestión muy cierta, pues a pesar que a veces dicha contradicción socioeconómica y, sobre todo, sociopolítica se trata de ocultar mediante la proposición de la necesidad de un “poder” para que la sociedad se desarrolle y, en consecuencia, beneficie a la sociedad en su conjunto (“poder para”), hay que recordar que incluso siendo así este poder es detentado y mantenido por unos pocos en contra de una gran

Para los arqueólogos y arqueólogas, este tema es muy importante, porque encierra una cuestión relevante más allá de la agenda política que este reproduzca y que tiene que ver con la formación de esas sociedades que traspusieron el umbral de sociedades “simples” o “igualitarias” hacia sociedades más “complejas” o “clásicas”. Así, pues, según el prisma donde se mire dicho fenómeno, la “monumentalidad” o la “riqueza” que acompaña a dicho fenómeno ha sido el interés inicial (y el objeto) por el cual los estudiosos del pasado comenzaron a preocuparse realmente en las sociedades pretéritas. En realidad, la Arqueología nace como una reflexión de un mundo capitalista que necesita hallarse en el pasado para justificarse como presente y esto agrega un componente relevante para que dicha práctica se inserte naturalmente en las agendas políticas estatales. De allí el doble valor de la Arqueología en tanto estudio del pasado, pero también como justificadora de un presente.

Todas estas reflexiones pueden resultar vacuas al lector si no comento un poco cómo pude atreverme a sugerir dicho panorama en las explicaciones arqueológicas acerca del Estado. Este tema llegó a mí como resultado de mi práctica como arqueólogo en una región que nunca había pensado en la que terminaría trabajando seriamente: la cuenca norte del Titicaca, en la que hoy conocemos como el departamento Puno, en el sureste del Perú. Pasé muy joven por allí, camino a Cochabamba (Bolivia), en el año 1996, cuando me dirigía a un Congreso Internacional sobre Arte Rupestre. No es posible expresar en este momento las sensaciones que puede experimentar un muchacho de 22 años de edad al encontrarse en ese lugar tan extraordinario y lleno de historia, ese lugar que siempre me gusta describir como el lugar donde el cielo se encuentra con la Tierra. Esta visión, aunque espléndida, sólo fue momentánea, y pronto regresé a Lima para seguir con “mi camino”.

Sin embargo, a los dos años de este viaje, y como consecuencia de una serie de eventos que podrían ser catalogados en su momento como desafortunados, tuve la ocasión de aceptar un trabajo en el Instituto Nacional de Cultura de Puno en el año 1997, casi inmediatamente después de licenciarme como arqueólogo en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. El trabajo ofrecido era por tres meses, pero terminé quedándome dos años en dicha institución. Más allá de las

mayoría. En ese sentido, incluso, los recientes “estudios subalternos” o “postcoloniales”, a pesar que no desean hablar de “dominantes” y “dominados”, dejan clara dicha contradicción al aceptar la existencia de “aquellos que gobiernan” y “aquellos que son gobernados” (Chatterjee 2007: 56).

tareas burocráticas –y que me enseñaron a conocer al “Leviatán” por dentro– ocupé mucho de mi tiempo, gracias al apoyo y complicidad de mi jefe: Rolando “Gato” Paredes, en la investigación de un tema que me parecía muy interesante, que se conocía con el nombre de “Pukara”, que sería una sociedad “formativa” y que se expresaba, principalmente, como la productora de la primera arquitectura monumental del altiplano peruano. De hecho, como parte de mi trabajo pude pasar largas temporadas en el pueblo de Pukara, organizando y transportando piezas muy características de esta “sociedad”, y que terminaron siendo los principales materiales que se exponen en la actualidad en el museo de sitio de Pukara. Asimismo, pude recorrer sitios arqueológicos asociados con la cerámica-tipo, y hasta excavé en uno de los sitios con más potencial arqueológico de la zona de Ayaviri durante casi un mes.

Más allá de todos estos encuentros con la materia, pude analizar la situación de los estudios de la zona e incluso conversar con l@s arqueólog@s norteamerican@s que la iban desarrollando y llegar a una pequeña, pero importante conclusión: no se sabía casi nada de la gente que había producido dichos sitios, esculturas y cerámicas. En esa época, los únicos trabajos sistemáticos eran iniciados por el equipo de Charles Stanish, y gracias a él, también, pude entender que la discusión actualizada del tema se hallaba en un idioma que no era el castellano.

Creo que toda esta serie de conocimientos me situaron en un lugar que ofrecía evidentes posibilidades como para dedicarme a explicar los materiales arqueológicos mencionados. Sin embargo, para llegar a ello necesitaría de un ingrediente más: una mejor formación acerca de las teorías del Estado (pues entendía que ésta procedía de diversos y hasta contradictorios lugares) y una metodología de la investigación que me pusiese en condiciones reales de apreciar de mejor manera e integralmente a los materiales arqueológicos en cuestión. Dicha oportunidad nuevamente llegó como parte de otra serie de eventos. Esta vez me encontraba en la península Ibérica a vísperas de finalizar el siglo XX. Luego de nueve meses de aprender cuestiones relacionadas con la conservación de materiales líticos –que esperaba aplicar a los materiales Pukara–, en el Museo Nacional de Arqueología de Madrid conocí a Vicente Lull, un excelente profesor de Barcelona. Éste tocaba el tema de la lógica de la investigación científica y la epistemología en Arqueología y, además, enfocaba sus investigaciones en las formaciones estatales. Conocerlo me abrió una serie de posibilidades, de las que se puede resaltar sus análisis críticos basados en el conocimiento de la realidad, y que nunca había encontrado en mi universidad de origen.

Fue allí, a inicios del siglo XXI, donde pude articular mi praxis con una teoría realista; justo en ese momento las cosas comenzaron a obtener forma y presentarse de una manera más organizada. Fue gracias a la gente del Departamento de Prehistoria de la Universidad Autónoma de Barcelona que logré encontrar ese lugar apropiado que andaba buscando desde hacía tiempo para desarrollar ciertas ideas, así como el alejamiento necesario para comprender procesos tan complicados como al que quería dedicar mis estudios. Mi tesis de maestría, sobre la que se basa este libro, podría ser la culminación de esta etapa de mi vida, y a mi regreso a Lima pudo ser publicada gracias a un esfuerzo colectivo de mis compañeros, entre los cuales quiero resaltar a Javier Alcalde y a Omar Pinedo.

Sin embargo, poco tiempo después de publicar la primera edición de este libro, pude confirmar una serie de emociones que, creo, solo pueden ser sentidas tras la materialización de un proyecto editorial, y que me gustaría comentar aquí por estar todavía frescas en mí. Debo decir que dichas emociones han fluctuado entre el desconcierto y la felicidad. Creo que las personas que terminan escribiendo un libro (por cualquier razón que sea) pueden comprender lo que se siente estar en el lado opuesto del lector. Creo que, principalmente, está la cuestión acerca que las ideas que uno escribe quedarán fosilizadas en unas cuantas páginas y son el fiel testigo de un momento en la vida de uno y no tiene por qué estar carente de contradicciones. Por ello, más allá de estas cuestiones subjetivas e individualistas, he aceptado reeditar este libro, simplemente con la esperanza de que más gente que la que pudo leer estas ideas en una edición ya casi agotada acceda y se introduzca, mediante mi humilde aporte, a un tema que me parece muy significativo en la historia de la humanidad y que ya lleva varios años obsesionándome, y que parece va seguir haciéndolo por muchos años más.

Al reeditar este texto, espero que este sirva a otras personas, más allá de mis colegas arqueólogos, a reflexionar acerca de las formas en que se ha conceptualizado y entendido al Estado. De esta manera, esperamos ofrecer una perspectiva en la que, además de presentar a dichos autores y sus propuestas, se alimente un debate que haga patente que ni el pasado es completamente conocido y que el presente se halla en construcción.

En estas breves líneas no me detendré en el contenido del libro, pues este se sintetiza en la introducción. Sin embargo, quisiera resaltar que el tercer capítulo espera ser el germen de lo que, siguiendo a Bruce Trigger, sería mi primera aproximación a la historia del pensamiento arqueológico en el Perú, y que espero se cristalice más adelante. Asimismo, con respecto a la parte práctica que tanto se me exigía en la

primera edición, lo que aquí se presenta es un estudio preliminar e introductorio a un tema bastante complejo y que, como ya apunté en su momento, se destina a desarrollar más aún en mi tesis doctoral. Aquí solo quiero apuntar que desde el año 2006 he iniciado junto a otros colegas un pequeño programa de investigaciones arqueológicas (Programa de Investigaciones Arqueológica Asiruni-PIARA) en la zona de Azángaro (Puno) y que está comenzando a fundamentar muchos de los planteamientos presentados en este libro, los cuales habían surgido originalmente de la observación de sitios y materiales arqueológicos en otras áreas de la cuenca norte del Titicaca que presento en este libro. Por ello, quiero agradecer especialmente a María Ysela Leyva, por su compañía y su apoyo incondicional en esas tierras desoladas y por tratar de ver, conmigo, “más allá del horizonte”.

Como dije anteriormente, muchas emociones me embargaron desde la misma presentación de la primera edición de este libro. Algunas emociones pueden resultar desagradables en primera instancia como las que dejan las críticas (cuando realmente lo son). Sin embargo, estas me han ayudado a crecer, al hacerme reconocer mis debilidades y al tratar de superarlas. En esta edición, dicha superación no está contenida, en tanto espero poder presentarlas más adelante como un nuevo texto elaborado de manera orgánica y en la que mi praxis sea aparente a los lectores⁵. Otras emociones han sido más afortunadas. De entre ellas me gustaría resaltar una primera reunión con un grupo de jóvenes entusiastas de la academia preuniversitaria César Vallejo. En esa reunión, en la que participaron Juan Carlos Hilario, Juan Rodríguez y Gustavo Monroy, debatí de una manera que hacía tiempo no había disfrutado en el Perú. Gracias a nuestros reencuentros, ahora este libro se reedita con unas mejoras materiales que el lector o lectora seguramente agradecerá.

Asimismo, de regreso a Barcelona, Vicente Lull fue el más crítico de todos mis críticos, y creo que a pesar de nuestras discusiones siempre he podido reconocer en él a un gran amigo y maestro que, consecuente como es, antes de pensarlo

⁵ Desde la publicación de la primera edición de este libro, mucho trabajo práctico y nuevas lecturas han consumido mi tiempo. Como resultado de estos nuevos conocimientos, he escrito algunos textos que han profundizado en algunos temas que he tocado en este estudio (Tantaleán 2004, 2006b, 2008). Además, he escrito algunos artículos acerca de metodología relacionada con el estudio del Estado (Tantaleán 2006a), a los que puedo remitir al lector si espera encontrar algún desarrollo posterior al texto original de 2005. En consecuencia, en esta edición se incorporan algunas modificaciones del texto original.

ya me había apoyado. Por otra parte, muchos colegas y amigos de diferentes partes del mundo han recibido con mucha alegría este libro. Entre ellos, quiero agradecer a Thomas Patterson, Gustavo Politis, Andrés Troncoso, Charles Stanish, Bill Sillar, Lautaro Núñez, Carlos Lemuz, Kevin Lane, José Ramos Muñoz, Krzysztof Makowski, Alberto Bueno, Javier Alcalde, Carlos del Águila, Fernando Fujita, Rafael Vega-Centeno, Arturo Ruiz Estrada, César Astuhumán, Gabriel Ramón, Miguel Aguilar, Roberto Bustamante, Michael Zegarra y Alex González Panta, quienes han hecho de este libro un “pre-texto” para discutir ideas y compartir buenos momentos alrededor de un tema que nunca pierde vigencia. Un agradecimiento especial para Michael Mendieta y su equipo de trabajo del Fondo Editorial del Instituto Pedagógico San Marcos, por hacer que esta edición se presente de esta forma.

Mi abuela, Marillyn Holmes, siempre ocupará un lugar especial en mi vida y a ella se deben muchas cosas que he podido conseguir. Agradezco también a mis amigos y amigas: Santiago Morales, Juan Carlos de la Torre, Nicolás Robles, Juan Rodríguez, Cristina Aixalá, María Saña, Rafa Micó, Selina Delgado, Helga Gröetsch, Gustavo Ramírez, Rafael Arana, Juan Carlos Olivos y Julissa Ugarte, porque les debo esto y todo lo demás.

Para finalizar, quiero agradecer a todos las personas que compraron la primera edición de este libro. He recibido de ellos la mejor lección de humildad y solidaridad y he aprendido que, a veces, los “desconocidos” pueden terminar siendo tus mejores aliados.

Henry Tantaleán

Lima, 13 de septiembre de 2008

Introducción

Este libro se centra en el polémico, trillado y, hasta quizá para algun@s, teórico-aburrido tema de la formación del Estado prehistórico. Entonces, por qué razón hacerlo. Desde nuestra perspectiva, hemos llegado a esto por dos razones principales.

La primera es que nuestra práctica en arqueología andina nos ha sometido continuamente a contradicciones con la teoría arqueológica, que se utiliza para la explicación de las sociedades prehispánicas, especialmente las de carácter estatal. Dicha situación presente, pensábamos, debería tener una explicación en la formación del concepto de Estado y su consecuente caracterización. Por ello debíamos averiguar su procedencia y no nos quedaba más que remontarnos en el tiempo para (re)conocer su proceso de formación. Como consecuencia de lo anterior, reconocimos variados modelos de explicación acerca de las sociedades prehispánicas en diversas zonas donde realizamos trabajos arqueológicos como meras superposiciones de modelos realizados a partir de realidades extrañas al área de estudio⁶, las mismas que eran aplicadas mecánicamente sobre la materialidad

⁶ Quizás ese “eurocentrismo” que tanto se critica en algunas propuestas, incluso la mía, es un reflejo de que, en realidad, nuestra idea y práctica del Estado procede de Europa y llega a nosotr@s desde el arribo de los primeros invasores castellanos en el siglo XVI. No negamos la existencia de formas de hacer y de pensar autóctonas, decirlo sería contradictorio con nuestra profesión. Sin embargo, reconocer dichas formas es un trabajo que necesita una serie de elementos objetivos y no, simplemente, la búsqueda de esencias que hayan sobrevivido a la imposición de prácticas dominantes occidentales. El “pensamiento andino” o “ver el pasado con ojos andinos” son buenas sugerencias, pero necesitamos más que frases chauvinistas y subjetivistas, metodologías serias que se desplieguen y correspondan con nuestros objetos de estudio, en nuestro caso los restos de la actividad humana prehispánica. Este libro busca, en primera instancia, reconocer esas filosofías occidentales en nuestro pensamiento político y cómo este se inmiscuyó en nuestras prácticas arqueológicas.

social del área concreta de estudio. De esta manera, la ontología y epistemología empleadas condicionaban y conducían a una contradicción entre la materialidad social prehispánica y las explicaciones que hacían los investigadores que se encargaban de ella. Así, pues, observamos que los objetos arqueológicos no se ajustaban a las abstracciones propuestas.

La segunda razón para la realización de esta investigación, que ahora presentamos, era la necesidad de reconocer en el pasado las características económicas, sociales y políticas que desencadenaron en una diferenciación social. Para el caso concreto de nuestro estudio, la cuenca norte del Titicaca, ya se habría iniciado muy temprano y sospechábamos que esta empezaría incluso antes de lo conocido como Pukara (350 años a.n.e. - 400 años d.n.e., aproximadamente)⁷. Por lo anteriormente dicho, también nos quedaba claro que el Estado era un fenómeno histórico y nuestro deseo era analizarlo para comprender cómo se produce y qué consecuencias trae para la vida social. En ese sentido, lo conocido como Pukara no sería más que el reflejo de una de las tantas sociedades en el mundo, en la que dicha institución se desarrollaría de manera independiente⁸.

El estudio concreto de la sociedad Pukara nos ha parecido una buena excusa para desarrollar los planteamientos anteriormente expuestos. Debido que hemos trabajado en dicha área geográfica, no creemos desenvolvemos mejor en otro lugar que el de la cuenca norte del Titicaca⁹. Asimismo, este conocimiento que nos ofrece el reconocer el material arqueológico, conocer la bibliografía de la zona, haber realizado trabajos de campo, conocer a los investigadores del área y percibir los problemas sociales, no nos acerca a una posición cómoda y más bien nos impulsa a mantener una actitud consecuente con nuestro objeto de estudio. Obviamente existe una disconformidad, y esta se encuentra expresada en este trabajo. Sin embargo, esta investigación, más que plantear un nuevo modelo de

⁷ En este texto utilizaremos la siguiente nomenclatura para expresar los años en que se dan ciertos fenómenos sociales: a.n.e.: significa años “antes de nuestra era” cristiana y d.n.e.: años “de nuestra era” cristiana.

⁸ Algun@s investigador@s prefieren buscar la existencia del “Estado prístino” (Fried 1967). Sin embargo, como veremos en este libro, el Estado es sólo una de las tantas formas de organización sociopolítica que pueden elegir las sociedades para ordenarse internamente.

⁹ Sin embargo, como veremos en el desarrollo de este libro, abordaremos los modelos acerca de la formación del Estado de otras áreas de los Andes centrales, pues estos, aunque desarrollados para sociedades concretas, condicionarán las explicaciones de la formación del Estado en la cuenca norte del Titicaca.

explicación acerca de la formación del Estado, pretende principalmente ayudarnos a reflexionar sobre nuestra situación como actores sociales dentro de nuestra comunidad. Para nosotros, la Arqueología hace ya bastante tiempo dejó de estar solamente relacionada a los objetos y seres inertes. Ha pasado a convertirse en parte del mundo en el que vivimos. Para nosotros, la Arqueología debe cumplir un rol social y activo. Sería inconsecuente de nuestra parte, por nuestra procedencia y como aprendimos a hacer arqueología, obviar aquello. Por ello, demostrar que Pukara fue o no un Estado no tiene sentido si ello no sirve de alguna manera al análisis de nuestra sociedad actual.

También, al iniciar este trabajo de investigación, pensamos que sería suficiente con hacer un estado de la cuestión y, a partir del mismo, proclamar que Pukara fue un Estado. Pronto nos dimos cuenta que debíamos decir algo más, y nuestra actitud crítica ha sido en gran parte causante de esto. Por ello, cuando empezamos este trabajo éramos ambiciosos, como todos los que inician un trabajo como este, pues nos propusimos desarrollar un modelo de explicación del Estado. Sin embargo, aquí no lo desarrollaremos con profundidad, aunque creemos que hemos empezado ese largo camino con muy buenas bases teóricas, amarradas coherentemente a la materialidad social conocida para el área de estudio¹⁰.

De este modo, nuestro trabajo nos ha llevado a espacios y tiempos que, para nosotros, antes no tenían relación alguna con la Arqueología.

Así, la primera parte de este texto trata sobre las concepciones filosófico-políticas acerca del Estado. Dado nuestro conocimiento superficial de historia de la Filosofía, esta parte no será más que una breve introducción hacia los puntos más relevantes acerca de la filosofía política del Estado. Hemos ido tan lejos en el tiempo como a la época de los filósofos helenos y hemos llegado, diríamos que apretadamente, hasta el siglo XIX. Como el lector o lectora podrá comprobar, aunque esta sección está bastante esquematizada, nos servirá muy bien para plantear la siguiente parte.

La segunda parte trata sobre los modelos antropológicos y arqueológicos de explicación acerca del Estado. Nuevamente nos hemos remontado hasta el nacimiento de las explicaciones de las sociedades, en este caso desde el siglo XIX. El lector podrá observar que si bien muchos de estos modelos no tocan

¹⁰ En relación a esta cuestión, se pueden encontrar avances en Tantaleán (2006a).

específicamente el tema del Estado, posteriormente muchos de ellos servirán para el desarrollo de dichas explicaciones. Puesto que es el área académica que más conocemos, nos hemos extendido un poco más en él y creemos haber tocado el tema con cierta profundidad.

La tercera parte ilustrará cómo toda esa carga filosófica y antropológica puede estar presente en el estudio de una sociedad en concreto y cómo en algunos casos existe una contradicción no superada entre la teoría y el objeto de estudio. De igual modo, en esta parte se describe cómo esas explicaciones están en consonancia con el ritmo económico y político impuestos desde dentro o fuera del Perú.

Finalmente, en la cuarta parte, a partir de nuestras investigaciones personales y las mismas evidencias materiales utilizadas por l@s arqueólog@s que han investigado al borde del lago Titicaca, se esboza una explicación o representación arqueológica¹¹ materialista histórica del desarrollo social, económico y político de lo conocido como Qaluyu y Pukara.

De esta manera, este libro irá de lo macro a lo micro, puesto que esta es nuestra forma de analizar la realidad. Asimismo, reconoce la dialéctica que existe en la realidad misma que es independiente a nosotros, y que queda expresada en una continua lucha de opuestos que desemboca en una nueva forma como consecuencia de la superación de la previa contradicción. Le damos, asimismo, un rol preponderante al contexto económico, social y político (situación histórica) en el que se desarrollan cada uno de los planteamientos o, en todo caso, de qué fuente beben los mismos.

Así, pues, este trabajo de investigación, más allá de realizar un nuevo tratamiento de los materiales arqueológicos del área que nos ocupa, para una nueva representación de las sociedades prehispánicas en cuestión, también pretende desenmascarar una lucha ideológica que está presente incluso en la misma disciplina arqueológica.

¹¹ Una representación arqueológica “es expresar un modelo sistemático de proposiciones deducidas de teorías preexistentes apoyadas empíricamente o de hipótesis de trabajo que superen las contradicciones entre teorías preexistentes y hechos articulados bajo nuevas y explícitas perspectivas de análisis” (Lull 1988: 75).

I. Entre el cielo y la Tierra: las concepciones filosóficas- políticas acerca del Estado

En alguna parte hay todavía pueblos y rebaños pero no entre nosotros, hermanos míos: entre nosotros hay Estados. ¿Estado? ¿Qué es eso?. Prestadme atención, voy hablaros de la muerte de los pueblos. El Estado es el más frío de todos los monstruos fríos: mente fríamente y ésta es la mentira que surge de su boca: "Yo, el Estado, soy el pueblo." ¡Qué gran mentira!. Eran creadores los que crearon los pueblos y les otorgaron una fé o un amor: así servían a la vida. Son destructores los que tienden trampas a la gran mayoría, llaman a eso Estado: suspenden por encima de ellos una espada y cien apetitos. En todas partes donde todavía existe, el pueblo no comprende al Estado y lo detesta como al mal de ojo y como una derogación de las costumbres y las leyes.

Nietzsche. *Así habló Zaratustra* (1883-1884)

Si este texto se centra en la formación del Estado prehispánico, ¿por qué tratamos aquí realidades totalmente ajenas y alejadas a la nuestra?

La respuesta es que hemos observado que la mayoría de las concepciones filosófico-políticas originadas en diferentes épocas y partes del mundo tienden a definir al Estado según su interés. Así, su justificación no tiene como base criterios históricos y más bien se podría calificar como producto de ideologías interesadas¹².

¹² Al respecto, Lull y Risch plantean que: "El debate siempre tuvo como protagonistas a pensadores, científicos y políticos alineados en los sistemas estatales, por lo que las intenciones del mismo nunca resultan estrictamente explicativas y mejor podrían ser consideradas legitimadoras y deslegitimadoras, según los deseos políticos que cada cual pretendía defender.

Las diferentes nociones de estado han cobrado sentido a la luz de las diferentes ideologías que las han auspiciado y que subyacen en todas las propuestas teórico-políticas, fácilmente reconocibles históricamente desde los modelos clásicos hasta el pensamiento político actual" (1995: 97).

Como consecuencia de ello, estas explicaciones han sido siempre trasladadas a nuevos lugares donde se ha comprobado su validez, siempre con óptimos resultados. En el caso de la arqueología andina, esta ha sido una práctica muy común (Politis 1995: 226). Por ello, como nuestro trabajo de investigación trata sobre el Estado, creemos que será muy pertinente y esclarecedor analizar qué es lo que subyace realmente en las interpretaciones arqueológicas del área andina y, específicamente, en el área Circun-Titicaca. Como veremos más adelante, muchas de las explicaciones allí realizadas no parten precisamente de postulados innovadores, aún cuando los tecnicismos pretendan remozar las viejas tendencias teóricas.

Este ejercicio analítico tratará, pues, de comprobar cómo muchas de las explicaciones actuales no son gratuitas y contribuirá a dar luz acerca de los intereses políticos, sociales y económicos que están inmersos en la práctica de la Arqueología, incluyendo la andina.

Aunque somos conscientes que toda representación de la realidad pasada está influida por el contexto histórico en que se produce y, por tanto, no es objetiva totalmente¹³, nuestra teoría y alcances pretenden por ello ser lo más aproximativos posibles.

El objetivo concreto de este capítulo es (de)mostrar que existen básicamente dos corrientes del pensamiento filosófico-político acerca de la concepción del Estado, que superando las ideologías y condiciones particulares históricas llegan hasta nuestros días de forma sutil mediante modelos explicativos antropológicos y arqueológicos acerca del origen del Estado¹⁴.

En este aspecto debemos reconocer que Marx y Engels, hace más de 150 años, habían ya notado la existencia de dos concepciones filosóficas principales: la idealista y la materialista (en *La ideología alemana*, de 1845-1846). Evidentemente, durante

¹³ Creerlo así supondría un positivismo científico extremo y no intentarlo supondría caer en un relativismo, como el ofertado por la arqueología postprocesual.

¹⁴ La existencia de préstamos e, incluso, imposiciones ideológicas externas en la práctica arqueológica en el Perú es un elemento clave que queremos resaltar. Esto se da como consecuencia de la influencia extranjera indirecta (por ejemplo, siguiendo esquemas universitarios norteamericanos o europeos) y directa (por ejemplo, mediante los proyectos de investigación extranjeros). Este fenómeno ocurrido, en el denominado “Tercer Mundo”, también será denominado “neocolonialismo” (Trigger 1992: 349) o “imperialismo cultural” (Politis 1995: 226). Betty Meggers y Clifford Evans (1973: 257) también llamarían la atención de este proceso de “imperialismo” por parte de EE.UU. desde las mismas páginas de la revista de Arqueología más influyente de este país: *American Antiquity*.

el desarrollo de sus ideas, estas concepciones filosóficas envolvían cuestiones que tenían que ver más con la realidad en general y no con una tan específica como puede ser la explicación de la formación social estatal. Sin embargo, dicho análisis holístico ofrece suficientes argumentos como para llevar esa división hacia cuestiones tan particulares como esta.

Con relación a la temática que nos ocupa, Jonathan Haas (1982), realizó un esfuerzo sintético de esta cuestión desde la Antropología, cuando realizó una división de las concepciones acerca del Estado en “teorías de conflicto” y “teorías de integración”¹⁵. Sin embargo, guardamos nuestra distancia en relación con su posición teórica personal, básicamente por su marco teórico evolucionista cultural y, sobre todo, por su utilización de los datos arqueológicos en el área andina¹⁶, cuestión que trataremos de hacer evidente en el desarrollo de este trabajo.

Por el lado de la prehistoria, Vicente Lull y Roberto Risch han esbozado una clasificación que nos parece sugerente. Ellos dividirán a las posturas filosóficas acerca del Estado en “legitimadoras” y “deslegitimadoras” (Lull y Risch 1995: 97), las cuales, en algunas cuestiones, se acercan a nuestro planteamiento. Sin embargo, dado el reducido espacio del que dispusieron para desarrollar sus ideas, dicho análisis fue bastante sintético.

¹⁵ En *The Evolution of the Prehistoric State*, Haas (1982) organiza a las dos principales corrientes de pensamiento relacionado con el origen del Estado, desarrolladas a lo largo de la historia de la humanidad, desde los filósofos griegos (Tucídides, Platón y Aristóteles) hasta los últimos neoevolucionistas, como Service y Fried. De esta manera, Haas propone que estas dos corrientes o teorías acerca del Estado tuvieron como base la realidad social desde la cual dichos pensadores actuaban. Las teorías planteadas son:

Teoría de Integración: parte del supuesto que el Estado surge de un tipo de contrato social en el que los seres humanos se reunieron para organizar su vida y pasar de una sociedad natural a una sociedad civil.

Teoría del Conflicto: se basa en que el Estado es una creación de un grupo de personas para dominar a otros. Mucha de la literatura marxista estaría dentro de esta corriente.

¹⁶ Mientras que al final de su libro plantea una postura más cercana a la del conflicto (“una teoría del conflicto ampliada”), su evolucionismo cultural subyace en su modelización mundial del Estado prehistórico. Asimismo, su desarrollo del concepto de “poder” nos parece bastante ambiguo, pues prácticamente se acomodaría a cualquier tipo de sociedad humana. Por el contrario, nosotros planteamos que el denominado “poder” de Haas se podría definir mejor mediante las categorías de Explotación Económica y Coerción (física y psicológica). Una versión más reciente de sus planteamientos aplicados al área andina, en concreto al área del “norte chico”, y relacionada con el debate en torno a la “Civilización” de Caral (Shady y Leyva 2003) se puede encontrar en Haas y Creamer (2006; una traducción al castellano se publicará en breve en la *Revista Supay*, de Lima). También se puede consultar Haas (2001).

En consecuencia, este capítulo se debe a ideas que ya fueron esbozadas en escritos previos; sin embargo, hemos querido recurrir principalmente a los clásicos materialistas históricos, porque además de percatarse originalmente de dicha contradicción entre posturas idealistas y materialistas, las supieron describir y analizar con detenimiento.

En nuestro análisis de las concepciones filosóficas del Estado, intentaremos darle a este una caracterización mediante los elementos claves que creemos son recurrentes, definen su contenido, su desarrollo y su aplicación a la realidad concreta en lo social, político y económico; es decir, una explicación más que una clasificación. Por ello, las teorías filosóficas acerca del Estado que aquí tratamos, también serán divididas en idealistas y materialistas.

Adicionalmente, porque reconocemos una dialéctica entre el autor (en cuanto producto social) y sus condiciones históricas, una contextualización de la situación histórica ofrecerá muchas luces acerca del surgimiento de sus ideas.

También dejamos constancia que nuestra investigación no representa la negación de un hecho o fenómeno concreto, como lo es el Estado, sino más bien pretendemos comprender cómo los mecanismos en los cuales se basa y cómo su concepción han sido ganadas mediante y para la Arqueología.

Para nosotros, una primera concepción desarrollaría su explicación sobre una base totalmente idealista y que se trata de un conocimiento totalmente abstracto y metafísico, por el elemento de partida que toman para el sustento del Estado. En este caso, la naturaleza y la formación del Estado parten de supuestos totalmente contruidos en la mente de sus productores, como las “abstracciones esenciales” de la “justicia” (Platón), el “bien común” (Aristóteles), la “fortuna” (Maquiavelo), la “espiritualidad” (Vico, Montesquieu), la “psicología” (Hobbes), la “religión” o la “divinidad” (Santo Tomás) o la “razón universal” (Hegel). Estas “esencias del hombre” serían los principales elementos motores para comprometer a los individuos en una sociedad civil. A su vez, el cambio en esas mismas esencias también explicaría la sucesión de una forma de gobierno a otra. Estas posturas formarían parte de un humanismo que buscaba “el bien común, en tanto búsqueda de la concordia y tolerancia universales” (Lull y Micó 1997: 124).

La más importante de estas corrientes va a ser la del derecho natural¹⁷ o contractualista. Estas asumen el “contrato social” (por ejemplo, Rousseau [1762] 1973)

¹⁷ El “iusnaturalismo”, como lo define Norberto Bobbio (1985, 1987).

como la forma libre de asociación de las personas y, que es contrario al “estado de naturaleza” que ofrece demasiadas desventajas como para ser abandonado. Mediante dicho “contrato social” las personas adquieren la seguridad de la “civilización” (resguardada en la ciudad) la que, mediante la producción de leyes positivas, integradas y avaladas por el derecho natural, conseguirá el equilibrio y supervivencia de toda la sociedad¹⁸. Esta misma concepción idealista sirvió de sustento del derecho para la clase emergente de los inicios de la era capitalista y fundamentó el derecho natural moderno.

Esta corriente de pensamiento es defensora de la propiedad privada exclusiva (un tema que es bastante relevante para nuestro análisis social), y la mayoría de las leyes describen leyes positivas a favor de los propietarios (incluyendo al Estado) y en desmedro de los desposeídos.

Finalmente podrían ser definidas como individualizadoras, porque ven a los individuos como los únicos causantes y promotores de la aparición del Estado. Dicha característica, por ejemplo, representó un pretexto bastante efectivo para los emergentes burgueses del siglo XVII, en su momento, y para los científicos sociales “postmodernos”, en la actualidad¹⁹.

En el otro lado de nuestro análisis, ubicaremos el bloque que comprende a las filosofías que hemos convenido en denominar materialistas, pues para la elaboración de dicha filosofía, se parte de un sustrato material de la sociedad manifestado, principalmente, en la economía (la producción de los agentes sociales para la satisfacción de sus necesidades materiales), por lo que el objeto de estudio en este caso es concreto, objetivable y, por consecuencia, su proceso de producción es reconstruible con el fin de (re)producir un conocimiento de la realidad, en tanto opuesto a la ideología. Por tanto, criticarán al “derecho natural” o “iusnaturalismo”.

¹⁸ Este equilibrio social, posteriormente, y bajo una perspectiva funcionalista (organicista) de la sociedad, será denominado “homeostasis”.

¹⁹ La mayoría de las corrientes históricas “postmodernas”, y especialmente la “arqueología contextual” (ver Hodder 1994), centran su discurso en la individualidad y su rol en el cambio social. Solo como ejemplo de su incoherencia (de entre muchas) en la práctica arqueológica, citaremos la que anota Almudena Hernando: “No se puede comprender la Historia desde el punto de vista del individuo, a mi juicio, porque el individuo es en sí una construcción social que sólo se inició a partir de un determinado momento histórico” (1999: 34). Ese momento histórico al que se refiere es el siglo XII, cuando empezaba a desarrollarse la clase burguesa.

Los pensadores alineados en dicho bloque critican que el Estado sea considerado como una manifestación natural del desarrollo “normal” de la humanidad y pugnan por la igualdad socioeconómica de las personas. Por lo mismo, esta corriente filosófica analizará cómo al aparecer la propiedad privada se hace necesario un cuerpo de leyes orgánico que la defiendan, naturalice, institucionalice y reproduzca²⁰. Evidentemente, este es un análisis histórico, porque va más allá en el tiempo que las condiciones políticas en que se desarrolla e inserta dicho pensamiento, hallando regularidades en el devenir de la sociedad humana. Salvo algunas excepciones, esto no es seguido por los demás idealistas, puesto que no es conveniente para sus propuestas de defensa estatal, por cuanto lo que se predica es la invariabilidad y perennización de ciertas situaciones históricas. Cada Estado, o mejor dicho cada clase social dominante, en su momento quiso perpetuarse en el poder, tanto en el espacio como en el tiempo. La mayor parte de la filosofía materialista estará representada por el marxismo o inspirado en este²¹.

De esta manera, dividiendo a estas concepciones filosófico-políticas en dos grandes grupos podremos sintetizar nuestro estudio, haciendo más visibles las contradicciones existentes entre estos dos puntos de vista que han estado y siguen en pugna. Finalmente, esto mismo servirá para presentar al lector cómo la producción de la investigación de las sociedades prehispánicas en la cuenca norte del lago Titicaca es producto de la impregnación de estas concepciones en las interpretaciones arqueológicas.

SÍNTESIS HISTÓRICA

El primer bloque, como pensamiento filosófico, se iniciaría en la Antigüedad clásica (Grecia y Roma). Platón, al parecer, es el primero en hablar de un “derecho natural” y que con altibajos prosigue y se desliza en el tiempo (en el Medioevo reaparecerá relacionándolo con Dios, dentro de un orden universal, como veremos, propondría Santo Tomás de Aquino [1265-67] 1995) hasta que Hugo Grocio (1583-1645) con sus críticas radicales parece fundar formalmente esta escuela de pensamiento. Pero, para ser más exacto, estas críticas sólo acabarían con la

²⁰ Para un análisis de esto, se puede recurrir, por ejemplo, a *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Engels (hay varias ediciones).

²¹ Para ver una interesante síntesis de la historia de la Arqueología relacionada con las ideas marxistas, se puede consultar a Patterson (2003).

escuela de los “iusnaturalistas clásicos o medievales”²², puesto que las ideas base se mantendrán.

Inspirados en gran medida por ellos, continuarán en la misma brecha los denominados “iusnaturalistas modernos” que tienen como mayor virtud sistematizar y formar un cuerpo de leyes (sistema jurídico deductivo con postulado ético originario) que tienen como base el racionalismo: la razón humana como desencadenante de la asociación de personas y el desarrollo de la sociedad civil. Con Thomas Hobbes se daría este primer paso y aunándose a sus deudores filosóficos, como por ejemplo Spinoza, Pufendorf, Locke o Rousseau, constituirán un grupo de pensamiento con sustentos filosóficos muy semejantes, aún cuando utilizaron este pensamiento en distintas condiciones geográficas, económicas y políticas. Esta escuela verá un gran desarrollo y éxito en el mundo occidental (sobre todo anglosajón) y que incluye la época de los primeros escritos de Hegel, concretamente De las diferentes formas de tratar científicamente el derecho natural (1802)²³.

Hasta aquí la carrera de los filósofos políticos idealistas era solitaria, y si bien existieron críticas, éstas no provenían desde un grupo compacto de pensadores que manejasen un cuerpo teórico suficiente para enfrentárseles, probablemente porque la misma filosofía política no se había desarrollado lo suficiente como para hacerlo. Así, también, hemos observado que las concepciones de Hegel se ofrece como una “filosofía bisagra”, articulando a los dos bloques filosófico-políticos propuestos, pues por un lado desarrolla su dialéctica que servirá de base para la posterior propuesta de Marx y, por el otro, reproduce la mayoría de los postulados iusnaturalistas clásicos, justificando, sobre todo, la existencia del Estado desde una perspectiva idealista.

Asimismo, sobre la filosofía desarrollada por Hegel y otros (por ejemplo, Fichte o los socialistas utópicos), Marx construyó su propuesta materialista histórica y provocaría una “ruptura epistemológica” o “revolución científica”. A partir de entonces, el desarrollo de las ideas de Marx cobraron una velocidad impresionante, llegándose incluso en pocos años a su puesta en práctica (“a veces afortunada, otras no”, como diría Roies [1974: 37]²⁴). Incluso, hoy en día se sigue trabajando

²² Aunque, para Bobbio (1985: 153), la fecha de defunción de estos últimos se daría con Hobbes.

²³ Aunque Vico parece adelantársele al hacer una dura crítica al racionalismo jurídico y ético de sus predecesores (Bobbio 1985: 79).

²⁴ Para un análisis de los desarrollos del marxismo posteriores a Marx, ver Fages (1977).

bajo sus principales postulados (Patterson 2003) y hasta el denominado postprocesualismo en Arqueología (ver, por ejemplo, Hodder [1986] 1994, Leone 1984, Shanks y Tilley 1987, 1992) ha sabido sacar provecho de las líneas filosóficas generales producidas por Marx.

Advertimos que, en nuestro análisis, hemos excluido conscientemente algunas teorías o aplicaciones de filosofía política, porque creemos que muchas de ellas se corresponderán en algún grado con nuestros dos grandes bloques. Aún así, en su momento haremos alusión a tales corrientes o pensadores y veremos cómo se articulan o se aproximan al bloque principal que le asignaremos por medio de su estudio. Por otro lado, este esfuerzo sintético busca la aprehensión de la mayoría de los sustentos ideológicos en pro y contra del Estado, con el afán de revelar que aún habiendo diferencias de forma (discurso) las semejanzas se encuentran en el sustrato filosófico-político.

LAS CONCEPCIONES FILOSÓFICO-POLÍTICAS IDEALISTAS

Como hemos referido en la introducción de este capítulo, aquí someteremos a análisis a las concepciones que por sus principales postulados asumen una posición idealista y defensora con respecto al Estado. Principalmente, dichas concepciones se ven unificadas por una justificación del Estado por cuestiones “naturales”. Comenzamos con los clásicos griegos que iniciarán dichas ideas y que luego de los cuales, y tras un largo período de vigencia, terminará formalmente con Jean-Jacques Rousseau, el más alto exponente defensor de dicho bloque, y sobre el cual ya todo será repetición, incluso hasta la actualidad.

El mundo clásico: Grecia y Roma

La escuela de Atenas: los filósofos griegos

En la época de mayor esplendor de la sociedad griega, se van a desarrollar las líneas generales del pensamiento político que van a perdurar incluso más allá de Hegel (un ejemplo es la clásica tripartición aristotélica de los tipos de gobierno en aristocracia, democracia y monarquía). Pero lo más relevante va a ser la utilización del derecho natural para justificar el gobierno. Los valores éticos serán fundamentales para justificar la presencia de la “república”. También, mediante análisis comparativos e históricos entre sociedades conocidas en su época, van a presentar a su propia política como el máximo desarrollo. En este caso se utilizarán ejemplos extraídos de Grecia, concretamente de Atenas y Esparta, que serían los mejores exponentes del desarrollo político de su mundo conocido.

Platón (428-347 a.n.e.)

Este filósofo griego fue uno de los primeros pensadores que analizó el Estado, aunque en esa época inexistente, tal como la conocemos actualmente, y que ellos denominaban “república”. Para Platón, el desarrollo de las sociedades se había dado de las formas perfectas a las imperfectas, en una suerte de desarrollo decadente, bajo el siguiente esquema:

Timocracia > Oligarquía > Democracia > Tiranía

Para este filósofo griego, el Estado perfecto: “la república”, es una idealización de la realidad donde hay tres clases de hombres. Para Platón, dentro de este Estado ideal existirán gobernantes sabios: los filósofos. Asimismo, tendrán que existir ciudadanos, cuya función sea defender este Estado, aunque no conozcan el porqué de las cosas necesariamente: los guerreros. A estos se le suman los productores, que crearán los bienes para el sustento del Estado. Sin embargo, como Platón reconoce, este Estado ideal nunca ha existido: “Quizá en el cielo está el ejemplo para quien quiera verlo y apegarse a él para gobernar a sí mismo” (final del Libro X).

Como ya vimos, Platón mantiene una tipología de gobiernos que, al contrario de la mayoría de los filósofos, estuvo compuesta también por formas malas de gobierno (“una sola es la virtud y muchos los vicios”, razón que aduce para la corrupción de los gobiernos). Por tanto, su tipología va de lo “bueno” a lo “malo”.

La “timocracia” (sinónimo de monarquía), la forma de gobierno más cercana a su estado ideal, fue ejemplificada en la ciudad-estado de Esparta, por la que Platón sentía profunda admiración. Dentro de su tipología, esta ciudad-estado se encontraba en un camino intermedio entre el gobierno ideal (la aristocracia) y las otras tres formas malas. En el análisis de las formas de gobierno de Platón hay que anotar un tratamiento psicológico o, mejor dicho, un juicio ético o moral de las características de cada gobernante (o gobernantes, según sea el caso) dependiendo del gobierno en el que esté inmerso. Así, el hombre timocrático es ambicioso y deseoso de honor, el oligárquico tiene ansia de riqueza, el democrático tiene un deseo inmoderado de libertad (que le conducirá al libertinaje) y el tiránico será violento.

Por otro lado, las causas del cambio de gobierno o de constitución se encuentra en “la corrupción del principio en que todo gobierno se inspira”. El gran mal del Estado y causa de su caída será la discordia, que es opuesta a la unidad en que el gobierno debe permanecer.

Asimismo, para el filósofo griego, “el bien” es el orden que caracteriza al cosmos, por tanto, es el orden el que debe reinar. Por consecuencia, este también determinará la estructura del Estado y la vida de cada ser humano: el Estado y el “hombre justo”. Al “bien” se llegaría mediante el conocimiento y, sin este, todo se torna un caos y conduce a la miseria. Para Platón, los gobernantes deberán ser personas sabias y, mejor aún, filósofos, quienes se encuentren estudiando la realidad de las ideas. Vemos, pues, que así comienza la concepción del Estado como producto de los valores morales “inherentes” al ser humano y cómo un concepto tan subjetivo como “el bien” será un elemento a tomar en cuenta para definir si un Estado es bueno o malo.

Aristóteles (384-322 a.n.e.)

Aristóteles va a desarrollar la teoría clásica del Estado que, sin grandes variaciones, llega incluso hasta nuestro tiempo. Su obra más relevante, con relación a nuestro estudio, es *La política*. Aristóteles prácticamente repite el esquema de las formas políticas desarrollado por Platón, pero llamará *politeia* a la forma buena de gobernar muchas personas y a su degeneración o forma corrupta le denominará “democracia”. Al igual que su antecesor, la tipología que él propone es descendente:

Monarquía > Aristocracia > Polítia > Democracia > Oligarquía > Tiranía

Es relevante el estudio histórico que realiza de las sociedades y que se basa en la asociación de formas sociales que se corresponden con formas políticas.

Para Aristóteles, la razón principal para que las personas se reúnan en la ciudad, y por consecuencia formando el Estado, es la de “vivir bien”. Para que este objetivo sea alcanzado, es necesario que los ciudadanos persigan conjuntamente y/o mediante sus gobernantes un interés común. Como vemos, para Aristóteles, la justificación del gobierno se da por razones de índole natural. Así, también, los gobernantes y demás clases sociales van a existir como consecuencia de unas características que le son inherentes y a las que no podrán contradecir. Es más, los gobernantes están justificados para ello, pues son los únicos capaces de dirigir a la sociedad de forma justa, mediante el conocimiento del “bien”, un concepto bastante subjetivo que va a desarrollar a lo largo de todo su discurso y que vimos que aparece, también, en el discurso platónico. Se tratará, pues, de naturalizar las condiciones existentes del momento. En esta línea, su posición acerca de las desigualdades entre clases sociales será “conciliadora”, que buscaría el equilibrio

o estabilidad de la sociedad entera mediante la existencia de la clase media. Aquí podemos ver un mensaje que llega a nuestros días, según el cual se evaden los conflictos existentes entre clase sociales. Otro de esos mensajes es la idea de que un “gobierno mixto” puede ser de las mejores formas de gobierno existentes, cuestión que Polibio planteará para Roma.

Polibio (III siglo a.n.e.) y el gobierno mixto: Roma

A diferencia de los anteriores, Polibio fue un historiador. Sin embargo, su obra *Historias* contiene en el Libro VI uno de los mejores contenciosos acerca de la política, como justamente se titula dicho libro. Polibio había nacido en Grecia (luego se estableció a Roma), circunstancia que lo convirtió en un observador directo del mundo helénico. En Roma escribiría la primera gran historia de ese pueblo y que fue precursora de la que escribiría Tito Livio. En el referido libro *Historias* describe la constitución romana, un verdadero derecho público romano en el que se detalla las diversas magistraturas. Siguiendo con las tipologías de gobierno, separará a los gobiernos en seis formas (3 buenas y 3 malas), pero agregando una séptima que sería la síntesis de las tres buenas y que, como era de esperar, estaría cercana a la de Roma. Sin embargo, para él, la sucesión de los gobiernos en el tiempo sería cíclica, es decir, se repetiría un fenómeno que él mismo denominaría como “anaciclosis”.

Roma, pues, fue su gobierno perfecto, ya que se trataba de un sistema mixto de gobierno y, por esta razón, Polibio desarrolló una de las primeras definiciones de lo que fue un gobierno mixto; sobre esto regresaremos luego. Los nombres que da las tres formas buenas de gobierno en su “anaciclosis” son: “reino”, “aristocracia” y “democracia”. De esta manera, otorga una connotación positiva a esta última forma de gobierno, al contrario de Platón y Aristóteles. Obviamente, la forma corrupta de cada una de ellas (por causa natural, por supuesto) es la tiranía representada en la oligarquía y describe un nuevo término: “oclocracia” (oklos= multitud), que se entiende como el rol negativo del gobierno de la masa popular. Para Polibio, como ya dijimos, la sucesión de las formas de gobierno será cíclica, y la explicación de ello está fundamentada en que la corrupción de una forma buena de gobierno provoca la aparición de su correspondiente forma mala. Esto quiere decir que ya no es una sucesión lineal, sino que la sucesión de las formas de gobierno en el tiempo se da por parejas, que incluyen tanto una forma buena como una mala. Podríamos simplificar su esquema en esta forma:

(Reino > Tiranía) > (Aristocracia > Oligarquía) > (Democracia > Oclocracia)

La de Polibio es, por cierto, una visión fatalista de la historia humana, pero que, al contrario de Platón, ofrece una solución de continuidad a su ciclo, sosteniendo que al final del mismo nuevamente se regresa al comienzo, es decir, de la olocracia se regresa al reino. Por esta razón, nuestro esquema arriba representado debería ser circular y no lineal.

Para afirmar en que el gobierno mixto (como el que tenía Roma) era el mejor, Polibio ejemplificará esto mediante el caso de la ciudad-estado de Esparta, pues siendo este un gobierno mezcla de las tres buenas formas se posibilitó la “estabilidad”, una condición favorable que no se alcanza con ninguna de las formas buenas, puesto que su corrupción es una cuestión natural:

Licurgo (...) promulgó una constitución no simple ni homogénea, sino que juntó en una las peculiaridades y las virtudes de las constituciones mejores. Así evitaba que alguna de ellas se desarrollará más de lo necesario y derivará hacia su desmejoramiento congénito; neutralizada por las otras la potencia de cada constitución, ninguna tendría un sobrepeso ni prevalecería demasiado, sino que, equilibrada y sostenida en su nivel, se conservaría en este estado al máximo tiempo posible, según la imagen de la nave que vence la fuerza del viento contrario. (Polibio [s. II a. n. e.] 1981, Libro VI: 10)

De este modo se hace necesario que exista una estabilidad o equilibrio de poderes, una condición del Estado que llega hasta nuestros días inmersa en las teorías “constitucionalistas”. Para la época romana, esto se conseguía por el equilibrio entre los tres estamentos del gobierno: los cónsules, el senado y los comicios del pueblo. Entre ellos, pues, se regularán sin preponderar ninguno sobre los otros dos. Aquí se basan muchos filósofos (incluso actuales) para definir a la sociedad estática y sin cambios. Sin embargo, como vimos anteriormente, para Polibio, que habla de la corrupción natural de los gobiernos (una perspectiva cíclica), el equilibrio de un gobierno (mixto) sería una contradicción; pero, como bien señala Bobbio (1987: 53), lo que Polibio refiere no es la perpetuidad del gobierno, sino su mayor duración en el tiempo dada su “estabilidad” congénita.

Los filósofos medievales o de la “edad oscura”

El poder político proviene de Dios: Santo Tomás de Aquino (1225-1274 d.n.e.)

Tomás de Aquino no va a ser más que un predicador de la Iglesia católica de sus días, la cual, a su vez, en ese tiempo, estaba bastante inmersa en cuestiones políticas. Como consecuencia de su formación en Teología, Tomás de Aquino va a instar mediante sus tesis que si bien los gobernantes (los reyes) son los encargados

de dirigir la sociedad, esta tiene como fin vital llegar a Dios, por lo que el Sumo Pontífice de la Iglesia católica, el Papa, debe ser entendido como la mayor autoridad de las sociedades, en general:

Un régimen de este tipo es propio de aquél rey que no es solamente un hombre, sino Dios, o sea, el Señor Jesucristo, que, convirtiendo a los hombres en hijos de Dios, los introduce en la gloria del cielo. Y este gobierno le fue dado de modo que no se corrompa, pues se le llama en las Sagradas Escrituras no solamente sacerdote, sino también rey, como dice Jeremías: Reinará como rey, y será sabio; por eso de él deriva el sacerdocio real. Y, lo que es más, todos los fieles en Cristo, en cuanto miembros suyos, son llamados reyes y sacerdotes. Luego así el ministerio del reino, al encontrarse separado lo espiritual de lo terreno, ha sido encomendado no a los reyes de la tierra sino a los sacerdotes y, principalmente, al Sumo Sacerdote, sucesor de Pedro, Vicario de Cristo, el romano Pontífice, del que todos los reyes del pueblo cristiano deben ser súbditos, como del mismo Señor Jesucristo. Así pues, como ya se afirmó, aquellos a los que pertenece el cuidado de los fines anteriores y la dirección de imperio deben subordinarse a aquel que tiene el cuidado del último fin. (Tomás de Aquino [1265-1267] 1995: 72-73)

Con Tomás de Aquino, pues, se toma un nuevo elemento para justificar el Estado: Dios. Su tesis reposa en que todas las cosas, incluida la naturaleza (elemento que, para Aristóteles y los anteriores a él, era lo primordial), por supuesto, son creación divina. Por esto mismo no será difícil que el poder divino en la Tierra representado en el Papa se incluya en esta concepción. Esta cuestión, además de lo divino, se afianzaba en la fuerza, puesto que el Vaticano pasaba por una era gloriosa a causa de las Cruzadas.

Habría que señalar que su principal obra (que ha llegado hasta nosotros como *La monarquía*) fue dedicada al rey de Chipre²⁵; por tanto, además de su fe depositada en Dios, también la tenía en el gobierno civil. Por demás está decir que, para él, los hombres viven en sociedad por el mandato de la razón y como cosa natural:

Pero corresponde a la naturaleza del hombre ser un animal sociable y político que vive en sociedad, más aún que el resto de los animales, cosa que nos revela su misma necesidad natural. (Ibíd.: 6)

²⁵ Como anotan Robles y Chueca (Tomás de Aquino 1995: XVIII-XIX), se necesitaba consolidar su monarquía, por lo cual no se hace mención del gobierno mixto, sino más bien se recomienda la monarquía pura.

Claro que esto no sería del todo equivocado, puesto que los individuos sociales necesitan organizarse para satisfacer sus necesidades materiales, pero el problema radica cuando desde allí Tomás de Aquino salta al reinado como algo también natural, por extensión de la preconditionada.

Sus escritos van a estar impregnados del discurso aristotélico, por cuanto es en 1260 d.n.e. cuando se hacen las primeras traducciones de las obras del filósofo griego, aunque también se fundamentan en los escritos de San Agustín (*La ciudad de Dios*, principalmente). Para Tomás de Aquino, un elemento clave para la subsistencia del Estado será la paz, la cual deberá ser mantenida incluso mediante la fuerza. Por otro lado, aunque fue religioso le concedió importancia vital a la propiedad privada, ya que para él la repartición de las riquezas haría efectiva la paz entre los hombres. En la tipología de los gobiernos que ofrece Tomás de Aquino no se aprecia demasiado cambio sustancial con relación al esquema de los tiempos de Aristóteles. De este modo, Tomás de Aquino señala que existen:

Formas buenas : Monarquía - Aristocracia - Democracia

Formas malas : Tiranía - Oligarquía - Demagogia

Aunque habrá algunos cambios de opinión a lo largo del texto acerca del lugar que le corresponde a las formas de gobierno, en tanto buenas o malas, para Tomás de Aquino, la monarquía siempre será el mejor de los gobiernos civiles²⁶.

Maquiavelo y El príncipe (1469-1527)

Su formación fue humanista, una forma de entender a la sociedad que estaba en plena vigencia en su época y gracias a la cual se desempeñaría como canciller del pequeño estado-república de Florencia. Durante su permanencia en dicho cargo político, se desempeñó como diplomático en Francia y en la península Itálica (ducado de Romagna, el Vaticano y la misma Roma). Por ello, Maquiavelo fue testigo privilegiado de los últimos tiempos de esplendor y decadencia de las ciudades-estados itálicas. Las luchas políticas y las guerras le dieron la oportunidad de trasladarse a las cortes de Luis XII en Francia y a las de Vaticano para encargarse de los asuntos diplomáticos concernientes a Florencia. Encontrarse en esta situación tan delicada le permitiría también observar y luego emitir su juicio acerca de la política (de los gobernantes y la forma de gobernar en su época y su justificación) y escribir una suerte de “manual del buen gobernante”.

²⁶ Aunque hacia el final de su vida se incline por un gobierno mixto (ver *Suma teológica*).

Su idea acerca del caudillaje, su principal forma de considerar a los soberanos, fue desarrollada mediante las impresiones que obtuvo en su trabajo de diplomático y, sobre todo, las que obtuvo de César Borgia y Julio II (*el Papa Guerrero*), gobernantes enfrascados en conflictos territoriales por la búsqueda de la expansión de sus dominios. Estas circunstancias históricas impresionarán al autor de *El príncipe*, y que son claras en dicho texto e incluso en sus primeros escritos, donde ya se perfilaban sus preceptos acerca de los gobernantes. Por ello, como bien señala Skinner (1998: 33-34), la intención de este escrito fue agradar a los Médicis (“algún tipo de prueba de que soy un súbdito leal”, como diría el mismo Maquiavelo), los nuevos señores de Florencia. Aquí se revela, pues, la intención del autor y los objetivos que persigue, resultando que en el texto se notan serias contradicciones entre lo que quiere decir y lo que debe escribir para agradar al “Magnífico Lorenzo de Médicis”, como consta en la dedicatoria de dicha obra.

Asimismo, Maquiavelo va a ser el primero en utilizar el nombre de Estado para denominar al gobierno civil: “Todos los Estados, todas las dominaciones que ejercieron y ejercen imperio sobre los hombres, fueron y son repúblicas o principados”. De este fragmento también se desprende que, para Maquiavelo, los tipos de gobierno sólo pueden ser de dos clases. Así, su tipología de gobiernos ya no será tripartita (clasificación aristotélica-polibiana), sino bipartita:

Principado ↔ República

La diferencia entre las dos va a ser de orden cuantitativo. En la primera, que corresponde al reino, sólo un individuo concentra todo el poder, y en la otra, que abarca tanto a las aristocracias como a las democracias, varios sujetos detentan el poder. No podrán existir otros tipos de Estado, puesto que lo intermedio creará la tan temida “inestabilidad” (aunque con esto parece contradecir la tesis de la bondad de los gobiernos mixtos, que ya vimos con Polibio). Algo que también llama la atención es que en *El príncipe* cada una de esas formas de gobierno ya no tiene su opuesto o forma corrupta, aunque no la desestima como algo prudente en los gobiernos.

En *El príncipe*, Maquiavelo se refería a la realidad de su tiempo, en el que los principados y las monarquías poseían la soberanía sobre los pueblos²⁷, describiendo

²⁷ Maquiavelo, ya en su texto anterior: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (1513), discutía los gobiernos de la Antigüedad clásica. Este escrito estaba fuertemente influenciado por la obra de Polibio, pues, como este, aceptaba la “anaclicosis” (la ley natural de los ciclos históricos). Sin embargo, Maquiavelo

su naturaleza y sus características. Dentro de los principados, las diferencias en la forma de gobernar que establece serán:

Principados hereditarios, donde o bien un príncipe elige entre sus siervos a los ministros que le ayudan a gobernar o un príncipe es asistido por los barones (aristócratas) para ello.

Principados nuevos, conquistados por virtud, por fortuna, por maldad (las armas) o por el consenso de los ciudadanos, aunque: “La fortuna y las armas son elementos principales que determinan la existencia de los Principados y por esos mismos elementos las personas están sujetas a él” (Maquiavelo [1513] 1999: 35).

La mayor parte de la obra de Maquiavelo (y de ahí su fama popular) se centra en justificar los excesos que por cuenta del Estado hacen los gobernantes y se justifiquen por su necesidad de conservarlo en sus manos. Por ello, un príncipe “no debe preocuparse de incurrir en la infamia de aquellos vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el estado” (Ibíd.: 110) o “un príncipe no debe preocuparse de tener fama de cruel por mantener a sus súbditos unidos y fieles” (Ibíd.: 115). Y, así, todo el texto está salpicado de frases similares que defienden al Estado y a sus gobernantes. Para darle solidez a sus argumentos, Maquiavelo se basa en ejemplos extraídos del mundo romano y de su tiempo.

Giambattista Vico (1668-1774)

Este pensador napolitano entrará en nuestro bloque idealista por el peso que le otorga a la cuestión espiritual en su análisis histórico de las formas de gobierno político y que, según Benedetto Croce, representa una “filosofía del espíritu”. Dicho análisis se encuentra inspirado en ideas que, como ya vimos, había desarrollado Aristóteles acerca de la trilogía de los gobiernos políticos: monarquía, aristocracia y democracia. Sin embargo, el gran “descubrimiento” que hace Vico es que la monarquía representaría la fase última del desarrollo político, alterando con ello, tendenciosamente, la sucesión histórica de la forma de gobierno como se había conocido hasta entonces, según observamos en los pensadores precedentes.

Pero, más allá de esto, posiblemente el mayor problema que tiene su tesis es la inexistente dialéctica en la que transcurre su descripción de la sucesión de las formas políticas y que está, básicamente, inspirado en la historia de Roma. Esto va

añade que el final de dicho ciclo concuerda con el peor gobierno y, a su vez, que el regreso al inicio de la serie cíclica natural, puede ser alterado por la conquista realizada por un gobierno con mayor fuerza (Bobbio 1987: 73-74).

a ser causado, principalmente, porque Vico no distinguiría entre formas de gobierno malas o buenas, viendo el fin de cada una de ellas como consecuencia del cambio de organización social. De este modo, la familia constituiría una sociedad preestatal y prehistórica, que dará paso a la época histórica y estatal con la monarquía como una sociedad política. Su análisis conduce a la suposición que al fin de este gobierno y su disolución se entrará en la anarquía, produciendo con ello la disolución final de las formas políticas. Según Vico, cada tipo de gobierno es idóneo para cada época, no existiendo el más adecuado que el que posee cada sociedad; es decir, existe un designio casi divino o un destino establecido, algo así como un “cada cual tiene lo que se merece”. Así, su análisis es unilineal y progresivo.

Finalmente, para Vico, la propiedad privada es un elemento básico en su análisis y el cambio de las leyes acerca de ella, como por ejemplo el realizado por Servio Tulio en época romana, condicionarán el paso de un tipo de gobierno a otro.

La ilustre Ilustración

La ilustración inglesa y Thomas Hobbes (1588-1679)

Hobbes fue el primer sistematizador de las leyes, razón por la cual incluso se le ha considerado el fundador del positivismo jurídico, y en la lectura de su obra se revela la persistencia de una filosofía del derecho natural. En ese sentido, *Leviatán* (1651) fue la obra fundamental en cuestión política de este filósofo y científico inglés. En dicha obra, el poder que detentan algunas personas está relacionado con unas cualidades innatas en ciertos sujetos, de las cuales resalta el honor, y que les son naturales, tanto con Estado como sin él (“leyes naturales”, como diría Hobbes). Esta idea está relacionada con la existencia de características, cualidades innatas, aptitudes físicas o mentales e, incluso, la buena suerte o el designio de Dios, que hace que estas personas sean objeto de acciones que se relacionan, por ejemplo, con el ser objeto de honra (en la misma línea maquiavélica). En el *Leviatán* hay un gran listado de acciones similares que incluyen normas de cortesía como materialización de ese deseo de honrar a este tipo de personas. Cuando este mismo honor se hace público sobrevendrá en poder, siendo el mayor de ellos relacionado al gobierno de la sociedad:

El mayor de los poderes humanos es el que se integra con los poderes de varios hombres unidos por el consentimiento de una persona natural o civil es el poder del estado, o el de un gran número de personas, cuyo ejercicio depende de las voluntades de las distintas personas particulares, como es el poder de una facción o de varias facciones coligadas. (Hobbes [1651] 1991: 108)

En la cita anterior ya se puede notar que la idea de un contrato social subyace en sus escritos. Por ello, para Hobbes, el objetivo final para que los hombres creen un Estado con las restricciones inherentes que este supone:

(...) es el cuidado de su propia conservación y, por añadidura, el logro de una vida más armónica; es decir, el deseo de abandonar esa miserable condición de guerra que, tal como hemos manifestado, es consecuencia necesaria de las pasiones naturales de los hombres, cuando no existe poder visible que los tenga a raya y los sujete, por temor al castigo, a la realización de sus pactos y a la observancia de las leyes de la naturaleza. (Ibíd.: 143)

En consecuencia, Hobbes hará la distinción entre “comunidades por institución” (como la que se anota arriba) y las “comunidades por adquisición”. En estas últimas, “la motivación a obedecer no es tanto el temor característico del estado de naturaleza, sino el temor al poder de un poder soberano ya existente, donde por ejemplo, los hombres han sido derrotados por, o incluso se han rendido a, un ejército enemigo” (Hobbes, citado en Hampscher-Monk 1996: 55).

En su obra están reflejadas las ideas que tenía acerca de la diferencia y el consecuente conflicto que existía entre la autoridad política y la autoridad religiosa. En su análisis del pensamiento político moderno, Hampscher-Monk al referirse, por ejemplo, a las ideas de Hobbes acerca de la legitimidad de la Biblia, dice que: “a fin de prevenir el conflicto religioso y político, la interpretación pública de la Biblia tiene que ser la del soberano” (1996: 17). Por lo que vemos, Hobbes no tenía ningún reparo en ser servicial a su régimen político, llegando incluso a ser acusado de ateísmo en 1660 por este tipo de declaraciones. Por ello, Hobbes (un escéptico de su tiempo) mantendrá claramente su posición acerca de que la autoridad religiosa nunca deberá sobrepasar a la autoridad política, aunque astutamente nunca negaría la existencia de Dios, por el peligro que encerraba dicha declaración en esos tiempos y que suponía ser declarado hereje.

Por otro lado, Hobbes también se enfrentó a sus contemporáneos, los “parlamentaristas”, pues él pensaba que la construcción de la legitimidad política no debería ser hecha mediante el reconocimiento y justificación de las prácticas pretéritas, como por ejemplo la posesión de toda la propiedad ejercida durante la época feudal. De esta manera, avalaba el nuevo orden que interesaba a la clase burguesa. Asimismo, su obra fue elaborada durante un momento crítico de la historia de Inglaterra (se trataba de evitar la guerra civil), cuando existía una lucha entre el monarca y el parlamento; por tanto, su obra trataba y estaba dirigida a dar soluciones mediante la construcción de una ciencia política.

El empirismo político y John Locke (1632-1704)

Locke es reconocido como el fundador del empirismo, doctrina que postula que todo el conocimiento, con la probable excepción de la Lógica y las Matemáticas, se deriva de la experiencia, pues el ser humano llegaba al mundo como una tabla rasa: (“una hoja en blanco sobre la que la experiencia humana imprime el conocimiento”). Sus escritos, por ejemplo: *Dos tratados del gobierno civil*, estarán impregnados de un servilismo al gobierno monárquico, hecho que se materializa en la producción de un sustento ideológico que ayudará indirectamente a Guillermo de Orange a convertirse en rey de Inglaterra en 1688.

Locke continuará con el discurso del derecho natural y del contrato social (que denominará “acuerdo mutuo”), pasando sin mayores cambios:

(...) tendremos que el poder político es el que todos los hombres poseen en el estado de Naturaleza y al que luego renuncian y ponen en manos de la sociedad, confiándose a los gobernantes que esa sociedad ha establecido para que la rijan, con la misión expresa o tácita de emplearlo para el bien de los miembros de la sociedad y la salvaguarda de sus propiedades. En consecuencia, ese poder que todos los hombres tienen en el estado de la Naturaleza y del que se desprenden, entregándolo a la sociedad en todos los casos en que ésta puede servirles de salvaguarda, consiste en poner en acción aquellos medios de salvaguarda de sus propiedades que juzgan buenos y compatibles con la ley natural, y de castigar en los demás el quebrantamiento de esa ley natural, para asegurar razonablemente, hasta donde sea posible, su propia salvaguarda y la del resto del género humano. (Locke [1690] 1985: 114-115)

Locke hace una discriminación de este poder con el “despótico”, al que define como: “absoluto y arbitrario que permite a un hombre atentar contra la vida de otro cuando así le agrada. Es éste un poder que la naturaleza no otorga; la Naturaleza no establece entre los hombres semejantes distinciones, y ningún pacto puede establecerlas”. (Ibíd.: 115). Así vemos que critica al poder despótico no tanto por su accionar, sino por el actor. Al posicionarse de esta forma, ataca a este tipo de gobierno y, consecuentemente, también a su soberano, que le parece un usurpador del trono de Inglaterra, y que en este caso no es otro que Guillermo de Orange.

Por otro lado, tanto el poder despótico como el que no lo es, no son sino la misma cosa, y lo que Locke llama “Naturaleza” (“lo que decide sobre los hombres”) sería realmente una naturalización de las condiciones políticas existentes en su época. Locke es recurrente en sus escritos en la utilización de la propiedad como elemento principal o requisito para la condición de ser bien gobernado:

El poder paternal no existe sino donde la minoría de edad hace al niño incapaz de cuidar por sí mismo de su propiedad; el poder político aparece allí donde los hombres pueden disponer de sus propiedades; y el poder despótico no existe sino sobre aquellos hombres que no tienen ninguna propiedad. (Ibíd.: 116)

O, como dice en otra parte:

Por consiguiente, el grande y principal fin que lleva a los hombres a unirse en estados y a ponerse bajo un gobierno, es la preservación de su propiedad, cosa que no podían hacer en el estado de naturaleza, por faltar en él muchas cosas:

Primero, faltaba una ley establecida, fija y conocida; una ley que hubiese sido aceptada por consentimiento común, como norma de lo bueno y de lo malo, y como criterio para decidir entre las controversias que surgieran entre los hombres. Pues aunque la ley natural es clara e inteligible para todas las criaturas racionales, los hombres, sin embargo, cegados por sus propios intereses y por no haber estudiado dicha ley debidamente, tienen tendencia a no considerarla como obligatoria cuando se refiere a sus propios casos particulares.

En segundo lugar, falta en el estado de naturaleza un juez público e imparcial, con autoridad para resolver los pleitos que surjan entre los hombres, según la ley establecida. Pues en un estado así, cada uno es juez y ejecutor de la ley de naturaleza; y como los hombres son parciales para consigo mismos, la pasión y la venganza pueden llevarlos a cometer excesos cuando juzgan apasionadamente su propia causa, y a tratar con negligencia y despreocupación las causas de los demás.

En tercer lugar, falta a menudo en el estado de naturaleza un poder que respalde y dé fuerza a la sentencia cuando ésta es justa, a fin de que se ejecute debidamente. Aquellos que por injusticia cometen alguna ofensa, rara vez sucumbirán allí donde les es posible hacer que su injusticia impere por la fuerza. Una resistencia así hace que el castigo resulte peligroso, y aun destructivo, para quienes lo intentan. (Locke [1698] 1990: 124-126)

De este modo, para Locke, la propiedad privada que aparecería de forma natural, tanto como la asociación misma para mantenerla en las manos de sus propietarios, sólo puede y debe ser mantenida por el gobierno civil.

El espíritu de las leyes: Montesquieu (1689-1755)

Sus escritos han inspirado significativamente a la legislación política y las constituciones de los actualmente denominados Estados demócratas. Sin embargo, Montesquieu también sostiene algunas ideas subversivas para su época, respecto a los gobiernos despóticos, los cuales, al encontrarse corruptos, deberán ser frenados mediante la revolución, aunque en este caso sea promovida por la burguesía francesa. Siguiendo a Tierno Galván (1993: XXXIX):

Montesquieu, bien anclado en las ideas fundamentales de su tiempo, pretendió construir un sistema político que permitiese el progreso de la convivencia y de la concepción del mundo burguesa, eludiendo los problemas del desmesuramiento.

El principal aporte conceptual político de Montesquieu serán sus denominadas “leyes positivas”, que serán tan importantes en el desarrollo de sus teorías acerca del Estado y su legislación, principalmente:

Este sistema y teoría de la limitación y el equilibrio constituye el espíritu de las leyes y donde más posibilidades tiene de elaboración y determinación es en el orden de las leyes cumplidas coactivamente por todos y dictadas según la razón y la voluntad humanas es en el ámbito de una comunidad. A estas leyes se les pueden llamar leyes positivas, y dentro de ellas las de más importancia son las leyes políticas –corrompidas o no–, es decir, las que establecen la relación entre gobernantes y gobernados. (Ibíd.: XXXIX-XL. El subrayado es nuestro)

En el análisis político de su actualidad y de las ideas políticas pre-existentes, incluso en el mundo clásico, denominado *Del espíritu de las leyes* (1735), las leyes por las que el mundo está regido y las que influirán incluso en el ser humano, estarán en concordancia con Dios, *el Creador*, y relacionado directamente con la naturaleza:

Las leyes en su más amplia significación son las relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas. En este sentido, todos los seres tienen sus leyes: la tiene la divinidad, el mundo material, las inteligencias superiores al hombre, los animales y el hombre mismo. (Montesquieu [1735] 1993: 7)

De esta manera, vemos que las conclusiones a las que llegará en su obra están regidas por una falsa coherencia con la naturaleza y que se traduce en leyes de la naturaleza sobre las cuales Montesquieu construirá sus demás leyes, como las positivas.

Asimismo, para este autor, la debilidad natural de los hombres hace necesaria su asociación en comunidades y las consecuencias que esto conlleva, como la guerra:

Desde el momento en que los hombres se reúnen en sociedad, pierden el sentimiento de su debilidad; la igualdad en que se encontraban antes deja de existir y comienza el estado de guerra.

Cada sociedad particular se hace consciente de su fuerza, lo que produce un estado de guerra de nación a nación. Los particulares dentro de cada sociedad, empiezan a su vez a darse cuenta de su fuerza y tratan de volver en su favor las principales ventajas de la sociedad, lo que crea entre ellos el estado de guerra.

Estos dos tipos de guerra son el motivo de que se establezcan leyes entre los hombres (...): es el derecho de gentes. (Ibíd.: 9-10)

A partir de esta primera ley positiva se tejerán otras de acuerdo a la relación que se establezca con otros ciudadanos o los gobernantes:

Si se les considera como seres que viven en una sociedad que debe mantenerse, tienen leyes que rigen las relaciones entre los gobernantes y los gobernados: es el derecho político. Igualmente tienen leyes que regulan las relaciones existentes entre todos los ciudadanos: es el derecho civil. (Ibíd.: 10)

Montesquieu añade que los gobiernos deben guardar coherencia con la sociedad a la que está dirigida, y la misma deberá decidir cómo será su propio gobierno. Dicha coherencia también debe mantenerse con la naturaleza, los caracteres físicos del país, con las actividades económicas, con la religión, etc., de cada país (Ibíd.: 10-11)

Distingue tres clases de gobiernos y su naturaleza: **republicano**, aquél en que el pueblo entero, o parte de él, tiene el poder soberano; el **monárquico**, en el que gobierna un solo sujeto de acuerdo a leyes fijas y establecidas; y, el gobierno **despótico**, donde una sola persona lleva el poder según su voluntad, sin tener en cuenta ni ley ni norma (Ibíd.: 11. El subrayado es nuestro).

De este modo, Montesquieu va a describir, de acuerdo a la realidad política de su momento, las causas, el transcurrir y los efectos de los gobiernos humanos.

El contrato social: Jean-Jacques Rousseau (1712-1778)

A partir de un análisis histórico, situará a la familia como la principal de las “sociedades políticas”, que se mantiene unida hasta que los hijos se liberan de los padres. Desde el reconocimiento de esa “organización primordial” de la sociedad humana, a Rousseau no se le hará difícil establecer una analogía con el Estado:

(...) el jefe es la imagen del padre; el pueblo la imagen de los hijos. La única diferencia está en que, en la familia, el amor del padre a sus hijos es el precio de los cuidados que les dedica, mientras que, en el Estado, el placer de mandar sustituye a ese amor que el jefe no siente por sus pueblos. (Rousseau [1762] 1973: 7)

Su ya conocidísima tesis acerca del “contrato social” puede ser resumida en el siguiente párrafo:

Encontrar una forma de asociación que defienda y proteja con toda la fuerza común a la persona y los bienes de cada asociado; y por la cual, uniéndose cada

uno a todos, no obedezca, sin embargo, más que a sí mismo y permanezca tan libre como antes. Tal es el problema fundamental, cuya solución da el contrato social. (Ibíd.: 16)

Hasta aquí, el contrato social se nos presenta como una maravillosa y muy seductora forma de ver el Estado; e incluso según la concebía Rousseau, dicha forma de sujeción estatal incluía una cláusula de ruptura muy fácil y hasta natural:

Las cláusulas de este contrato están de tal modo determinadas por la naturaleza del acto, que la menor modificación la haría vanas y de nulo efecto; de suerte que, aunque no hayan sido nunca formalmente enunciadas, son en todas partes las mismas; en todas partes tácitamente admitidas y reconocidas; hasta que violado el pacto social, cada uno vuelve a sus primeros derechos y recupera su libertad natural, perdiendo la libertad convencional por la que renunció a aquella. (Ibíd.: 16-17)

En resumen, Rousseau nos presenta el contrato social como la manera natural que tienen los hombres y mujeres de asociarse para progresar en este mundo. Es más, supone que cada sujeto deberá entregarse plenamente a la voluntad general, de manera que nadie poseerá mayor poder que otro. Esta forma de asociarse libremente será denominada Estado.

Pero la “trampa” en el contrato social de Rousseau está en que a la par que la asociación colectiva es una ventaja entre los sujetos de semejantes condiciones, también estos obtendrán gratuitamente el deber de someterse al soberano. Probablemente estas “ventajas” de ser gobernados sean resumidas en el siguiente párrafo:

Ahora bien, como el soberano está formado únicamente por particulares que lo componen, no tiene ni puede tener interés contrario al de estos; por consiguiente, el poder soberano no tiene ninguna necesidad de garantía ante los súbditos, porque es imposible que el cuerpo quiera perjudicar a todos sus miembros; y luego veremos que no puede perjudicar a ninguno en particular. El soberano, por el simple hecho de serlo, es siempre todo lo que debe ser. (Ibíd.: 20)

De este modo, para Rousseau, ser soberano o soberanos no supone poseer intereses personales, y, más bien, el problema en la sociedad estará representado por los súbditos que sí tendrán intereses personales:

Pero no ocurre lo mismo con los súbditos frente al soberano; nada le respondería a este, a pesar del interés común, de los compromisos de aquellos, si no encontraría medios de asegurarse su fidelidad.

En efecto, cada individuo puede, como hombre, tener una voluntad particular contraria o diferente a la voluntad general que tiene como ciudadano”. (Ibíd.)

La solución a esto implicará “el compromiso, único que puede dar fuerza a los otros, de que él que se niegue a obedecer la voluntad general será obligado a ello por todo el cuerpo; lo cual no significa otra cosa sino que se le obligará a ser libre (...)” (Ibíd.: 21).

También hablará de “las grandes ventajas del Estado Civil”, que supone la recompensa con innumerables ventajas y mejoras de las condiciones de vida a cambio de la libertad natural:

Este paso del estado de naturaleza al estado civil, produce en el hombre un cambio muy importante, sustituyendo en su conducta el instinto por la justicia y dando a sus acciones la moralidad que les faltaba antes. (...) Aunque se priva en este estado de varias ventajas que le ofrece la Naturaleza, gana otras igualmente grandes: sus facultades se ejercitan y desarrollan, sus ideas se amplían, sus sentimientos se ennoblecen, su alma entera se eleva hasta tal punto que, si los abusos de esta nueva condición no le degradaran a menudo por debajo de aquella de que salió, debería bendecir constantemente el momento que le sacó de ella para siempre y que, de un animal estúpido y limitado, hizo un ser inteligente y un hombre. (Ibíd.)

Creemos que estas palabras hablan por sí mismas de la concepción ideológica que se tenía en ese entonces. Por otro lado, muy probablemente, las referencias a los ejemplos del “estado de naturaleza” también tenían que ver con las noticias que llegaban de América y otras áreas geográficas, donde se veía a los “salvajes” como “incivilizados” por su supuesta precariedad social en comparación con el Estado o la “civilización europea”.

Un apartado bastante significativo para nuestro análisis va a ser que dentro de las ventajas que describe Rousseau una de ellas será que, al entrar en el Estado, el sujeto tiene derecho a la propiedad privada, una ventaja adicional y que como veremos será una parte fundamental y el móvil causante para la institucionalización del Estado.

EL “PUENTE FILOSÓFICO”

La razón universal: Hegel (1770-1831)

En la Alemania de la Ilustración, el pensamiento teológico fue un vehículo y un estímulo muy importante para el desarrollo filosófico. Siguiendo esa tradición, Hegel inició sus estudios en Teología, base sobre los cuales se inspirarán sus escritos a lo largo de su vida. Como consecuencia de esa formación “espiritualista”, veamos cómo en el joven Hegel la religión será el justificante y sostén del Estado en las sociedades humanas:

El Estado puede inducir a sus ciudadanos a emplear estos medios e instituciones [morales] sólo por medio de la confianza que debe despertar en aquellos. La religión es el mejor de estos medios, y del uso que le dé el Estado depende que ésta sea capaz o no de adecuarse a este fin.

El fin es claramente visible en las religiones de todos los pueblos. Todas ellas tienen en común que se refieren a la actitud interna que no puede ser objeto de la legislación civil. (Hegel [1796] 1948: 98. Los corchetes son nuestros)

Por cierto, en la Alemania de esta época, al igual que en otros países de Europa occidental, se asiste a la necesidad de la creación de una “cultura nacional” propia, por lo que muchos de los esfuerzos de los intelectuales se orientarán a este propósito (ya Fichte había señalado algunos derroteros). Hegel no sería ajeno a todo ello, por eso su postura sería criticada por Karl Marx en su juventud mediante su *Crítica de la filosofía del Estado, de Hegel* (1843), y, posteriormente, por Karl Marx y Friedrich Engels en *La ideología alemana* (1845-1846), en la que se incluyen críticas a los filósofos posthegelianos como Feuerbach.

En el análisis y desarrollo de su teoría filosófica, desde sus escritos de juventud, Hegel establecerá la dicotomía (dialéctica positiva) entre lo público y lo privado. La iniciará con la clasificación de las religiones en: religiones “públicas” y “privadas”. Las primeras, representada por la de Grecia, que persiguió formar el espíritu de un pueblo, y por tanto las concibe como negativas. Por otro lado, Hegel se refiere a las “religiones privadas”, como la cristiana, y que tiene el objetivo de formar el espíritu de la persona. En su lógica historicista, la decadencia que lleva consigo la religión pública provocará el cambio hacia la religión privada. Este razonamiento lo trasladará casi mecánicamente al campo del Derecho, desembocando en su “derecho público” y su “derecho privado”, siendo este último una fase superior del desarrollo político, puesto que conlleva la creación de una constitución y del Estado.

Tenemos que anotar que, para Hegel, el derecho natural ya no es el punto de partida de su filosofía, y he aquí la gran diferencia y ruptura con los anteriores filósofos. Sostiene esto porque no ve ninguna voluntad individual en el contrato (“un contrato se realiza entre dos personas y no tiene carácter universal sino específico”) y porque las personas están sujetos al Estado en cualquier condición. Sin embargo, todavía se filtra la filosofía anterior cuando, por ejemplo, para él “vivir en un Estado es una cosa racional”.

Para Hegel, el punto de partida será el derecho privado (denominada como derecho, a secas, en sus escritos) y el derecho público, que denominará “constitución”. Y, aunque propone que el derecho privado es sagrado, está subordinado

al público, e incluso el Estado puede violarlo, especialmente cuando de impuestos y propiedades se refiere.

Su fe en el Estado está refrendada por su creencia en que este es el único capaz de ofrecer la libertad concreta y la más suprema. Su visión es totalmente actualista, porque supone al gobierno de ese entonces como el mejor (elogia a su rey Federico II), puesto que, como él mismo argumenta, se ha superado la propiedad que tenía el soberano sobre la propiedad privada (de época feudal) y sobre los cargos públicos.

Pero una cosa que resalta en su discurso, y que resulta contradictoria, es que, para Hegel, la fundación del Estado le corresponde como derecho solo a los “héroes”, porque solamente ellos poseen una voluntad que puede calificarse de universal, mas no así los individuos que poseen intereses particulares, disímiles, y que además han nacido dentro del Estado, por tanto, están sujetos naturalmente a él.

LAS CONCEPCIONES FILOSÓFICO-POLÍTICAS MATERIALISTAS ACERCA DEL ESTADO

En este bloque, como ya referimos en la introducción, hemos colocado a las concepciones filosóficas que comparten dichos elementos de análisis materialistas. Nos hemos remitido a los principales autores de las tesis vertidas en este sentido, porque creemos que basándose en ellos se pueden hacer muchas lecturas y se han dado aplicaciones alejadas del núcleo duro de la filosofía escogida. Por ello, aquí veremos solamente a los clásicos marxistas (materialistas históricos y dialécticos) y anarquistas.

El materialismo histórico

En esta sección hemos querido darle preferencia a las citas extensas de los autores, puesto que nuestro deseo es ser lo más cercanos a los postulados originales, aún a riesgo de que la lectura sea menos dinámica. En primer lugar, veremos la original forma que tuvieron Marx y Engels de analizar la historia humana:

Esta concepción de la historia consiste, pues, en exponer el proceso real de producción, partiendo para ello de la producción material de la vida inmediata, y en concebir la forma de intercambio correspondiente a este modo de producción y engendrada por él, es decir, la sociedad civil en sus diferentes fases como el fundamento de toda la historia, presentándola en su acción en cuanto Estado y explicando a base de él todos los diversos productos teóricos y formas de la conciencia, la religión, la filosofía, la moral, etc., así como estudiando a partir de esas premisas

su proceso de nacimiento, lo que, naturalmente, permitirá exponer las cosas en su totalidad (y también, por ello mismo, la interdependencia entre estos diversos aspectos). Esta concepción, a diferencia de la idealista, no busca una categoría en cada período, sino que se mantiene siempre sobre el terreno histórico real, no explica la práctica partiendo de la idea, sino explica las formaciones ideológicas sobre la base de la práctica material, por lo cual llega, consecuentemente, a la conclusión de que todas las formas y todos los productos de la conciencia no pueden ser destruidos por obra de la crítica espiritual, mediante la reducción a la “autoconciencia” o la transformación en “fantasmas”, “espectros”, “visiones”, etc, sino que sólo pueden disolverse por el derrocamiento práctico de las relaciones sociales reales, de las que emanan estas quimeras idealistas; de que la fuerza propulsora de la historia, incluso la de la religión, la filosofía, y toda teoría, no es la crítica, sino la revolución. Esta concepción revela que la historia no termina disolviéndose en la “autoconciencia”, como él “espíritu del espíritu”, sino que en cada una de sus fases se encuentra un resultado material, una suma de fuerzas productivas, una actitud históricamente creada de los hombres hacia la naturaleza y de los unos hacia los otros, que cada generación transfiere a la que le sigue, una masa de fuerzas productivas, capitales y circunstancias, que, aunque de una parte sean modificados por la nueva generación, dictan a ésta, de otra parte, sus propias condiciones de vida y le imprimen un determinado desarrollo, un carácter especial; de que, por tanto, las circunstancias hacen al hombre en la misma medida en que éste hace a las circunstancias. (Marx y Engels 1846: 24-25)

La materia precede a la idea: karl marx (1818-1883)

Aunque a Marx se le pueda tachar de humanista por sus escritos juveniles (principalmente por *Los manuscritos: economía y filosofía*, de 1844) en su pensamiento maduro ya había superado la carga ideológica de su juventud e incluso la filosofía hegeliana²⁸; es decir, superó sus propias contradicciones. Así, Althusser diría que en el Marx maduro se debería hablar de un “antihumanismo teórico” (1965: 202-203). Pero lo que resulta innegable es que muchos de los avances en cuestión filosófica y el propio desarrollo del marxismo hunden sus raíces en ideas anteriores a él y, sobre todo, en el rescate de las ideas filosóficas de Hegel,

²⁸ Conde (1968: 22) habla de una influencia de Kant y Fichte. Esto a guisa de una carta que Marx envió a su padre desde la universidad cuando tenía 19 años y que no ha sido publicada. Fue durante sus estudios universitarios en Berlín cuando mantuvo intenso contacto con los Jóvenes Hegelianos, lo que favoreció su inclinación a las obras críticas acerca de la religión establecida, principalmente las de Strauss y Feuerbach (Lefebvre 1974: 11).

aunque dándoles un giro total: “una ruptura filosófica”. Estas ideas, como dijimos arriba, se podrán apreciar tempranamente en su *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel* (1844)²⁹.

En ese nuevo planteamiento se cambia el punto de partida de la concepción de la realidad, que ya no va a ser el espíritu o la razón absoluta hegeliana, sino la materia, y desde allí se van elaborar una serie de principios filosóficos materialistas. La dialéctica positiva de Hegel, en este sentido, va a ser muy valiosa para el materialismo histórico, pues a Marx le servirá para enunciar su dialéctica negativa. Otro ejemplo es el concepto de alienación (*entfremdung* de la idea absoluta) tomado de Hegel, pero aplicado a la realidad humana (Lefebvre 1974: 25).

Por otro lado, como algunos investigadores han anotado (por ejemplo, Bobbio 1987: 168), en la producción de Marx es inexistente una obra que verse concretamente sobre el Estado, pero, aún así, este aporta en sus escritos acerca de economía, política e historia su punto de vista sobre dicha institución política. En parte, este “descuido” también se le puede atribuir a Marx, pues tenía una visión negativa del Estado. Quizá de allí también la falta de una tipología (fenomenología) para los mismos, como lo venían desarrollando sus antecesores. Asimismo, en consecuencia con su análisis de la historia, era improbable que dedicase tiempo a crear una tipología de dicha forma política y menos aún establecer generalizaciones acerca de su desarrollo, pues lo que a él le interesaba era el estudio concreto de la realidad.

Lo que Marx veía gracias a su praxis era que realmente existían ciertos desarrollos históricos en las relaciones sociales de producción de una sociedad dada, más que un esquema lineal de los gobiernos políticos que, por cierto, eran plenamente abstracciones de la filosofía política de hasta entonces. Por ello, en clara oposición a las ideas evolucionistas filosóficas, para Marx, la mejor forma de gobierno es la que da paso a una transformación de la sociedad estatal a una no-estatal (“Estado de transición” o “dictadura del proletariado”); es decir, de una sociedad de clases sociales a otra carente de ellas.

Pero ahora vayamos directamente a las palabras que nos dejó Marx sobre su concepción filosófica para no seguir en la mera interpretación de sus ideas. En

²⁹ Para Althusser, “la mutación se produce a partir de 1845, año de la ruptura total con todo tema como alienación o esencia del hombre, de los cuales, (...) no se encuentra ninguna huella en las obras posteriores” (Oelgart 1970: 116).

su célebre *Prólogo a la contribución a la crítica de la economía política* (1859) nos dará los primeros alcances (recuérdese que dicho prólogo es anterior a *El capital*) acerca de su concepción de la sociedad civil y sus cambios a través del tiempo por la superación de las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, las cuales forman parte de la base económica de la sociedad:

Mi investigación desembocaba en el resultado de que, tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de “sociedad civil”, y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la Economía Política. (...). El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así: en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones

materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización. A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, **el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués**. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana. (Marx 1859: 517-519. El subrayado es nuestro)

Vemos, pues, que Marx desarrollará y nos legará un poderoso instrumento de análisis histórico de las sociedades (tanto pretéritas como actuales) y que, además, se basa en la cuestión material, algo que se había mantenido al margen de los análisis de las sociedades durante mucho tiempo. Sin embargo, notemos que en este primer avance de sus tesis aparece señalado un cierto evolucionismo patente en los modos de producción, cuestión que abordaremos más adelante.

El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado: Friedrich Engels (1820-1895)

Engels nació en una familia de ricos burgueses fabricantes de tejido, aunque no asumió una postura conservadora, sino que, por el contrario, fue crítico con los acontecimientos sociales, económicos y políticos por los que atravesaba el mundo. Este filósofo, que trabajó con Marx (le conoce personalmente en París, en 1844) hasta su muerte y de escribir conjuntamente importantes libros, tenía una producción que, sin estar al margen de la de su camarada, tuvo personalidad propia.

Así, pues, desarrolló su más conocida obra en solitario titulada *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884), con el conocimiento que se tenía entonces de las sociedades pretéritas y contemporáneas (etnología). Para el estudio de las últimas, tomó prestado los trabajos que por ese entonces se iban realizando. Uno de ellos fue el de Georg von Maurer, quien intentó demostrar la existencia de la propiedad comunal como una etapa de la historia alemana (Hobsbawm 1979: 29). Pero el trabajo del norteamericano Lewis Morgan parece influirle mucho más, por lo que se observa un “evolucionismo” en su descripción del desarrollo

de las sociedades. También tenía el afán de imprimirle una mayor fuerza científica al discurso marxista (ver, por ejemplo, *Dialéctica de la naturaleza*, escrita entre 1875 y 1876), cuestión que más tarde devendría en que algunos investigadores de los clásicos marxistas (Lenin, Plejanov y Stalin, principalmente) desarrollarán el llamado “materialismo dialéctico”. Aunque anotaremos aquí que más que una revisión de los escritos de Marx esto no supone más que un “desfase” temporal en el desarrollo de dos elementos que vienen a pertenecer a lo mismo. Mientras que una es la faceta científica o práctica (materialismo histórico), la otra viene a ser la faceta filosófica (materialismo dialéctico), y en la que se basa la práctica política (para un desarrollo de esta idea, ver Roies 1974: 18); esta cuestión será abordada más adelante.

Lo que sí queremos resaltar aquí es que el ambiente científico en que se produjeron los escritos de Engels fue el evolucionista (tanto biológico como social) y el positivismo, circunstancia por la cual es notable algún tipo de préstamo de esas posiciones. A esto se añade que Marx nunca nos dejó una obra filosófica fundamental de referencia (su “dialéctica”) para el posterior desarrollo de sus ideas por sus seguidores³⁰.

Pero ahora veamos qué nos dice Engels acerca del Estado:

El Estado no es de ningún modo un poder impuesto desde fuera a la sociedad; tampoco es “la realidad de la idea moral”, ni “la imagen y la realidad de la razón”, como afirma Hegel. Es más bien un producto de la sociedad cuando llega a un grado de desarrollo determinado; es la confesión de que esa sociedad se ha enredado en una irremediable contradicción consigo misma y está dividida por antagonismos irreconciliables, que es impotente para conjurarlos. Pero a fin de que estos antagonismos, estas clases con intereses económicos en pugna no se devoren así mismas y no consuman a la sociedad en una lucha estéril, se hace necesario un poder situado aparentemente por encima de la sociedad y llamado a amortiguar el choque, a mantenerlo en los límites del “orden”. Y ese poder nacido de la sociedad, pero que se pone por encima de ella y se divorcia de ella más y más, es el estado. (Engels, citado en Lenin (1976 [1917]: 6. El subrayado es nuestro)

En las cuestiones acerca del Estado se notará una unidad de pensamiento con respecto de Marx, por lo cual es fácil ver la solidez de sus intervenciones.

³⁰ Roies describe esta situación de la siguiente manera: “Este ‘retraso’ de la filosofía marxista con respecto a la ciencia de la historia (materialismo histórico) que Marx inaugura parece ser el motivo fundamental de que Marx no escribiera su prometida ‘dialéctica’, de la ‘dificultad’ de Engels y de los ‘límites’ de Lenin”. 1974: 17). Ver, también, Conde (1968: 11-17) o Fages (1977: 182).

La práctica política: Vladimir Ilich Ulianov, Lenin (1870-1924)

Aunque de origen pequeño-burgués, Lenin tenía suficientes razones como para odiar al régimen zarista, pues su hermano fue ahorcado por sublevarse contra el zarismo en 1887. Abogado de profesión, se encargará de pasar a la acción política dentro del marxismo, aún a costa de alejarse de su línea ortodoxa, en ese momento defendida por Kautsky y Plejanov³¹. Antes de llegar al poder atravesó por un desarrollo de sus ideas que estuvo acompañado de múltiples acciones políticas directas o de “praxis revolucionaria”, sobre todo dentro del Partido Bolchevique, hasta que en 1917, tras la “revolución de Octubre”, llega a dirigir lo que terminaría siendo la Unión Soviética.

En estas circunstancias va a ser el encargado de institucionalizar y acabar, en lo esencial, lo que viene a denominarse materialismo dialéctico (término probablemente tomado de la obra de Kautsky), que se va a convertir en la filosofía del proletariado, en la filosofía del Partido Comunista (Lefebvre 1974: 26-27). Esto no significa que las obras de Marx y Engels no estuviesen ya originándola; sin embargo, Lenin las va hacer del todo explícitas y, más aún, las llevará a la práctica por medio de la política oficial soviética.

En ese sentido, en su obra *El estado y la revolución* (1917) se encargará de definir al Estado, pero regresando a las fuentes principales (los clásicos marxistas), y en su discurso acerca de esta materia va a emplear los escritos de Marx y Engels (de este último, principalmente, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*) como punto de partida de su planteamiento aleccionador. Este escrito, en particular, tenía como objetivo principal desenmascarar todas las lecturas que se venían dando durante su época y que eran totalmente interesadas y oportunistas (según Lenin, estas eran las de Kautsky y las de los “demócratas pequeño-burgueses”) y que no cumplían otro papel más que el de suavizar y utilizar el discurso marxista para los intereses de la clase burguesa rusa. Estos daban al concepto de Estado una tarea “conciliadora de clases”, totalmente inexacta e inconsecuente desde una lectura de los clásicos marxistas.

Por ejemplo, prácticamente parafraseando a Engels, Lenin dirá que:

El Estado es producto y manifestación del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase. El estado surge en el sitio, en el momento y en el grado en que

³¹ Por ejemplo, ver *Materialismo y empiriocriticismo*, de 1908.

las contradicciones de clase no pueden, objetivamente, conciliarse. Y viceversa: la existencia del estado demuestra que las contradicciones de clase son irreconciliables. (Lenin 1976 [1917]: 6-7)

Lenin hace énfasis en el carácter coercitivo del Estado mediante las Fuerzas Armadas y las cárceles y, en especial, de la explotación del Estado sobre la clase oprimida (Ibíd.: 8-11).

Pero, más allá de sus escritos teóricos, su misión histórica va a ser el desarrollo de una praxis política, una vez instalado en el poder, que llevase a Rusia a un comunismo efectivo. Lamentablemente, las innumerables carencias infraestructurales para llevar a cabo este propósito inhibirán el paso hacia una teórica “dictadura del proletariado” y, más bien, devendrán en una burocracia estatal³². Lenin morirá sin llegar a ver realizado el objetivo por el cual tanto había luchado.

El anarquismo

Dados los puntos de encuentro de esta filosofía con nuestro bloque materialista, nos ha parecido conveniente rescatarlos para nuestro análisis. Además, dada la dialéctica que surgió entre anarquistas y marxistas, vemos cómo también se enriquecerá el debate filosófico. Más interesante aún nos parece la praxis política (el anarcosindicalismo) en la que desembocó esta filosofía y su influencia tanto en Europa como en América. En palabras de Bakunin (1978: 324), podríamos resumir su ideal así:

(...) rechazamos toda legislación y autoridad privilegiada, diplomada, oficial y legal, aunque provenga del sufragio universal, convencidos de que sólo puede desembocar en beneficio de una minoría dominante y explotadora, frente a los intereses de la gran mayoría esclavizada. En este sentido es en el que realmente somos anarquistas.

La propiedad es el robo: Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865)

La obra filosófico-política *¿Qué es la propiedad?* (1840) hace que Proudhon –francés de origen humilde– sea conocido internacionalmente. En un primer momento, sus ideas contarán con la simpatía de Marx, pero hacia la publicación de *Miseria de la filosofía*, en 1847, (en respuesta a *Filosofía de la miseria*, de Proudhon), ya es claro el alejamiento entre ellos. Proudhon llegó a ser elegido diputado francés

³² Estas carencias se explican sintéticamente en Fages (1977: 28-33).

(“representante del pueblo”) en 1848, pero defraudado por la política de aquel entonces, se revela contra la Asamblea Nacional en un célebre discurso, donde opone a la clase proletaria contra la burguesa, afirmando que aquella “instauraría un nuevo orden y procedería a una ‘liquidación’, prescindiendo de los medios legales” (Proudhon, citado en Gurvitch 1974: 8), consiguiendo con ello su censura casi unánime (691 votos de un total de 693). Después de ello será perseguido y encarcelado por el gobierno de Louis Napoleón Bonaparte.

Sus ideas anarquistas van a ser las impulsoras del movimiento y las que influirán a otros pensadores de su época. Básicamente, Proudhon hace un llamamiento a los proletarios (en esto se acerca al discurso de Marx) para apresurar la caída del capitalismo por medio de la “revolución social”. El objetivo que persigue tras la derrota del capitalismo es que se formen lo que él denominaba la “Federación Agrícola-Industrial”: “La idea de federalismo es ciertamente la más alta a la que se ha elevado hasta nuestros días el genio político” (Ibíd.: 56)

Su análisis de la realidad es dialéctico y fue tomado de Hegel gracias a Ahrens. Y, tal como hizo Marx, la critica y le da un giro adoptando una postura materialista y pragmática. Pero si bien para el materialismo histórico las contradicciones son superables a través de una síntesis para Proudhon, “la antinomia no se resuelve en absoluto, sino que implica bien una oscilación, bien un antagonismo susceptible únicamente de equilibrio” (Ibíd.: 21) Y si bien su dialéctica y sus ideas son del todo opuestas a Hegel, Proudhon arrastrará una carga idealista en su pensamiento que será, por ejemplo, la creencia en la “razón”, la misma que puede adoptar formas como “la justicia”, “conciencia colectiva”, “razón colectiva”. Asimismo, la desalienación del proletariado será uno de sus objetivos, que se conseguiría por la desaparición de la propiedad privada (sobre todo de los medios de producción). Para llegar a ella, propondrá la acción directa de la masa obrera.

Ni Dios, ni amo: Mikhail Bakunin (1814-1876)

Bakunin fue otro de los pilares del pensamiento anarquista. Se proclamaba a sí mismo en sus escritos como un anti-estatista, anti-idealista y materialista (aunque, esto último, no en el sentido marxista (Bakunin 1978: 52)³³). Se trata del autor intelectual de lo que Engels denominaría el “bakuninismo”. Lamentablemente,

³³ Como señalaba Marx (1874), Bakunin no había comprendido completamente el materialismo histórico y su dialéctica. Parece más bien que las ideas vertidas por Bakunin son producto del enfrentamiento político

sus ideas nunca fueron debidamente desarrolladas, sintetizadas y publicadas en vida, por cuestiones de su agitada vida revolucionaria, cuestión también patente en el carácter fragmentario de la misma³⁴.

La obra de Bakunin estuvo fuertemente influida por el materialismo histórico y también por Proudhon, a quien conoce personalmente en París en 1844. Es bastante relevante su análisis, en el que vuelve a retomar la conciencia de una clara oposición entre el idealismo y el materialismo. Pero la principal característica que queremos resaltar en nuestro análisis es que esta filosofía se oponía a realizar cualquier actividad política organizada (aunque sí una revolución social), pues esta acción está relacionada directamente con el poder político. Esta actitud será una de las más criticadas, por ejemplo, por Engels, quien acusa la abstención de voto de los obreros anarquistas asociados a la Internacional durante la República en España (1873) como el factor causante de la derrota y posterior caída de la misma en este país (Engels 1894). Dicho bloque contrapuesto a Marx durante su asociación a la Internacional Obrera terminaría con su expulsión.

Bakunin ataca al Estado por el sin número de acciones que no hacen más que beneficiarle a sí mismo, según sus intereses económicos, políticos y sociales: “Explotar y gobernar significan la misma cosa” (Bakunin 1978: 150). Se refiere también a toda la carga ideológica que construye el Estado para justificar su permanencia y reproducción, como puede ser la ética, la moral e incluso la religión:

Desde este punto de vista –que ha sido el de los estadistas con muy pocas excepciones el de los hombres fuertes de todos los tiempos y países– es bueno todo cuanto sirve para conservar, exaltar y consolidar el poder del Estado (aunque pudiera parecer sacrílego desde un punto de vista religioso, e indignante desde el punto de vista de la moralidad humana) y, por el contrario, todo cuanto milita contra los intereses del Estado es malo, aunque en otros aspectos pueda ser la cosa más sagrada y humanamente justa. (Ibíd.: 158)

con él y sus seguidores (recuérdese su expulsión final de la Primera Internacional), que era su leit motiv para aseverar, por ejemplo, que “los comunistas alemanes ven en toda la historia y en las manifestaciones más ideales de la vida humana tanto colectiva como individual, en todos los desarrollos intelectuales, morales, religiosos, metafísicos, científicos, artísticos, políticos y sociales acontecidos en el pasado y en el presente, sólo el reflejo o el resultado inevitable del desarrollo de los fenómenos económicos” (Bakunin 1978: 53).

³⁴ Para una mayor explicación de la obra de Bakunin y sus avatares editoriales, ver la “Introducción” de Rudolf Rocker, en Bakunin (1978: 19-30).

Bakunin también critica al contrato social denominándole “egoísmo colectivo de una asociación particular” y que a la par hará exclusión de otros individuos no alineados con esa asociación denominada Estado. Así anotará que, según lo que se entiende por Estado, todo lo construido abstractamente (v. gr. el patriotismo) no conduce más que a contradicciones dentro y entre Estados, que en último lugar llevarían inexorablemente a las guerras. Su análisis redescubre la importancia de la propiedad privada para la clase burguesa (“la propiedad es un Dios”) como producto de la explotación de los trabajadores productores (que, además, nunca accederán a ella), y para que ello sea posible es necesario la existencia del Estado³⁵. También recordará cómo la Iglesia católica (y otras como, por ejemplo, la protestante) avala esta característica por medio de sus escrituras sagradas (Ibíd.: 152). Pero, aún con esta oposición al Estado, reconoce que este es “un mal necesario”, ya que se refiere a una de las formas históricas por las que ha de atravesar la sociedad y que seguirá vigente hasta su completa extinción.

Como dijimos antes, su filosofía posee muchos puntos en común con los marxistas, pero la gran diferencia con ellos estriba en la forma de la liberación de la masa popular. Para Bakunin, esta no debería pasar por la “dictadura del proletariado” (por cuanto comprende, *per se*, un acción política), sino más bien en la voluntad de la masa oprimida de llevar a cabo sus intereses colectivos e incluso individuales, según sus libres pulsaciones³⁶. Ciertamente habría que reconocer la importancia que le da al campesinado dentro de su denominada “revolución social”.

COMENTARIOS

Como se ha podido apreciar, una división entre concepciones filosófico-políticas idealistas y materialistas acerca del Estado es más que sostenible, como se desprende del análisis histórico de los planteamientos de los autores a los que hemos recurrido.

³⁵ Aunque Bakunin (1978: 215) también refiere que la propiedad privada se da sólo dentro del Estado, suponemos que aquí se refiere a la institucionalización de la misma. De hecho, la obra que ha llegado a nosotros, como anotamos antes, carece de una unidad y se repiten los mismos tópicos, ya que muchos son panfletos que Bakunin escribió durante toda su vida política y que posteriormente fueron reunidos por Maximoff.

³⁶ Marx también diría de Bakunin que: “Decididamente, él no comprende nada de la revolución social; sólo conoce su fraseología política; para él, no existen las condiciones económicas de esta revolución”.

Es bastante significativo cómo el bloque idealista se ha desplazado en el tiempo y sigue vigente. Esto se logra recubriéndolo con explicaciones científicas, revelando que el desarrollo de la ciencia (como lo fue la religión en su mejor momento) va de la mano con el desarrollo del poder político, por lo que nos atrevemos a decir que ésta, en algunos casos, también beneficia y es un instrumento flexible, además de útil al servicio de la ideología dominante.

Mediante los autores discutidos aquí, hemos podido observar cómo los discursos retendrán tópicos recurrentes. Si bien es cierto que las condiciones históricas, económicas y sociales son tan diversas entre sí, en el caso de los pensadores idealistas estas condiciones son fácilmente superables. Por ello, vemos que es tan fácil y lícito, para ellos, abstraer de sus contextos históricos ejemplos tan diferentes a los que se quiere defender, una característica de la flexibilidad o “mutación” de la ideología dominante.

Por otro lado, ya dentro de las concepciones idealistas se puede esbozar una subdivisión a partir de las “esencias” que priorizan para la justificación del Estado. Así vemos que los clásicos griegos podrían denominarse como “éticos” o “axiológicos”, pues las condiciones principales para la existencia del Estado son dichos valores como “el bien” o “el saber”.

Para la época feudal, se decantarán, dada la gran religiosidad católica de la época (impuesta por la iglesia, incluso mediante la fuerza militar), por la justificación del Estado en Dios (que es lo mismo que decir la naturaleza, como ellos advierten). Además, nuevamente nos encontramos con justificaciones relacionadas a las virtudes de los gobernantes, cimentadas principalmente por el poder militar, dado que en esta época era la forma de dominación de los pueblos más extendida en Europa.

La Ilustración desarrollará nuevamente la cuestión de la justificación natural del Estado, tomando prestadas las ideas previas y apoyándolas en justificantes psicológicos del comportamiento humano. En este caso, esta se utilizará para subvertir el dominio de la nobleza y cambiarlo por el de la burguesía; y aunque en algunos países la monarquía desaparece o se retrae, ya la burguesía podrá disfrutar de un control de sus derechos económicos adquiridos y ahora ya institucionalizados. Aquí, Hobbes, Locke y Rousseau expresarán un deseo por la pervivencia de la monarquía y fomentarán una producción ideológica en relación a ella.

Si bien Hegel parece acabar con el tema de la cuestión natural del asunto, sigue prácticamente en lo mismo, pues, para él, Dios y el espíritu son los motores de la

existencia del Estado. Sin embargo, su lógica filosófica idealista significaría una gran inspiración para los posteriores materialistas, por lo que este filósofo alemán nos sirve como un puente filosófico en nuestro análisis.

De este modo, en el bloque materialista, la posición marxista será la que arrastre consigo un verdadero cambio filosófico, la que tendrá consecuencias más allá de su época y supondrá una revisión de las anteriores filosofías (más de dos mil años de historia del pensamiento filosófico); y aunque es corto el tiempo de su existencia en relación con aquéllas, parece ser el instrumento más efectivo, hasta ahora, de elucidación de la realidad social.

Si bien nuestro bloque materialista incluyó a los anarquistas, creemos que todos sus principios no son más que una aplicación mecánica y pragmática (casi empírica) del materialismo histórico. Incluso nos atrevemos a decir que fue contraproducente para el marxismo, puesto que aunque fomentaba la superación de la explotación de las clases oprimidas, sólo lo hacía en los términos más próximos, temporalmente hablando (inmediatismo), y no preveía un esquema de sucesión hacia una mejora total de las necesidades del hombre y la mujer, pues su filosofía era incoherente con la práctica.

Para finalizar, y como puntualizamos al inicio, muchas de las filosofías posteriores a nuestro bloque idealista han seguido un camino paralelo hasta nuestros días, renovándose y adecuándose a las necesidades del orden político y el sistema económico imperante. Si bien aquí no las hemos tratado, será en el siguiente capítulo cuando éstas vengan a colación y serán analizadas, puesto que la Arqueología no ha estado desvinculada de ellas.

Si bien este análisis ha servido para nuestro objetivo concreto (el de la división entre idealistas y materialistas con referencia a la explicación del Estado), ahora la superación de este capítulo en este sentido provendrá inmediatamente del reconocimiento de estas mismas divisiones (por cuanto estas filosofías y sus aplicaciones prácticas forman parte de la ideología dominante) en nuestra praxis arqueológica y, en primer momento, llevarnos a una autorreflexión de nuestra disciplina y las consecuencias de su aplicación en las interpretaciones del pasado y los objetivos de las mismas para la sociedad en la que estamos insertos.

II. En el jardín de los senderos que se bifurcan: los modelos antropológicos y arqueológicos acerca de la formación del Estado prehistórico

Podemos ver cómo la filosofía de la ciencia tuvo una indirecta pero profunda influencia sobre la arqueología (por ejemplo, Montelius: Darwinismo; Childe: Marxismo; Wahle: Existencialismo; Clarke: Neopositivismo). Lo mismo se puede decir para el presente. Las visiones de Karl Popper (teoría de la inducción), C. G. Hempel (teoría de la explicación), R. Carnap (lenguaje de la ciencia), T. S. Kuhn (paradigmas de la ciencia y del conocimiento), y otros, y la concepción de las teorías de alcance medio y la teoría del experimento, han influenciado conceptos teóricos en arqueología (Kelley y Hanen 1985, Moore y Keene 1983, Renfrew, Rowlands y Segraves 1982, Salmon y Salmon 1982, Watson, LeBlanc y Redman 1971, 1984).

Malina y Vacisek. *Archaeology Yesterday Today. The Development of Archaeology in the Sciences Humanities* (1990)

POR QUÉ Y CÓMO SURGE EL INTERÉS POR EXPLICAR EL ESTADO. UN POCO DE HISTORIA

Antes de iniciar este capítulo haremos una precisión. Hemos venido a denominar modelos³⁷ a las explicaciones que partiendo de una base filosófica implícita o explícita van a tratar de llevar a un nivel explicativo un fenómeno social como es el Estado. Son también denominados modelos, porque la mayoría de ellos aún no han llegado a concretarse en teorías de nivel alto o generales de explicación del comportamiento humano (teorías sustantivas). Así, pues, se constituirán en

³⁷ Sin embargo, el concepto “modelo explicativo” no significaría lo mismo para los procesualistas que para los materialistas históricos. Además, el término “modelo” es mayoritariamente utilizado por los arqueólogos procesuales (v. gr. Clarke 1972).

medios de aprehender la realidad social³⁸, una suerte de “puente” entre la teoría y los restos materiales.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que a pesar de todos estos esfuerzos, “no se ha generado una verdadera teoría arqueológica, entendida como un entramado de conceptos y criterios específicamente arqueológicos destinado a la ordenación de los objetos materiales y al establecimiento de claves inequívocas de significación”. (Lull y Micó 1997: 108). Por ello es que la Arqueología se mantiene en una actitud dependiente con respecto a los desarrollos teóricos de otras ciencias. Esto es patente cuando se utilizan (sin reflexión alguna) teorías prestadas, por ejemplo, de la Biología, Economía o Sociología³⁹ para explicar fenómenos sociales prehistóricos, entre ellos la formación del Estado. De ahí la problemática y las contradicciones (un verdadero “callejón sin salida”) en las que se ven envueltos dichos modelos explicativos. Esta situación se torna más crítica cuando la teoría social que se aplica a la explicación de las sociedades es ínfima o inexistente o, en el mejor de los casos, deriva en explicaciones que niegan la dinámica o la dialéctica en la que se mueven las sociedades en el espacio y el tiempo.

Pero, más allá de ello, puesto que los modelos están cimentados en los intereses de investigación, las posiciones (o, mejor dicho, pasiones) políticas⁴⁰ y la subjetividad propia “inocente” o tendenciosa de sus productor@s, nos importa poner en evidencia tales intereses mediante nuestro análisis⁴¹, cuestión que iniciamos en el capítulo anterior. Por estas circunstancias, la situación aquí se presentará más variopinta, dando lugar a tantas explicaciones acerca de la formación del Estado como intereses estatales e investigadores se ocupen del tema.

Por tanto, para que nuestro objetivo en este capítulo resulte coherente y demuestre lo que planteábamos con anterioridad (una división entre concepciones idealistas y materialistas), aquí también analizaremos las similitudes existentes

³⁸ Un modelo viene a ser una simplificación de la realidad (Gándara 1993: 11).

³⁹ Por ejemplo, este último campo ha comenzado a ser bastante utilizado en los últimos tiempos como aplicación (algunas veces mecánicas) de teorías sociales en el pasado. Por ejemplo, entre los más utilizados se encuentran los aportes de Anthony Giddens (1979, 1984) o Pierre Bordieu (1977, 1997).

⁴⁰ Como dirían Lull y Micó (1997: 124) una “domesticación ideológica de la disciplina por parte de los poderes económicos y políticos”.

⁴¹ Así, nuestro análisis afectará lo que Gándara denomina el “área valorativa de una posición teórica” (1993: 8-9).

entre las líneas de pensamiento de sus autor@s. De este modo, observaremos que existen puntos de encuentro entre ellos y, más aún, objetivos comunes que alcanzar mediante sus modelos. Sin embargo, la división aquí no será tan marcada, porque muchas veces los autor@s no explicitan su ontología y porque en ese afán por conseguir su objetivo han sacado provecho de posturas previas a las suyas, incluso alejadas de su línea de investigación u opuestas a ellas en un afán “camaleónico”.

A pesar de ello, proponemos que los modelos explicativos de formación del Estado se pueden seguir dividiendo igualmente en idealistas y materialistas, según la lógica subyacente en sus explicaciones sociales.

También es evidente que estos modelos respetan una suerte de “moda” que cada círculo académico va desarrollando de acuerdo a la política oficial (ideología dominante). No por nada la mayoría de los grandes intentos de demostración de su veracidad han sido normalmente subvencionados (y, en consecuencia, avalados académicamente de cara a la sociedad) por organismos estatales, principalmente mediante sus órganos oficiales de divulgación científico-social: universidades y museos o, por mecenas provenientes de las clases burguesas (v. gr. las fundaciones Rockefeller o Carnegie).

Así, pues, será relevante subrayar en este capítulo cómo la ideología dominante ha jugado un papel preponderante en la formación de los modelos explicativos antropológicos y arqueológicos. En este caso, por su propio carácter (no explicitar su ontología) serán más sutiles que las posturas filosófico-políticas, puesto que los modelos tendrán como objetivo su difusión en la sociedad mediante los círculos académicos autorizados como por las obras de divulgación y especializadas⁴². Vemos, por otro lado, que dichas voces autorizadas van a disfrutar de una posición en los gobiernos oficiales e incluso se crearán instituciones de investigación que avalarán dichos modelos explicativos. Por ejemplo, para EE.UU., existirán el *Bureau of American Ethnology*, fundado en 1879 (Patterson 1986a: 126), o el *Institute of Andean Research*, fundado en 1936 (Ibíd.: 14). Asimismo, la clase

⁴² Por ejemplo, ver artículos en revistas como *Science* (Boas 1887, 1931), *Scientific American* (Binford 1979 [1969], Steward 1956, Braidwood 1979 [1960], Adams 1979 [1960], Kemp 1979 [1971], Rappaport 1979 [1971], Dyson-Hudson 1979 [1967]). Lo mismo ocurre con *American Scientist*. También *American Antiquity* tuvo relevancia en la difusión de las teorías arqueológicas dominantes como el neoevolucionismo, con artículos de White, Steward, Fried, Sahlins o Service, y que solo en el año 1971 sumaron unas 16 referencias de esta teoría (Willey y Sabloff 1993: 219).

dominante también mantendrá una posición activa (subvencionando dichas investigaciones) por cuanto se beneficiarán de las justificaciones provocadas por la ciencia, no sólo porque se tiende a proteger el derecho del Estado, sino también sus propios derechos e intereses⁴³. También servirán para justificar los ímpetus colonialistas y naturalizar (incluso sobre bases biológicas) la explotación y exterminio de individuos considerados inferiores mediante el desarrollo de presupuestos filosóficos que no tienen correlato con la realidad social observada en su tiempo. Por ejemplo, nunca se ha observado una secuencia evolutiva social unilineal completa en parte alguna del mundo, como sostenían los evolucionistas del siglo XIX. Sin embargo, se asume que una sociedad que ha “progresado culturalmente” más que otra (por lo general, la colonizada) tiene el derecho a dominarla y exterminarla. Así, pues, se acepta al Estado o “civilización” como un fenómeno natural (el “derecho natural”, otra vez) inevitable e ineludible, pero ahora sí revestido de la autoridad que le confiere la ciencia (“la nueva religión”), como se hizo mediante la Biología.

Por tanto, en este capítulo se abordará cómo se llega a la legitimación del Estado en nuestra sociedad actual. En esta cuestión, el evolucionismo, y su extensión neoevolucionista, será una de las teorías con mayor longevidad y que, incluso, ha llegado hasta nuestros días. Por ello, nos detendremos en su origen y desarrollo a través de sus contradicciones y metamorfosis posteriores a su crisis como “paradigma”.

Siguiendo un recorrido histórico, veremos cómo las ideologías reformarán sus discursos de acuerdo a los nuevos tiempos. De esta manera, al caer en crisis el evolucionismo (Daniel 1987: 225, Willey y Sabloff 1993: 91-92), será mediante el difusionismo que la clase dominante y el Estado defenderán sus derechos de propiedad sobre los recursos naturales y la sociedad (“nación”)⁴⁴. Esto llegará a su punto más exacerbado cuando las ideologías políticas, mediante la construcción

⁴³ Para el caso de los Estados Unidos, se puede recurrir a Patterson (1986).

⁴⁴ Para la arqueología norteamericana, en cuestión metodológica, este proceso desembocó en la denominada “revolución estratigráfica”, en 1914. Esta se inició casi al mismo tiempo con las excavaciones de Manuel Gamio (alumno de Boas) y las de N. C. Nelson (alumno de Alfred Kroeber) y que inaugurarían el denominado “Periodo Clasificadorio-Histórico” de la arqueología americana (Willey y Sabloff 1993: 92). Mediante este avance en la Arqueología se podrán reconocer los cambios en las sociedades nativas norteamericanas a través del tiempo, proceso que antes era rechazado como consecuencia del desprecio que sentía la sociedad euroamericana hacia ellos. Sin embargo, como veremos luego, esta perspectiva no es superada del todo, lo que es apreciable en la obra posterior de Boas.

de los nacionalismos, utilicen los datos arqueológicos para crear sus discursos y cimentar las bases estatales como, por ejemplo, en el caso del nazismo o el comunismo chino (también ver Kohl y Fawcett 1995). De hecho, como veremos, el nacionalismo no será más que otra forma de idealismo, en tanto creación ideológica de los gobernantes para la defensa y reproducción de las condiciones (artificiales) de explotación⁴⁵. Por ello, el Estado, será nuevamente defendido desde la ciencia histórica, y la Arqueología jugará un papel importante en la naturalización de dicha situación.

Pero, también, como producto de la aparición de contradicciones sociales en el seno del sistema capitalista, se produjo una respuesta a dichas explicaciones idealistas. Marx fue el primero que las esbozó, apareciendo con él las explicaciones científicas materialistas y la crítica formal a la organización estatal. Aunque tanto Marx como Engels no superaron a Morgan con relación a sus evidencias materiales (en ese tiempo, fundamentalmente etnológicas), dado que utilizaron las mismas fuentes de información. Asimismo, la disciplina arqueológica aún no se había desarrollado lo suficiente como para elaborar una explicación más aproximada.

Habría que esperar a Gordon Childe para que, influenciado por el mundo soviético, opte por un modelo de explicación materialista en Arqueología, aunque la influencia de la ciencia social dominante de su tiempo aún se percibirá en su obra. Aquí nos toca resaltar la relevancia de Childe para la teoría arqueológica, y por ello analizaremos su obra en una forma dinámica, puesto que esta atravesará una serie de cambios en su discurso. Al negársele una dinámica y una evolución en su pensamiento, Childe se ha hecho merecedor de ser considerado como funcionalista (Giacobbe s/f), evolucionista (Harris 1987: 557, Willey y Sabloff 1993: 218, Flannery 1994), difusionista (Daniel 1987: 300, Malina y Vacisek 1990: 65, Willey y Sabloff 1993: 306), neoevolucionista (Malina y Vacisek 1990: 133), marxista (Lull 1995: 119, Renfrew y Bahn 1998: 432) o “materialista dialéctico marxista” (Daniel 1987: 304)⁴⁶. Así, también, este arqueólogo nos servirá para reconocer otro “puente” teórico en la explicación de la sociedad y su dinámica histórica, más allá de la utilización de su imagen para avalar una u otra teoría arqueológica.

⁴⁵ El “nacionalismo político” aparecería en el tiempo de la Revolución francesa (Díaz-Andreu y Champion 1996: 8).

⁴⁶ Para un estudio más amplio de la utilización e interpretación de su pensamiento por otros investigadores, ver Trigger (1982: 17-23).

Pese a dicho punto de inflexión con el “Childe materialista” y su construcción de una explicación coherente con la realidad social mediante su materialidad, observaremos que muchas de las teorías precedentes seguirán teniendo bastante éxito entre l@s arqueólog@s, principalmente aquellos que ocupan cargos importantes en sus respectivas instituciones académicas (nosotros les denominaremos “arqueólog@s de bandera”).

De este modo, hacia 1950, una corriente liberal se desarrollará en los Estados Unidos como consecuencia también de una fase de hegemonía económica y política. Así, con Leslie White y Julian Steward se desarrollará el neoevolucionismo. Es a partir de entonces cuando nuevamente se iniciará el debate acerca del “progreso” evolutivo de la sociedad. Para ello, su ontología definirá a las sociedades mediante categorías sociopolíticas, las cuales, bajo una perspectiva idealista, serán desarrolladas plenamente con la “Nueva Arqueología”, que representarán más que una extensión del discurso de White y Steward, los “padres del neoevolucionismo”. Por ello, en esta parte del capítulo nos extenderemos más, puesto que aquí se hacen explícitas las definiciones de Estado y su proceso de formación. Más aún porque, para ellos, el Estado sería la última fase en el desarrollo humano (alguno de ellos dirían “la cima del progreso humano”).

Así se pasará a la explicación de la sociedad por su característica de dependencia con su ecosistema, y por ello resultan modelos conservadores. Gracias al apoyo de las nuevas técnicas de análisis de materiales arqueológicos y un enfoque científico neopositivista, luego de un corto desarrollo (poco menos de 40 años) se pasará a una “nueva etapa” en la explicación de la sociedad prehistórica. En este caso, ya no será la “Nueva Arqueología” la que “revolucione” la historia del pensamiento arqueológico, sino serán las llamadas “arqueologías postprocesuales” y que alcanzarán su clímax cuando se llegué al nihilismo de la llamada “arqueología contextual”, de Ian Hodder⁴⁷. Esta arqueología subjetiva le otorgará una mayor relevancia al individuo que se mueve según sus pulsaciones, generando el

⁴⁷ Enunciados como, por ejemplo, “Las sociedades no tienen propósitos, pero los agentes individuales sí” (Hodder [1986] 1994: 23) conducen a la suposición de que la Arqueología no puede explicar nada relevante socialmente hablando. Para ir más lejos, dentro de este tipo de posición postmoderna, podemos ver la última moda denominada “arqueología queer” (“en contra de toda norma establecida”, según Dowson 1998: 83-84), en la que se evita cualquier intento de explicación holística del desarrollo de las sociedades (Dowson 1998 y un número especial de *World Archaeology* dedicada a la “arqueología queer”). Aquí, nosotros no criticamos el derecho que, por ejemplo, tiene la comunidad homosexual para subvertir su marginación y luchar por su reivindicación histórica, sino que esto sirve de ejemplo de cómo

cambio en su sociedad⁴⁸. Otra vez tenemos entre nosotros al “líder carismático” que nos lleva adelante en la historia.

Pero, volviendo a los neoevolucionistas sociales, aunque estos retomarán el camino de sus predecesores⁴⁹ y que supondrá “una revolución en la disciplina arqueológica”, en paralelo también surgirán los primeros modelos alternativos provenientes del materialismo histórico. En este último, la escuela soviética tendrá una gran relevancia en la producción de una teoría social basada en los escritos de los clásicos marxistas.

Así, gracias al desarrollo de la arqueología soviética a comienzos del siglo XX, se sentarán las bases para la formación de una serie de grupos de investigadores que se decantarán por el materialismo histórico. Como decíamos arriba, esto se verá tempranamente (aunque aisladamente) en la figura del Gordon Childe de la segunda época. También en la década de 1960, los marxistas estructuralistas jugarán un papel importante en la extensión de los elementos marxistas a la Antropología y a la Arqueología.

En Estados Unidos⁵⁰, en un desarrollo muy aislado, luego de una época de censura post-Vietnam y la consecuente imposición estatal del anticomunismo, habrá un resurgimiento del análisis marxista⁵¹, que incluso devendrá en la última tendencia teórica denominada neomarxista.

En otro caso, la llamada arqueología social latinoamericana conformará un grupo de arqueólogos marxistas que, aun teniendo diferencias en su seno debido a los contextos sociopolíticos de su formación y desarrollo (ver, por ejemplo, Navarrete 1999), adoptarán una posición más o menos coherente con sus presupuestos filosóficos y políticos. Así, conformarán una corriente de pensamiento

la disciplina arqueológica puede desviarse de su camino si no tenemos en cuenta cuál es nuestro objetivo principal de conocimiento y nuestro verdadero compromiso con la sociedad actual.

⁴⁸ Aunque Hodder ([1986] 1994: 23) pretenda negar el subjetivismo en su análisis, este otorga mayor importancia a la superestructura (las ideologías o sus denominados “símbolos en acción”) que a las fundaciones económico-materiales de las sociedades.

⁴⁹ Para una defensa del evolucionismo social, ver Dunnell (1989).

⁵⁰ Para ver un esbozo del desarrollo teórico en los Estados Unidos y su relación con la Antropología, la ciencia y la Historia en los últimos 30 años, se puede consultar Aldenderfer (1998a).

⁵¹ El surgimiento se daría hacia 1940 con un grupo de antropólogos de inspiración materialista histórica. Sin embargo, muchos de ellos abandonaron dicha posición teórica y se convirtieron en arqueólogos neoevolucionistas como, por ejemplo, Elman Service o Morton Fried.

bajo el amparo de unas condiciones políticas coyunturales que les ofrecerán apoyo material para su desarrollo, pero que resultará marginal, dada la ideología política dominante en el ámbito mundial.

En el Estado español ocurrirá una situación similar (Vázquez y Risch 1991). El caso de los equipos de arqueología marxista, tanto de la Universidad Autónoma de Barcelona como de la Universidad de Jaén (Ibíd.: 36), también parecen describir una trayectoria similar al de sus colegas latinoamericanos. El punto de partida, en este caso, será dado por la primera tesis doctoral plenamente identificada con una posición teórica marxista en el Estado español, en 1981 (Lull 1983, 1991: 240-241; Vázquez y Risch 1991).

Así, planteadas las cosas, nuestro panorama de las explicaciones de la formación del Estado desde la Antropología y la Arqueología resultaría azaroso si ambicionásemos ocuparnos de cada una de ellas. Por ello, hemos decidido analizar los modelos explícitamente relacionados con nuestro tema de estudio (el Estado), pero sin perder la perspectiva histórica de la formación de dichos conceptos y modelos explicativos. Como ya propusimos con anterioridad, estos estarán fundamentados en concepciones filosóficas de fondo, tanto idealistas y materialistas y, sobre todo, en intereses político-económicos (estatistas).

Una última cosa más antes de entrar en materia. Queremos dejar en claro que en este capítulo no deseamos etiquetar a los arqueólogo@s o antropólogo@s según una característica en su discurso, pues, como ya apuntaba Lull, caeríamos en el reflexionismo, que es “el procedimiento mediante el cual se encorsetan las diversas teorías (...) dentro de una normativa, sistema o no de ‘ismos’ muy conocidos (relativismo, funcionalismo, positivismo, estructuralismo, etc.) que funcionan como archivos ‘comecocos’ diferenciados” (1991: 231). Sin embargo, los subtítulos que utilizamos para referirnos a ellos son denominaciones bien conocidas en el ambiente académico (sin que eso signifique que las aceptemos del todo) y que utilizamos para organizar y sistematizar de alguna manera nuestro discurso.

MODELOS IDEALISTAS ACERCA DEL ESTADO PREHISTÓRICO

La sociedad como un organismo biológico: el evolucionismo social

En la perspectiva evolucionista, la sociedad humana ha sido idealizada durante el tiempo de su existencia en una sucesión de etapas que siguen un arreglo cronológico. Dichas etapas están inspiradas en sociedades, que en su momento eran

definidas como “salvajes” o “inferiores”, encumbrando de este modo a la sociedad que proponía el modelo y colocándola, prácticamente, en la cima del “progreso” o la “civilización” humana a causa de su propio trabajo, la acumulación de recursos económicos y de un Estado civil “armónico” con la naturaleza⁵². Krader describe esa situación de esta manera: “(...) en el siglo XIX hubo antropólogos que siguieron defendiendo la tesis de que la sociedad y el Estado se dan juntos en todas partes, que no había sociedad humana que no tuviera Estado” (Krader 1972: 12).

Así, pues, el ser humano parecería con una conciencia producto de la evolución biológica (no se da por el momento otro tipo de explicación) y no de su propio desarrollo social. La ideología dominante en esta época fue refrendada por el descubrimiento darwiniano (1859), aplicándolo directa y mecánicamente sobre la realidad humana, no sólo presente, sino también pasada. De este modo, la sociedad del siglo XIX se afianzaba materialmente en sus “grandes logros” y buscaba asegurar políticamente su reproducción futura.

Asimismo, hacía ya algunos años que el anticuarismo en Europa, sobre todo en Inglaterra, había sentado las bases materiales para que floreciera finalmente un afán por la explicación de las sociedades pasadas y se habían iniciado los primeros intentos de división de la prehistoria humana gracias a la acumulación de material arqueológico o “antigüedades”. Por estas mismas fechas, con esa acumulación de materiales como la existente en Escandinavia, Thomsem (1819) y su discípulo Worsaae (1843) desarrollaron el sistema de división de la prehistoria en las “tres edades”: piedra, bronce y hierro. De este modo, el inicio de la arqueología científica provendrá de Escandinavia (Trigger 1984: 357). Para algunos investigadores (Giacobbe s/f, Willey y Sabloff 1993: 3), estos escandinavos habrían sentado las bases del pensamiento evolucionista. Otros investigadores sostienen que, incluso, pensadores ilustrados como Montesquieu, Voltaire, Turgot, Smith o Ferguson fueron los que verdaderamente sentaron las bases para esta “ordenación cronológica del pasado humano” (Lull y Micó 1987: 112).

Sin embargo, el evolucionismo también se cimentó en otras ciencias que se desarrollaron paralelamente, como la Geología y la Etnología, y que también influyeron en los estudios prehistóricos. Pero, como señalan Malina y Vacisek

⁵² Como advierten Lull y Micó (1997: 110), esto ya se estaría fermentando en la Ilustración, por lo que no va a ser extraño que con el descubrimiento de Charles Darwin las explicaciones progresistas o evolucionistas tomen mayor fuerza entre la burguesía como manera de naturalizar su condición social privilegiada.

(1990: 44), fue una época en que la Biología desempeñó un rol relevante en las ciencias (en realidad, en todos los campos, incluso en el de la Literatura) y cambió la forma de ver a las sociedades. Todo ello se manifestó en cuestiones tan significativas como la explicación del devenir de las sociedades por cuestiones biológicas y en el uso de algunos términos aparentemente insignificantes, hoy en día tan extendidos e interiorizados por nosotros, como “función” u “homeostasis”. Como han señalado algunos investigadores (por ejemplo, Renfrew y Bahn 1998: 24), este pensamiento también influiría en Marx y Engels a través de los escritos de Morgan⁵³. Así, Engels llegó a decir que: “Morgan fue el primero que con conocimiento de causa trató de introducir un orden preciso en la prehistoria de la humanidad” (Engels, citado en Daniel 1987: 178). Pero, aunque este “conocimiento de causa” no fue del todo preciso, también creemos que la filosofía desde la que parte Morgan y su objetivo y/o praxis a la que se dirige con ella lo separa abiertamente de los clásicos marxistas. De este modo, Marx cuestionó la doctrina del organismo social; por un lado, porque esta no estaba relacionada con ningún cuerpo de datos científicos concretos o particulares, y, por el otro, porque el progreso no conducido, no relacionaba a un acto particular humano con otro (Krader 1974: 4).

Los evolucionistas tuvieron entre sus filas a muchos intelectuales como Huxley, Lubbock, Main, Morgan, Phear y Kovalevsky. Acerca de esta asociación de científicos, Krader nos dice: “El campo sostenido en común y ampliamente compartido [por ellos] en el período Victoriano, es que el hombre es producto de su propia agencia, la cual está sujeta al desarrollo orgánico” (Ibíd.: 2. La traducción y los corchetes son nuestros).

Por tanto, para no redundar en los mismos postulados compartidos, sólo tomaremos como referencia a John Lubbock, Lewis Morgan y Herbert Spencer como los representantes de esta “escuela” de investigadores sociales.

John Lubbock y los euroamericanos (1834-1913)

Lubbock fue un investigador inglés muy influenciado por la obra de Charles Darwin, a quien conoció personalmente desde la infancia. Lubbock elaboró una

⁵³ Consultar, por ejemplo, *The Ethnological Notebooks of Karl Marx* o *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.

teoría según la cual todas las sociedades a partir de sus características biológicas progresaron en mayor o menor grado, planteamiento que fue esbozado por primera vez en su *Prehistoric Times* (1865). Así se fundaban las bases científicas del racismo y la justificación biológica de las desigualdades sociales; teoría que sirvió, en primer lugar, para defender el derecho de los británicos sobre sus colonias: “El estudio de las razas inferiores, aparte de su utilidad inmediata para un Imperio como el nuestro, es de gran interés desde tres puntos de vista” (Lubbock [1870] 1987: 1).

Los tres puntos de vista a los que se refiere Lubbock ya definen los rasgos generales de un darwinismo social. Primero, existía una semejanza entre las costumbres de esos pueblos y la de sus antepasados directos de “una época ya lejana”. Que es lo mismo que decir que las sociedades que él estudió (“las salvajes”) estaban fosilizadas o estáticas y no habían progresado en el tiempo. Un progreso que, por el contrario, los británicos sí habían logrado. Esto será explicado, principalmente, por causas biológicas o un racismo grosero.

El segundo punto de vista era que algunas costumbres sobrevivían como consecuencia de esa condición anterior: “muchas costumbres que evidentemente no tienen ninguna relación con las circunstancias actuales, y algunas ideas que se han incrustado en nuestros espíritus, como los fósiles en las rocas” (Ibíd.). Es decir, existía una “esencia” que se expresaba de manera residual en la sociedad.

Finalmente, a partir del estudio de estos pueblos y la sociedad contemporánea a esta (método histórico directo), se podría predecir el futuro (progreso o evolución ascendente de esa sociedad) con el objetivo de: “disipar una parte de las tinieblas que separan el presente del porvenir” (Ibíd.).

En dichos supuestos se percibe, pues, una gran confianza en el desarrollo económico y social que había alcanzado la Inglaterra del XIX gracias a la industrialización. Esto les situaba en un plano de seguridad y confianza en su futuro, nada alejado de sus expectativas progresistas. De hecho, la economía liberal clásica fue un sustento importante para dichas teorías evolucionistas.

Por otro lado, aunque el evolucionismo social puede entenderse como un proceso de cambios continuos, para Lubbock, el individuo por sí mismo era incapaz de acelerar dicho proceso, porque, como organismo que era, debía esperar a los cambios imprimidos por el ritmo natural, por tanto se esperaban cambios graduales adaptativos. Así, esta teoría se convierte en conservadora y defensora de las condiciones sociales y económicas en la cual se encontraba inserta.

Asimismo, el darwinismo social de Lubbock descansaba sobre presupuestos idealistas, principalmente porque aducía que la supuesta superioridad biológica estaba vinculada a la superioridad intelectual, espiritual y moral: “El estado intelectual del salvaje se diferencia tan completamente del nuestro, que es con frecuencia muy difícil de seguir el curso de lo que pasa en su espíritu ó comprender los motivos que influyen su conducta” (Ibíd.: 6).

Por ello, el libro *Los orígenes de la civilización...* (1870) resulta un caso excepcional del prejuicio, infravaloración y subestimación de la capacidad creadora de las sociedades no industrializadas del siglo XIX. Acerca de ello, el capítulo VIII (“La condición moral”) es significativo. Para Lubbock, ya que los valores morales de referencia fueron los ingleses (y que él supuso producto de su evolución social que acompañaba a la biológica), “los salvajes” salieron muy mal parados en una comparación directa. Más aún, si observamos que se acepta el “derecho natural” como una de las formas más civilizadas de vida (se cita a Montesquieu, por ejemplo), la conclusión de Lubbock no puede ser más que ésta:

(...) en suma, bien podemos admitir que la vida y la hacienda gozan de menos seguridad entre los salvajes que en las sociedades civilizadas; y aunque el delito del que asesina ó roba puede variar mucho según las circunstancias, para la víctima el resultado es siempre idéntico. (Ibíd.: 364)

Así, también, se percibe en este párrafo un temor al arrebato de la propiedad privada. Más abajo, Lubbock se atreve a sentenciar: “Como cuestión filosófica, sin embargo, lo que más importa no es el carácter relativo de las diversas razas, sino la condición moral de las razas inferiores tomadas en conjunto” (Ibíd.)

De estas citas se desprende que, aunque el libro tiene más de un centenar de páginas, ya aquí se ha invalidado cualquier desarrollo científico objetivo (de hecho, en la introducción de este libro ya se ha dicho todo lo que se tenía que decir al respecto) y todo lo demás transcurrirá en la presentación de ejemplos etnológicos (que más parecen etológicos) y su correspondiente juicio negativo y moralizador con relación a los “valores de la civilización occidental”.

Los nuevos norteamericanos hicieron lo suyo siguiendo este ejemplo y utilizándolo, principalmente, para justificar el exterminio de las poblaciones nativas y la consecuente (y, para ellos, necesaria) sustitución por individuos civilizados: los euroamericanos. Esto se justificaba igualmente por las supuestas condiciones de inferioridad biológica e intelectual de los indígenas. Por ello, los nativos estaban predestinados a la desaparición por no estar en condición de adecuarse a la

civilización que los “blancos” extendían a medida que conquistaban los nuevos territorios. Más tarde, esto explicará lo que Bruce Trigger denominó “arqueología colonial”, que es aquella “practicada por poblaciones colonizadoras que no tenían lazos históricos con los pueblos cuyo pasado, estaban estudiando” (Trigger 1984: 360. La traducción es nuestra).

Por otro lado, a medida que la sociedad euroamericana se apropiaba de las tierras por la violencia y mediante una justificación externa a ellos mismos (una excusa utilizada era el “pecado original” de los nativos), también tuvieron que justificar las contradicciones internas que se desarrollaron inherentemente dentro de su propia sociedad. Esta contradicción se refería sobre todo a la acumulación de capital económico por una sola clase social. Para ello, deberán justificar su “derecho biológico” para poseerlo. De este modo, hacia finales del siglo XIX, William Graham Sumner (1840-1910) llegaría a decir que: “(...) los millonarios son un producto de selección natural que actúa sobre todo el conjunto de los hombres para escoger a aquellos que puedan cumplir los requisitos de cierto trabajo por hacer.”⁵⁴

De esta forma, el evolucionismo social fue adaptado rápidamente a los intereses de una clase dominante.

Más allá de ello, el evolucionismo social también sirvió para fundamentar el racismo que se desarrolló, por ejemplo, de manos de Albert Ploetz (1860-1940), en Alemania, tan temprano como en 1895, una “ciencia de higiene racial” (eugenesia) y que incluso más adelante llegarían a utilizar tendenciosamente el pensamiento filosófico de las obras de, entre otros, Friedrich Nietzsche y Martin Heidegger. Todo esto desembocaría, como veremos luego, en la arqueología de Gustaf Kossina como parte de la ideología nacional-socialista alemana a partir de la década de 1930.

Comienza la analogía etnográfica: Lewis Morgan (1818-1881)

Inspirado por la obra de Adam Ferguson⁵⁵ y también influido en gran parte por Montesquieu, el creador de la división de las sociedades en salvajes, bárbaras y

⁵⁴ Más referencias sobre Sumner, disponibles en www.iespana.es/beagle/coleman.html

⁵⁵ En su *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil* (1767), para Ferguson, “la esencia de la humanidad es la técnica (el artificio: cultura y civilización); la naturaleza como tal es algo ajeno a la esencia humana” (citado en Krader 1972: 34).

civiles (Malina y Vasicek 1990: 41) va a desarrollar su punto de vista evolucionista social. Este norteamericano formado en leyes (razón que lo mueve a la defensa de los intereses negados a los sobrevivientes indios de Norteamérica) tuvo como pasatiempo la Etnología, puesto que en realidad era propietario de minas, ferrocarriles y hornos de hierro. Sin embargo, sus estudios van a marcar un punto de inflexión en la teorización y metodologización en la recién nacida disciplina antropológica, por aquel entonces denominada Etnología.

Mediante su célebre estudio de la sociedad iroquesa (*La liga de los iroqueses*, de 1851) y de otras sociedades indígenas⁵⁶, desarrolló un primer intento de sistematización y clasificación de los sistemas de parentesco de dichas sociedades, que fue sintetizado en su obra *Ancient Society, or Researches in the Lines of Human Progress from Savagery to Civilization*, de 1877. Apoyado en los escritos de Darwin, va a desarrollar su explicación de las sociedades actuales en su evolución, la cual estaba basada mayoritariamente en sus logros tecnológicos, innovaciones y producción (Malina y Vasicek 1990: 42). Esto último le acercaría a una concepción de la sociedad cercana al materialismo si no fuese por el fuerte componente idealista que sustentaba su teoría acerca del desarrollo de la sociedad (Krader 1974: 9). De este modo, la sociedad humana habría pasado obligatoriamente por las siguientes etapas:

Salvajismo

Inferior: caracterizado por una economía basada en la recolección.

Medio: con una alimentación y trabajos centrados en la pesca y en el que las sociedades comenzarían a utilizar el lenguaje y el fuego.

Superior: con rudimentos tecnológicos como el arco y las flechas.

Barbarie

Inferior: caracterizada por la invención de la cerámica.

Media: en el que se da la domesticación de plantas y animales en el Viejo Mundo y la irrigación en América.

Superior: uso de armas y metales.

Civilización: caracterizada por la invención de la escritura y del alfabeto.

⁵⁶ Morgan comparó un total de 139 sociedades, primero por propia cuenta y posteriormente financiado por el Servicio Consular Americano, la Smithsonian Institution, el Museo Peabody y el Bureau of American Ethnology, entre otros.

Para Morgan, el motor de esta evolución era la propia “lógica humana”, la cual promovía el surgimiento de procesos inventivos independientes en diferentes lugares del mundo. Todo esto se cimentaba, como hemos observado al inicio, en su descubrimiento de la similitud en los “sistemas de parentesco” (“una característica o esencia que permanecía inamovible e inmanente en la mente de las gentes”) de diferentes sociedades “primitivas”, tanto de Norteamérica como de Asia⁵⁷.

Sin embargo, también sostuvo que aunque la civilización occidental había llegado a la cima de la evolución, también hubo algunos pueblos, que él denominaba primitivos, que fueron superiores a los civilizados, puesto que carecían de propiedad privada en cuanto a recursos y bienes básicos. Esta cuestión le hacía intuir que esta forma de vida debería ser un nivel mayor que su etapa de “civilización”.

Luis Vasco Uribe (1987) recogerá otros elementos relevantes de la obra de Morgan, aunque él retoma mayoritariamente los escritos más tempranos (un “Morgan joven”, si se prefiere), especialmente el de la *Liga de los iroqueses*. Para este investigador, un elemento significativo en la obra de Morgan va a ser el concepto de “transición”, entendido como una fase intermedia entre dos estadios, o sea una forma social mixta. Otro es el concepto de “reproducción social” (no confundir con el concepto proveniente del materialismo histórico), que hace que las sociedades mantengan su “esencia” a pesar de los cambios formales ocurridos. Cuando esta “esencia” no se reproduce, dicha sociedad desaparece o cambia sustancialmente. En este caso, Morgan apuntará en su análisis a las reproducciones sociales que corresponden a la superestructura, como, por ejemplo, la danza o a las ideas de “nación” y “nacionalidad”, conceptos que estarían presentes en dichas sociedades. Para Vasco Uribe, el análisis de Morgan también va a ser relevante por cuanto somete a la información etnohistórica a una crítica previa a su utilización (Vasco Uribe 1987).

Si bien todos estos aportes de Morgan parecen reflejar una cierta ansia de objetividad científica y puntos de encuentro con el materialismo histórico, la cuestión de fondo está bastante clara, puesto que su obra total no escapará a los intereses económicos, sociales y políticos de la burguesía americana de fines del siglo XIX. Por ello, si bien es rescatable en sus obras la necesidad de respetar y

⁵⁷ Morgan ([1877] 1971: 15) pensaba en un origen asiático para las sociedades primitivas y, por consecuencia, de toda la humanidad (Krader 1974: 8).

salvaguardar a las sociedades indígenas y su trabajo acumulado, por otro lado, gracias a la lectura de las mismas, se iniciará la justificación de la inferioridad de los salvajes y bárbaros en pos de una superioridad de la civilización (en este caso occidental). Así, por ejemplo, podemos observar su opinión acerca de los pueblos que él considera los elegidos para llegar a la civilización:

El hecho de que una parte de la familia humana, hace más o menos cinco mil años, alcanzase la civilización debe ser considerado como un hecho maravilloso. En rigor, solamente dos familias, la semítica y la aria, cumplieron la tarea mediante su esfuerzo propio. **La familia aria representa la corriente céntrica del progreso humano, porque produjo el tipo de hombre más elevado y ratificó su superioridad intrínseca a adueñarse paulatinamente del señorío del mundo.** (Morgan [1877] 1971: 544-545. El subrayado es nuestro)

Es significativo que los ecos de ideas europeas se reflejen tan tempranamente en la obra de Morgan y, sobre todo, que aparezcan dos de los grupos como los semitas y arios como protagonistas de la civilización.

Para finalizar con Morgan, entre otros de sus planteamientos hay uno que es significativo con relación a esta civilización, y es que él plantea que esta ha sido lograda a través de millares de años gracias a la “Providencia Divina” (Ibíd.: 545).

La supervivencia del más apto: Herbert Spencer (1820-1903)

Como anota Glyn Daniel (1987), Spencer se había adelantado al mismo Darwin, cuando, en 1850, escribe que:

El Progreso no es accidente sino necesidad. Es parte de la naturaleza (...) el mal tiende perpetuamente a desaparecer (...). La civilización, en vez de ser artificial, es parte de la naturaleza; forma parte integrante del desarrollo del embrión o del despliegue de la flor. (Spencer, citado en Daniel 1987: 112)

En su discurso, el interés por el individualismo y la iniciativa privada como parte de la evolución social serán unas constantes que, como anota Trigger (1983: 95), sirvieron para la afirmación de la ideología de las clases medias británicas.

Spencer aplicó el evolucionismo a la Psicología y al estudio de la Filosofía, en lo que él denominó su “filosofía sintética” (ver *A System of Synthetic Philosophy*, 1862-93). Por ello fue más aclamado en los círculos filosóficos por su pensamiento político, principalmente por su defensa de los derechos naturales y por su crítica al positivismo utilitarista, aunque su obra misma estuvo bastante influenciada por el positivismo de Augusto Comte.

Para Spencer, la sociedad era análoga a un organismo biológico y su evolución significaba una diferenciación progresiva de la uniformidad a la variación, de lo indefinido a la estructura o función especializada (Malina y Vacisek 1990: 42). Spencer creía en la progresiva complejización de las sociedades, un argumento que, como veremos, se continúa utilizando en la Arqueología cuando se habla de “sociedades complejas” (por ejemplo, ver Dunnell 1989: 35).

Spencer sostenía que para su explicación evolucionista contaba con evidencia de la Biología (*Principles of Biology* [1864-7]). Para él, existía una especialización gradual en las cosas (comenzando con los organismos biológicos) hacia la autosuficiencia (incluso del Estado, ver *Man vs. State*) y la individualización. Así, debido a que la naturaleza humana puede mejorar y cambiar, las visiones científicas que descansaban sobre la presunción de una naturaleza humana estable, como propusieron muchos utilitaristas, fueron rechazadas.

Así, pues, la “naturaleza humana” era simplemente “el agregado de los instintos y sentimientos de los hombres”, que con el tiempo llegaron a ser adaptados a la existencia social. Spencer incluso reconoció la importancia del entendimiento de los individuos como un “todo” y del cual ellos formaban “partes”. Sin embargo, dichas “partes” eran mutuamente dependientes y no subordinadas al organismo como un todo: ellas tenían una identidad y valor sobre el cual el “todo” era dependiente.

De esta manera, aunque lo que caracterizaba el desarrollo de los organismos era la “tendencia a la individualización” (*Social Statics* [1851]: 436), esta se relacionaba con una inclinación natural de los seres humanos para preservar sus vidas. Esta inclinación natural estaría reflejada en la característica del “auto-interés racional”. Así, esta tendencia por perseguir el interés individual es tal que en las sociedades primitivas existiría al menos un primer factor de motivación en los seres humanos para estar juntos y que estaba basado en la amenaza de violencia y guerra.

Según Spencer, a partir de las características de las entidades individuales uno podría deducir, usando las leyes de la naturaleza, cuáles promoverían o proveerían la vida y la felicidad. Él creía que la vida social era una extensión de la vida de un cuerpo natural, y que los “organismos” sociales reflejaban los mismos principios o leyes evolucionistas, como lo hacen las entidades biológicas. Por tanto, la existencia de tales “leyes” procuraba una base para la ciencia moral, susceptibles de determinar cómo los individuos deben actuar para obtener la felicidad.

Como, para Spencer, la sociedad era un agregado de individuos, el cambio en ella tomaba lugar solo cuando los individuos de dicha sociedad cambiaban y se habían desarrollado (*The Study of Sociology*: 366-367). Por ello, para Morgan,

los individuos eran “primarios”, el desarrollo individual, por tanto, “egoísta” y las asociaciones con otros, básicamente instrumentales y contractuales.

Spencer va a asumir muchos valores ideales y abstractos como la felicidad, el progreso, el pensamiento y la moral innata del humano como medio para el desarrollo de la sociedad. Pero, sobre todo, Spencer mantenía una orientación hacia lo que él llamaba las “leyes naturales”, obviamente provenientes de su perspectiva biológica evolutiva y de su apego a la ideología producida por el Estado y las clases dominantes, disfrazada a través del “contrato social”. Pero si hay algo que resaltar en la obra de Spencer, es su idea acerca de que la libertad estaba cercana a un enfrentamiento con el Estado, si es que este recortaba las libertades individuales. Asimismo, reconoce que vivir en el Estado (“la vida en comunidad”) es importante, porque existe dependencia entre sus miembros.

El difusionismo o las grandes invasiones (pre)históricas: la arqueología histórico-cultural

Luego de una época en que el evolucionismo se mantuvo dentro de la mayoría de explicaciones del desarrollo de la sociedad, apareció una nueva corriente teórica que rechazó muchos de los postulados anteriores: el difusionismo. En este apartado trataremos de esclarecer algunos de los enunciados más relevantes de esta postura.

Pero, antes de empezar, queremos llamar la atención de que esta posición tuvo mucho que ver, subrepticamente, con la construcción de las “identidades nacionales” o “nacionalismos”. El nacionalismo se originó como consecuencia de la búsqueda de una explicación, por parte del Estado, de las contradicciones sociales que conlleva el capitalismo (la industrialización). Por ello, el Estado buscó solucionar dichas contradicciones económico-sociales (y que ocasionaba malestar en el grueso de la población) mediante la unificación de las poblaciones dentro de un territorio con el objetivo de formar bloques que defendiesen “sus derechos” en contra de otros países. Así, se buscaba la solución de los problemas internos fuera de la sociedad misma o, mejor dicho, del sistema económico que los origina. En otras palabras, el Estado buscó a los culpables de sus problemas internos en sus competidores económicos y políticos más cercanos, acción que cuenta con una ventaja añadida: la guerra con intereses económicos estratégicos.

Más allá de esta utilización política, el difusionismo nació también como rechazo del evolucionismo cultural, en el seno de la antropología norteamericana, de la mano de Franz Boas y sus estudiantes (Willey y Sabloff 1993: 91). Por ello, sólo nos referiremos *in extenso* a la obra de Boas, puesto que no percibimos mayor

desviación teórica hasta la llegada de los neoevolucionistas, principalmente Leslie White y Julian Steward.

En contraposición al evolucionismo social o cultural, donde cada sociedad podía evolucionar independientemente, el difusionismo partía de la premisa de que las poblaciones humanas permanecían estáticas y, por ello, “el cambio cultural” sólo se explicaba mediante las invasiones o sustituciones de un pueblo por otro. Así, los mapas en los textos de historia comenzaron a llenarse de flechas que aumentaban de tamaño o cambiaban de dirección según el lugar de donde provenían las invasiones y que se probaban por los cambios observados en el registro arqueológico de los asentamientos. Las explicaciones llegaron incluso hasta el “hiperdifusionismo” (Daniel 1987: 170)⁵⁸. Estas ideas difusionistas se anclaban en el reconocimiento de objetos arqueológicos con similitudes formales, lo que condujo a un entusiasmo por las comparaciones estilísticas en menoscabo de su contexto geográfico, económico y social, de los cuales eran elementos integrantes.

Como consecuencia, se asiste por esta época a la construcción de las primeras cronologías locales y regionales⁵⁹ a partir de los fósiles-tipo (un tipo de cerámica o un tipo de espada, por ejemplo) que se descubrían en los asentamientos arqueológicos, pero, principalmente, a partir de artefactos descontextualizados, tanto de museos como de colecciones particulares. Un caso ejemplificante en el difusionismo, y la construcción de las cronologías regionales para probarlo, es el sobreexplotado tema en Europa de las invasiones célticas, que a partir de 1870 inauguró un arduo debate en los círculos académicos de la mano de Mortillet⁶⁰ y que ha continuado durante todo el siglo XX (ver, por ejemplo, Renfrew 1990).

⁵⁸ Por ejemplo, hacia 1923 se planteaba que las tumbas megalíticas de Europa occidental habían sido consecuencia de la llegada de una idea proveniente del Egipto de las grandes pirámides. Por la distancia existente entre ambas áreas, la idea original egipcia solo se había conservado en “esencia”, por lo que se había materializado en forma decadente en la construcción de dichos megalitos (Trigger 1992: 149). Así, las ideas podían viajar por enormes distancias e incluso ir desde África o Europa hasta la América precolombina. Por ejemplo, es célebre la cuestión acerca de la cerámica Jomón relacionada con Valdivia, Ecuador (Willey y Sabloff 1993: 203-204), sobre todo cuando esta hipótesis se desarrolló con los neoevolucionistas. Su principal defensora fue Betty Meggers, quien fue discípula de Leslie White hacia 1954 y hasta 1998 se puede apreciar cómo su evolucionismo y difusionismo cultural siguen vigentes en su pensamiento (Meggers 1998: 117-122). Asimismo, la hipótesis Aloctonista del origen de la civilización andina, del alemán Max Uhle (Linares Málaga 1964: 106), encajaría muy bien en este tipo de ideas difusionistas.

⁵⁹ Aunque estas ya se habían desarrollado tempranamente, por ejemplo, en 1851, con Daniel Wilson (Trigger 1992: 150).

⁶⁰ Es interesante notar que cada país tuvo por lo menos un arqueólogo oficial que defendió esa hipótesis. Para España, podemos citar a Bosch Gimpera; para Italia, a Pigorini, etc. Para un análisis más detallado de esta cuestión, ver Renfrew (1990).

Otro precursor del difusionismo europeo fue Oscar Montelius (1843-1921), quien desarrollaría una de las cronologías europeas difusionistas más tempranas y que alcanzaría bastante éxito hacia la década de 1880 y que se suponía descansaba sobre una sólida evidencia arqueológica. Sin embargo, descansaba realmente en la creencia que las principales innovaciones tecnológicas provenían de Oriente (*ex Oriente Lux*) (Daniel 1987: 224-225). Sin embargo, sus interpretaciones también descansaban sobre el evolucionismo cultural.

De todas formas, tendría que llegar el nuevo siglo para que las ideas se reformaran. Como señala Merwin Garbarino (1977): "(...) durante el comienzo del siglo XX, el clásico evolucionismo cultural cayó bajo la crítica de los miembros de la Escuela Histórica [Cultural], especialmente del antropólogo Franz Boas" (La traducción y los corchetes son nuestros).

De esta forma, Boas reconoció la poca solidez y nada científica naturaleza del esquema evolutivo spenceriano, con su única validación procedente del registro etnográfico (Garbarino 1977). Paradójicamente, dichas críticas también empujaron al evolucionismo cultural a desarrollar un mejor marco teórico, como veremos más adelante.

Siendo consecuente con sus críticas al evolucionismo, Boas demandó el regreso al uso de la evidencia verificable empíricamente sobre las cuales fundamentar las hipótesis acerca del proceso "cultural". Con ese propósito, Boas sería uno de los primeros en utilizar la seriación tipológica (Willey y Sabloff 1993: 95). Asimismo, su teoría veía la explicación del desarrollo histórico de las sociedades en términos espaciales (horizontales) y dejaba a un lado la profundidad temporal y la sucesión de etapas (verticalidad o profundidad cronológica).

Esta época se cerraría hacia el comienzo de la década de 1950 con la llegada de las precisiones cronológicas absolutas mediante el método de datación isotópico o carbono 14, que eliminó muchas de las teorías que no tenían ningún asidero científico y sólo se basaban en "cronologías cruzadas" (Lull y Micó 1997: 116). Sin embargo, hay que anotar que mucha de la lógica y enunciados históricos culturales sobrevivieron a la revolución del carbono 14.

La negación del evolucionismo social: Franz Boas (1858-1942) y el relativismo cultural

Considerado como el "padre de la antropología norteamericana" (Willey y Sabloff 1993: 109), este investigador nació en un hogar judío y realizó sus estudios universitarios en Alemania. Como consecuencia de ello, es probable que su

formación académica resultará influenciada por la escuela difusionista culturalista alemana ya desarrollada por Ratzel (entre 1885 y 1888) y su discípulo Frobenius, y que fueron seguidos por los etnólogos Graebner, Schmidt, Foy, Lips y Ankermann (Daniel 1987: 228). Boas desarrolló, antes de su nacionalización como estadounidense, algunos trabajos de campo con los *kwakiutl* de la Columbia Británica. Posteriormente inició su carrera como académico en los Estados Unidos, país donde desarrolló su mayor y más importante producción bibliográfica y desde donde su influencia intelectual se extendió hacia América y Europa⁶¹.

Influenciado por su formación en Psicofísica (su tesis doctoral en la Universidad de Kiel, Alemania, se denominó *La concepción del color del océano*), sus obras tendrán reminiscencias en esta perspectiva. Así, en *The Mind of the Ancient Man (La mentalidad del hombre primitivo)*, de 1911, sostendrá la existencia de unos rasgos “culturales” comunes en todas las sociedades. De ahí que, para Boas, el interés de la investigación debería centrarse en estudiar las peculiaridades más que las regularidades de cada sociedad (el relativismo cultural).

Su oposición al fascismo, mediante la negación del racismo y etnocentrismo (Lewis 2001: 447), supuso un enfrentamiento con los investigadores de esta línea, principalmente alemanes⁶². Sin embargo, como han apuntado algunos investigadores, el desarrollo del concepto de “raza” de Boas (v. gr. Boas [1931] 1940: 3-17) resultó pernicioso, porque fue utilizado para el denominado “racismo científico”⁶³, aún cuando su objetivo fuese el opuesto (Visweswaran [1998: 70], citado en Lewis 2001: 447). Por otro lado, sus estudios sobre las comunidades nativas, principalmente los *kwakiutl*, también sirvieron para la naturalización del control blanco sobre las comunidades nativas norteamericanas y para su consecuente asimilación ideológica (Briggs y Bauman [1999: 516 y 519], citados en Lewis 2001: 448).

⁶¹ Boas obtuvo rápidamente prominencia en los círculos académicos norteamericanos. Consiguió posiciones en la Universidad de Columbia y en el Museo Americano de Historia Natural, también fue editor asistente en la revista *Science*, ayudó a iniciar departamentos de estudios antropológicos, etc. (Lewis 2001: 452-455). La importancia que tuvo en la élite intelectual de los Estados Unidos concuerda con la ideología dominante norteamericana, especialmente por el énfasis en el discurso anti nazi en una época en que dicha ideología estaba creciendo.

⁶² Durante los excesos del régimen nazi, se llegó a quemar los libros de Boas en su ciudad natal: Kiel.

⁶³ Boas habla de las mezclas raciales y cómo a lo largo de ese desarrollo se van perdiendo las características raciales de sus ancestros (Boas 1940: 5). Esto será utilizado por los nazis, por ejemplo, para evitar la “decadencia” de las características raciales arias.

Una clara contradicción se reflejó en el discurso de Boas cuando mantuvo prejuicios sobre los pueblos denominados “primitivos”:

(...) cuyas actividades están poco diversificadas, cuyas formas de vida son simples y uniformes, y cuya **cultura en su contenido y en sus formas es pobre, e intelectualmente inconsecuente. Sus invenciones, orden social, vida intelectual y emocional deberían ser asimismo escasamente desarrolladas.**

(Boas [1911] 1992: 5. El subrayado es nuestro)

Vemos, pues, que su difusionismo todavía rezumaba una separación entre lo “primitivo” y lo “civilizado” y una carga evolutiva mediante la diferenciación entre ellos en términos temporales.

La perspectiva de Boas también sugiere un determinismo ecológico, puesto que asumía que donde las condiciones naturales fueron las mejores el ser humano podría dedicarse durante mucho más tiempo al ocio y consiguientemente al trabajo intelectual, progresando “culturalmente”. Aunque también admitió que los progresos tecnológicos (“el adelanto general de la cultura”) sirvieron para crear esas condiciones (Ibíd.: 9-10). Muchas de estas ideas resultaron de sus estudios realizados con los inmigrantes europeos de los siglos XIX y XX en EE.UU., en los que se basaba para sostener que los cambios que experimentan los hijos con relación a sus padres, además de la herencia biológica, fueron producto de la influencia de un nuevo medio ambiente (Boas 1940: 18-93).

Si no fuese porque el punto de partida de su análisis fueron los valores (abstracciones) ideales, su perspectiva estaría cercana a un materialismo histórico, puesto que hay objetivos en común, como la búsqueda de la satisfacción plena de las necesidades materiales y el disfrute del ocio para el desarrollo intelectual. Sin embargo, su filosofía y teorías se dirigían hacia otro objetivo, pues siendo él mismo un inmigrante estuvo al servicio de su nuevo Estado cobertor. Así, sus investigaciones acerca de la raza servirían para producir un nuevo concepto de nación en EE.UU. (ver, por ejemplo, Boas [1931] 1940: 3-17), basado en las diferencias individuales producto de las “herencias raciales” reconocidas en sus estudios sobre los inmigrantes europeos llegados a ese país. En ese sentido, a Boas y sus alumnos se les reconoce, por ejemplo, la considerable modificación del controvertido concepto de nación en EE.UU. (Stern 1959: 218, citado en Lewis 2001: 454).

Así, este campo de estudio y la teoría producida por Boas se utilizaría para solventar las contradicciones intrasociales que conlleva el mismo concepto de nación, en un país tan diverso como los EE.UU. del siglo XX. Por ello, Boas, por más que

intentó mejorar el conocimiento de la sociedad norteamericana, se convirtió en un investigador del Estado que producía lo que le interesaba a éste. Sin embargo, dicha situación también le supuso una contradicción personal (ser un científico objetivo o defender los intereses del Estado), advertida, por ejemplo, cuando al entrar los EE.UU. en la I Guerra Mundial sus publicaciones y sus manifestaciones públicas en contra del involucramiento de este país son detenidas (Lewis 2001: 456-457). De este modo, cuando quiso subvertirse sufrió serias represalias por parte del Estado⁶⁴.

Gordon Childe (I parte: 1925-1934)

Antes de pasar a ver a las arqueologías nacionalistas y sus explicaciones acerca del Estado, haremos una breve referencia de los que llamaremos una primera parte de la producción intelectual de Childe, la misma que estuvo influenciada por el ambiente académico de su época en Europa occidental y en la que escribirá obras que se encuentran entre las corrientes que estamos explicando.

Comprometido políticamente con el socialismo, este australiano muy pronto va a dejar su país para dirigirse a Inglaterra. Hacia 1925, sus escritos van a estar totalmente cargados de difusionismo (v. gr. *The Dawn of European Civilization*) y, para 1926, con *The Aryans*, llegarían incluso a ser de carácter “migracionista”, muy cercano a lo que Kossina desarrolló en Alemania (Klejn 1994: 75). Aunque rechazó todas las connotaciones racistas de este último (Trigger 1992: 162), afirmó que “el éxito que tuvieron los indoeuropeos (...) fue debido a que hablaban una lengua superior y se beneficiaban de la mentalidad mucho más competente que ésta permitía” o, también, que “la superioridad física de los pueblos nórdicos les convirtió en los más adecuados para disponer en primer lugar de una lengua superior” (Trigger 1992: 166)⁶⁵. Sin embargo, a medida que pasó el tiempo, fue abandonando dichas ideas.

⁶⁴ Como señala Lewis (2001: 456), “Una vez que acabó la guerra, [Boas] envió una carta a La Nación denunciando públicamente la acción del departamento de Guerra y a cuatro antropólogos que fueron a México a ocuparse de espionaje usando la cubierta de su ciencia”. Este acto fue costoso para Boas, pues, como él esperaba, fue impelido a renunciar de su cargo por el National Research Council y sufrió represalias desde la American Anthropological Association y el Bureau of American Ethnology (Ibíd.: 457).

⁶⁵ Para ver citas de textos del “Childe difusionista”, consultar Renfrew (1990).

A pesar de aquello, con *The Dawn of European Civilization* Childe va a realizar innovaciones en la explicación del desarrollo social y se vislumbra en ella una nueva forma de denominar a las sociedades prehistóricas, que aunque se encontraba aún dentro de un discurso evolucionista-difusionista (al igual que la mayoría de sus contemporáneos) difundiría el concepto de “cultura” (*kulturkreis*) procedente de la escuela alemana de la geografía cultural de Ratzel y sus seguidores. Con ello se trataba de abandonar las “épocas” en pos de un nuevo término: la “cultura”. Sin embargo, este término, que si bien fue una innovación en su momento, ha tenido y sigue teniendo una fuerte crítica dada su carga ideológica y uniformizadora. Más aún, hay serios defectos en dicho concepto desde el punto de vista teórico y metodológico, puesto que está basado en un conjunto de artefactos (crítica realizada tan temprano, como la de Braidwood, en 1945).

Por ello, sería a partir de los escritos de Childe cuando se comienza a cambiar la perspectiva del desarrollo humano fundamentada en la Geología y la Biología, por un punto de vista histórico y antropológico (Daniel 1987: 231-236): “Así, [Childe] distinguió entre una arqueología evolucionista antigua y un nuevo enfoque histórico cultural” (Trigger 1992: 166. Los corchetes son nuestros).

Sin embargo, su enfoque todavía era funcionalista y se basaba en el ordenamiento cronológico de las “culturas” reconocidas mediante sus fósiles directores. Esto era producto de su acercamiento a las explicaciones arqueológicas de su entorno académico inmediato, llegando por aquel entonces a confirmar mediante esta temprana obra (*The Dawn...*) el esquema cronológico-difusionista de Montelius (Trigger 1992: 164). Todo esto cambiaría cuando se acerque a las explicaciones materialistas históricas y, sobre todo, a partir de su primer viaje a la URSS, como veremos luego.

La búsqueda de las esencias nacionales: las arqueologías nacionalistas e imperialistas

Siguiendo con el recorrido histórico de los modelos de explicación que nos hemos propuesto, queremos tocar ahora el tema de las arqueologías nacionalistas, tal como se produjo, por ejemplo, en la Alemania de la primera mitad del siglo XX. No nos extenderemos sobre esta arqueología, pues ya ha sido trabajada con cierta profundidad (ver McCann 1990, Trigger 1992, Wiwjorra 1996). Solamente quisiéramos comentar algo sobre la obra de Gustaf Kossina (1858-1931): “un ardiente exponente del pangermanismo y nordicismo” (Clark 1980: 236). Este investigador

desarrolló una arqueología cimentadora del racismo desde la prehistoria, y que a pesar de sus intentos de impregnar a sus investigaciones de lineamientos científicos, fracasaría en dicho intento. Pese a ello, este sirvió principalmente para un momento histórico concreto cuando el régimen nazi necesitaba con urgencia justificaciones para imponer sus medios de dominación, los mismos que podían llegar incluso a la manipulación científica en sus diferentes campos. Para ello, Kossina no dudó en presentar a la mayoría de los materiales arqueológicos como pertenecientes a la “cultura aria” o “indoeuropea” (para él, indudablemente superior a las demás) y a su correspondiente difusión prehistórica por Europa.

Como para nosotros lo más relevante aquí será el uso de la Arqueología para los fines de dominio dentro de la sociedad de un Estado moderno, ejemplificaremos ésta cuestión mediante un caso menos conocido: la arqueología fascista en la Italia de Mussolini. Adicionalmente, esta arqueología tiene la ventaja de encontrarse dentro del difusionismo y que tiene como característica principal ser una arqueología oficial. Como diría Graham Clark (1980: 237), esto es un ejemplo en toda regla de “la nacionalización de las actividades arqueológicas”, con un objetivo claro que no es otro que el de justificar su existencia, sus maniobras políticas y económicas, es decir, su producción y reproducción política. Además, la Italia de este momento histórico era representante de una ideología fascista bastante extendida en aquel entonces por Europa. Si bien estas ideologías y su desarrollo en la Arqueología no tocan directamente el concepto de Estado (porque lo asumen como algo natural), pretenden dar una explicación relacionada a este para sustentar su existencia pasada y presente, utilizando modelos antropológicos y arqueológicos de las claves evolucionista y difusionista.

Pero antes de seguir queremos hacer algunas anotaciones acerca de las primeras formas de desarrollo del nacionalismo con relación a la Arqueología. Como ya han observado otros investigadores, este interés venía de un tiempo atrás, aunque dicho objetivo se materializará mediante la creación en estos países de los primeros museos nacionales en el siglo XIX (Díaz-Andreu 2001: 432; Lull y Micó 1997: 111). Aunque este afán en la construcción de la identidad nacional mediante la reivindicación de un “pasado glorioso”, con objeto de mantener y fortalecer el poder, parece ya iniciarse en las épocas postnapoleónicas. De este modo, Napoleón III iniciaría ese afán procedente directamente desde el Estado, cuando ordena excavar la Fortaleza de Mont Auxois y Mont Réa para ilustrar la vida céltica en el tiempo de la conquista romana en Francia (Trigger 1984: 358). Otros casos son los de Dinamarca en el siglo XIX, cuando surge el interés por crear la identidad nacional mediante la recuperación de su pasado vikingo

(Díaz-Andreu y Champion 1996: 4, Trigger 1984: 358). Este último caso también respondió al fortalecimiento de dicho Estado, que fue oprimido primero por la Francia napoleónica y, luego, en el siglo XX, por los alemanes.

Otros ejemplos de la utilización de la Arqueología para fortalecer el nacionalismo en el siglo XX provienen de México, Israel, Egipto, Irán (Kohl y Fawcett 1995, Trigger 1984: 358-360), la antigua Unión Soviética (Klejn 1993, Miller 1956, Schrireman 1996), la China comunista (Clark 1980: 235, Dirlik 1974, Falkenhausen 1993, Fowler 1987, Soriano 2001) y Japón (Clark 1980: 234). En Perú se daría un proceso similar mediante el Indigenismo y su correlato en la investigación arqueológica, principalmente a cargo de Julio C. Tello (ver Burger 1992, Mesía 2006, Tantaleán 2006b); esta cuestión se desarrollará en el siguiente capítulo.

De esta manera, el surgimiento de las arqueologías nacionalistas no es más que una reacción a circunstancias que pretenden minar la estabilidad estatal y sus intereses, como las guerras, los divisionismos internos y/o “creación de nuevos Estados” mediante la construcción de las llamadas “identidades nacionales”. Es decir, cumplen objetivos uniformizadores o aglutinadores, mediante la invención de una etnicidad que “trasciende” en el tiempo desde el pasado hasta nuestros días, en una nueva forma de esencialismo materializado y naturalizado en su “patrimonio cultural”.

En busca del genio itálico: arqueología y fascismo (1921-1943)

Con la “unificación” de Italia (1870) triunfa definitivamente la idea esencialista de nación; un constructo idealista absurdo, pues, como la historia ha demostrado, la península Itálica estuvo conformada por diferentes sociedades, organizadas en muchos casos en pequeños Estados. Esta situación tuvo su correlato más cercano temporal y espacialmente en el Renacimiento, por ejemplo con Venecia o Florencia⁶⁶. Por ello, para la justificación de una unidad nacional italiana, se inició la búsqueda de las raíces étnicas o raciales y lingüísticas con una investigación que se intensificó en el periodo fascista (Díaz-Andreu y Champion 1996: 10). Esta “unificación” de la península Itálica sobrevino, principalmente, como consecuencia de la “anexión” del área central y sur de la península Itálica a los

⁶⁶ Esta situación histórica se podría llevar más atrás en el tiempo, porque, como sabemos, en el territorio de la actual Italia las poblaciones nativas convivieron con colonias extra peninsulares, como las fenicias o griegas.

pequeños Estados del norte, donde se había desarrollado una potente burguesía industrial. Esta burguesía tenía como objetivo principal expandir sus mercados y explotar la mano de obra. Como señala Guidi (1996: 110):

(...) la historia de la arqueología en nuestro país parece reflejar, apropiadamente como en todas partes, el desarrollo social, cultural y económico de las élites dominantes. (La traducción es nuestra).

En ese sentido, las bases materiales para este nacionalismo se buscaron en el mundo clásico romano, objetivo que con la llegada al poder de Benito Mussolini se oficializa (Torelli 1991:24), pasándose de una arqueología positivista y evolucionista a otra obsesionada por el difusionismo, que en Italia se presentará bajo la forma de “romanismo”.

Siguiendo esa línea filosófica y política, Luigi Pigorini (1884-1927) fue una de las figuras principales en el desarrollo (incluso antes de la llegada de Mussolini al poder) de los fundamentos de esta arqueología nacional-fascista. Con este propósito en mente, Pigorini imitó los modelos germánicos de explicación arqueológica con profundo sentimiento racista. Un ejemplo de la producción en esta línea explicativa y justificativa de la expansión y sujeción hacia el sur de las élites burguesas del norte y la consecuente búsqueda de la unidad nacional, puede ser observado en el desarrollo de la denominada “teoría pigoriniana”. Dicha teoría se refería a la expansión en varias oleadas de poblaciones norteñas hacia el sur durante la Edad del Bronce, que superponiéndose a las poblaciones nativas de origen neolítico inventarían nuevas formas de asentamientos humanos. Hacia el fin de la Edad del Bronce, sus descendientes cruzarían los Apeninos, creando las civilizaciones de Villanova y la Latina y creando como consecuencia un aspecto de “unidad cultural” por toda la península Itálica (Guidi 1996: 111-112). A tal magnitud se llevaban las explicaciones arqueológicas nacionalistas-difusionistas.

Formado como prehistoriador, Pigorini muy pronto se va a poner a las órdenes del régimen fascista, reteniendo su importante cargo en la Dirección General de Bellas Artes y Antigüedades hasta su muerte. Otros principales arqueólogos de esta línea fueron Della Seta y Biaggio Pace. Por otro lado, este interés e intromisión del régimen en la Arqueología se traduce, por ejemplo, en la denuncia de la participación de ciertos arqueólogos (Pace, Giglioli, Ricci y Parabeni) como parte de la inteligencia de Estado en el campo de dicha investigación (Torelli 1991: 245).

Asimismo, como producto de la creación del “imperio italiano” del siglo XX y sus respectivas colonias (v. gr. las islas del Dodecaneso en el Egeo, Libia y Albania), se iniciaron muchos trabajos arqueológicos en dichas zonas. Con estas

excavaciones se buscaba justificar su ocupación y, la consecuente expansión del Estado italiano, como producto de la herencia directa del “espíritu colonialista romano”. Con los mismos objetivos ideológicos y geopolíticos también se realizaron las monumentales excavaciones en los sitios arqueológicos de Leptis Magna, Sabratha y Ostia. Esta última realizada con miras a obtener objetos arqueológicos para la Exposición Universal de 1942, que no llegó a realizarse a consecuencia de la II Guerra Mundial. Asimismo, el nacionalismo italiano también inició un *revival* de los elementos simbólicos del antiguo Imperio romano, como por ejemplo las águilas imperiales, que funcionaron como medio de propaganda del régimen fascista (d'Agostino 1991: 54). De hecho, el mismo símbolo del *fascio*, las *fasces*, procedía de la época romana (Mussolini 1928: 16).

Las obras arquitectónicas de esa época siguieron el mismo camino, materializándose sobre todo en la ciudad de Roma. Se pueden citar, por ejemplo, el colosal monumento levantado a la memoria del rey Vittorio Enmamuella en la Piazza Venezia o la reconstrucción y reutilización del Templo de Agrippa, de época romana (27 a.n.e.), como panteón para albergar los restos mortales de los ilustres gobernantes de la Italia moderna como Vittorio Emanuele II. También se pueden mencionar los proyectos urbanísticos de Mussolini (entre 1928 y 1939) que incluyeron obras civiles como la Vía Imperial (que dividió en dos sectores al Foro Romano) o la excavación del Coliseo, ésta última iniciada simbólica y propagandísticamente por el mismo Duce (Guidi 1996:114).

Por otro lado, la divulgación de las investigaciones realizadas por el Estado y promovidas mediante las universidades (donde se fundaron departamentos de arqueología clásica [romana]) puede ser rastreada por los órganos de difusión oficiales como la *Notizie degli Scavi*, el *Boletino d'Arte* y el *Bulletino Comunale*, que dan cuenta de los objetivos prioritarios para el régimen, en detrimento de la arqueología prehistórica y medieval. Asimismo, había un interés especial en el estudio de los grandes monumentos romanos, tanto civiles como sacros (Manacorda 1982: 447).

Ahora bien, dejemos a los italianos para continuar con nuestro análisis de las corrientes teóricas arqueológicas y sus modelos de explicación del desarrollo del Estado.

La negación del difusionismo: el neoevolucionismo social

Cuando un grupo de estudiantes cree que tienen una nueva y mejor forma de comprender la realidad que sus profesores y antecesores, es muy natural que ellos se transformen en precursores e intenten demostrar su superioridad. A ellos las generaciones previas les parecen irremediabilmente anticuadas, obstinadas, y en el camino equivocado.

Este fue el caso en la antropología a mediados de los '50s cuando un grupo de dinámicos jóvenes estudiantes ingresaron a la práctica. Ellos estaban convencidos de la necesidad de transformar la antropología en una ciencia "real", que pudiese ocuparse de regularidades, causalidades y leyes. Las respuestas tuvieron que ser buscadas en los rasgos nucleares de la cultura material y la tecnología, la organización de economías y las relaciones entre cultura y ambiente. Leslie White y Julian Steward fueron los dioses; Morton Fried, Marvin Harris, Robert A. Manners, Marshal Sahlins, Elman Service y Eric Wolf estuvieron entre sus profetas". (Lewis 2001: 447. La traducción es nuestra)

De esta manera, Herbert Lewis nos describe a este grupo de investigadores de forma genérica. En el mismo artículo también menciona cómo Boas y sus seguidores fueron atacados y cómo surgió una nueva generación de estudiantes que, paradójicamente, regresaron a la carga con un nuevo evolucionismo remozado. Por ello, en esta lucha las críticas serán enfocadas no sólo en la teoría, sino que incluso se llegó a la crítica sobre algunas cuestiones personales de Boas⁶⁷.

Asimismo, aquí podremos observar que el desarrollo de las nuevas tendencias en Antropología y, por consecuencia, en Arqueología⁶⁸, no fue un desarrollo espontáneo, sino una suerte de reacción a nuevas condiciones (o, mejor dicho, contradicciones) económicas y sociales, tanto a niveles nacionales como internacionales. Esto se acrecentó cuando la mayoría de modelos de explicación de la formación del Estado comenzaron a provenir de los Estados Unidos, que ya se había convertido en una potencia hegemónica, tanto económica como políticamente,

⁶⁷ Así, por ejemplo, Leslie White llega hasta la cuestión personal cuando critica a Boas de ser receptivo solamente con los estudiantes judíos (Lewis 2001: 447). Por otro lado, en 1969, William Willis le acusó de utilizar su "antirracismo científico" realmente para combatir el antisemitismo y formar una escuela con sus seguidores, como forma de obtener el control de la antropología en los Estados Unidos ("otra explotación de la gente de color en beneficio de la gente blanca") (Lewis 2001: 447-448).

⁶⁸ "La arqueología como antropología", como diría Lewis Binford, en 1962. Postulado que estaría inspirado en "la arqueología americana es antropología o no es nada", de Gordon Willey y Philip Phillips (1958: 2).

como consecuencia de su victoria en la II Guerra Mundial. Estamos en los últimos años de la década de 1940⁶⁹.

El contexto económico-político donde se inserta la arqueología neoevolutivista es descrito por Bruce Trigger (1992: 271) de esta manera:

Al igual que había sucedido en Gran Bretaña y en Europa occidental a mediados del siglo XIX, esta autoconfianza [la de la mayoría de los americanos de clase media] estimuló una perspectiva relativamente materialista y una preparación mental para creer que existía un modelo para la historia humana y que el progreso tecnológico era la llave de la superación humana.

Por eso, no sorprende que en esta época se atribuya la evolución social al desarrollo tecnológico, cuestión que llegó a su pleno desarrollo en la década de 1960 con la llamada “Nueva Arqueología”.

De esta manera, la Arqueología en EE.UU. volvió la vista atrás y nuevamente se dio preponderancia a las generalizaciones en el comportamiento humano, se criticó el particularismo histórico y, como alternativa a éste, se retomó el evolucionismo cultural, eso sí dándole algunos retoques. Uno de ellos fue la relevancia que dió Julian Steward a la presión que ejerce el medio ambiente (o, para usar sus propios términos, el “ecosistema”) sobre el ser humano, específicamente sobre su “cultura”, una postura que se había abandonado en época boasiana. De esta forma, las descripciones de los elementos que conforman el medio ambiente (fauna, flora, etc.), apoyada en los adelantos científicos (basta con mencionar el descubrimiento del método de carbono 14, puesto a la disposición de los arqueólogos hacia 1955) y la especialización de ellos⁷⁰, brindaron una gran cantidad de datos inéditos hasta el momento en la disciplina. Asimismo, a este neoevolucionismo cultural se le sumaba un determinismo ambiental, y los principales lugares para probar este modelo fueron las “civilizaciones” del Nuevo Mundo, como México y Perú (Willey y Sabloff 1993: 178).⁷¹

⁶⁹ Steward publicó sus primeros artículos ecológicos-funcionales en 1948 y White escribió *Science of Culture* en 1949.

⁷⁰ También se puede hablar de la asimilación de especialistas de esos campos hacia la Arqueología o su simple empleo. Así se comprende que en muchos casos no exista una relación directa entre los investigadores de un mismo proyecto arqueológico. Esta situación se materializa en los clásicos apéndices de las monografías que no guardan ninguna relación entre ellos (inconexas) y que al final el arqueólogo-director deberá (o no) articular en su interpretación de su trabajo de campo.

⁷¹ Por ejemplo, el análisis de patrones de asentamiento del valle del Virú en la costa norte peruana (1946) sostuvo una explicación eminentemente funcionalista, a través del principio de la sincronía de los asentamientos y otros análisis, como el cerámico (la seriación tipológica). De hecho, Willey fue animado a realizar este trabajo por Steward (Willey y Sabloff 1993: 172).

De esta manera, se pasó de las explicaciones psicológicas de los difusionistas a las biológicas de los neovolucionistas, ahora asociadas al determinismo ambiental, posición esta última aportada por Steward. La tecnología jugará un papel importante en el estudio neoevolucionista, pero este será visto como una forma de adaptación humana al medio ambiente. Por ello, y aunque su concepción se traslada al campo de los materiales arqueológicos⁷², se ven a las sociedades de forma estática (la tan ansiada estabilidad u “homeostasis” que se quiere proyectar hacia el pasado) como consecuencia de la inexistencia de una presión externa, como por ejemplo la ambiental. Con ello se perseguía restar la capacidad de cambio al ser humano, tornándolo en un ser conservador por naturaleza.

En ese sentido, la teoría de sistemas fue una herramienta bastante significativa para articular dichas interpretaciones. Esta teoría fue aplicada a la interpretación de las sociedades prehistóricas y fue tratada de comprobar mediante la analogía etnográfica y los estudios paleoecológicos.

En ese afán de formalización teórica, Leslie White llegó a escribir que la “cultura” evolucionaba a medida que se incrementaba la energía utilizada *per cápita* o a medida que se incrementaba la puesta en marcha de energía (Trigger 1992: 273), perspectiva que estaba inspirada en la termodinámica.

Pero, para comprender mejor a esta escuela teórica, vayamos a la principal teoría soporte de estas explicaciones neoevolucionistas: la teoría de sistemas. Esta fue definida inicialmente en el campo de la Biología, esencialmente en el de la cibernética⁷³:

La noción de teoría general de sistemas se debe a [Ludwig] von Bertalanffy, quien la formuló por primera vez en los años treinta oralmente y en varias publicaciones después de la [II] Guerra Mundial. (Bertalanffy 1982: 141. Los corchetes son nuestros)

Esta teoría se centraba principalmente en el análisis, a todo nivel (desde el micro hasta el macro), de la organización de los seres vivos. De allí se saltaría a su aplicación hacia otros campos científicos, mediante el hallazgo de isomorfismos en los diferentes “sistemas” del universo, como los estudiados por la Física, la

⁷² Para Marvin Harris (1987), este representaría un “materialismo cultural”; y, para Trigger (1992: 274), un “materialismo corriente”.

⁷³ Esbozada ya con el “hombre máquina” de René Descartes, en el siglo XVII, como comenta el mismo Bertalanffy (1982).

Psicología, las Ciencias Sociales, etc. Por ello, Bertalanffy esperaba que su teoría se erigiese en un verdadero paradigma en el sentido kuhniano (Bertalanffy 1982: 144). En las mismas palabras de Bertalanffy, un “sistema” es “un conjunto de elementos que se relacionan entre ellos y con el medio” (Ibíd.: 146).

De esta manera se pasó de la Biología a la Antropología, desgajando a las sociedades humanas en elementos, tanto abstractos como materiales (todos ellos con la misma importancia e interrelacionados), y su relación con el medio ambiente. Dichos “elementos” se relacionaban entre sí, y ante una presión externa (la del medio ambiente, principalmente) que perturba la “estabilidad”, el sistema reacciona y cambia.

Asimismo, el arraigado concepto de “cultura arqueológica” (ahora homologado al de “sistema”) siguió siendo utilizado, pero ahora cumpliendo la función de “forma extrasomática de adaptación al medio ambiente” (Binford 1964⁷⁴, citado en Johnson 2000: 42). Dicha adaptación humana se realizará, a su vez, mediante la tecnología (Guillamón 1988: 86). De ahí el interés en los artefactos, como por ejemplo a los útiles paleolíticos estudiados por Lewis Binford. Por lo tanto, con dicha postura se le restaba toda competencia a la sociedad en la superación de sus contradicciones impuestas, por ejemplo, por la naturaleza, resultando de esta manera una postura por demás pasiva, conservadora y ahistórica.

Con el fin de obtener explicaciones científicas se desarrollarán metodologías (“teorías de alcance medio”) para comprobar las hipótesis y en ese afán la etnoarqueología servirá para articular su teoría con los restos materiales (de allí que se acumulen una gran cantidad de dichos trabajos) resultando en una transposición de las sociedades actuales con las prehistóricas y, peor aún, regresando al inicio del siglo, con la aplicación otra vez en Arqueología del método histórico-directo.

Pero detengámonos un poco en las ideas de los dos principales investigadores: Leslie White y Julian Steward, quienes van a sentar las bases para el desarrollo de la posterior *New Archaeology*, una extensión y desarrollo de los escritos de dichos personajes. White y Steward firmaron sus escritos en esa línea hacia los primeros años de la década de los 1940. De hecho, la existencia de una dialéctica entre ellos va a enriquecer los fundamentos para la posterior arqueología procesual. Habrá que anotar que tanto White como Steward fueron formados dentro del ambiente

⁷⁴ Una definición indudablemente inspirada en los escritos de White.

académico boasiano, por ello se detecta en su producción intelectual una clara contradicción entre su nueva postura evolucionista y los conceptos interiorizados del particularismo histórico; es decir, una contradicción entre una explicación idealista-cultural y una explicación materialista-evolutiva.

A continuación vamos a ver, pues, la contribución de estos dos investigadores que sentaron las bases teóricas, para que sus alumnos desarrollasen sus posteriores modelos y categorías sociopolíticas. Así, pues, como nos decía en el epígrafe Lewis, hablaremos de los “dioses” White y Steward, tanto por ser los fundadores de esta escuela como por la ingerencia de Steward en el desarrollo de la Arqueología en América y específicamente en los Andes.

Otra vez la evolución unilineal: Leslie White

White desarrolló sus primeros postulados neoevolucionistas en 1943. Siempre defendió su influencia de los evolucionistas de fin de siglo XIX: Tylor, Morgan y Darwin (Harris 1987: 550), e incluso, para él, su teoría era completamente derivada de aquéllos⁷⁵. Sin embargo, por ejemplo, Opler (1961, citado en Harris 1987: 551) notó, en su momento, las influencias que este recibió del marxismo, evidentemente no explicitadas por el ambiente político adverso a estas posturas⁷⁶.

Por otro lado, Richard Barrett (1989) también ha señalado las contradicciones en el discurso de White, que por una parte rechaza el difusionismo e historicismo cultural de Boas y sus alumnos; pero, por otra, arrastra taras de ella. Por ejemplo, para White (1949), la explicación de la “cultura”, desarrollada en su denominada “culturología”, es un fenómeno que debe entenderse por sí mismo: “La cultura debe ser explicada en términos de cultura” (White 1949: 339, citado en Barret 1989: 990). De esta manera, aunque refutaba las explicaciones psicológicas (ver, por ejemplo, White [1949] 1982: 132 y ss.), llevó de igual manera este concepto al mismo campo idealista, esencialista, subjetivo, utilitarista y particularista de sus antecesores. Por eso mismo, White escribió que la “cultura” era: “un continuum, una corriente de hechos, que fluye libremente a través del tiempo de una a otra generación y lateralmente de una raza o hábitat a otro” (Ibíd.: XVIII) o, que la

⁷⁵ Para White, la etiqueta “neoevolucionista” era desafortunada y por eso prefería ser denominado, simplemente, “evolucionista” (White 1959: IX).

⁷⁶ Ver, por ejemplo, *Culturología versus psicología en la interpretación de la conducta humana o La energía frente a la evolución de la cultura* (White [1949] 1982).

“cultura” es “un orden de cosas y hechos suprabiológico y extrasomático, que fluye a través del tiempo de una época a la otra”. (Ibíd.: 337). Así, para White, la “cultura” aparecía en ciertos momentos como algo que podía estar aislado y disociado de sus portadores. Sin embargo, estas explicaciones iban en contra de su propio intento de describir el desarrollo humano en términos materialistas, principalmente mediante la tecnología. Además, le restaba capacidad para realizar sus esperadas generalizaciones mediante la evolución social universal. Esta contradicción se tradujo en sus publicaciones, pues hacia sus últimos escritos (White 1975) asumió una posición autocrítica al respecto (Barrett 1989: 993).

Otra cuestión que aportó White al evolucionismo, y que consideraba lo más importante en el progreso de las sociedades, fue el papel de la acumulación de la energía (termodinámica) en los “sistemas culturales”:

La cultura se convierte así primariamente en un mecanismo para almacenar energía y hacerla trabajar al servicio del hombre, y secundariamente en un mecanismo para canalizar y regular la conducta de éste no directamente relacionada con la subsistencia, la agresión ni la defensa. Los sistemas sociales están, en consecuencia, determinados por los sistemas tecnológicos, y las filosofías y las artes expresan la experiencia tal y como viene definida por la tecnología y refractada por los sistemas sociales. (White 1949: 390, citado en Harris 1987: 551)

Por ello, como expresión material de la “cultura” (y como medio de adaptación) lo más importante era el sistema tecnológico, porque este determinaba los otros dos elementos o subsistemas componentes de los “sistemas culturales”: la organización social (el sistema sociológico) y la filosofía (sistema ideológico) (White [1949] 1982: 338-340). Mediante el conocimiento de esos sistemas, White desarrolló su “ley básica de evolución cultural”: “La cultura evoluciona a medida que aumenta la cantidad de energía aprovechada anualmente per capita, o a medida que aumenta la eficiencia de los medios instrumentales usados para poner a trabajar la energía” (Ibíd.: 340).

De este modo, siguiendo a los evolucionistas clásicos, la teoría de White buscaba regularidades más que particularidades en las sociedades pasadas. Esto se conseguiría a través de la colocación de las sociedades estudiadas en las abstracciones de una secuencia evolutiva a partir de unas regularidades compartidas por dichos “sistemas culturales”. Esto se hacía con el objetivo posterior de ecualizarlas de modo universal. Para ello, White estaba sumido en la búsqueda de “leyes universales” (por ejemplo, la que citamos arriba) que explicasen esos cambios evolutivos en las sociedades. De hecho, estas leyes estaban relacionadas con el progreso humano, cuestión que se destaca, puesto que los cambios se realizan de

las formas más simples a las más complejas (y, por tanto, superiores a las previas), claro objetivo del evolucionismo retomado por White. Por otro lado, no deja de ser llamativo el interés de la tecnología en el desarrollo de las sociedades pasadas como un reflejo de la situación de desarrollo tecnológico en los EE.UU.

Siguiendo con su esquema evolutivo, White observó (influenciado seguramente por el Childe materialista) que como consecuencia de la “revolución agrícola” se daría la aparición de las clases sociales, como producto del incremento de la productividad, la riqueza y su consecuente apropiación por una nación o grupo social. Nacería, con ello, el Estado⁷⁷. Esta nueva situación de la sociedad se lograba mediante la guerra o el comercio (White [1949] 1982: 351-352). En sus propias palabras:

Vemos así que entre los efectos sociales, económicos y políticos de la revolución tecnológica sobrevenida en la agricultura figuran los siguientes: la disolución del antiguo sistema social de la sociedad primitiva, la desaparición de tribus y clanes; la división de la sociedad en varios grupos ocupacionales -hermandades de obreros y artesanos; la división horizontal de la sociedad en dos clases principales: una pequeña clase dirigente, poderosa y rica, y una clase numerosa, gobernada y explotada por la clase dirigente, que de un modo u otro la tenía sometida. La sociedad civil basada en las relaciones de propiedad ocupó el lugar de la sociedad primitiva basada en lazos de parentesco; el Estado reemplazó a la tribu y al clan. (Ibíd.: 352)

Hasta aquí, el desarrollo de la sociedad, según White, se acerca al que desarrollaron Marx, Engels o Morgan en el siglo XIX, y de quienes se siente su influencia (ver, también, White 1959). Sin embargo, su “ley básica de la evolución cultural” será añadida a continuación:

A medida que la cantidad de energía aprovechada y puesta a trabajar, anualmente y per capita, era aumentada por el desarrollo de la tecnología agrícola la estructura de la sociedad se diferenciaba cada vez, en tanto que se acentuaba la especialización de funciones. (Ibíd.)

Mas, como vimos con anterioridad, para White, la energía era conseguida por medio de la “cultura”. Sin embargo, dicho concepto nunca está lo suficientemente explicitado en sus escritos, puesto que a veces toma unos “elementos” para caracterizarla y otras veces los desecha. Por ello, su “cultura” está más cercana a

⁷⁷ Algunos años más tarde lo definiría como Estado-Iglesia (*State-Church*), ya que, para él, son instituciones inseparables (White 1959: 303).

una esencia inmanente y envolvente (pero a la vez externa e independiente al ser humano: extrasomática) en la sociedad y que la hace progresar. Por tanto, White nos propone hacer un acto de fe al tratar de convencernos de aceptar su noción de “cultura” (ver, por ejemplo, White [1949] 1982: 376).

La ecología cultural: Julian Steward (1902-1972)

Al igual que White, Steward se formó en un ambiente académico influenciado por Boas, concretamente el de la Universidad de Berkeley, en California. Por ello, su obra inicial estuvo también influida por Alfred Kroeber, Robert Lowie (ambos difusionistas) y Carl Sauer; este último influyó en su interés por el entorno físico (Harris 1987: 574). A su vez, Steward influyó en gran medida en la investigación arqueológica, tanto en EE.UU. como en el resto de América, principalmente por su interés en el estudio de “patrones de asentamiento”, la ecología cultural y la evolución multilínear.

Desde la perspectiva neoevolucionista de Steward, las regularidades en las sociedades asentadas en diferentes medios ambientales se podían descubrir en el “núcleo de la cultura”, una especie de esencia inmanente en las sociedades prehistóricas. Estos “elementos nucleares” eran básicamente los tecnológicos (Willey y Sabloff 1993: 178)⁷⁸. Para Steward, dichos elementos representaban un medio de adaptación de una sociedad al ecosistema que le había tocado vivir. De esta manera, las sociedades (mediante “su cultura”) se adaptarían a dichos medios ambientes, y la prueba de ello estaba en que sus artefactos revelan tal adaptación (los “factores tecnoeconómicos”). Como él mismo define: “Ecología Cultural es el estudio de los procesos por los cuales una sociedad se adapta a su medio ambiente” (Steward 1977: 43).

Obviamente, toda esta carga naturalista en su modelo de “cultura” se le puede atribuir a su formación universitaria, especialmente en Zoología y Geología (Murphy 1977: 2, citado en Steward 1977), y al entorno académico que le ofrecía gran importancia a la determinación del modo de vida de una sociedad como consecuencia de su medio ambiente (Harris 1987: 575). De este modo, en el ambiente académico previo a la manifestación de su ecología cultural, la

⁷⁸ Aunque, para Harris (1987: 573), estos “núcleos” no son lo suficientemente definidos por Steward como para reconocerlos en diferentes sociedades y realizar comparaciones entre ellos.

Antropología ecualizaba “área cultural” con “área ecológica”. Así, es entendible que esta concepción se deslizase en el desarrollo teórico de la ecología cultural de Steward⁷⁹.

Steward mantuvo una abierta discusión con White acerca del evolucionismo unilineal de este, por ser generalizador y universal y porque no consideraba como relevante al ecosistema en el que se desarrollaban las sociedades. Aunque Steward también buscaba descubrir semejanzas entre sociedades, estaba más interesado en encontrar las diferencias (Harris 1987: 560), y por ello asumió una perspectiva evolutiva multilineal y ecológica como alternativa a la postura de White. Por ello, este último tachaba a Steward de “particularista histórico”.

En su esquema evolutivo, Steward trató de reconstruir una secuencia de etapas por la que atravesarían las sociedades desde los cazadores hasta el Estado (Steward 1955), pero que tenía la característica de ser cíclico. Así, definió las siguientes etapas:

1. Caza y recolección
2. Agricultura incipiente
3. Periodo formativo (del Estado)
4. Florecimiento regional
5. Conquistas iniciales
6. Épocas oscuras (*Dark ages*)
7. Conquistas cíclicas

Este esquema, como veremos en el próximo capítulo, se aplicó a las sociedades prehispánicas en la zona central andina y, en general, a toda América. Esto se hizo posible gracias a la publicación del influyente *Handbook of South American Indians* (Steward 1946-50), documento preparado bajo el auspicio del Gobierno de los EE.UU. y que clasificaba a los “indios americanos” según el modelo etnológico norteamericano y en el que también convivía el historicismo cultural aún no superado. Esta última cuestión se observa mejor en la enunciación de “áreas culturales”, un concepto de demarcación típicamente difusionista⁸⁰. Un claro

⁷⁹ De hecho, no es hasta después de 1949 cuando explicita su nueva postura y rompe con el particularismo histórico.

⁸⁰ Harris (1987: 585) señala que Steward tuvo que asumir esta perspectiva, puesto que como editor debió respetar las diferentes líneas de investigación de los arqueólogos participantes en dicha obra.

ejemplo de la asimilación de los conceptos y teorías previas a nuevas tendencias se observará cuando nos ocupemos del caso concreto del Perú. Allí, el historicismo cultural se acoplará a los nuevos desarrollos neoevolucionistas del mismo Steward y sus colegas, que fueron llegando al Perú embebidos en dicha perspectiva. Por consecuencia, no es observable una ruptura clara entre ambas escuelas, y a lo mucho se torna en una cuestión de mayor énfasis de alguna de las dos posiciones. Seguiremos con este tema más adelante.

Continuando con los postulados de Steward, éste considera que un elemento clave que posibilitó el proceso evolutivo fue la irrigación⁸¹: “Para la irrigación se necesitó organización, poder y coordinación. Esto abrió la posibilidad de concentración de personas a gran escala, y al final supuestamente condujo a la formación del estado” (Steward, citado en Claessen y Skalnik 1978: 11).

Esta hipótesis es claramente consecuente con su ecología cultural, que se basa en el análisis de “la interrelación entre la tecnología de explotación o producción y el entorno físico” (Steward 1955: 40, citado en Harris 1987: 571).

Para este autor, la conquista también jugó un rol preponderante para el cambio de las sociedades, especialmente en las dos últimas épocas de su esquema. Mas, para Steward, la conquista supuso un efecto del desarrollo social más que una causa. Por ello, finalmente, Steward se decantó por la hipótesis de la existencia del control por una élite (mediante el ejercicio de sanciones religiosas) de las obras de irrigación, principalmente los canales. Ello posibilitó la centralización política y la consecuente aparición del Estado: “La centralización de autoridad en un territorio extenso señaló la aparición del Estado” (Steward [1956] 1995: 130).

Cuando esos Estados han sobrepasado su espacio para la explotación del recurso hídrico y la producción ha llegado a un nivel que no satisface las necesidades de ese Estado, sobrevendrá el conflicto con las sociedades vecinas para extraerles tributos (Steward [1956] 1977: 65) o su tercera fase en “la evolución de las sociedades complejas”. En esa línea evolutiva, el Estado en su fase imperial alcanzará su mayor apogeo, después de la cual declinará llegando a una “edad oscura” y sobre la cual nuevamente se reiniciará la secuencia y se repetirá el ciclo (sus denominadas “conquistas cíclicas”).

⁸¹ Por eso mismo, Steward había separado a los Estados, según su ubicación, en “áreas áridas” y “semiáridas”.

Por lo tanto, observamos que el enfoque de Steward estaba influido por el de Karl Wittfogel, quien tempranamente, en 1926, desarrolla su hipótesis del “despotismo oriental”. Este investigador especializado en estudios sobre China había desarrollado esta proposición apoyándose en el materialismo histórico. De hecho, fue un comunista alemán en los años que sucedieron a la I Guerra Mundial (Sofri 1971:141). Lamentablemente, en la época que Wittfogel desarrolla su tesis, este se encuentra, por un lado, con el estalinismo y su ortodoxia evolutiva y, por el otro, con el anticomunismo norteamericano. Finalmente, Wittfogel emigra a los Estados Unidos huyendo de los nazis, se subsume en el ambiente nomotético (Ibíd.: 142) y se convierte en uno de los principales exponentes de los grupos más ferozmente anticomunistas. Ya instalado en su nueva posición, expandirá sus teorías que Steward introducirá *a posteriori* en sus hipótesis ecológico-culturales⁸².

Sin embargo, la irrigación por sí misma no tiene por qué conducir inexorablemente al desarrollo del Estado. Por ejemplo, como bien advierten Claessen y Skalnik : “(...) hay muchos ejemplos de organización estatal sin trabajos de irrigación, e inversamente la irrigación no conduce al desarrollo del Estado a todos” (1979: 11).

No obstante, en este sentido, Steward no era aparentemente tan cerrado como White en su esquema evolutivo y deja abierta la posibilidad de una multilinealidad:

El hecho de que se formase un Estado en los centros de irrigación de ningún modo quiere decir que todos los estados naciesen de esa manera. Muchas líneas de evolución cultural pudieron llevar desde los grupos de parentesco hasta los Estados multicomunitarios. (Steward [1956] 1995: 130)

Vemos, pues, cómo ambos investigadores han dejado muy bien preparado el camino a sus seguidores que desarrollarán la denominada *New Archaeology*.

La New Archaeology y las categorías sociopolíticas: Sahlins, Fried, Service y los otros

La *New Archaeology*⁸³, liderada principalmente por Lewis Binford, Kent Flannery, Charles Redman, Patty Jo Watson y Steven LeBlanc, surgió sobre los desarrollos teóricos de White y Steward. Y aunque su creciente desarrollo teórico

⁸² Para una mayor ampliación de este último punto, se puede ver Harris (1987: 581 y ss.).

⁸³ Término acuñado por Joseph Caldwell en su artículo: “The New American Archaeology” (1959), publicado en la revista *Science*.

(cientificista) disminuyó hacia finales de la década de 1970, su influencia todavía es sentida en el ambiente académico, muchas veces por la interiorización de los conceptos desarrollados por ellos. A pesar de que comúnmente se asume que estos arqueólogos constituyeron una corriente monolítica de pensamiento, como el mismo Binford se encarga de desmentir: “(...) la ‘nueva arqueología’ presenta bajo ese término una anarquía de incertidumbre, optimismo y productos de una calidad extremadamente variable” (1977, citado en Gándara 1982: 59).

Por ello, en este capítulo se mencionarán a los investigadores que se alinean a esta corriente en relación con nuestro tema de estudio. Pero previamente describiremos, a grandes rasgos, la formación de esta “arqueología antitradicional”.

En la búsqueda de una explicación más científica, estos “nuevos arqueólogos” adoptaron la teoría general del neopositivismo o positivismo lógico. Inspirados en la versión de Carl Hempel tratarían de construir una explicación nomológica-deductiva⁸⁴ (Renfrew y Bahn 1998: 436), con lo cual se intentaba formalizar científicamente a la disciplina. Pronto, ese afán por encontrar “leyes universales de comportamiento humano” fracasó y fue abandonado (Ibíd.). Esta situación es descrita tempranamente por Kent Flannery (1973) (ver, también, Gándara 1982: 101), quien da cuenta en sus críticas que las leyes universales que buscan algun@s arqueológ@s (de la “ley y el orden”, como él l@s llamaría) resultó en las denominadas “Leyes Mickey Mouse”. Con posterioridad, en ese mismo afán científicista, se asumiría el método hipotético-deductivo de Karl Popper, aunque otros arqueólogos como Flannery, Wrigth, Jonhson o Earle se decantaron por un énfasis en la teoría de sistemas, como respuesta a las críticas que se le hicieron a los “nuevos arqueólogos” en su búsqueda de leyes (Gándara 1982: 114).

Pero ahora dirijamos nuestra atención a los principales antropólogos que desarrollaron las categorías sociopolíticas neoevolucionistas: Morton Fried y Elman Service (ver cuadro comparativo de sus esquemas más abajo). Estos antropólogos comenzaron a escribir sus trabajos en los primeros años de 1960 y, como ya dijimos con anterioridad, sus teorías estuvieron inspiradas en los trabajos de White y Steward. Muchas veces, algunos de sus postulados fueron un traslado de los textos de los primeros, a los que ellos le sumaban nuevos (o viejos) datos etnográficos y arqueológicos.

⁸⁴ Al parecer, solamente inspirados, porque, como daría cuenta Morgan (1973, citado en Gándara 1982: 87-88), arqueólogos como Binford, Watson, LeBlanc y Redman habrían malentendido los escritos de Hempel, de 1965.

A estos aportes previos hay que sumar la influencia de los escritos de Karl Polanyi (1957), sobre los cuales estos investigadores muchas veces apoyan sus argumentos. De hecho, el desarrollo de la antropología económica de Karl Polanyi también se apoyó en los trabajos de antropólogos como Thurnwald o Bronislaw Malinowski (Godelier 1974: 20), de ahí que las formas de “integración económica” como la “reciprocidad” y la “redistribución” sean una herencia conceptual que investigadores como Marshall Sahlins, Morton Fried y Elman Service ajustarán a sus esquemas neoevolucionistas. Es más, la popularidad de los escritos de historia económica precapitalista de Polanyi se comprenden mejor como una reacción a la economía clásica y especialmente al marxismo, fantasma del cual huye este investigador tras su exilio en los EE.UU.

Así, el modelo evolutivo de Morton Fried (1963), como él mismo expresa, está influido desde esta antropología económica de Polanyi. El esquema de Fried se centra en los mecanismos que utilizan las sociedades para establecer diferencias entre sus miembros. Reconoce cuatro tipos distintos de sociedades según criterios seguidos para establecer diferencias de “estatus”⁸⁵ (primariamente, edad y sexo). Estos tipos de sociedad son: igualitarias, jerarquizadas, estratificadas y estatales (Fried [1963] 1979: 134).

Para Fried, realmente no existe una sociedad igualitaria, pues, aún en su probable existencia, en ella estaba instalado el germen de la sociedad jerarquizada: la redistribución. Asimismo, en su esquema, la sociedad estratificada marca una diferencia sustancial con relación a las dos primeras formas sociales. Como él mismo describe: “(...) una sociedad estratificada es una en la cual los miembros del mismo sexo o status de edad no tienen igual acceso a los recursos básicos que sostienen la vida” (Fried 1967: 186).

Al estar influenciado por los escritos de Friedrich Engels⁸⁶, Fried observa, por ejemplo, que la estratificación aparece en el momento en que la propiedad comunal de los medios de producción es reemplazada por la propiedad privada (Claessen y Skalnik 1978: 12). Por ello, en esta sociedad ya hay diferencias sociales grandes, aunque el autor prefiere describir al Estado en su siguiente tipo de sociedad.

⁸⁵ Para una crítica de la categoría ambigua de “estatus” y su difícil comprobación en contextos arqueológicos, ver Lull y Picazo (1989).

⁸⁶ Hay que recordar que Fried junto a otros antropólogos de su tiempo, como Elman Service, John Murra y Eric Wolf, conformaron la *Mundial Upheaval Society*, un círculo de estudiantes que guardaba simpatía por las ideas políticas de la izquierda (McGuire 1992: 72-73).

De esta manera, su modelo expresa la existencia de una coerción en las sociedades estatales (Yoffee 1993: 61). Fried define al Estado como:

(...) la organización del poder de la sociedad sobre una base distinta a la del parentesco. Entre sus tareas más tempranas está el mantenimiento del orden general, pero sin poderse separar de él está la necesidad de mantener el orden de la estratificación. (Fried [1963] 1979: 148)

Esta coerción (“mantenimiento del orden general”), pues, está relacionada y gira en torno a la conservación de los “estatus” de algunos miembros de la sociedad:

La defensa de un sistema completo de **status individuales** es imposible, por lo que el Estado primitivo se concentra en pocos **status clave** (ayudando a explicar la tendencia a convertir cualquier crimen en un sacrilegio o lesa majestad) y en los principios básicos de la organización, p. ej., la idea de jerarquía, propiedad, y el poder de la ley. (Ibíd. El subrayado es nuestro)

De estas principales funciones del Estado se desarrollan otras secundarias, como, por ejemplo, el control de la población por medio de la fijación de fronteras y la definición de la unidad o la protección de la soberanía.

Asimismo, la secuencia evolutiva de Fried está apoyada ontológica y epistemológicamente en el estudio previo de Marshall Sahlins (1962). Este antropólogo desarrolló su modelo evolutivo mediante el estudio de las sociedades melanésicas y polinésicas⁸⁷. De este modo, gracias al conocimiento de dichas sociedades elabora su idea del “ ” (también denominado “hombre centro”). Dentro de su esquema, este pertenecía a la escala inferior y al cual le sucedería la “jefatura”. A partir del “ ” se desarrollarán las características de la organización de la “tribu”, que posteriormente utilizarán Fried y Service en sus respectivos estudios. Según Sahlins, siguiendo a Polanyi, la tribu melanesia está basada económicamente en el mecanismo de reciprocidad, según el cual, un líder carismático podía apropiarse del excedente de los demás como consecuencia de la posesión de unas virtudes innatas. Sin embargo, este tipo de sociedad no tendrá la organización jerarquizada que existe en las jefaturas polinésicas, ni la redistribución como mecanismo de apropiación de la producción doméstica. Pese a ello, la jefatura nunca es equiparada al Estado, cuando el mismo autor reconoce que, por ejemplo, había lucha

⁸⁷ De esta manera, Sahlins seguía una larga tradición de investigadores de estas sociedades iniciada por Pitt Rivers y que incluía a Malinowski y Goodenough.

de clases y aparato coercitivo militar (Sahlins [1962] 1979: 281-282). Por ello, siguiendo a Sahlins, Fried hablará de “sociedades estratificadas”, que equivaldrán a las del “ ” melanesio (“tribus”) y las “sociedades jerarquizadas” que lo serán al jefe polinésico (“jefaturas”).

Por otra parte, en el escrito de Fried se advierte una fuerte contradicción ontológica, pues mientras refuta las explicaciones psicológicas (Fried [1963] 1979: 139), las asume al retomar los trabajos de Sahlins, los cuales contienen fuertes cargas:

- **Idealistas:** conceptos como “estatus” o “prestigio” dan forma a la organización sociopolítica.
- **Individualistas:** el liderazgo se obtiene del pueblo a través de unas habilidades innatas.
- **Egoístas naturales:** la extracción de los excedentes es algo aceptado y natural en las sociedades humanas;
- **Iusnaturales:** las sociedades necesitan de sus líderes para poder sobrevivir. Los miembros de la sociedad otorgan el poder como un “don”.
- **Naturalizadoras:** no existe explotación, sino mucho intercambio.
- **Actualistas:** puesto que asume que lo que ocurrió en las sociedades de Melanesia y Polinesia es extrapolable a las sociedades humanas pasadas.

Por otro lado, Fried estaba bastante influenciado por la ecología cultural de Steward, cuestión que se advierte en que la principal causa del paso de una sociedad igualitaria a una jerarquizada o a una estratificada (según él, se puede a pasar a cualquiera de las dos, indistintamente) se da mediante la “hidroagricultura”; es decir, el paso de la agricultura de secano a la de regadío (Ibíd.: 144). Así, pues, Fried retoma la hipótesis hidráulica de la ecología cultural de Steward y Wittfogel.

Elman Service, quien fue alumno de White y Steward, mantendrá básicamente las mismas categorías utilizadas por Fried (quien fue su compañero de estudios), incidiendo en que “los orígenes del gobierno se sitúan esencialmente en la institucionalización del **liderazgo centralizado**, el cual al desarrollar sus ulteriores funciones administrativas, se convirtió también en una aristocracia hereditaria” (Service 1975: 12. El subrayado es nuestro). De esta forma, rechaza tajantemente el concepto de Estado como fuerza represiva o de preservación o regulación de la

riqueza; así como también las teorías de conflicto de clases o de conquista (Ibíd.) y, por consecuencia, a los defensores de estas posturas (Marx, Childe) (Ibíd.), adoptando una postura totalmente liberal.

Siguiendo con su esquema evolutivo, Service sostendrá que:

Tanto los “estados primitivos” históricamente conocidos como las seis principales civilizaciones arcaicas, aunque diferentes en sus resultados, fueron evoluciones de sociedades de jefatura que a su vez, se habían desarrollado a partir de sociedades segmentarias. (Ibíd.)

Para la explicación conservadora de Service, el primer sistema de gobierno funcionó para protegerse a sí mismo y no para proteger a una clase o estrato, consecuentemente el liderazgo (acción que se encuentra ubicada entre “la toma de decisiones” y la “administración” [Ibíd.: 31]) será la única forma natural de llegar al Estado:

Los dos estratos básicos de la sociedad eran los gobernantes y gobernados; y, por así decirlo, **los gobernantes se crearon a sí mismos**, en vez de haber sido creación de otros, como, por ejemplo, una clase “propietaria”, o económicamente favorecida. (Ibíd.: 13. El subrayado es nuestro)

Service nos justifica su esquema a través de las siguientes palabras:

Muchos e importantes debates y teorías relacionados con el origen del Estado represivo se han visto obstaculizados por resultar tan difícil de explicar de manera convincente su nacimiento a partir de la matriz de la primitiva sociedad igualitaria. Por ello, su origen tuvo que ser bastante repentino y cataclísmico, lo que puede constituir una de las razones de que sean tan comunes las teorías de conflicto/conquista de una u otra clase. Pero los datos etno-históricos registrados dan testimonio válido de la presencia en todo el mundo de sociedades de jefatura diversamente desarrolladas, formas intermedias que claramente parecen haber surgido gradualmente de sociedades igualitarias y haber precedido la fundación de todos los Estados primitivos más conocidos. En este momento parece altamente probable que similares etapas precedieron al florecimiento de las civilizaciones arcaicas. (Ibíd.: 34)

Con esas premisas en mente, Service define a sus jefaturas de esta manera:

Las sociedades de jefatura tienen una dirección centralizada y distribuciones de status jerárquicos hereditarios con un ethos aristocrático, **pero ningún tipo de aparato formal, legal, de represión por la fuerza**. Universalmente, la organización parece ser teocrática, y la forma de sumisión a la autoridad, la de una congregación religiosa a un sacerdote jefe. Si a tales organizaciones no violentas

se les concede el status de una etapa evolutiva, entonces el origen del estado (como lo hemos definido anteriormente) se simplifica mucho, pasando a residir en la cuestión del uso de la fuerza como una sanción institucionalizada. (Ibíd. El subrayado es nuestro)

Desde su perspectiva, existirían una serie de pasos y requisitos por la que toda sociedad debe atravesar para así llegar a la cima de su desarrollo, que será única e inexorablemente el Estado.

Como algunos investigadores ya han observado (v. gr. Wright 1994), el gran problema por el que atraviesa la categoría sociopolítica de jefatura es la falta de un desarrollo metodológico para definirlo arqueológicamente. En ese sentido, por ejemplo, para Francisco Nocete, la defensa de la línea diferenciadora Jefatura/Estado no ha podido mantenerse de una forma sólida:

Así, el único criterio diferenciador Jefatura/Estado para sus recientes defensores, radica en la presencia institucionalizada de la fuerza coercitiva en este último (Haas 1982). Sin embargo, como revelan los trabajos de “Coosa” (Hudson et al. 1985), la coerción en algunos casos definidos como Jefaturas también existe de forma institucionalizada, por lo que la argumentación se muestra como insuficiente. (Nocete 1988: 132)

Incluso Timothy Earle ha querido subsanar conceptualmente la amplia variación en las sociedades de jefatura a través del uso de la categoría “jefatura compleja” (Earle 1978: 12, Johnson y Earle 2003). Sumándose a la defensa del esquema neoevolucionista y conservador, Henry Wright (1994) apuntará que: “los Estados han tratado de ser rastreados a partir de un solo carácter que es el de la coerción”. En este aspecto su teoría también propugna que el surgimiento de los grupos sociales de poder y opresores de los demás son necesarios para el desarrollo de una sociedad y que esta puede ser explotada de manera pacífica, como por ejemplo en los *chiefdoms*, mediante la redistribución.

Dentro del propio análisis de Service acerca de la formación del Estado existe un profundo sesgo de información empírica para muchas áreas geográficas que pretende englobar dentro de su esquema.⁸⁸

⁸⁸ Para el caso de Uruk y Monte Albán, ver Wright (1994). Para el caso de la área andina prehispánica, Service ha tomado el caso de las sociedades de la costa norte del Perú, las que incluso hoy en día poseen ausencia de investigaciones en épocas cruciales de su desarrollo económico-social, como, por ejemplo, el “paso” de Gallinazo a Moche.

Por su parte, Kent Flannery (1972) también compartirá las mismas categorías evolucionistas y el énfasis en la ecología. De hecho, no hace más que una síntesis de los anteriores trabajos desde una perspectiva ecológica cultural⁸⁹.

Por todo esto, vemos que Service no ha hecho más que repetir los esquemas evolutivos de sus predecesores. Más aún, ha tratado mediante sus trabajos de naturalizar la dominación de una clase por otra en la prehistoria a través del desarrollo del liderazgo de la “jefatura”. Consecuentemente, la formación del Estado no será más que una cuestión de “aumento de la complejización” de las previas relaciones sociales, dándole así una explicación “lógica” y “natural” (aunque economicista), regresando con ello a las explicaciones idealistas, humanistas y iusnaturales ya desarrolladas en la Ilustración.

Los esquemas de evolución sociopolítica de los “nuevos arqueólogos”

Sahlins (1962)	Fried (1963)	Service (1962)	Flannery (1972)
	Estatales	Estados	Estados
Jefaturas	Estratificadas	Jefaturas	Jefaturas
Tribus (“big men”)	Jerarquizadas	Segmentarias (Tribu)	Tribus
	Igualitarias	Bandas	Bandas

En este ambiente de la formulación de nuevas hipótesis y en el marco de la “ecología cultural” también surgirán una serie de explicaciones unicasales o monotéticas para explicar el paso de un estadio a otro. Por ejemplo, está la defendida por Robert Carneiro (1970), quien atribuye los cambios sociales y el desarrollo del Estado a las presiones demográficas dentro de una circunscripción ambiental, como lo sería un pequeño valle con pocas tierras agrícolas⁹⁰, situación que empujaría a las poblaciones a las conquistas de nuevos territorios para resolver sus carencias. La guerra, como consecuencia de esos incrementos demográficos

⁸⁹ Por ello, no es extraño que dicho artículo haya aparecido publicado en el *Annual Review of Ecology and Systematics*.

⁹⁰ Carneiro basará su modelo en lo que supuestamente sucedió en algunos valles de la costa norte del Perú de época prehispánica.

en relación con su medio ambiente, será otro factor que se toma en cuenta para la explicación de la “evolución social” (Webster 1975). Robert Braidwood y su alumno Robert Adams, también alineados al neoevolucionismo, lo aplicarán en sus estudios del Cercano Oriente, y que Adams (1966) apoyará y ampliará con datos del México prehispánico.

Sin embargo, pese a las críticas que ha tenido el neoevolucionismo (ver Yoffee 1993, 2005, por ejemplo) lo máximo que han hecho estos investigadores ha sido suavizar sus esquemas, aunque para Feinman y Marcus (1998: 5-10): “la creación de tales categorías [“jefatura” y “Estado”] facilita comparaciones generales y contrastes” (Ibíd.: 6. Los corchetes son nuestros). De esta manera, se percibe una gran resistencia en la academia oficial para abandonar los esquemas neoevolucionistas⁹¹.

MODELOS MATERIALISTAS ACERCA DEL ESTADO PREHISTÓRICO

En este apartado desarrollaremos el tipo de explicación que realizan algunos autores acerca del Estado prehistórico, asumiendo una postura materialista histórica o muy cercana a ella. En ese sentido, no trataremos a los “materialismos vulgares” (v. gr. el materialismo cultural de Marvin Harris⁹²). También, como veremos, las mismas explicaciones materialistas en algunos casos se pueden apartar de los fundamentos básicos del pensamiento marxista. Aún así nos ha parecido relevante para nuestro trabajo rescatar sus líneas de pensamiento y acción, por cuanto ellas mismas suponen una praxis y un manejo de los datos arqueológicos en el tema que nos ocupa. Siguiendo a Randall McGuire (1992: 53), nos referiremos principalmente a los arqueólogos que usan el marxismo como un sistema filosófico y pasaremos por alto a los que sólo utilizan visiones o ideas extraídas del marxismo.

⁹¹ Un estado actual de la cuestión puede ser consultado en el libro *Archaic States* (Feinman y Marcus (eds.) 1998), en el que, como los editores proponen, se reúnen las últimas producciones acerca del tema (para una revisión y crítica de este libro, se puede ver Nichols 2000). Más allá de nuestra crítica a dicha corriente, nos parece bastante significativo que en dicho volumen no exista ninguna referencia a algún arqueólogo postmoderno y más bien sean los autores clásicos (procesualistas) los que sigan publicando las mismas explicaciones que ellos utilizaron en sus libros o artículos previos (v. gr. Wright, Flannery, Marcus o Morris para el área andina).

⁹² El cual proviene de la ecología cultural, aparentemente no tiene implicaciones políticas y rechaza la noción de dialéctica (Bloch 1987: 130-131). Como dice Bloch: “El resultado es una teoría donde las instituciones humanas y conceptos son vistos como resultado de las circunstancias naturales” (Ibíd.: 133). Sin embargo, esta línea de interpretación ha servido a otros investigador@s para realizar un seudomarxismo y a otros para criticar al marxismo (Ibíd.: 135).

Por otro lado, es significativo que la introducción de una concepción materialista en Arqueología parece haber estado desfasada en comparación con la idealista y que no es más que el reflejo de la negación por parte de las explicaciones oficiales. Esto también sería reflejo de una perspectiva eurocentrista de muchos investigadores, puesto que, por ejemplo, en la China o en la URSS esta Arqueología sí tuvo una utilización bastante temprana, patrocinada por los gobiernos comunistas.

Así, también, las coyunturas políticas serán necesarias para que en el siglo XX otros países puedan desarrollar una arqueología marxista (aunque con un reducido número de representantes), como fue el caso en algunos países de América Latina y en Europa (por ejemplo, España e Italia). Como refiere McGuire (1998: 61), después de la II Guerra Mundial un marxismo occidental distintivo se va a desarrollar en Europa, América Latina y los Estados Unidos. Pero, a pesar de que actualmente se pueda hablar de una arqueología marxista en estos países, el camino fue azaroso, puesto que también desde la segunda mitad del siglo XX se entablará una lucha entre esta forma de explicación alternativa y las explicaciones oficiales conservadoras. Esta lucha nace de la reacción, principalmente por parte de los EE.UU., a fin de ahuyentar el fantasma comunista en los países de América Latina (McGuire 1992: 40-41).

Como producto de esas circunstancias históricas, l@s arqueólog@s de la línea marxista conformarán un grupo marginado de los círculos académicos oficiales y algunos, incluso, obligados a exiliarse. Esto es sintomático, por ejemplo, en las casi inexistentes referencias bibliográficas de estos autores en las publicaciones internacionales de la especialidad como *American Anthropologist*, *American Antiquity*, *Antiquity*, etc. (una cuestión que Meggers y Evans (1973) ya habían criticado), silenciando dicha línea de investigación (ver McGuire 1992: 53-55) y manteniéndolos en la periferia de la ciencia antropológica, como en EE.UU. (Hakken y Lessinger 1987: 2). Todo esto se agrava ante las casi inexistentes subvenciones económicas para sus trabajos teóricos o de campo. Aún así, entre 1960 y 1970 se abrirá el ambiente académico para llevar a algun@s arqueólog@s a identificarse de manera explícita con el marxismo, y aunque algunos de ellos lo hacían en la búsqueda por “establecer distintivos nichos en la lucha académica para sobrevivir” (Gilman 1989: 71-72), se podría decir que la gran mayoría lo hizo de manera consecuente con una posición política

Por otro lado, tenemos Estados modernos que han impulsado las investigaciones arqueológicas desde la perspectiva materialista histórica por ser congruente con su política oficial y con el propósito de legitimar su existencia, como en su momento en la URSS (el primer país en hacerlo). Sin embargo, aquí no la abordaremos,

puesto que la existencia de monografías accesibles para nosotros acerca de sus desarrollos teóricos sobre el Estado es muy reducida⁹³. De todas formas, para una revisión sucinta de su teoría, metodología y alcances se puede recurrir a los trabajos de Childe (1940, 1942a, 1942b, 1942c, 1942d, 1943, 1945, 1952), Klejn (1993), Miller (1956), Schnirelman (1995, 1996) y Trigger (1992: 197-229)⁹⁴.

La llamada “Nueva Izquierda Francesa” será abordada aquí, por cuanto es un desarrollo bastante particular dentro del marxismo (como una reacción también al dogmatismo al que este había sido llevado) y por la influencia que ella ha tenido en la investigación arqueológica en Latinoamérica. Asimismo, también por su influencia, hacia 1970, en la arqueología británica (McGuire 1990: 43) y de la que posteriormente se desprenderán los denominados estudios neomarxistas (v. gr. Mark Leone 1984).

El materialismo histórico

(...) las reliquias de instrumentos de trabajo del pasado poseen la misma importancia para la investigación de las fórmulas económicas de las sociedades extinguidas cómo los huesos fósiles para la determinación de las especies de animales extinguidos. No son los objetos realizados, sino cómo se hicieron y con qué instrumentos, lo que nos capacita para distinguir las diferentes épocas económicas. Los instrumentos de trabajo no sólo proporcionan un modelo del grado de desarrollo alcanzado por el trabajo humano, sino que también son indicadores de las condiciones sociales bajo las cuales se lleva a cabo este trabajo.

Marx. *El capital* (1863). Extraído de Trigger (1992)

El hombre se hace a sí mismo: Gordon Childe (II parte: 1934-1956)

A pesar que en su juventud Childe estuvo bastante influenciado e incluso simpatizaba con el marxismo (Trigger 1987: 1), su “romance con la escuela arqueológica soviética” (Klejn 1994) fue de gran importancia para sus obras posteriores a 1934, en las cuales supera sus orientaciones difusionistas y migracionistas que ya

⁹³ Aunque autores como Anatolii Khazanov (ver *The Early State*, de Claessen y Skalnik) o Igor Diakonoff (ver Utchenko et al. (1982): *Estado y clases en las sociedades antiguas*) se encargaron del tema en su momento.

⁹⁴ Aunque, como apunta Kohl, “con pocas excepciones notables, la arqueología en la Unión Soviética y, presumiblemente, en la República Popular China está dominada por asuntos descriptivos; sus reportes pueden o no pueden intentar integrar restos culturales y ecológicos con un esquema convencional evolutivo cuestionablemente atribuible a Marx” (Kohl 1981: 96).

vimos con anterioridad en este mismo capítulo. Así, esta nueva etapa se iniciaría con la publicación, con muchos elementos de explicación marxista, de su libro *New Light on the Most Ancient East* (1934) que retiene, sin embargo, algo de su previo historicismo-cultural (Trigger 1987: 3). Al año siguiente de la publicación de este libro, Childe haría su primer viaje a la URSS (Trigger 1986: 5). Luego se sucederían varias publicaciones, entre ellas uno de sus más provocativos libros marxistas: *Scotland before the Scots*, de 1946. Esta, como las demás obras posteriores a su regreso de la URSS, se mantendría dentro de una perspectiva materialista histórica, que aún dejando de lado los esquemas unilineales y ortodoxos de las formaciones socio-económicas utilizados por los soviéticos (Trigger 1987: 4) llegaría a ser alabada por miembros del Instituto de Arqueología de la Academia de Ciencias de la URSS (Klejn 1994: 77-79).

Dicha influencia marxista, como era de esperar, se puede apreciar en sus publicaciones en las que se refiere al Estado, siendo el origen de este:

(...) el evidente conflicto de intereses económicos entre la reducida clase social dominante, que se va a anexionar la mayor parte del excedente social, y la gran mayoría, a la cual se va a dejar limitada al nivel de la subsistencia, y excluida de los beneficios espirituales de la civilización. (Childe 1950: 4, citado en Sanahuja 1988: 107)

Si bien es cierto que esta definición es realmente original e inédita para el círculo académico de la Europa occidental y bastante influida por los escritos de los clásicos marxistas, al final de la misma se puede notar que Childe todavía arrastra algo de su viejo idealismo.

Dicha perspectiva materialista de las sociedades le obligó a centrarse en los aspectos tecnológicos de las mismas (Trigger 1986). Está claro que, en estos momentos, Childe perseguía el reconocimiento de la producción y la reproducción de las condiciones materiales de existencia en las sociedades prehistóricas. Asimismo, para el arqueólogo australiano, dichos avances tecnológicos (revoluciones en los medios [instrumentos] de producción) causarían contradicciones en las sociedades que conducirían al cambio social y político.

Estas ideas ya están bien establecidas en *Los orígenes de la civilización* (título original: *Man Makes Himself*, de 1936)⁹⁵ y que supondrán uno de los primeros

⁹⁵ En *What Happened in the History?* ([1941] 1969), Childe desarrolló ampliamente sus ideas de una manera más materialista dialéctica (Trigger 1987: 4). Sin embargo, como defensa de su *Man Makes*

planteamientos de corte marxista (Lull y Micó 1997: 119). En dicha obra, Childe explicará que el “progreso humano” se reconoce y se da mediante las revoluciones económicas en la historia humana. Para ello, al inicio del libro se detiene en ejemplificar dichas revoluciones prehistóricas en la sociedad humana por medio de la “revolución industrial” del siglo XIX en Europa y el consecuente aumento en la curva poblacional por el mejoramiento de la producción material (Childe [1936] 1984: 26). Esta idea no es muy novedosa cuando observamos que ya Marx había señalado con anterioridad que tal como en el esqueleto del hombre se puede reconocer el esqueleto del mono, en el capitalismo se pueden reconocer elementos pertenecientes a las sociedades precapitalistas (Marx, parafraseado en Sofri 1971). De allí, Childe podría haber extraído su idea de las revoluciones en la prehistoria.

Las revoluciones que Childe proponía estaban asociadas a las clásicas edades conocidas por todos en Europa: la Edad de Piedra (Paleolítico y Neolítico), la Edad del Bronce y la Edad del Hierro. Sin embargo, para Childe, cada una de estas edades se correspondía con un tipo de economía. De esta manera, le da relevancia al desarrollo de los medios de producción como causa del desarrollo de la sociedad humana:

Así se mostrará como las revoluciones económicas reaccionan sobre la actitud del hombre ante la naturaleza y promueven el desenvolvimiento de las instituciones, de la ciencia y de la literatura; en una palabra, de la civilización en su significación más general. (Childe [1936] 1984: 55)

Asimismo, Childe estuvo en contra de la idea de que los artefactos arqueológicos sean una mera adaptación al medio ambiente, como proponía el evolucionismo social de su época. Por el contrario, siguiendo las ideas marxistas, creía en el cambio de las sociedades por la superación de sus contradicciones internas, siendo estas básicamente de orden socioeconómico.

Para Childe, la ideología (religión) de las sociedades prehistóricas pretendía frenar este cambio a través de la coerción (Ibíd.: 304). Más tarde, cuando profundiza sus estudios marxistas, escribiría que “la ideología reacciona sobre la tecnología y el equipo material” (Childe [1941] 1969: 31). Por esa misma coerción, considerada por Childe existente en las sociedades, en algunas de ellas las innovaciones

Himself, hay que recordar que este era un libro de divulgación, y por ello Childe preferiría mantener un discurso ligero y didáctico.

en los instrumentos de producción no conducían automáticamente al cambio o revolución⁹⁶, sino que esta se daba mediante una acumulación de las mismas y que finalmente provocaban el cambio en la organización económica de la sociedad. A esta etapa previa al cambio o revolución Childe la denomina “preludio”.

Para Childe, con la “revolución urbana” ocurrida casi al mismo tiempo tanto en Mesopotamia como en Egipto se institucionalizan las diferencias entre clases sociales, siendo los sacerdotes los dominantes y quienes personificaban y/o ejercían de mediadores entre el pueblo y los dioses (Ibíd.: 206). Asimismo, el templo donde estos ejercían sus funciones se convirtió en un lugar para la acumulación de capital:

(...) el templo no sólo era el centro de la vida religiosa de la ciudad, sino también el núcleo de la acumulación de capital. El templo funcionaba como un gran banco; el dios era el principal capitalista del territorio. (Ibíd.: 205)

Como consecuencia de esta nueva situación y, sobre todo, por la acumulación de capital, se producirá una serie de nuevos elementos provenientes y utilizados por la clase dirigente, entre ellos los sistemas de pesos y medidas:

La matemática es una consecuencia de las necesidades económicas de la revolución urbana, de una manera tan obvia como lo es la escritura. Las transacciones comerciales de las corporaciones de los templos y la administración de las rentas por un servicio público, requerían patrones fijos de pesas y medidas, un sistema de notación numérica y reglas para facilitar las cuentas, del mismo modo que necesitaban la escritura. (Ibíd.: 256)

Esta cuestión será relevante como un elemento principal de control de la producción y extracción de excedentes de los productores por parte de los explotadores. Para nosotros, este último planteamiento en el análisis de Childe será relevante, porque nos servirá para proponer en el IV capítulo cómo se materializaría la coerción y explotación de una clase por otra en la sociedad Pukara.

Finalmente, habría que señalar que, en esta época, los libros de Childe también formaban parte de una reacción con respecto a los fundamentos racistas, principalmente originados en los países de ideología oficial fascista de la primera mitad del siglo XX. Childe reitera tanto en este libro como en el posterior, *Qué sucedió en la Historia*⁹⁷ (Childe [1941] 1969), los argumentos por los cuales el “progreso

⁹⁶ De hecho, para Childe, la no superación de esta contradicción entre la religión o ideología y la base económica hizo posible que sociedades como la China se mantuvieran en un mismo modo de producción durante tanto tiempo (Trigger 1987).

⁹⁷ Título original: *What Happened in the History?*

humano” no se encuentra determinado por la “raza”. Incluso menciona que dicha palabra nunca fue utilizada en su texto (Childe [1936] 1984: 313). Para Childe, la “herencia biológica” no determina el progreso humano, sino más bien lo hace la “herencia social” (Childe [1941] 1969: 26). Así, pues, Childe deja bien clara, además de la científica, su posición política acerca del determinismo biológico que en dichos años se desarrollaba y extendía rápidamente en Europa occidental.

La “nueva izquierda francesa”: ¿marxismo estructuralista o estructuralismo marxista?

Poco tiempo después de la II Guerra Mundial, en Francia se ofreció una coyuntura favorable para la utilización de la teoría marxista en la Antropología (Fernández Martínez 1993: 248). Un hecho clave que permitió que esta perspectiva histórica ganase simpatía y prestigio entre la academia francesa fue que los comunistas habían hecho la mayor parte del movimiento de resistencia contra los nazis durante esta guerra (McGuire 1992: 39). Además, la “escuela materialista estructuralista” fue promovida en Francia por un sentimiento antidogmático con respecto al materialismo histórico que, para investigadores como Maurice Godelier (1970: 5-11), se había degenerado durante su utilización en la URSS staliniana. Por ello, hacia 1960, la subversión de esto sólo podría hacerse mediante “una vuelta a Marx” (Ibíd.: 9). Así, pues, este pensamiento nacería como resultado de la unión, por un lado, de la herencia idealista durkheimiana, llevada a la Antropología por Claude Lévi-Strauss y, por el otro, del marxismo de Louis Althusser o Charles Bettelheim.

Quisiéramos detenernos un instante en algunos aspectos del pensamiento de Althusser, pues su obra va a afectar a los antropólogos que vendrán posteriormente, como el mismo Godelier. Althusser realizará nuevas (re)lecturas de los escritos de Marx (Fages 1977: 179), en lo que podríamos denominar un ejercicio hermenéutico; es decir, descubre “lo dicho o lo no dicho” por Marx (Ibíd.: 178) o pretende “descodificar el discurso de Marx para reencontrar el mensaje” (Oelgart 1970: 11). Obviamente, en esos esfuerzos realizados por Althusser se perciben la fuerte carga estructuralista presente en la persecución de su objetivo y que, como sabemos, proviene originalmente de la Lingüística.

Por ejemplo, mediante la lectura de los escritos de Marx, Althusser otorgará relevancia a la “superestructura” de las sociedades, la cual puede llegar a ser dominante con relación con la “infraestructura”. Fages describe la importancia de la “superestructura” en el discurso de Althusser de esta manera:

(...) en ciertas condiciones, las superestructuras, las ideologías, pueden desempeñar el cometido de la contradicción principal [ya que existirían contradicciones principales y secundarias dentro de una sociedad] ¿Se inclinaría Althusser por el superrelativismo como el de Gurvitch?. Evita ese peligro por medio de la distinción entre estructura dominante y estructura determinante. En última instancia, la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción es determinante. El hecho de que en un momento dado una superestructura sea dominante, es que se mantiene todavía en el estado cualitativo del desarrollo de la infraestructura económica. (Fages 1977: 183-184. Los corchetes son nuestros)

Ciertamente, sus desarrollos teórico-filosóficos, por ejemplo, acerca de la ideología o la separación irreconciliable entre el “objeto real” y el “objeto de conocimiento”, lo llevaron a abstraerse de la realidad material y lo subsume, consecuentemente, en un análisis carente de una praxis. Es evidente que Althusser lleva su carga idealista al materialismo histórico. En contraposición a Althusser, y siguiendo a Marx: “una ideología no se elimina mediante el sólo acto de su conocimiento” (Marx, citado en Roies 1974: 138). Por ello, también es sintomático que Althusser se abstenga de la praxis política, incluso tras los eventos en París de Mayo del '68 (Oelgart 1970: 132-133). Igualmente, para Perusek (1994: 191), los trabajos de Althusser se tratarían de interpretaciones “idealistas”, pues estas se quedan en la teoría y centran su atención en la superestructura, principalmente en la ideología.

Recuperando el modo de producción asiático: Maurice Godelier

Aunque Godelier fue colaborador del estructuralista Lévi-Strauss en la Escuela Práctica de Altos Estudios de París, la influencia del marxismo en su época de formación también fue determinante en el desarrollo de su pensamiento antropológico. De esta manera, dentro de la línea de pensamiento althusseriano, Godelier buscará reconocer las “estructuras” que componen a las sociedades para explicar su cambio. Este desarrollo marxista estructuralista también le proveerá del concepto de “estructura dominante” que es lo mismo que la “superestructura”, ya desarrollado, como vimos, por Althusser.

Así, también, bajo la influencia de Lévi-Strauss, el análisis de Godelier recuperará la utilización de las “oposiciones binarias” estructuralistas, como, por ejemplo: lo constituyente /y lo constituido, la praxis /y la inercia, etc. En Arqueología, esta herencia estructuralista se traduce en los análisis que persiguen el reconocimiento de estructuras mentales que incluyan las oposiciones arriba/abajo, izquierda/derecha, etc.

Como apuntábamos arriba, los desarrollos teóricos realizados por Althusser son los de mayor peso en los trabajos de Godelier y estos se verán reflejados en su obra, por ejemplo: *Esquemas de la evolución de las sociedades* (1974). Allí vemos, nuevamente, la división entre “objeto real” y “objeto de conocimiento”:

Estos esquemas [de la evolución de las sociedades] son, por lo tanto, edificios de hipótesis de trabajo ligadas a un estado del conocimiento y de la realidad, a la vez punto de llegada de la reflexión teórica y punto de partida para descifrar más adelante la infinita variedad de la historia concreta. Es al nivel de ésta, que los esquemas hipotéticos dan la prueba de su verdad. **Aquí debe terminar la tentación perpetua de transformar la hipótesis en dogma, una verdad que debe ser comprobada en una evidencia que no hay que verificar, y que puede, soberbia, reinar a priori sobre los hechos.** (Godelier 1974: 13. Los corchetes y el subrayado son nuestros)

Para el desarrollo de las ideas vertidas en el libro anterior, se basará principalmente en el manuscrito de Marx denominado *Formas precapitalistas de producción*, escrito entre 1855 y 1859 y publicado en el *Esbozo de la crítica de la economía política* (Ibíd.: 18). Este manuscrito no había sido conocido hasta su publicación en 1939, razón por la cual tampoco fue utilizado en los arduos debates que se mantenían en la Unión Soviética, entre 1930 y 1931, sobre la estructura de la sociedad asiática (Sofri 1971: 38). Inspirado en dicho manuscrito de Marx, Godelier describirá los modos de producción de la “comunidad primitiva”, el “asiático” (al que Godelier dedicará mayor número de páginas y otros escritos más adelante), “antiguo”, “esclavista”, “germánico” y “feudal”. Según Godelier, estos modos de producción no deben ser confundidos entre sí. Por ello, describe que si tanto en el modo de producción de la comunidad primitiva como en el modo de producción asiático hay propiedad común del suelo, en el segundo ya existe una clase dominante y un Estado que se encarga de administrar ese suelo y sus productos (Ibíd.: 36). Del mismo modo, tampoco se debe confundir el modo de producción asiático y el esclavista, pues en el primero si bien los individuos están sujetos al Estado, existen libertades dentro de los márgenes establecidos por la clase dominante, aún cuando estos sean objeto de tributos. Asimismo, el esclavismo no será más que el resultado de guerras o invasiones de una sociedad sobre otra (Ibíd.: 36-37).

De este modo, Godelier retomará el modo de producción asiático como un modo transitorio entre la sociedad sin clases y la clasista. De ahí su afán en describirlo, aislarlo y encontrarlo en sociedades precapitalistas de diferentes partes del mundo. La importancia que para Godelier reviste dicho modo de producción

es la inexistencia de propiedad privada, aunque con la contradictoria existencia de una clase social dominante:

Este esquema muestra que la aparición del estado y la explotación de las comunidades no modifica la forma general de las relaciones de propiedad ya que esta sigue siendo propiedad comunitaria, propiedad de la comunidad superior esta vez, mientras que el individuo sigue siendo poseedor del suelo al ser miembro de su comunidad particular. Ha tenido lugar el paso al Estado y a una forma embrionaria de explotación de clase sin desarrollo de la propiedad privada del suelo. (Ibíd.: 26-27)

Godelier defenderá el modo de producción asiático aun cuando Marx y Engels no volvieron a hablar del mismo en sus obras maduras. De este modo, según Godelier, Engels obvió dentro de su esquema evolutivo al modo de producción asiático, porque buscaba construir una línea de desarrollo social occidental, con sus referentes más antiguos en el mundo clásico helénico y, por lo tanto, aceptando consecuentemente las tesis de Morgan en su *Ancient Society*... (Ibíd.: 45-46).

En defensa de los clásicos marxistas hay que decir que las fuentes históricas que manejaban tanto Marx como Engels eran muy escasas en su momento como para realizar tamaño trabajo y esto provocó que su capacidad de teorizar fuese inferior, deviniendo en que sus ejemplos de sociedades y sus correlatos teóricos fuesen errados y/o caricaturescos, cuestión de la que hace hincapié Godelier. De esta manera, para Godelier, Engels puede ser denominado como un evolucionista social, resultando su esquema ascendente y unilineal. De ahí que, para Godelier, el modo de producción asiático sea a la luz de la información actual, una hipótesis bastante importante para el análisis de las sociedades antiguas⁹⁸. Así, también, este antropólogo francés realiza un llamamiento a abandonar el dogmatismo⁹⁹ que se imponía en su tiempo en el estudio de dichas sociedades.

Finalmente, para Godelier, el modo de producción asiático resulta una “**estructura** común que combinará las relaciones comunitarias y el embrión de clase y volverá a una situación idéntica del tránsito a la sociedad de clases” (Ibíd.: 68. El subrayado es nuestro). Vemos, pues, que la influencia estructuralista llega en forma de una estructura subyacente a todas las sociedades que se encuentran en

⁹⁸ Para profundizar en el debate acerca del “modo de producción asiático”, se puede consultar Chesnaux et al. (1969).

⁹⁹ Para Godelier, este dogmatismo fue la “transformación de las hipótesis del materialismo histórico en una filosofía de la historia, cuerpo de dogmas-recetas con las cuales el historiador manejaba mecánicamente el material histórico que se le había confiado” (Godelier 1974: 63).

dicha “transición”. Así, el mayor aporte de Godelier sería reconocer que existen otras vías de desarrollo social, además de las cinco etapas establecidas por Stalin en *Materialismo histórico-materialismo dialéctico*.

Pero, por otro lado, como apunta Gianni Sofri, estos tempranos manuscritos (las *Formas precapitalistas de producción*) “no pueden considerarse en absoluto como un resumen o un resultado definitivo de sus estudios sobre este problema” (1971: 54). Por ello, Godelier también debió haber sido cauto cuando hizo la lectura de ellos, para aplicarlos de forma generalizadora. Asimismo, el dogmatismo (que es cierto en la utilización del marxismo en la URSS stalinista, por ejemplo) del que habla Godelier no es ni puede ser superado:

(...) añadiendo uno o más nuevos modos de producción, o admitiendo la existencia de dos o tres líneas alternativas de desarrollo. El resultado, en este caso, no sería otro que un nuevo dogmatismo más moderado y astuto que el anterior, pero sin ninguna relación con el pensamiento de Marx. Por el contrario, la superación del dogmatismo sólo puede pasar por un análisis más profundo del método marxista y un replanteamiento crítico original de los conceptos fundamentales del materialismo histórico, ante todo en todos aquellos “modos de producción” que presentan ciertamente una serie de dificultades interpretativas. (Ibíd.: 79-80)

Por esto último, el ejercicio hermenéutico que realiza Godelier sobre los textos de Marx, menos maduros (teóricamente hablando), y por tanto ambiguos (cautos), se nos presenta negativo para el análisis materialista histórico. A su vez, produce una perspectiva estática (no dialéctica) de las sociedades que él trata de incluir en su modo de producción asiático. Un ejemplo de este empeño en etiquetar a las sociedades precapitalistas es el que hace Godelier acerca de los incas, y el debate que se produjo posteriormente (ver, por ejemplo, Espinoza 1981). Además, gracias a la inclusión de las sociedades estudiadas en su modo de producción asiático, estas pueden ser idealizadas de mejor forma por los investigadores que le siguen.

De esta manera, es sintomático y paradójico que se asuman estas desviaciones marxistas no por un afán antidogmático, sino por ser una posición cómoda y cercana a la del neoevolucionismo social, que en esa misma época estaba en pleno crecimiento. Así, por ejemplo, en el mundo anglosajón (Estados Unidos y Gran Bretaña) aparecerán textos de Antonio Gilman (1981, 1987), Michael Rowlands y Susan Frankenstein¹⁰⁰ (1978) y Jonathan Friedman y Michael Rowlands (1978),

¹⁰⁰ Esta arqueóloga inglesa utiliza la “teoría de la dependencia” y la de los “sistemas mundiales” (Immanuel Wallerstein), aplicando una dialéctica centro-periferia para explicar la colonización de los fenicios en las costas mediterráneas (Frankenstein 1997: X).

en los que se observa la influencia ejercida por dicha escuela (Renfrew y Bahn 1998: 435). También estarían en esta misma situación Susan Kus (1982, 1983) y Mark Leone (1984) (Gilman 1989: 72).

Born in USA: la arqueología marxista desde el “centro del mundo”

Como sabemos, la Arqueología en los EE.UU. está incluida dentro de los departamentos de Antropología. De allí su característica eminentemente antropológica con la que abordarán el tema prehistórico¹⁰¹. Por otro lado, dada la marginalidad del marxismo en ese país, se produjo un desarrollo bastante tardío en el siglo XX; y, más que grupos o escuelas en esta corriente, se pueden observar individuos aislados (y autodidactas) que la han promovido, claro está, siempre y cuando posean una cátedra o un cargo que les permita ir a “contracorriente”.

David Hakken y Hanna Lessinger nos describen el por qué de la ausencia del desarrollo del marxismo en la antropología norteamericana¹⁰², de esta manera: “(...) en los Estados Unidos la interacción entre una intolerante política liberal (...) y un anticomunismo profundamente arraigado impidió en gran parte que esto sucediera” (Hakken y Lessinger 1987: 4-5).

Para Maurice Bloch (1987), la tardía inclusión del marxismo en los círculos académicos norteamericanos se explicaría por una perduración del pensamiento evolucionista de Morgan¹⁰³.

Así, uno de los primeros grupos y quizás único, de antropólogos norteamericanos, que ya fueron mencionados anteriormente se aproximarán al marxismo hacia la década de 1940. Estos serán los integrantes de la denominada *Mundial Upheaval Society*, entre los que estaban: Morton Fried, Elman Service, Eric Wolf, Robert Manners, Daniel McCall, Sidney Mintz, Stanley Diamond, Rufus Mathewson y John Murra¹⁰⁴. La influencia de Gordon Childe habría sido capital para su

¹⁰¹ Para ver la relación entre Antropología y la perspectiva materialista en los Estados Unidos, se puede recurrir a Kohl (1981).

¹⁰² También se puede ver Gilman (1989).

¹⁰³ Aunque, como hemos visto, Boas también hará lo suyo con el difusionismo, realizando un breve paréntesis en ese pensamiento (Bloch 1987: 124).

¹⁰⁴ Incluso Murra y Service habían luchado en España integrando las Brigadas Internacionales. Para estímonios de Murra y su praxis política, se puede consultar Castro et al. (2000).

acercamiento al materialismo (Ibíd.: 6). Sin embargo, varios de ellos pronto se decepcionaron y abandonaron dicha posición, pasándose muchos a la emergente *New Archaeology* o procesualismo.

Manifestaciones tempranas de esta influencia marxista en EE.UU. también se notan, por ejemplo, cuando, en 1947, sale a la luz el libro *Outlines of Anthropology*, de Melville Jacobs y Bernhard Stern, con una fuerte carga marxista, y cuando en 1957 Eleanor Leacock organiza un simposio en la Reunión Anual de la Asociación Antropológica Americana sobre estratificación social y teoría evolutiva, con ponentes que iban desarrollando sus investigaciones desde la perspectiva marxista.

Pero todo este desarrollo teórico será cortado intempestivamente por el maccartismo, que incluso obligará a algunos profesores a abandonar sus puestos académicos (Ibíd.: 7; ver, también, McGuire 1992: 39 y 71). Con esa fuerte represión, el marxismo fue prácticamente excluido del pensamiento antropológico norteamericano y aislado de los desarrollos teóricos y metodológicos que se daban, principalmente, en Europa. Hacia 1960 y 1970, como consecuencia de los sucesos políticos, como por ejemplo un sentimiento contrario a la guerra de Vietnam, se dará un resurgimiento del pensamiento marxista. Así, en 1972, se publicó *Reinventing Anthropology*, de Hymes, de línea marxista, así como también se fundó la revista *Dialectical Anthropology*, que se publica actualmente en Amsterdam. En esa nueva atmósfera, más abierta y tolerante al discurso marxista (aunque no aceptada plenamente), se desarrollarán algunos arqueólogos que trabajarán sobre el Estado prehistórico. Sin embargo, habrá que mencionar que existirán también arqueólogos que utilizarán teorías claramente derivadas del marxismo, pero que no manifestarán la fuente original de sus ideas (Spriggs 1984: 7, citado en Gilman 1989: 63). Por ejemplo, Matthew Spriggs (1984) distinguió hasta siete visiones del materialismo de Marx, usado por algunos arqueólogos norteamericanos cuando escribió su artículo (Spriggs 1984: 2-3)¹⁰⁵.

Por todo lo comentado anteriormente, es claro que por dicha escena política las posiciones teóricas marxistas serán socavadas desde el propio Estado e interferirán a un desarrollo sostenido y libre. En realidad, lo que se puede notar es que los pocos arqueólogos y arqueólogas que siguen esa tendencia tendrán que hacerlo de una forma no orgánica y en muchos casos autodidacta.

¹⁰⁵ Este volumen editado por Spriggs es una buena muestra de ese eclecticismo marxista norteamericano.

Como un claro ejemplo de lo señalado, tenemos el caso concreto de Thomas Patterson, quien hacia los primeros años de 1960 comenzó sus estudios en Perú, donde se reuniría con arqueólogos peruanos marxistas que influirían en su desarrollo teórico (McGuire 1992: 74, Patterson 1991: “Introducción”). Patterson es uno de los arqueólogos norteamericanos que más ha desarrollado el tema de la formación del Estado y lo ha aplicado para los Andes centrales, específicamente en Perú (Patterson 1985, 1986b, 1987a, 1987b, 1991, 2004), desarrollando un modelo materialista histórico basado en la dialéctica entre clases sociales. Para Patterson, el Estado se desarrollaría a partir del Periodo Formativo Medio. Asimismo, refuta la tesis muy difundida en la arqueología peruana, y sobre todo de la costa central, sobre la relación entre monumentalidad y Estado (o mejor dicho, el término ambiguo y funcionalista tan usado de “sociedad compleja”), pues, para él, estos fenómenos de la construcción de dichos edificios del Periodo Precerámico Tardío, como *El Áspero* o *Las Haldas*, *El Paraíso* e, incluso, *La Florida* (este último sitio, donde Patterson excavó), corresponderían a sociedades comunitarias y las grandes infraestructuras se harían de manera corporativa, no evidenciando asimetría en la distribución y consumo de los bienes y de la fuerza de trabajo (Patterson 1991).

Otra investigadora que sintoniza con las ideas marxistas es Christine Gailey, quien está realizando teorizaciones acerca del Estado (Gailey 1984, 1985) y que ha trabajado conjuntamente con Patterson (Patterson y Gailey 1987, 1988). Además, tiene un interesante trabajo relacionado con la explotación encubierta de la mujer por el hombre¹⁰⁶ y cómo esta “jerarquía de género” prepara el camino para la formación del Estado, planteamientos que están basados en sus investigaciones en las islas Tonga de la Polinesia (Gailey 1987).

Asimismo, en la actualidad, uno de los investigadores norteamericanos que se acercaría a un materialismo histórico más consecuente será Randall McGuire (1992, 1998; McGuire y Paynter 1991) quien, además, en su importante síntesis acerca del marxismo (*A Marxist Archaeology*) ofrece tres lineamientos para identificar a los Estados arqueológicos (1992: 161-167). Este investigador trabajará principalmente con las sociedades prehispánicas del sudoeste de los Estados Unidos en algún caso junto con otro investigador simpatizante del marxismo como Dean Saitta (McGuire y Saitta 1996). Asimismo, McGuire estará atento a los desarrollos teóricos marxistas

¹⁰⁶ Un planteamiento muy cercano a los de Claude Meillassoux ([1975] 1985), que también está inspirado en el marxismo.

en Latinoamérica y en la península Ibérica, en tanto producción histórica y praxis (McGuire y Navarrete 1999), y de hecho ha mantenido un intercambio bastante fluido con grupos de investigación en Arqueología, como los de la Universidad Autónoma de Barcelona y con estudiantes de Latinoamérica.

Por su parte, Phillip Kohl realizará trabajos desde esta perspectiva en el valle del Indo (Kohl 1987, citado en Hakken y Lessinger 1987). También son significativas sus críticas al “uso y abuso” en Arqueología de la “teoría del sistema mundo”, de Immanuel Wallerstein (1987, 1988), y sus análisis críticos acerca de la relación entre el nacionalismo y la Arqueología (Kohl y Fawcett 1995, Kohl 1998).

También se podría mencionar a Glenn Perusek (1994), quien se alinearía con el “materialismo de Marx” (Perusek 1994: 193) en contraparte a los diferentes materialismos existentes en nuestros días, incluyendo al marxismo estructuralista (que ha influenciado profundamente a los investigadores norteamericanos) o a los neomarxismos, que toman prestados cierto elementos materialistas históricos. En el caso concreto de Perusek, va a analizar el caso de la denominada “competición faccional” (factional competition) y que tiene su correlato marxista en la lucha de clases como forma de promover el desarrollo político en las sociedades¹⁰⁷.

El otro boom latinoamericano: la arqueología social latinoamericana

Aquí trataremos sobre una significativa corriente de pensamiento en Arqueología que, aunque muchos de sus detractores han querido postergar, marginar o ignorar, aún sigue en desarrollo, superando la reducción de medios logísticos y económicos. Así, para rastrear su relevancia y continuidad en el tiempo, solo quisiéramos mencionar el largo debate iniciado en la revista *American Antiquity*¹⁰⁸ sobre la Arqueología Social Latinoamericana (ASL). Esta discusión se inició con Patterson en 1994, y el último artículo en ese debate data del año 2001 (Benavides 2001)¹⁰⁹, aunque ya en la especializada *Latin American Antiquity* (ambas dependientes de la Society for American Archaeology) y que más allá de las cuestiones ontológicas y/o

¹⁰⁷ Para ampliar esta cuestión, consultar la compilación editada por Brumfiel y Fox (1994).

¹⁰⁸ Paradójicamente negada a los arqueólogos sociales latinoamericanos, como ya señaló Patterson (1994: 535).

¹⁰⁹ El debate continuó, pero en lengua castellana, por ejemplo, mediante otro artículo de Lidio Valdez (Valdez 2004) en la compilación de artículos de la III Reunión Internacional de Teoría Arquelógica en América del Sur (TAAS).

epistemológicas que se desarrollan en los mismos, revela la contradicción existente entre la pervivencia y trascendencia de la ASL y su reconocimiento y aceptación por parte de los sectores académicos oficiales. Realizado este comentario previo, veremos ahora cómo es que se llega a formar esta arqueología.

Como cualquiera de los países dominados por una clase burguesa, los países latinoamericanos siguieron un proceso económico y social similar a la de sus homólogos norteamericanos y europeos no bien pudieron desasirse del dominio imperial, principalmente español. En ese proceso de afianzamiento de sus beneficios como clase dominante tratarán de formar identidades nacionales mediante la búsqueda de sus antepasados. Surgirán, entonces, los nacionalismos, que se afianzarían a través de los estudios arqueológicos (Kohl y Fawcett 1995). Sin embargo, la arqueología científica como tal no surgirá en estos países hasta las últimas décadas del siglo XIX (Politis 1995: 198-199). Dicha arqueología se iniciará en estos países con la presencia de investigadores extranjeros procedentes, principalmente, de Alemania y Estados Unidos. Con ellos, la teoría evolucionista cultural será deslizada en la interpretación de las sociedades prehispánicas. La mayor influencia de los Estados Unidos se hará notar hacia comienzos del siglo XX, tanto como su poder político y sus intereses económicos iban aumentando.

Sin embargo, en los años en que el difusionismo y el historicismo cultural adquirieron relevancia en EE.UU., en países como Perú y México se desarrolló el movimiento denominado Indigenismo, iniciado hacia la década de 1920. Como veremos en el siguiente capítulo, este Indigenismo se transformó en un tipo de nacionalismo que buscaba afianzar la base del Estado por medio del pasado prehispánico (Azteca e Inca, respectivamente) a la vez que rechazaba el colonialismo norteamericano.

Más adelante, y debido a una coyuntura política favorable, en la cual se instaló en el poder dictaduras militares (por ejemplo, Perú¹¹⁰) o partidos de izquierda (por ejemplo, México), la Revolución cubana (1959) o una mezcla de dictaduras militares y partidos de izquierda (como en Venezuela¹¹¹), una arqueología marxista también pudo desarrollarse regularmente.

¹¹⁰ El caso de la política del Perú de la década de 1970 es singular, puesto que la dictadura militar tomó la característica de un "socialismo estatal" (Politis 1995: 215), creando una coyuntura favorable para arqueólogos como Luis Lumbreras.

¹¹¹ Aunque, según otros investigadores (Oyuela-Caycedo et al. 1994: 366), sería con el Gobierno populista social-democrático de Carlos Andrés Pérez (1974-1979) cuando Irida Vargas y Mario Sanoja encontraron apoyo dentro de la Universidad Central y crearon una escuela con sus seguidores.

Como mencionábamos anteriormente, lo que antecedería a estos planteamientos desde la Arqueología sería un pensamiento nacionalista y anticolonialista producido por una élite intelectual bastante anterior al surgimiento de los “arqueólogos sociales”. De este modo, no pasó mucho tiempo para que se adoptasen perspectivas materialistas históricas en algunos de esos países.

Por otro lado, aunque aceptamos que muchas de las arqueologías marxistas se dan dentro de las referidas circunstancias políticas, no estamos de acuerdo con Oyuela-Caycedo y otros (1997), cuando restringen su desarrollo y su impacto a dichas coyunturas políticas, puesto que su proyección teórica y pragmática aún persiste en la actualidad, a pesar de lo que Patterson (1997: 375) denominó como “las culturas políticas de terror” producidas por el Estado.

Pero sigamos con el desarrollo de la ASL. Cuba, luego de su exitosa revolución y ya con la política comunista instaurada en el poder, no tardó en entrar al campo de la interpretación arqueológica dentro de una política dirigida desde el gobierno. Así, pues, al arqueólogo cubano Ernesto Tabío hizo un importante trabajo (materializado en el libro *Prehistoria de Cuba*, de 1966), por el cual se introdujo el marco de análisis de la arqueología soviética y, a través de éste, muchos estudiantes latinoamericanos (por ejemplo, del Perú) asimilarían sus planteamientos materialistas históricos (Navarrete 1999: 24, Oyuela-Caycedo et al. 1994: 366).

Sin embargo, tendría que llegar el año 1974 y la publicación de obras como *La arqueología como ciencia social*, del arqueólogo peruano Luis Lumbreras, y *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*, de Mario Sanoja e Iraida Vargas, para que un nuevo discurso contrario y/o alternativo al de los arqueólogos extranjeros y sus seguidores en cada país sea formalizado. Esto trajo como consecuencia una serie de reuniones donde se dinamizó la construcción de la llamada Arqueología Social Latinoamericana¹¹². La primera de ellas, la Reunión de Teotihuacán en 1975 (Lorenzo 1976), pretendió establecer líneas generales de acción en la perspectiva materialista histórica, que cada uno de los participantes iba desarrollando en sus respectivos países. Luego vino una segunda reunión dentro del Congreso Internacional de Americanistas (simposio denominado: Formaciones

¹¹² Según Manuel Aguirre-Morales (2001), la aparición del libro de Lumbreras “se dio en el seno de una discusión teórica y política de los intelectuales latinoamericanos acerca de las vías que debía tomar el cambio revolucionario. Esta discusión de las diferentes tendencias del marxismo, abarcó el final de la década del 60 y toda la década los setenta, y en ella se debatió desde posturas provenientes del marxismo soviético, el maoísmo y el marxismo estructuralismo francés hasta los puntos de vista de la escuela de Frankfurt”.

Aborígenes en América), celebrado en Lima en 1970 (Patterson 1994: 533). Luego de estos tempranos intentos, y dado el descontento con el anterior grupo de trabajo, se formó el denominado “Grupo de Oaxtepec” en 1983, conformado por Luis Lumbreras, Manuel Gándara, Mario Sanoja, Marcio Veloz, Iraidá Vargas y Felipe Bate. Esta nueva época es denominada por Rodrigo Navarrete (1999: 89) como de “refinamiento teórico”.

Por su parte, como el mismo Luis Felipe Bate señala (1977, citado en Politis 1995: 220), este grupo de estudios marxistas tuvo como marco teórico el materialismo histórico, mientras sus métodos fueron derivados del materialismo dialéctico. Asimismo, este grupo adoptó una posición crítica frente al materialismo estructuralista francés (de Althusser y Godelier), principalmente por la separación, que antes discutíamos, de la totalidad social entre la base económica y la superestructura. Paradójicamente, mucha de la teoría y metodología histórico-cultural, neoevolucionista y marxista estructuralista se deslizó en los discursos de los arqueólogos sociales.

Por otro lado, Patterson define epistemológicamente a la ASL de esta manera:

(...) rechazan las formas mecánicas o científicas materialistas del evolucionismo cultural (...) repudian las perspectivas que ven a los sistemas sociales complejos como máquinas compuestas de partes separables, que con respecto a la totalidad social es igual a la suma de sus partes, y que ven el cambio como consecuencia de factores exógenos o efectos casuales sobre la totalidad desde el exterior (...) En otras palabras, ellos renuncian al materialismo mecánico y sus variantes deterministas económicas, materialistas culturales y Darwinistas sociales como también a los reduccionismos asociados a ellos. Ellos lo reemplazan por una perspectiva y metodología enraizadas en el materialismo dialéctico. (Patterson 1994: 533)

Aunque, como Aguirre-Morales también señala:

(...) a pesar de las coincidencias (algunas de ellas forzadas), que unieron a los arqueólogos sociales en el grupo de Oaxtepec (Teotihuacán 1975), el origen y desarrollo de la arqueología social Latinoamericana posee efectivamente puntos de encuentro, pero tiene referentes muy concretos y marcadas diferencias en cada uno de los países en donde se gestó, y, que estas coincidencias y divergencias sólo pueden ser conocidas en profundidad estudiando cada problemática específica, sus contextos históricos, económico-sociales y políticos particulares, y, en el actuar de cada uno y todos los arqueólogos que la desarrollaron. (Aguirre-Morales 2001)

Habría, pues, una contradicción entre los deseos de los autores por defender un frente unitario y los contextos sociopolíticos de su formación en cada país. En este sentido, nuestro trabajo escapa a la ambición de desarrollar profundamente

dichas circunstancias políticas y sociales bajo las cuales se formaron los discursos, por ello sólo hablaremos del caso peruano, del que quizá tengamos algo más de conocimiento. Más aún, cuando, para nosotros, Luis Lumbreras sería el principal representante teórico de esta corriente en el Perú y quien nos ha dejado valiosas interpretaciones acerca de la aparición del Estado¹¹³, que han tratado de ser refrendados mediante sus investigaciones de campo en el Perú. Sin embargo, como algunos autores señalan (v. gr. Navarrete 1999: 15-16), los desarrollos teóricos de Lumbreras poseerían ciertos problemas, ya que este autor se decantó por un discurso más explicativo en aras de su utilización social, aunque en detrimento de su verificabilidad en el registro arqueológico. Asimismo, las evidencias materiales sobre las que construyó sus interpretaciones históricas son recogidas mayoritariamente de investigador@s con tendencias teóricas diversas y muchas veces incompatible con el materialismo histórico¹¹⁴.

Una nueva visión del antiguo Perú: Luis Lumbreras

Previamente hay que apuntar que la arqueología social en el Perú va a beber de dos fuentes principales: primero del Indigenismo¹¹⁵, principalmente del marxista José Carlos Mariátegui (en la década de 1920), y del materialismo histórico de Emilio Choy, el primer investigador en ofrecernos dicha perspectiva, inspirado en los trabajos de Gordon Childe (ver, por ejemplo, Choy 1960). Ambas fuentes tienen una clara dialéctica entre sí durante el siglo XX y que hunde sus raíces en las contradicciones sociales existentes entre la clase dominante y el pueblo común y que, como Rodrigo Navarrete señala (1999: 6) produjo una larga y vibrante tradición de progresistas intelectuales de izquierda.

Como resultado de ello, muchos postulados y conceptos materialistas históricos aparecerán entremezclados implícita o explícitamente en los discursos de muchos arqueólogos peruanos.

En ese ambiente intelectual y político es que Luis Lumbreras se desarrollará académica y políticamente, sobre todo cuando ejerza como profesor en la Universidad de Huamanga en Ayacucho, entre 1960 y 1965. Un punto clave en dicho

¹¹³ Para este mismo tópico, pero proveniente de México, se puede ver Bate (1984).

¹¹⁴ Para una reciente autocrítica de sus planteamientos y desarrollos teóricos, se puede consultar Lumbreras (2005).

¹¹⁵ Sobre este mismo tema profundizaremos en el siguiente capítulo.

desarrollo es el que nos señala Aguirre-Morales: “Es a través del trabajo político, que Lumbreras, con el apoyo y orientación de Choy, ingresa al trabajo en el campo teórico de las ciencias sociales” (2001).

Asimismo, la mayor parte de su trabajo académico y de campo transcurrió paralelo al Gobierno Militar de Juan Velasco Alvarado (1968-1975), el cual le ofreció una excelente coyuntura para desarrollar las investigaciones más relevantes que ha realizado hasta la actualidad, un hecho que ya han llamado la atención algunos investigadores (Oyuela-Caycedo et al. 1994: 367).

Para no entrar en más detalles, que ya bien han explicado otros autores (Aguirre-Morales 2001, Navarrete 1999: 11-20), aquí nos restringiremos solamente a la época de la producción bibliográfica de Lumbreras que más nos interesa, cuando aparentemente abandona la carga de su formación evolucionista y positivista y se decanta por el marxismo:

La consolidación de este momento de su obra llegará con la publicación de *Los orígenes de la civilización en el Perú* (1972), que representa desde nuestro punto de vista una explicación marxista de la historia del antiguo Perú, es decir, una hermenéutica marxista aplicada a la arqueología andina. (Aguirre-Morales 2001)

En nuestro caso, buscaremos las referencias que más se acomoden al tema que nos ocupa. También veremos cómo a través del tiempo, como era de esperar, su pensamiento se irá modificando.

De esta manera, revisando sus antiguos trabajos como *Los orígenes de la civilización en el Perú* (1974), encontramos que Lumbreras, siguiendo a Childe, describe un panorama de la época de Chavín (900 a.n.e.-200 a.n.e.) en la que ya se había desarrollado la diferenciación social entre los sacerdotes del templo y los pobladores e incluso existían especialistas al servicio del sistema religioso (Lumbreras 1974b).

En 1994, Lumbreras nuevamente argumentó que el Estado se inicia con las clases sociales que se apropian de la fuerza de trabajo, en las denominadas sociedades clasistas iniciales (Lumbreras 1994: 28-32). Desarrolló su idea de la aparición de las clases sociales en los Andes centrales de esta forma:

En el caso del Perú el proceso se ventila con mucha claridad. Aquí aparecen especialistas en la producción de instrumentos para la activación del agua y las tierras mediante el control del tiempo, en un régimen productivo que requiere de una acumulación muy vasta de conocimientos empíricos sobre periodos de lluvia, periodos de agua, características de las tierras, etc. Esto, obviamente, implica la necesidad de acumulación social especializada con transmisión de este tipo de conocimientos a una elite de técnicos, para llamarlos de algún modo.

En el caso del Perú, esto se ventila a través de los sacerdotes y **son los templos los instrumentos de producción principales** dentro de este trabajo. Aparecen principalmente en el norte y centro del país, en donde los ciclos productivos de carácter agrícola se dan en tiempos superiores al ciclo anual, y pueden comprender 3, 4, 10, 12 años. En consecuencia exigen una acumulación de conocimientos de largo espectro. No son susceptibles de ser acumulados año por año.

Ligado a lo anterior actúan otros factores importantes. Uno de ellos es la previa acumulación de fuerzas de trabajo a través de un desarrollo de población suficiente grande como para poder sustentar una economía agrícola de carácter intensivo, con fuerza de trabajo suficiente como para poder hacer hábiles y útiles los recursos naturales generados artificialmente con las nuevas tecnologías.

Tales condiciones se dieron como consecuencia del desarrollo poblacional generado por la existencia de los grandes bancos de mariscos en la costa, que permitieron la formación de grandes núcleos aldeanos (de pescadores), de una población costera progresivamente creciente que, cuando se desarrollaron las nuevas técnicas agrícolas, pudo desplazarse hacia los valles y, en consecuencia, movilizar este nuevo desarrollo de las fuerzas productivas.

Con esto se combina un tercer factor: convergencia de un conjunto de experiencias productivas precedentes no sólo de la costa, también de la selva y de la sierra, en donde condiciones previas a este advenimiento habían permitido desarrollar técnicas de domesticación de plantas y animales, suficientemente variadas y amplias como para generar, hacia el año 2000 a.C., un movimiento económico muy rico en posibilidades productivas (cuantitativamente hablando), en posibilidades de intercambio y de complementación económica.

Todos estos factores juntos, posibilitaron hacia el año 2000 a.C., un proceso activo de generaciones de nuevas formas de producción sobre la base de un desarrollo realmente inusitado de las fuerzas productivas. Esta realidad, que luego se expandirá hacia el norte y el sur, dará origen a la civilización andina. (Lumbreras 1994, en Lora Cam 1994: 53. El subrayado es nuestro).

Sin embargo, en estos planteamientos todavía se puede percibir que las viejas tesis difusionistas de Julio C. Tello perviven en su discurso, una cuestión de la que tampoco escapan muchos otros arqueólogos peruanos¹¹⁶, y que veremos más adelante.

Por otro lado, mediante sus trabajos arqueológicos, Lumbreras también nos aportará una hipótesis muy importante, en la que define a Chavín como producto de una localización comercial estratégica:

¹¹⁶ Para un análisis de las corrientes teóricas que han influido en la representación arqueológica de Chavín, ver Burger (1992).

Ese es el marco del cual emergió Chavín como un espectacular centro ceremonial, en un punto nuclear de estos desplazamientos y como resultado del aumento de la demanda de un centro interregional de conciliación o regulación de la coexistencia de entidades sociales tan diferentes y distantes como el territorio del que estamos hablando: casi 1000 km. de norte a sur y más de 300 de este a oeste. (Lumbreras 1993)

Y aunque en el párrafo anterior parece suscribirse al “contrato social” como causa de la aparición de Chavín, luego hace la siguiente aclaración:

No creemos que sea el producto de una conferencia de conciliación o un acuerdo; la hipótesis debe ir al punto de postular una dinámica de crecimiento progresivo, que partiendo de un prestigio local previo y de su condición de (nudo de caminos), pudo ir incorporando para sí mismo todo un conjunto de elementos que favorecieron su prestigio transregional y su vocación de poder. (Ibíd.)

Por otro lado, es significativo que en la misma obra aparezca el concepto “prestigio” relacionado con Chavín y que, obviamente, esté inspirado en los escritos de Timothy Earle y otros procesualistas (un “contrato social” que se desliza en la explicación arqueológica mediante este concepto). Aunque aquí no va a estar relacionada a los productos, sino más bien al factor de su localización estratégica y a la función de oráculo predictivo de las condiciones ambientales (Ibíd.: 364).

Para Lumbreras, todas las condiciones en las que se desarrolla Chavín lo perfilan como un Estado: “Esto es un nivel de organización próxima al Estado, con una estructura similar, pero ampliada, de los llamados ‘cacicazgos’” (Ibíd.: 370).

Nuevamente nos encontramos ante un concepto bastante ambiguo como lo es el “cacicazgo”, que si bien el autor parece haber interiorizado no se acepta como una fase en el desarrollo de las sociedades (Lumbreras 1994: 8-9).

Lumbreras continúa con su caracterización de esta sociedad, desde el materialismo histórico, de esta manera:

(...) Chavín representa el punto de la historia andina cuando un sector de la población –los “sacerdotes” especialistas– hubo de apartarse de la producción directa de bienes de consumo –alimentos y manufactura– para constituirse en una clase social diferente a aquella formada por los productores del campo. Esta clase social es la responsable de la conducción y crecimientos de los centros urbanos de tipo teocrático, donde ellos trabajaban y vivían. Son también los responsables del desarrollo de un sistema de organización social regulado por mecanismos diferenciados de intercambio recíproco, basados en disposiciones emanadas de ellos mismos y a las cuales debían someterse los demás, so pena de sufrir las consecuencias de un aparato represivo creado y mantenido por ellos. No era nada de esto producto de su voluntad o codicia; nació y creció como parte de su propia práctica productiva

y de las necesidades que ésta tenía para reproducirse y avanzar. **Eso se llama “Estado”, institución que estará plenamente constituida cuando las leyes y consignas del poder sean obedecidas por las gentes, crean o no en ellas, por la fuerza del estado. Chavín estaba en el punto de partida.** (Ibíd.: 370. El subrayado es nuestro)

Para nosotros, todos estos planteamientos se verán mejor sistematizados y enfrentados consistentemente en su *Acerca de la aparición del Estado*, de 1994. Allí define que: “El Estado es la expresión jurídica de las relaciones de poder que se establecen en la sociedad dividida en clases” (Ibíd.: 6).

Lumbreras menciona la propiedad como un elemento relevante y punto de partida concreto y material para la creación y existencia de relaciones sociales asimétricas que se establecen entre los componentes de la sociedad que la posean o no (Ibíd.). De ese modo, trata de fijar las condiciones de existencia material del Estado y lanza una hipótesis para su correcta determinación en el campo arqueológico:

(...) la identificación de un Estado, así como la determinación de sus causas y sus condiciones de existencia, debe comenzar por establecer la naturaleza y carácter de las relaciones sociales clasistas, cuya expresión jurídica –la propiedad– debe permitirnos, a su vez, calificar la naturaleza diferencial de ellas. Para tal efecto el proceso de investigación debe comenzar por reconocer las condiciones históricas y el desarrollo de la propiedad, para allí derivar hacia el tipo de relaciones diferenciales que se derivan de ella. Si las cuestiones de principio enunciadas son válidas, esto nos permitirá identificar el Estado y fijar sus condiciones de existencia. (Ibíd.: 9)

De esta manera, Lumbreras propone que la principal forma de propiedad está basada en aquella ejercida sobre un medio de producción y sobre el cual está ligado toda la sociedad. En este caso, para Lumbreras, esta es la tierra y, consecuentemente, la actividad o proceso de trabajo (“el factor causal determinante” [Ibíd.: 33]) que haga objetivable su apropiación y que no es otro que la agricultura: “Por tanto, la condición primaria para la existencia de clases y el Estado, es la existencia de un régimen basado en la agricultura” (Ibíd.:10).

Y aunque también se podría añadir a la ganadería como una actividad por la que se apropia un medio de producción, para Lumbreras, este será un elemento “contingente en tanto el bien poseído es consumible y no contiene la condición de renovabilidad permanente” (Ibíd.). Nosotros no creemos que solamente la apropiación de la tierra conduzca al Estado, puesto que existen ejemplos en los cuales se ha elegido (o era inexistente) otro medio de producción. Por lo mismo,

parecería que Lumbreras ecualiza Estado con agricultura en un perspectiva eurocentrista del asunto. Quizás en este punto el autor estaría influido por el modelo clásico (childiano) del Neolítico europeo. Pero para no entrar en mayores controversias y por cuestiones generalizadoras, hemos de aceptar que la agricultura posee las características necesarias (pero no únicas) para el establecimiento de diferenciación social por cuanto es un elemento renovable y objetivable (y, por tanto, enajenable) por un segmento de la sociedad. Claro está, la propiedad deberá estar jurídicamente sancionada (para su legítima expropiación) y aquí radica la diferencia crucial entre una sociedad clasista y la que no lo es. Vemos, pues, que Lumbreras le ofrece cierta preponderancia y énfasis al desarrollo de los medios de producción¹¹⁷, aunque tampoco le resta importancia a las relaciones sociales de producción.

Para el análisis de la aparición del Estado, Lumbreras parte, pues, de la estructura o base económica de la sociedad, para luego pasar a analizar la ideología, la misma que, para él, está determinada y depende de la primera. Este análisis es valioso por cuanto muchos de los modelos de explicación de la formación del Estado recaen sobre elementos que ellos creen causales, resultando casi siempre monotéticos. Estos le dan un mayor peso a cuestiones consecuentes de la base material de la sociedad, desvinculándolas de las prácticas socioeconómicas, negándoles a su vez su dinámica que en un análisis marxista toma el nombre de dialéctica.

Finalmente, algo que queremos resaltar es la aparición en el discurso de Lumbreras del concepto de “Estado teocrático” o, como más adelante define, de “Estado incipiente” (Ibíd.: 29):

Un nombre posible de las relaciones de poder que se pueden formar, es el de “Estado Teocrático”, que privilegia el dominio de la esfera técnica [producción y reproducción de los medios de producción] y laboral [relaciones sociales de producción] especializada –los sacerdotes– sobre las demás esferas de actividad. Eso, entre otras cosas, significa que las relaciones de poder se justifican jurídicamente mediante el poder sacerdotal, cuyos instrumentos de coerción están generalmente contenidos en el aparato ideológico que genera su propio trabajo: dioses y demonios, mitos,

¹¹⁷ De hecho, su explicación del desarrollo aparece como economicista y evolutiva. Ambas cuestiones se observan cuando se plantea, por ejemplo, que la especialización en la producción y su consecuente complejización en el tiempo conduce a una división social, un supuesto que se encuentra planteado desde los inicios de la economía liberal con Adam Smith (1776).

las promesas y amenazas de la “otra vida”, las premiaciones y la estigmatización pública, etcétera. Un factor que puede transformar esta situación, es la relación de estas sociedades con otras de carácter clasista o la necesidad de privilegiar la esfera militar de las relaciones exteriores. Estas mismas relaciones pueden desestabilizar los circuitos operativos del poder teocrático, funcional, y crear una forma de relaciones clasistas. (Ibíd.: 22-23. Los corchetes son nuestros)

Para Lumbreras, este tipo de Estado es una transición hacia un Estado civil o “laico”, donde la división no es funcional, sino social; es decir, cuando hay una enajenación de los medios de producción por los sacerdotes u otro estamento social con la suficiente fuerza: “Es decir, nace con un conflicto de intereses en torno a la propiedad” (Ibíd.: 29). Y asume que la marca divisoria entre ambas es muy difícil de clarificar, obviamente por el carácter dinámico del desarrollo de la sociedad y por las características que reviste la lucha por el poder de esa propiedad. Pero lo que sí nos advierte es que dentro de las sociedades donde se desarrolló más de un estamento (sacerdotes y guerreros, por ejemplo) la lucha se dio internamente entre ellos, lo que traerá como consecuencia la creación de un Estado institucionalizado. De no ser así, se pueden sostener las relaciones ya establecidas y continuar en una cierta reciprocidad. En ese último caso, la presión para formar una sociedad clasista tendrá que provenir de las sociedades vecinas que la empujarían a reorganizar a su propia sociedad y a los sacerdotes a asumir el papel de clase dominante (Ibíd.).

Al otro lado del charco: la arqueología marxista en el Estado español

Como ocurrió en otros países de Europa occidental, a partir de 1960, en el Estado español hubo una renovación y un crecimiento de la disciplina arqueológica y que se puede ver reflejada materialmente en el volumen creciente de sus publicaciones. Pero no va a ser hasta después de 1975 cuando se admita al materialismo histórico dentro de la academia y que por cuestiones políticas no podría haberlo sido en la época fascista (Lull 1991: 233), en la que se mantuvo una escuela de arqueología tradicional o “investigación rutinaria más que innovaciones tecnológicas, análisis epistemológicos y creatividad metodológica” (Vázquez y Risch 1991: 25).

Algo que también es importante resaltar del ambiente previo a la creación de grupos de estudios marxistas en la década de 1980, es que en el Estado español la Arqueología en las universidades está relacionada estrechamente con la Historia

más que con las Ciencias Sociales o la Antropología¹¹⁸, con lo que la influencia de la última es mínima. Por otro lado, la cercanía a Francia facilitó la llegada de teoría y metodología importada de ese país (Ibíd.: 26)¹¹⁹. Asimismo, los proyectos de investigación arqueológica alemana en la península también supusieron una influencia, principalmente metodológica, en la formación de l@s arqueólog@s en el Estado español (Lull 1991: 241).

En ese sentido, la carencia de explicaciones, aparte de las historicistas en la década de 1970, fue criticada por José Alcina Franch en 1973 (Alcina Franch 1991: 13), quien, además, buscó la superación de dicha situación en la asimilación del corpus teórico y metodológico de la *New Archaeology*¹²⁰. Otra crítica a la situación de estancamiento de la Arqueología en el Estado español vino de Gran Aymerich en 1973 (Lull 1991: 239-240). Sin embargo, el discurso de Alcina Franch finalmente prevaleció por muchas cuestiones, entre ellas su posesión de una cátedra universitaria en la denominada por nosotros “universidad de bandera” del Estado español: la Universidad Complutense de Madrid. Así, tuvo que finalizar la década de 1970 (una transición en todos los niveles, incluyendo el arqueológico) para que realmente se suscitase un cambio en el ambiente académico y se vencieran en algo las resistencias de la academia oficial conservadora.

Por ello, no fue hasta el inicio de la década de 1980 cuando aparecieron nuevas interpretaciones en la Arqueología en el Estado español. Estas se desarrollaron, también, como consecuencia de un ambiente político diferente (“la joven democracia”) con el regreso de la izquierda al poder. De este modo, en 1983, Vicente Lull publicó su tesis (defendida originalmente en 1980) acerca de la sociedad de *El Argar*, en la que se empleó por primera vez una perspectiva materialista histórica de manera explícita (Vázquez Varela y Risch 1991: 32)¹²¹. Como era de esperar, dicha

¹¹⁸ Aunque posteriormente se alió a ella y surgió la llamada “arqueología antropológica” impulsada por Alcina Franch.

¹¹⁹ También se puede ver Estévez y Vila (1999), para la influencia de la escuela francesa en los estudios paleolíticos en el Estado español.

¹²⁰ Su crítica se inspiraría en la influencia teórica norteamericana asimilada durante sus estadias en los países americanos (Perú, Ecuador y México, principalmente), en los que trabajó junto a su grupo de la Universidad Complutense de Madrid (Ibíd.: 16).

¹²¹ Aunque en Catalunya ya se habían dado algunos pasos para ese cambio desde la Asamblea d'Arqueologia, donde un segmento de la misma había propuesto, antes de 1980, ponencias como: “Apuntes fundamentales para una arqueología marxista” o “Manifiesto para una arqueología marxista” (Lull 1991: 238).

publicación no fue ajena a todo tipo de críticas desde la academia oficial (Lull 1991: 240-241). En esta nueva perspectiva procedente de Barcelona hay que resaltar el Congreso de Arqueología Teórica, organizado por los estudiantes de la Universidad de Barcelona (publicado con el título de *Corrents Teòrics en Arqueologia*), en el que la mayoría de las ponencias discuten sobre la utilización del marxismo en la Arqueología o la crítica desde aquél a otras escuelas teóricas (Ballestín et al. 1988). Para estos años, el grupo marxista original de Barcelona ya parece estar constituido formalmente y su aparición en la arena académica realizada en el Coloquio de Arqueología de Soria (1981) da por sentado el derrotero materialista histórico que seguirán posteriormente (Lull 1991: 243-244). Asimismo, en los años siguientes de esa misma década, se realizaron las primeras investigaciones de campo con marcos teóricos materialistas (Chapman et al. 1987, Gasull et al. 1984).

Además del grupo de Barcelona, también se originó otro grupo marxista en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Jaén, siendo los principales representantes de este grupo Arturo Ruiz y Manuel Molinos. Ellos hicieron su primer manifiesto en el libro denominado *Arqueología en Jaén (Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente)* (Ruiz et al. 1986). Como señala Martínez Navarrete, este grupo de Jaén se formaría a partir de una consonancia con los planes arqueológicos de la Junta de Andalucía (Martínez Navarrete 1989: 89, citado en Alcina Franch 1991: 23). Aquí, también, podríamos incluir los significativos trabajos de Francisco Nocete (1984, 1988a, 1988b) acerca de la formación del Estado prehistórico en el Guadalquivir y su mordaz crítica al término de jefatura.

Es importante resaltar aquí que como consecuencia de la conformación de estos grupos de arqueólogos marxistas en el sur de España una publicación representativa a hecho eco de sus planteamientos, la cual se publica periódicamente con el nombre de *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* (RAMPAS) y que, evidentemente, tiene una vocación internacional y que cuyo inicio se puede rastrear desde las maestrías en Arqueología Social (marxista) que se celebraron en La Rábida a fines del siglo pasado.

La dialéctica cobra fuerza: Vicente Lull y el grupo de arqueología marxista de la UAB

El grupo de arqueología marxista de Barcelona será una fuente de producción teórica y metodológica significativa para la arqueología marxista, tanto en el Estado español como fuera de este. La producción teórica y metodológica que

ha realizado abarca muchos campos de la prehistoria y son tomados como referentes en diferentes espacios académicos. Sin embargo, para la cuestión que nos interesa, tomaremos principalmente los planteamientos de Vicente Lull, quien se ha interesado en la problemática de la formación del Estado prehistórico. Desde un primer momento, Lull introdujo en sus análisis la dialéctica que debe existir entre la teoría y la evidencia material, en este caso arqueológica:

En lugar de exponer teóricamente métodos y técnicas que hacen posible investigar cualquier formación económica-social prehistórica, hemos preferido llevar la teoría a su propia génesis, es decir, enfrentarnos a la realidad material y efectuar una lectura directa del registro arqueológico, dejando el cuerpo teórico como inspirador del trabajo –“actitud investigadora”– y en constante dialéctica interna con la base material –“contrastación permanente”–. (Lull 1983: 13)

De esta manera, Lull se distanció de muchos de los discursos marxistas mecanicistas que se habían realizado con anterioridad. En su caso, el área de estudio para corroborar sus hipótesis acerca de la formación del Estado será *El Argar*, una sociedad de la Edad del Bronce (ca. 2250 a.n.e. -1500 a.n.e.), en el sudeste de la península Ibérica (Almería y Murcia, principalmente). Y si bien esta primera publicación marxista (*La “cultura” de El Argar*, de 1983) marcó un hito en la historiografía de la arqueología teórica del Estado español, aún en este se puede advertir una carga teórica procesual producida por la independencia del autor del ambiente académico peninsular y que trasciende en ciertos términos utilizados e interiorizados por el autor (como, por ejemplo, “sistema” o “cultura”) y que si bien merecen su crítica, se deslizan en su propio discurso. Así, también, en la búsqueda de nuevas herramientas metodológicas que le brindasen una mayor contrastación de sus hipótesis, se dejará influenciar principalmente por las técnicas de análisis cuantitativos de la escuela francesa (Lull, com. pers., 2002).

Para la década de 1990, junto a su grupo de trabajo, desarrolló una serie de teorías basadas en el materialismo histórico. Una de ellas, y quizá la más importante producida por dicho grupo, es la denominada “teoría de las producción de la vida social” (Castro et al. 1996), relacionada íntimamente con la “teoría de las prácticas sociales” (Castro et al. 1998) y que, básicamente, tienen como objetivo hacer patente que la sociedad se produce mediante la praxis, alejándose completamente de las categorías abstractas y normativas que se han hecho tan populares en los estudios marxistas mecanicistas. Aquí no desarrollaremos *in extensu* dichas teorías, aunque mencionaremos su implicancia e importancia con relación a nuestro objeto de estudio.

Así, veremos que, para Vicente Lull y Roberto Risch, el Estado es:

(...) el resultado de una determinada trayectoria social que se caracteriza por la institucionalización, afirmación y mantenimiento de diferencias socioeconómicas en el seno de la sociedad. El Estado es una manifestación a la vez que un producto de la existencia de diferencias irreconciliables de intereses en el seno de la sociedad, es decir, la perpetuación de las contradicciones de clase. El Estado aparece en el lugar y el momento que las contradicciones de parentesco son elevadas a un nivel social global. La primera forma de explotación socio-parental es transformada a la vez que mantenida en una triple explotación económica, social y política propia de los estados. (Lull y Risch 1996: 99)

Vemos que los lineamientos clásicos de la concepción del Estado desde la perspectiva materialista (Marx, Engels y Lenin, principalmente) son seguidos en dicho discurso. Pero, más allá de ello, el desarrollo de una teoría social y una teoría sustantiva para verificar aquello en la materialidad social (v. gr. Lull y Risch 1996; Castro et al. 1996, 1998; Castro, Lull y Micó 1996) va a ser lo más atrayente de la producción de dicho grupo de estudio, por cuanto se da dentro de un programa de investigación de largo aliento y que se va superando a través del enfrentamiento de dicha teoría con una praxis en una época y lugar concreto: la sociedad argárica del sudeste de la península Ibérica.

Como colofón a estos estudios, debemos mencionar aquí que en estos últimos años Vicente Lull y sus asociados han comenzado a desarrollar una práctica bastante activa, realizando conferencias en diferentes partes del Estado español, en Europa y América, así como también ha visto a la luz la síntesis de las teorías acerca del origen del Estado, escrita conjuntamente con Rafael Micó (Lull y Micó 2007).

COMENTARIOS

Habiendo realizado nuestra división idealista/materialista y su asociación con los modelos de explicación de la formación del Estado prehistórico, vemos que el resultado nos lleva a una comprobación de nuestra hipótesis planteada en la introducción de este capítulo. Esta división, como toda realizada desde ciertos criterios, –ya explicada al inicio de este libro–, no resulta aséptica, porque al fin y al cabo ¿qué propuesta social lo es? Así, pues, por el momento, adelantaremos algunos comentarios que nos ayuden a redondear muchos de los planteamientos surgidos a partir de las referidas críticas realizadas a los modelos de explicación de la formación del Estado.

Sin embargo, antes de hacerlo desearíamos resaltar la relación directa que hemos observado entre las coyunturas políticas y el desarrollo de determinados modelos explicativos. Lo vimos al inicio de este capítulo con la justificación del evolucionismo social darwiniano y el desarrollo del capitalismo en Inglaterra y Norteamérica, posteriormente con el fascismo y el comunismo; y, finalmente, volviendo al (neo)evolucionismo después del triunfo de los Estados Unidos tras la II Guerra Mundial. Del mismo modo, también los arqueólogos marxistas contemporáneos tuvieron que esperar a que se hicieran nuevamente tolerables los discursos del sector de la izquierda en sus respectivos países. Vemos, pues, que, como los intelectuales de la Escuela de Frankfurt nos señalaban, las ciencias no están exentas de influencia del contexto político y que, en algunos casos, se necesitan entre ellas.

Regresando a nuestros modelos idealistas, podríamos agruparlos, a *grosso modo*, en dos corrientes principales: evolucionistas (tanto clásicos como neoclásicos) y difusionistas. Las que no encajan directamente en algunas de las dos corrientes principales serán simples derivaciones de los mencionados desarrollos teóricos. Aunque esto se podría tornar un poco difícil de aceptar y definir exactamente, puesto que no hay posturas idealistas explícitas, sobre todo hacia la segunda mitad del siglo XX, y tienden más bien hacia el eclecticismo teórico.

Sin embargo, asumiendo que estos son tales, vemos que los modelos idealistas siguieron un camino libre de críticas hasta el surgimiento de los modelos inspirados en el materialismo histórico. En dicha contradicción, producto de un enfrentamiento con dicha postura, observamos que el idealismo se reforzó con elementos prestados de la epistemología de la misma posición materialista, por ejemplo, los modelos provenientes del procesualismo, como el de Service o Fried o el denominado materialismo cultural de Harris.

Asimismo, el neoevolucionismo vio en el neopositivismo y en la utilización de las tecnologías de investigación de punta una nueva ocasión para asumir la presunción de objetividad científica y asepticidad política, creando de esta manera una distinción artificial y nada inocente entre ciencia y política. Por ello, defendida sobre dichos fundamentos, fue aceptada rápida y fácilmente por la comunidad científica y, consecuentemente, por la sociedad en general. Y, además de un desarrollo hacia el interior de dicha facción, esta postura sirvió también para criticar al materialismo histórico y su dialéctica, acusada principalmente por su compromiso político y por que ve en los excesos de los países comunistas la prueba concreta de dicha “ineficacia científica” y, sobre todo, política. Por consecuencia, los desarrollos filosóficos

impregnaron (al igual que la mayoría de ciencias) a los modelos antropológicos-arqueológicos de la “ciencia”.

Finalmente, en este bloque se pueden incluir a las arqueologías denominadas postprocesualistas (ver una síntesis de estas en Johnson 2000: 201), que en su “condición postmoderna” (Preucel 1995), a partir de los primeros escritos de Ian Hodder a comienzos de la década de 1980, van en búsqueda de un pasado elusivo o, mejor dicho, de las múltiples lecturas del pasado. Por ello podríamos catalogarlas de idealistas, individualistas, nihilistas (escépticas), hiperrelativistas, liberales y politizadas (les guste o no reconocerlo)¹²².

Por el contrario, casi todos los modelos arqueológicos materialistas siguieron una línea cercana al marxismo clásico menos el denominado materialismo estructuralista francés. Como ya vimos, estos modelos comienzan con Gordon Childe, quien fundó las bases para una arqueología materialista histórica. Los posteriores investigadores identificados dentro de este bloque siguieron sus pasos mediante sus textos o regresando a los escritos originales de Marx y Engels, continuando con dicho esfuerzo de explicación histórica. Vemos también que la ortodoxia marxista, principalmente originada en la URSS, causó bastante problemas para la interpretación objetiva de los materiales arqueológicos, cayéndose muchas veces en la aplicación mecánica de las fórmulas marxistas y no desarrollándola en absoluto. Sin embargo, en los últimos veinte años se ha desarrollado una Arqueología autorreflexiva y dialéctica, proveniente tanto de Latinoamérica (con sus defectos producto de la interiorización de ciertos conceptos y términos neoevolucionistas) como de Europa occidental, principalmente desde Catalunya (Fernández Martínez 2006: 126 y ss.).

Ahora, ya finalizando nuestro segundo capítulo, creemos que el lector podrá observar con mayor facilidad cómo las corrientes filosóficas y científicas, que hemos analizado y presentado en dos bandos opuestos, han influido en el pensamiento de los arqueólogos que han desarrollado investigaciones en la cuenca norte del lago Titicaca, en el actual territorio del Estado peruano. Así, pues, dirijámonos a las alturas altiplánicas.

¹²² También habría que incluir aquí a los últimos desarrollos postprocesuales de orden fenomenológico, basados en el legado heideggeriano, como los de Christopher Tilley (1994, 2004) o Julian Thomas (1996). En términos generales, en estos planteamientos (sin metodologías serias) se espera una capacidad del investigador para experimentar y/o percibir los espacios naturales y, sobre todo, los lugares sociales, de igual o semejante manera como lo hicieron la gente en la prehistoria (ver críticas en Brück 2005).

III. En busca del tiempo perdido: una historia de las investigaciones arqueológicas en la cuenca norte del lago Titicaca

Ciertamente, la agenda no ha sido fijada en Sudamérica. Los tópicos de investigación, objetivos y metodologías han sido producidos básicamente en los Estados Unidos y secundariamente en Europa. Desde allá, estos han sido introducidos en Sudamérica, y vistos como parámetros para la validación científica de la investigación local. Los criterios en cuanto a lo que es verdadero o equivocado, desfasado o de moda, metodológicamente correcto o incorrecto, son establecidos fuera de Sudamérica.

Politis. *The Socio-Politics of Archaeology in Hispanic South America* (1995)

Luego de los capítulos precedentes, en los que hemos analizado y criticado, tanto a las filosofías como a los modelos explicativos idealistas y materialistas acerca del Estado, ahora los contrastaremos con el desarrollo de las investigaciones y la producción del discurso arqueológico en el área de la cuenca norte del lago Titicaca. Dicha división entre las posiciones idealistas y materialistas es necesaria para reconocer y enfrentar sus consecuentes utilidades como fuente del desarrollo de aproximaciones a la realidad social. Sin embargo, demostrar esto en el área de estudio que nos ocupa, por un lado se enfrenta a una poca representatividad y falta de explicitación de la mayoría de las posturas de raíz idealista. Por el otro, aunque también se han intentado aplicar unas pocas explicaciones desde el materialismo histórico, estas también serán merecedoras de análisis y críticas en esta parte del texto. Debido a ello creemos que los anteriores capítulos nos han servido para dejar claro nuestro posicionamiento acerca de cómo las explicaciones arqueológicas sobre el Estado son producto de las filosofías existentes en cada época y concordantes con la ideología de la clase social dominante. En el futuro confiamos superar estos planteamientos mediante una aproximación materialista

histórica al fenómeno estatal en la cuenca norte del Titicaca, y que se esbozará en el siguiente capítulo.

Por cuestiones de carácter introductorio e ilustrativos, haremos una breve definición del área de estudio y una aproximación a lo que se ha asumido como el proceso histórico social en la cuenca norte del Titicaca. Esto lo haremos a través de una especie de “acto fallido” que nos ayudará a poner al lector neófito al corriente de los rasgos generales del proceso socio-histórico acaecido en la zona de estudio¹²³. Ello se realizará mediante la inclusión de los datos conocidos y manejados actualmente, en una reconstrucción hermenéutica del desarrollo de las sociedades que nos ocupa. También veremos cómo se ha producido realmente dicho conocimiento y trataremos de acercarnos a los verdaderos objetivos que se encuentran detrás de ellos. De esta forma apreciaremos que el sesgo en nuestra información sobre dichas sociedades no sólo es producto de la cantidad de investigaciones realizadas, sino también de su calidad.

Asimismo, debe remarcar que los contextos políticos y económicos de cada país fomentarán o detendrán la producción de conocimiento en el área del lago Titicaca. La escasa investigación arqueológica en la actual parte peruana del lago también está condicionada a su ubicación geográfica, alejada de las ciudades más importantes del país y más aún de la capital, Lima. Por el contrario, la situación en la parte boliviana, principalmente por motivos nacionalistas, es distinta, pues la investigación arqueológica se ha concentrado en la excavación del sitio de Tiwanaku (Angelo 2005), fundándose para ello, incluso, tempranamente, en 1958, el Centro de Investigaciones Arqueológicas de Tiwanaku, CIAT (Ponce Sanginés 1990: 66), y más tarde abriéndose la investigación a los arqueólogos extranjeros, quienes muchas veces trabajarán en proyectos binacionales junto a los arqueólogos locales¹²⁴. La relativa estabilidad política y social boliviana, en comparación con la peruana, en las dos décadas pasadas ha sido también un motivo más para que las investigaciones arqueológicas en este país sean de larga duración¹²⁵.

¹²³ El estado de la cuestión acerca de la representación arqueológica de las sociedades que aquí se discuten sólo utiliza bibliografía aparecida hasta mediados del año 2002. Después de esa fecha han salido a la luz otros importantes documentos que sin ir más lejos en sus desarrollos teóricos han planteado algunos cambios en el conocimiento de dichas sociedades. En ese sentido, se pueden consultar Stanish (2003) y Stanish et al. (2005).

¹²⁴ Para una síntesis de la investigación arqueológica en la parte boliviana del lago Titicaca, ver Ponce Sanginés (1991).

¹²⁵ Cuando se redactó el texto original (2002) todavía no se habían dado los violentos acontecimientos sociales que vivió Bolivia durante el año 2005.

Por el contrario, como veremos, en el Perú, la situación política y económica ha sido irregular a lo largo del siglo XX. Julio Cotler apunta en su lúcido y profundo estudio que esta situación es el producto de un largo proceso histórico que viene de siglos anteriores y que denomina la “herencia colonial” (Cotler 1978: 21). Esta “herencia” subyace en la base económica de la sociedad peruana y la somete a continuas contradicciones económico-sociales. La búsqueda de su solución o, mejor dicho, su apaciguamiento y encubrimiento será el marco histórico en el cual también se moverán los derroteros científicos en el Perú. Como era de esperar, la Arqueología no será ajena a esta lucha y más bien servirá para ofrecer una cobertura material para legitimar o deslegitimar los discursos políticos desde la oficialidad o desde la oposición. Un claro ejemplo es que la mayoría de los arqueólogos representarán muy bien su papel en dicha pugna ideológica de acuerdo a su extracción social, cargo político o misión extranjera, resultando casi arquetípicos.

El desarrollo de la Arqueología en el Perú, aunque rezagado en la cuestión teórica (principalmente, con respecto al mundo anglosajón) asumirá, sin embargo, muchos de los paradigmas empleados en la disciplina en el ámbito mundial, casi siempre como resultado de la entrada en escena de un “arqueólogo innovador”. El “laboratorio andino” será, pues, un lugar apropiado para someter a comprobación los modelos de explicación social y las conclusiones de estas investigaciones no serán del todo afortunadas. Además, la crítica y la autorreflexión tampoco estarán anotadas en la agenda de los investigadores, incluyendo los peruanos.

Así, pues, como producto de esos conceptos arrastrados en la investigación arqueológica, la explicación del desarrollo de las sociedades prehispánicas se ha elaborado inconvenientemente; y, por el contrario, se siguen los modelos traídos de otras realidades, los cuales se aplican muchas veces de manera mecánica.

Asimismo, las interpretaciones de las sociedades prehispánicas se apoyan en las explicaciones y materiales arqueológicos preexistentes, producto de casi un siglo de Arqueología científica en el Perú. Estos fueron asimilados e interiorizados por los arqueólogos para fundamentar sus explicaciones acerca de dichas sociedades. Esta situación se hace obvia en las explicaciones de las sociedades a partir de la llegada de la Arqueología de inspiración procesual e, incluso, dentro del materialismo histórico. Como Lull y Micó señalan: “la nueva arqueología ha adoptado de la arqueología tradicional, por lo general acríticamente, la ordenación del registro en culturas arqueológicas” (Lull y Micó 1998: 74).

En el Perú, la acumulación de datos preexistentes conformará una amalgama informe, susceptible de ser aprovechada por los arqueólogos para realizar y

naturalizar una interpretación ideal de la sociedad prehispánica. Esta cuestión se formalizará, por ejemplo, para la cuestión de la formación del Estado, tras la llegada de un grupo de arqueólogos al Perú en la década de 1970 que seguían la teoría procesual. Como era de esperar, este tema será abordado mediante la modelización de las sociedades a través de categorías sociopolíticas y su sucesión en el tiempo, de inspiración neoevolucionista, desarrolladas desde la Antropología, tal como hemos visto en el capítulo anterior. Esto se materializará, por ejemplo, en publicaciones como *The Origins and Development of the Andean State* (Haas et al. 1987), la cual recogerá las posturas de los arqueólogos (casi todas ellas norteamericanas) que trabajaban en ese tópico¹²⁶. El mismo Haas (1982) ya había defendido una postura acerca del surgimiento del Estado en los Andes. No es nuestro propósito introducirnos en el debate de las diferentes posturas que desde el procesualismo (e incluso antes) han tratado de aproximarse a la realidad social de los Andes, en general, puesto que sería entrar en un debate que nos alejaría de nuestra área de estudio y fenómeno concreto que queremos estudiar: la formación del Estado. Aún así, será pertinente tenerlas en cuenta para reconocer sus secuelas en la interpretación de la Arqueología de la zona que nos ocupa.

Para acabar esta breve introducción, diremos que el material arqueológico no será lo que defina la explicación de las sociedades, sino que en muchos casos sólo se seguirá la lógica del investigador de turno. Por ello, en este capítulo, al examinar el desarrollo de la Arqueología en la cuenca norte del Titicaca, desde sus inicios hasta la actualidad, podremos observar en detalle por qué y cómo se llega a las actuales explicaciones arqueológicas en esta zona, no sin antes ubicar nuestra área de estudio.

UBICACIÓN Y DESCRIPCIÓN DE LA CUENCA NORTE DEL TITICACA

En primer lugar, habría que señalar que la definición de la cuenca norte del Titicaca es bastante arbitraria y no se ajusta adecuadamente con la realidad histórico-social. Sin embargo, la hemos mantenido aquí, puesto que es la que más se ha venido repitiendo en este siglo (Kidder II 1943; Bennett 1950; Mujica 1987,

¹²⁶ En esa misma tradición, aunque ahora más sofisticada, se publicó recientemente un volumen en EE.UU. denominado *Foundations of Power in the Prehispanic Andes* (Vaughn et al. 2004), donde sobresalen los textos de Jonathan Haas y asociados (norte chico), Charles Stanish (cuenca del Titicaca) y John Rick (Chavín).

1991, 1997). Si bien esta se debería cambiar para superar las limitaciones tanto geográficas como sociales que nos impone, habrá que esperar algún tiempo para subvertir dichas demarcaciones geográfico-sociales.

Este problema se acrecienta más, porque esta área de la cuenca norte del Titicaca se incluye dentro de otra área arqueológica (cultural) más amplia, definida por Lumbreras como los “Andes Centro-Sur” o “Circun-Titicaca” (ver figuras 1 y 2). Además, dicha “área arqueológica” del Altiplano incluye los valles costeros del extremo sur del Perú y los del extremo norte de Chile y los valles serranos orientales del norte de Bolivia y Argentina (Lumbreras 1981)¹²⁷. El propósito de esta tipología de “áreas culturales” sería delimitar espacios geográficos que compartieron desarrollos históricos e integración económica (Burger et al. 2000: 269). Sin embargo, por su normatividad geográfica (casi un determinismo geográfico y ambiental) y social (no reconoce sociedades prehispanicas que superaron los límites de estas áreas), esta tipología está actualmente sujeta a crítica (v. gr. Burger et al. 2000: 268-271)¹²⁸.

Por otro lado, esta cuestión espacial está íntimamente relacionada con la cuestión temporal (cronológica), por medio de la utilización de los “horizontes” y “periodos”, unos “separadores cronológicos” ya clásicos en la arqueología andina (ver figura 3). Como veremos más adelante, el esquema de horizontes y periodos diseñado por John Rowe no tiene correlato con el devenir de las sociedades en esta área y que más bien resulta ser una abstracción producto de la conciliación entre las posturas evolucionista, difusionista e histórico-cultural. Así, por ejemplo, si bien algunos investigadores como Richard Burger, Karen Mohr y Segio Chávez (Burger et al. 2000) reconocen que en el Altiplano existió un desarrollo social y político independiente al de los Andes centrales, siguen adoptando el concepto de “horizonte cultural”, cuestión que supondrá una contradicción en su discurso, pues solamente critican el concepto de “área cultural centro sur” o “Circun-Titicaca” por su carácter normativo, cuando el “horizonte” posee la misma connotación.

Todos estos problemas serán tratados más adelante y, por ahora, nos conformaremos con la descripción general del área de estudio.

¹²⁷ Para una última versión de esta cuestión, ver Lumbreras (2000: 103).

¹²⁸ Aunque últimamente Lumbreras (2000: 103) describe a estas áreas de forma menos rígida y asume que las “fronteras” entre estas se disuelven en “zonas de transición”.



Figura 1. Mapa de las áreas “culturales del ámbito andino”.
Según Lumbreras (1981: 42).

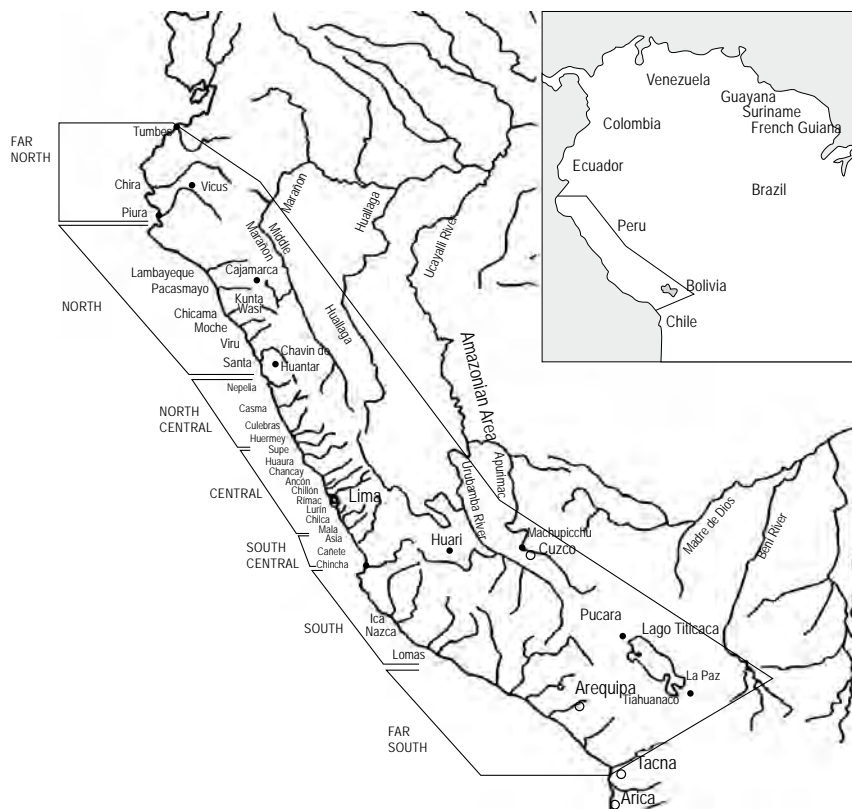


Figura 2. Áreas culturales en el Perú. Tomado de Lumbreras (2000: 575).

A grandes rasgos, el área geográfica de nuestro estudio abarca una extensa llanura con características de estepa, interrumpida ocasionalmente por accidentes geográficos. Se ubica alrededor del lago Titicaca y cubre una área aproximada de 8100 km² (Erickson 2000: 318), se encuentra a una altura promedio de 4000 m, fluctuando entre los 3012 m a orillas del lago hasta por encima de los 5000 m en las cumbres nevadas de las montañas que la rodean (Mujica 1997: 1). La morfología de la parte circundante al lago dista bastante del aspecto más accidentado de los Andes al norte y al sur. El Altiplano Circun-Titicaca abarca los territorios actuales de Perú y Bolivia, específicamente entre el nudo de Vilcanota, por el norte (14° 30' L. sur), y el lago Poopó, por el sur (19° L. sur), ocupando gran parte del territorio boliviano (Mujica 1991: 273) y compartiendo las mismas características edáficas, geológicas y climáticas.

CHRONOLOGICAL TABLE OF THE PERUVIAN COAST				CHRONOLOGICAL TABLE OF THE PERUVIAN SIERRA					
Comments	North Coast	Central Coast	Master Sequence Ica (South Coast)	Relative Chronology	North Ancash	North - Central Ayacucho	South - Central Cuzco	South Puno	Bolivia La Paz
	Inca influence	Inca influence	Ica 10 Inca influence Ica		Late Horizon	Inca influence	Colonial Inca (K'uchipunku) Imperial (Cuzco) Inca	Inca influence	
accounts, bronze tools				Colonial Period					
corbel vault	Chimu	Chancay	Ica	Late Intermediate Period	Local Styles	Imperial (Cuzco) Inca Tanta-Uruq	Imperial (Cuzco) Inca Early Inca (K'illku)	Local Styles	
bronze jewelry	Derived Huari - Pachacamac Huari influence	Derived Huari - Pachacamac Huari influence	Derived Huari - Pachacamac Huari influence	Middle Horizon	Huari influence	Huari influence	Huari influence		
silver, lead milled adobes (end fortified towns)	Moche Mochica	Lima (Interlocking)	Nasca	Early Intermediate Period	White-on-red Recuay	Huanga			
pottery molds	Gallinazo Salinar	Miramar (White-on-red)							
gold and copper metallurgy fortified towns	Tembladera (Iicapa)	?				Derived Chanapata			
large cities (may be earlier)	Cupisnique (Chavin)	Ancon (Chavin)	Ocucaje (Paracas) Chavin influence	Early Horizon	Chavin	Rancha ?	Chanapata		
					EF				
pottery (South Coast) maize (Central Coast)	Guainape	Haldas	Erizo	Initial Period		Wichigana ?	Marcavalle		
formal temples adobes, llamas permanent building cotton cultivated	Huaca Prieta	Rio Seco (Chuquiata)	Casavica	Preceramic					

Figura 3. Cuadro cronológico de la costa y la sierra peruana, tomado de Rowe y Menzel (1979 [1967]: VI-VII).
 Nótese la articulación de este cuadro con la secuencia maestra de Ica (*Maister Secuencia Ica*).

YEARS	RELATIVE CHRONOLOGY	LAKE TITICACA BASIN		
		CUZCO	PERÚ PUNO	LA PAZ BOLIVIA
1932	COLONIAL PERIODO	COLONIAL INCA		
1476	LATE HORIZON	IMPERIAL INCA	INCA	INCA
	LATE INTERMEDIATE PERIOD	EARLY INCA (KILLKE)	COLLAO & OTHER LOCAL STYLES	LOCAL STYLES
900	MIDDLE HORIZON	LOCAL STYLES	← - - - - -	EPOCH V "DECADENT TIAHUANACO"
550	EARLY INTERMEDIATE PERIOD	HUARY	← - - - - -	EPOCH IV "CLASSIC TIAHUANACO"
A. D. 0 B. C.	EARLY INTERMEDIATE PERIOD	WARU?	← - - - - -	EPOCH III EARLY TIAHUANACO"
200	EARLY HORIZON	DERIVED CHANAPATA	← - - - - -	EPOCH II?
	EARLY HORIZON	CHANAPATA	PUCARA	EPOCH I (Oalasitas Style) YAYA - MAMAI RELIGIOUS TRADITION
			YAYA - MAMA RELIGIOUS TRADITION	LATE CHIRIPA
900	INITIAL PERIOD	MARCAVALLE	LATE OALUYU	MIDDLE CHIRIPA
		Phase D C B A	EARLY OALUYU	EARLY CHIRIPA
1800	PRECEMIC			

Figura 4. Cuadro cronológico de las sociedades prehispánicas de los Andes surcentrales, según Chávez (1992: 601). Nótese la utilización de las secuencias de Rowe, Bennett y Ponce Sanginés.

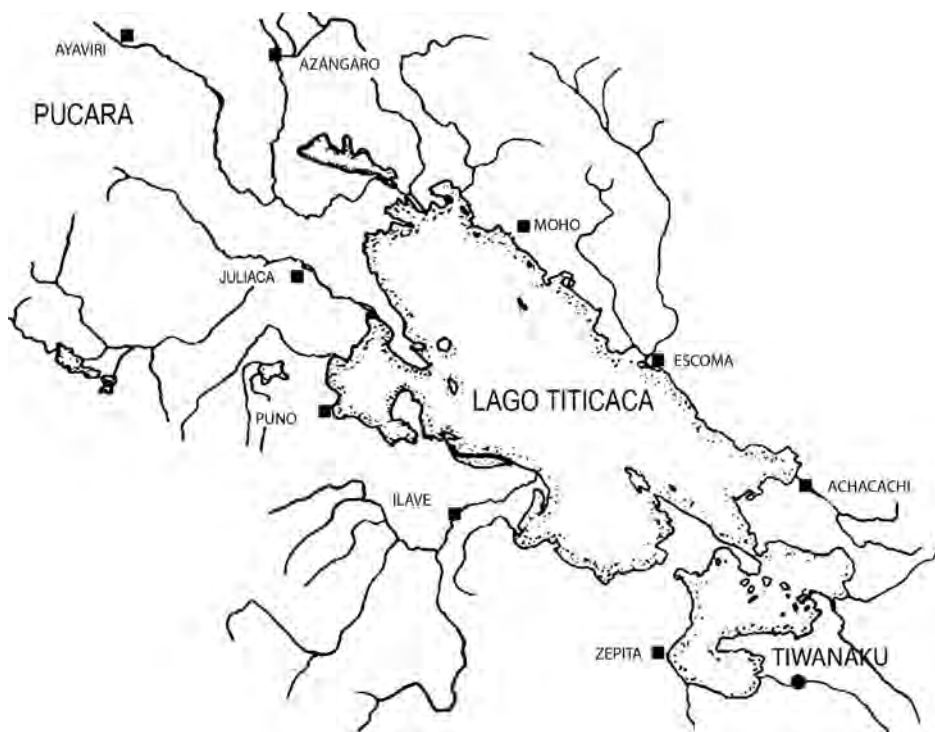


Figura 5. Mapa de la cuenca del lago Titicaca, tomado de Mujica (1987: 22).
Destaca la ubicación de Pucara y Tiwanaku

La caracterización climática del Altiplano es descrita por Pierre Morlon (1987:134), de esta manera:

Situado en las mismas latitudes que las regiones sahelianas o subsahelianas de África, el altiplano peruano se “beneficia” del mismo clima (...) traspuesto a gran altitud: alternancia de una larga estación seca y una estación de lluvias que suman entre 400 y 800 mm en 3 a 5 meses como media; se producen heladas nocturnas con cielo despejado. (Morlon 1987: 134)

Así, por las características climáticas observables actualmente, se podría pensar que es un lugar inapropiado para la vida humana. De hecho, actualmente es una de las áreas más pobres y deprimidas de los Andes, condición atribuible a ese supuesto medio ambiente difícil que hemos descrito someramente. Esta condición estaría representada por su gran altitud, que lo ubica en un lugar extremo para la vida animal y vegetal; por la imprevisibilidad de las lluvias que, además, cambia de año en año, resultando a veces en inundaciones o sequías extremas; la alternancia en el día de extremo calor y por la noche de bajas temperaturas.

Todo lo anterior llevaría a pensar que la vida humana, tanto actual como prehispánica (por actualismos), fuese imposible o penosa. Sin embargo, como veremos, las sociedades humanas a través de su historia han sido capaces de superar dichas condiciones naturales mediante el desarrollo de estrategias coherentes con su medio ambiente, logrando la (re)producción de sus condiciones materiales de existencia. Todo ello aún cuando existan investigadores que en sus teorías restringen la actividad humana a los condicionantes naturales.

Los principales animales nativos utilizados actualmente para la alimentación y obtención de productos derivados son los camélidos sudamericanos como la llama (*Lama glama*) y la alpaca (*Lama pacos*), roedores como el cuy (*Cavia porcelus*), las aves y los peces de río y lago, recursos que, como veremos, también fueron explotados en épocas prehispánicas. En ese sentido, los camélidos jugaron un rol importante en la dieta del habitante de los Andes y en esta área en concreto fue significativa su utilización durante toda la época prehispánica. Su carne es comestible y se preserva por medio de la deshidratación (*charqui*); es utilizado como animal de carga; con su lana se producían textiles, de sus huesos, artefactos, y su excremento es empleado como fuente de energía en la combustión, incluso, actualmente, en las áreas rurales.

Para las épocas previas a la agricultura¹²⁹, tenemos serios problemas de registro arqueológico, por lo que es a partir del “Formativo Temprano” (Erickson 1983: 4) cuando podemos reconocer el cultivo extendido de productos vegetales como los tubérculos: papa (*Solanum tuberosum*), oca (*Oxalis tuberosa*), olluco (*Ollucus tuberosum*), gramíneas como la quinua (*Chenopodium quinoa*) y cañihua (*Chenopodium pallidicaule*), entre otros. Todos estos productos vegetales, junto a los animales antes referidos, conformarían el denominado “complejo cordillerano” (Lumbreras 1971, Shimada 2000: 373).

LA ABSTRACCIÓN SOBRE LA REALIDAD: UNA RECONSTRUCCIÓN ARQUEOLÓGICA IDEAL

“Los cazadores-recolectores”

Los primeros indicios de su actividad se reconocen hacia los 6000 a.n.e. y los asentamientos humanos se encuentran en cuevas y abrigos, como el de Pizacoma (Lumbreras y Amat 1966) y los de la zona de Mazocruz (Klink, com.

¹²⁹ Ni siquiera tenemos una fecha aproximada para su aparición, sólo la presencia de los “campos elevados” (camellones) como evidencia de esta, pero que deben ser muy posteriores a los primeros cultivos.

pers. 1998). Aunque en los últimos años se han encontrado un gran número de asentamientos al aire libre (Moseley 1992: 9; Nathan Craig y Luis Flores, com. pers. 2007), siempre relacionados a fuentes de agua como los ríos y manantiales. La economía existente en esta época es de apropiación directa de los recursos naturales, condicionada por la oferta natural existente en el área circunlacustre. La caza de camélidos fue la principal actividad económica generadora de energías, como se desprende de la gran producción de puntas y otros artefactos líticos. La recolección de plantas, aunque lamentablemente poco rastreable en el registro arqueológico del área por problemas de conservación, también habría sido relevante para estas poblaciones.

Pero antes del desarrollo pleno de la agricultura (hacia los 3500 a.n.e.) ya se habían iniciado algunos mecanismos de producción de alimentos, utilizando los *bofedales* (filtraciones de agua subterránea). También se comenzó a practicar el control de los rebaños de camélidos y los primeros intentos de su domesticación (Aldenderfer 1998b). Es altamente probable que muchos de estos asentamientos tempranos se encontrasen muy cercanos a las orillas del lago y, por consecuencia, actualmente se encuentren bajo el nivel del agua (Stanish, com. pers., 1998)¹³⁰, evitando de esta manera su reconocimiento por l@s arqueólog@s. Mark Aldenderfer encontró en el sitio al aire libre de Asana, ubicado en una terraza de un río tributario del Moquegua, a unos 4500 m.s.n.m., muchas de estas evidencias e incluso una estructura ceremonial, aunque se reconoce que todavía se seguía realizando la trashumancia estacional como estrategia de supervivencia (Moseley 1992: 91).

Así resulta que tenemos un escaso registro para tan amplio margen temporal, decisivo para el paso de la caza y recolecta a la agricultura.

“La cultura Qaluyu”

Posteriormente, hacia los 1250 a.n.e., se encuentran en el registro arqueológico de la misma área geográfica algunos elementos de la sociedad Qaluyu. Uno de estos elementos, la cerámica, fue registrado por el arqueólogo Manuel Chávez Ballón, como consecuencia del hallazgo fortuito de un conjunto cerámico en un corte realizado por una carretera de un montículo cercano al sitio de Pukara (Mujica 1978: 297) (ver figura 15 para ejemplos de cerámica Qaluyu). Se ha

¹³⁰ Erickson (2001: 318) señala que un cambio en el nivel del lago de un metro puede inundar o exponer unas 120,000 ha de superficie de tierra.

definido a Qaluyu como una “cultura agro-alfarera” (Ibíd.: 296), una “sociedad de tipo aldeana” (Mujica 1987: 22) y, últimamente, como una “*jefatura*” (Stanish et al. 1997).

Para John Rowe (Rowe [1963] 1970: 298), el sitio epónimo de Qaluyu:

(...) probablemente también califica como un asentamiento urbano del período inicial. Qaluyu es un sitio estratificado con distintas fases de ocupación. La última, asociada con cerámica de estilo Pucara, data del Horizonte Temprano [Formativo Medio]. La ocupación más temprana es caracterizada por un distintivo estilo cerámico llamado Qaluyu que aparece estratigráficamente en una posición temprana en Yanamancha cerca de Sicuani, como también en Qaluyu mismo. Aunque no hay forma de relacionar el estilo Qaluyu con la secuencia de Ica directamente [la “secuencia maestra de los Andes centrales”], su consistente posición temprana en secuencias locales y la ausencia de rasgos estilísticos comunes del Horizonte Temprano supone un fechado en el período Inicial [Formativo Inferior]. (La traducción y los corchetes son nuestros)

Además, Rowe señala que: “La acumulación de desperdicios de habitación en Qaluyu forma un montículo bajo de muchos acres en extensión” (Ibíd.).

De esta manera, la cerámica Qaluyu llamó la atención desde un primer momento por su excelente acabado. Las comparaciones tecnológicas y estilísticas realizadas en esos momentos llevaron a l@s arqueólog@s a la conclusión de que debería formar parte de la época conocida en la arqueología andina como “Formativa” y que debería guardar alguna relación con Chavín (Mohr 1969).

Hacia 1978 se conocían nueve sitios pertenecientes a esta “cultura” y aunque se pensaba que eran pequeñas aldeas (Mujica 1978: 298) algunas de ellas, como la de la localidad de Santa María, en el río Viluyu, “tiene una extensión de un kilómetro cuadrado incluyendo medio centenar de montículos, que varían de cinco a quince metros de diámetro” (Rowe [1963] 1978).

Al igual que la mayoría de investigador@s, Rowe advierte la similitud de la cerámica Qaluyu con la de Marcavalle (valle del Cuzco) (Mohr 1980, 1981; Mujica 1987), cuestión que supondría influencias externas en nuestra zona de estudio. Esta interrelación también se daría con Chiripa (localizado en el actual lado boliviano del lago), respaldada por las similitudes encontradas entre la cerámica de ambos grupos (Burger et al. 2000: 292). Esta denominada interrelación ha sido enfocada por algun@s investigador@s como un fenómeno social denominada “tradición religiosa Yaya-Mama” y que se expresaría materialmente, además de la cerámica, en la arquitectura, escultura y textiles (Burger et al. 2000, Chávez

y Mohr 1975: 46). Esta incluiría a toda la área circunlacustre y serviría como un elemento catalizador y unificador de la ideología de las sociedades de esta época (Burger et al. 2000: 312).

Actualmente, equipos de arqueólogos de la Universidad de California (Los Ángeles, Berkeley y otras) vienen ejecutando programas de investigaciones en esta área, gracias a los cuales se han reconocido más asentamientos de esta época e incluso se ha ampliado la extensión del área que ocupaban los sitios Qaluyu, por el sur del lago Titicaca hasta la localidad de Chucuito (Steadman 1995) y por el norte en el valle del Huancané-Putina y la localidad de Ayaviri (Stanish 2003, Tantaleán 2005). A partir de estos trabajos, y en especial el realizado en el sitio denominado Camata, se ha definido la existencia de varias fases cerámicas en Qaluyu (Steadman 1995).

En la época Qaluyu, ya se tienen indicios seguros de la domesticación de camélidos, aún cuando todavía la caza, especialmente la de venados, sigue siendo una actividad económica importante (Burger et al. 2000: 295, Tantaleán 2005).

Asimismo, estudios realizados han demostrado que para la época en que la sociedad Qaluyu se encontraba en la zona, se desarrollaron grandes proyectos hidráulicos como los denominados “campos elevados”¹³¹ (Erickson 1983, 2000) y cuya producción agrícola soportaría una población permanente y densa en esta zona.

La extracción de materias primas, como la obsidiana, desde canteras lejanas (Burger et al. 2000), indica que ya existía un control de rutas de comercio o por lo menos una red de intercambio bastante formalizada. Además, en el caso de la obsidiana se han obtenido evidencias de producción de útiles líticos en los mismos sitios (Ibíd.).

Entre esta “cultura” y Pukara se daría la fase Cusipata, que fue definida primero a nivel estilístico (Franquemont 1986) y, posteriormente, ratificada mediante el hallazgo de un conjunto cerámico distintivo en el mismo sitio de Pukara (Mujica 1987).

¹³¹ Siguiendo a Erickson (2000: 333), los camellones (*waru-waru*, en quechua, o *suka kollo*, en aymara), “son grandes plataformas elevadas de cultivo construidas en áreas de suelos inundados o suelos propensos a inundaciones anuales. Estas plataformas están acompañadas por canales o zanjas en uno, dos o todos los lados y que fueron creados durante el proceso de elevamiento del campo”.

“La cultura Pukara”

Se ha descrito a Pukara bajo diferentes denominaciones, pero las más aceptadas actualmente son las de “sociedad compleja” (Mujica 1991, 1997) y “jefatura compleja” (Stanish et al. 1997). Esta sociedad se desarrollaría entre los 250 a.C. y los 380 d.C. (Goldstein 2000b). Está caracterizada por la materialidad social excavada en el sitio epónimo del mismo nombre. Este sitio arqueológico se encuentra ubicado en el actual pueblo de Pucara, en la provincia de Lampa (Puno), y se encuentra emplazado a unos 3950 m (ver ubicación geográfica en la figura 5).

El conocimiento de su existencia data de la época de la invasión española, pero va a ser Luis E. Valcárcel su descubridor científico, quien, utilizando su cerámica y esculturas, la describirá como una “cultura”. El sitio de Pukara fue excavado científicamente, por primera vez, por Alfred Kidder II en 1939, y procedente de dichas excavaciones se produjo la mayor cantidad de datos acerca de esta sociedad (ver figura 6).

El sitio de Pukara se compone de una gran área de construcciones visibles de alrededor de 4 km², siendo el primer asentamiento urbano del altiplano del Titicaca (Mujica 1978: 290). Allí sobresalen, principalmente, las estructuras arquitectónicas de tipo piramidal, de las cuales Kidder excavó una de las más importantes, en el sector denominado *Qalasaya*. Allí expuso una estructura ceremonial compuesta por un patio hundido y una estructura de piedra labrada que la rodea en forma de herraje (Kidder 1943) (ver figura 7). La cerámica encontrada en el sitio, tanto por recolecciones de superficie como por excavaciones arqueológicas, ha servido para definir el estilo Pukara, específicamente mediante la cerámica denominada *Pukara Policromo* (ver figuras de la 27 a la 33). A partir de la presencia de esta cerámica diagnóstica se reconocen los lugares de su extensión y/o influencia, resultando una dispersión de aquella tan lejana, como en los valles costeros del extremo norte de Chile y sur de Perú. Se asume, también, que Pukara es contemporáneo a las primeras fases de Tiwanaku y que existió una relación entre ellas (Kidder II 1943; Mujica 1978, 1991; Tello 1929, 1940, 1942, 1943; Valcárcel 1925; 1932a, 1935). Pero, materialmente hablando, esta relación se reduce a unos cuantos artefactos aislados encontrados, principalmente, en Tiwanaku (Chávez 1975, Rowe 1958).

La producción agrícola se sigue haciendo mediante los camellones, como en Qaluyu. Según Jorge Flores Ochoa y Percy Paz (1983), también se estarían utilizando las llamadas *qochas* o depresiones artificiales en el terreno, donde se captan las aguas de lluvia o de una fuente de agua cercana (Flores Ochoa y Paz 1983: 130).

La presencia arqueológica de Pukara llegará a su fin alrededor de 380 d.n.e., cuando esta sociedad se encontraba en una época de desarrollo social y económico importante. Este es un tema que no ha sido suficientemente estudiado, aunque hay algunas hipótesis al respecto (v. gr. Lumbreras y Amat 1966: 84-85, Mujica 1991). A pesar de la poca investigación existente en la zona, se percibe que la mayoría de los asentamientos Pukara son abandonados, pero, contradictoriamente, tampoco se sucede una época de desarrollos sociales *epigonales* (derivados), ni aparecen otros tipos de asentamientos¹³².

El área no volverá a ser ocupada hasta la presencia de los collas, alrededor de 1100 d.n.e., los cuales incluso reocupan el mismo asentamiento de Pukara.

LA (RE)PRODUCCIÓN DEL DISCURSO ARQUEOLÓGICO EN LA CUENCA NORTE DEL TITICACA Y SU RELACIÓN CON EL CONTEXTO SOCIOECONÓMICO Y SOCIOPOLÍTICO

Como antítesis de la anterior reconstrucción clásica (ideal y hermenéutica) de la investigación arqueológica, en este apartado trataremos de reconocer cómo se manifiestan las ideologías presentes en el discurso de l@s investigador@s en la cuenca norte del Titicaca. Ya que nuestro trabajo de investigación enfoca la formación del Estado, nos ocuparemos solamente de las investigaciones que afecten a lo conocido como Qaluyu y Pukara.

De este modo, será sólo a partir de los últimos 30 años del siglo XX que se abordó formalmente la cuestión de la caracterización socio-política de Qaluyu y Pukara, cuando se introdujeron las investigaciones procesuales y las materialistas históricas. Antes de ellos, estas sociedades se definieron como “civilización” o “cultura”, ambos términos muy ambiguos y llenos de juicios de valor. Pese a ello, en muchas cuestiones se han equiparado esos antiguos términos producidos desde el evolucionismo y el difusionismo con las categorías socio-políticas liberales e, incluso, con las interpretaciones materialistas históricas.

Por ello, aquí observaremos cómo los conocimientos de los que ahora disponemos, aunque escasos, sin una previa crítica ni reflexión, pueden conducirnos a reproducir los errores del pasado y más aún, a naturalizar discursos nada inocentes y más bien anacrónicos, idealistas, nacionalistas, reaccionarios e incluso manipuladores.

¹³² Aunque Stanish (2003: 8) plantea una época denominada “Huaña”. Sin embargo, esta todavía necesita definirse mejor.

Así, por ejemplo, como respuesta al clásico esquema de separar el estudio de las sociedades prehispánicas mediante cuencas hidrográficas, según límites actuales entre Perú y Bolivia (v. gr. Bennett 1950) (ver fig. 4), trataremos aquí de involucrar a las dos “áreas culturales” dentro de un mismo desarrollo socio-económico y socio-político, el mismo que no ofrece pruebas concluyentes de haber estado disociado. Por ello nos proponemos hacer una historiografía de las investigaciones realizadas en el lado oeste que mantenga relación con las del lado este, siguiendo el orden cronológico en que ellas fueron efectuadas y contextualizándolas con los hechos políticos o económicos en que se produjeron.

Así, pues, los sitios y artefactos relacionados con lo que se ha denominado Pukara han sido estudiados esporádicamente a lo largo del siglo XX, cuando realmente se comenzaron a hacer trabajos de carácter arqueológico en el área andina y, específicamente, en el área Circun-Titicaca. Cabe mencionar, además, que son pocos los trabajos que han tratado de desarrollar su proceso histórico-social. También se ha fallado en su caracterización socio-política como en el reconocimiento de su importancia real en la formación del Estado en dicha área. Asimismo, se ha restado importancia a su participación en lo que posteriormente sería el Estado Tiwanaku en la zona sur-este del lago¹³³. De hecho, se niega la aparición del Estado en el Altiplano hasta su completa formación en el área de Tiwanaku alrededor del año 600 d.n.e. Esto resulta extraño cuando observamos que, por ejemplo, las discusiones acerca de la aparición del Estado, “sociedades complejas” o la “civilización”¹³⁴ en la costa norcentral del Perú se remontan, incluso, al periodo denominado “Precerámico Tardío” (2500-1800 a.n.e.) (Feldman 1983, 1987; Fung 1972; Moseley 1975; Pozorski y Pozorski 1987¹³⁵).

¹³³ Salvo en estos últimos años (ver, por ejemplo, Kolata 1993 y Mohr 2001).

¹³⁴ Es necesario indicar que la mayoría de los autores protagonistas de esta discusión definen ambiguamente su concepción de la forma política a la cual se hace referencia en sus textos. De todos estos términos, el más utilizado y de menor capacidad explicativa es el de “sociedad compleja”, y que proviene de una perspectiva teórica funcionalista y evolucionista.

¹³⁵ Sin embargo, estos autores (Pozorski y Pozorski 1999) dejarán de lado la hipótesis marítima del origen de la civilización de Moseley (ver comentario de Moseley a Haas et al. 2006) e incluso plantearán, según la revisión de los fechados radiocarbónicos, que sitios como El Paraíso, Salinas de Chao o Alto Salaverry no serían tan tempranos como se había planteado, con lo que la supuesta antigüedad de los mismos sería invalidada, dejando como único candidato para la formación de un Estado temprano en la costa norcentral a la sociedad del valle de Supe (para fechados radiocarbónicos, ver Shady et al. 2001, y para la descripción de investigaciones recientes y planteamientos teóricos de inspiración materialista histórica, ver Shady 2003).

Por otra parte, aunque una representación dialéctica que oponga a la cuenca norte con la cuenca sur del lago Titicaca nos seduce como planteamiento¹³⁶, como veremos en el desarrollo de las mismas investigaciones, esto podría devenir en un artificio creado por las fronteras actuales (y los intereses nacionalistas), los vaivenes políticos y la preocupación intermitente tanto de l@s investigador@s de cada país como de los extranjeros.

La articulación de los datos existentes será abordada en la cuarta parte pero, como era de esperar, esta no se extenderá hacia el espacio boliviano, puesto que este texto se focaliza en lo sucedido en la zona nuclear de lo que luego fue Pukara.

Las primeras investigaciones

(...) yendo por el camino real, se va hasta llegar a Pucara, que quiere decir cosa fuerte, que está a cuatro leguas de Ayavire. Y es fama entre estos indios que antiguamente hubo en este Pucara gran poblado; en este tiempo casi no hay indio. Yo estuve un día en este lugar mirándolo todo. Los comarcanos a él dicen que Topainga Yupangue tuvo en tiempo de su reinado cercado a estos indios muchos días; porque primero que los pudiese sujetar se mostraron tan valerosos que le mataron mucha gente; pero como al final quedasen vencidos, mando el Inga, por memoria de su victoria, hacer grandes bultos de piedra; si es así, yo no lo sé más de que lo dicen. Lo que vi en Pucara es grandes edificios ruïnados y desbaratados, y muchos bultos de piedra, figurados en ellos figuras humanas y otras cosas dignas de notar.

Cieza de León. *Crónica del Perú* (1550)

La anterior es la primera referencia que tenemos acerca de la materialidad social¹³⁷ del área que nos ocupa y, en concreto, del asentamiento prehispánico de Pukara. Sin embargo, tendremos que llegar hasta inicios del siglo XX, para que estas descripciones de cronistas y viajeros sean cambiadas por otras que tomen un cariz verdaderamente arqueológico. Esto no sucede hasta ese siglo porque, como todo intento de reconstruir la historia, esta tenía que proceder de una élite económica e intelectual (tanto nacional como extranjera) que buscaba mediante sus especialistas una justificación para sus propósitos de dominación ideológica.

¹³⁶ Mujica (1978) plantearía un tratamiento de las sociedades circunlacustres desde esta perspectiva.

¹³⁷ Resaltan en esta cita las famosas esculturas de piedra Pukara asignadas erróneamente por el castellano a los incas. Suponemos que él observa esto y también hace eco de sus informantes como producto de la apropiación real e ideológica del sitio durante la ocupación incaica, semejante a la realizada con el sitio de Tiwanaku (Yaeger y Bejarano 2004).

Por ello se patentó que el inicio de la arqueología científica en el Perú se realiza con investigadores extranjeros, como los alemanes Wilhelm Reiss y Alphons Stubel, con sus excavaciones en Ancón al norte de la ciudad de Lima en 1875 (Kaulicke 1997), y Max Uhle que excavó en Pachacámac entre 1896 y 1897 (Ravines 1970, Uhle [1903] 1991). Como era de esperar, estos investigadores trajeron teorías y metodologías importadas desde Europa y Estados Unidos (Linares Málaga 1964). Así, la Arqueología se inicia como una extensión del programa etnológico en el afán de conocer y entender a los “otros” y “diferentes”, cuestión que Trigger (1984) denominaría un “colonialismo cultural”.

De esta manera, veremos que la historia de la Arqueología en el área circunlacustre del Titicaca no es más que un correlato de lo que pasaba en el mundo y en los Andes, en general. Esta Arqueología tampoco será ajena a la pugna de intereses económicos y políticos existentes en cada momento histórico, la misma que se espera sea desenmascarada mediante nuestro análisis crítico de la producción de la información arqueológica y su utilización en el discurso de sus autores en esta área.

Construyendo la patria nueva: indigenismo y arqueología

Luis E. Valcárcel (1891-1987)

Valcárcel se inició en el ambiente académico como profesor de Historia de la Universidad San Antonio Abad del Cuzco. Ya desde allí se alineaba con el Movimiento Indigenista, firmando manifiestos junto a José Carlos Mariátegui, Julio C. Tello, Rebeca Carrión y José Uriel García, todos ellos pertenecientes a este movimiento. Asimismo, publicó un libro titulado *Tempestad en los Andes* (1928), con el que afirma su posición indigenista. Como describe Rodrigo Montoya:

Tempestad en los Andes, fue el panfleto semiliterario y semipolítico de Luis E. Valcárcel, el joven radical indigenista de los años veinte, ardiente y fogoso, que anunciaba la llegada de una revolución india que bajaría desde los Andes y que estaba sólo a la espera del Lenín que la dirigiera. (Montoya 1999)

Así, vemos que el “indigenismo inicial” de Valcárcel estaba íntimamente relacionado con el marxismo, pensamiento que le llevaría a radicalizarse en su juventud. Dicha postura se irá suavizando con el pasar de los años y los nuevos contextos políticos, síntoma de ello es que llegará a ocuparse de un cargo que parece contradictorio a su discurso inicial como es la presidencia del Instituto Cultural Peruano Norteamericano de Lima.

En ese segundo periodo de su indigenismo o una postura indigenista-nacionalista, favorecida por la coyuntura política, impulsó ideas que se iban desviando cada vez más de su primigenia postura. Así, sus esfuerzos tomaron una postura oficialista, cuando se desempeñó como ministro de Estado, fundador del Instituto Indigenista Peruano y director del Museo de la Cultura Peruana. Asimismo, bajo su auspicio se fundaría, en 1946, el Instituto de Etnología de la Universidad de San Marcos.

Valcárcel encontraría esta referida coyuntura política durante el gobierno de Augusto B. Leguía (1919-1930), época de crecimiento del movimiento indigenista, pero cuyo discurso fue utilizado con fines nacionalistas. Con dicha utilización, Leguía buscó la estabilidad de las masas indígenas y proletarias que se encontraban en clara contradicción con la burguesía, tanto provinciana como de las ciudades principales. Aquí hay que señalar que Leguía, además, llegó al poder con el apoyo de los representantes de los Estados Unidos en Lima y de los fabricantes de armas norteamericanos (Haworth 1992: 175). Esta cuestión, lejos de colocarlo en una situación contraria al Indigenismo, gracias a la habilidad en su manipulación y con el apoyo de la burguesía nacional, resultó favorable para sus objetivos políticos.

Pero vayamos a los objetivos originales de este movimiento. El Indigenismo original se encaminaba hacia la superación de la miserable condición social y económica en que se encontraba el “indio” (habitante de la serranía¹³⁸), principalmente por su explotación en el Perú de fines del siglo XIX y comienzos del XX. De este modo, por ejemplo, en el prólogo de *Tempestad en los Andes* (1927), Mariátegui escribiría:

La miseria moral y material de la raza indígena aparece (...) como una simple consecuencia del régimen económico y social que sobre ella pesa desde hace siglos. Ese régimen sucesor de la feudalidad colonial, es el “gamonalismo”. Bajo su imperio, no se puede hablar seriamente de redención del indio. (Mariátegui, citado en Paredes Oporto 2001: 90)

El mismo autor también afirmará que:

Valcárcel pone en su prosa vehemente la emoción y la idea del resurgimiento inkaiko. No es el Inkario lo que revive; es el pueblo del Inka que, después de cuatro siglos de sopor, se pone otra vez en marcha hacia sus destinos. (Mariátegui, en Valcárcel 1927)

¹³⁸ Demás esta decir que el término “indígena” tenía connotaciones raciales, las mismas que estaban en pleno apogeo en dicha época.

Paradójicamente, este primer Indigenismo se anclaba en un pasado prehispánico idealizado¹³⁹, pues desde la política se tenía la certidumbre que el Imperio inca había sido “comunista agrario” o “socialista” (Mariátegui [1928] 1994). Desde esos posicionamientos ideológicos se aspiraba a un regreso al pasado prehispánico, cuestión posibilitada porque los indígenas aún conservaban “elementos” de dicho comunismo o socialismo. Cada una de estas posiciones tenía su correlato en los partidos políticos de izquierda que en esa época se iban gestando y que eran contrarios a los grupos que detentaban el poder. Estos partidos políticos, el Partido Comunista del Perú y la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), reproducían a su vez dicha reconstrucción histórica. El Indigenismo se podía encajar a ambos programas políticos, y así fue hecho, puesto que la contradicción que se esperaba superar era la existente entre la clase explotada (masa indígena y proletaria¹⁴⁰) y la clase explotadora (representada, en ese entonces, por los latifundistas y la oligarquía). Sin embargo, ambos movimientos políticos antioficialistas aspiraban también a la formación de una “nación peruana”¹⁴¹.

Hay que agregar que el Indigenismo original también fue consecuencia de una posición política antiimperialista en contra de los Estados Unidos, cuestión que, como veremos más abajo, cambiaría radicalmente.

Sin embargo, la oligarquía peruana no tardaría en reaccionar ante ese primer Indigenismo, que despertaba preocupación por el ataque a sus intereses económico-políticos. Por ello, este grupo social tuvo injerencia en su desviación y manipulación posterior. Este proceso de manipulación se verá representado, por ejemplo, en el libro de Louis Baudin: *El imperio socialista de los incas* ([1928] 1955), en el que se trata de reconocer a un gobierno incaico paternalista, pero que recogía el racismo imperante en la época, graficado en la justificación de la incompetencia e inferioridad de la “raza indígena” debido a sus deficientes capacidades físicas y mentales para emanciparse:

El carácter del indio ha persistido hasta nuestros días: pereza, o, mas exactamente, indolencia, timidez, tendencia al alcoholismo, suciedad, por una parte; y también dulzura “a toda prueba”, sumisión, servilismo, resistencia a la fatiga y cierto espíritu

¹³⁹ En parte, esto será causado por la aceptación de fuentes etnohistóricas idealizantes de la sociedad incaica, como las del Inca Garcilaso de la Vega.

¹⁴⁰ La primera era la más importante para los comunistas, mientras que en el programa del APRA ambas debían conducir la revolución.

¹⁴¹ Aunque Mariátegui insistía en que la lucha debería ser clasista y no era necesario un medio aglutinador como la “nación”.

utilitario. Son rasgos distintivos de una raza sojuzgada y embrutecida. Fue al precio de esta degradación que se obtuvo un bienestar relativo. (Baudin [1928] 1955: 175)

De esta manera, dicha ideología fue adecuada y utilizada hábilmente por el programa político de Leguía y sus aliados de la clase dominante, para conseguir el objetivo contrario al de sus orígenes. Este nuevo objetivo era permitir una mejor introducción y expansión de los enclaves económicos norteamericanos en el Perú. Cuestión, además, posibilitada por la incapacidad de la burguesía nacional para producir una identidad nacional con el objeto de defender sus propios intereses económicos. Dicha burguesía se rindió pronto ante los intereses y presiones imperialistas y asimiló y reprodujo el discurso oficial leguista (Quijano 1985: 39-40).

Así, pues, se había dado un viraje completo a los objetivos del primer Indigenismo, siendo ahora utilizado para legitimar la explotación de la población indígena por los terratenientes y clases burguesas. De este modo, los últimos pasaban a ser los elegidos para llevar a cabo el plan político de Leguía. Se llegaría al extremo de este racismo cuando, hacia 1930, el militar Luis M. Sánchez Cerro, como gobernante del Perú, implantase una política explícitamente pro fascista, ya iniciada en los tiempos de Leguía (Haworth 1992: 172).

Pero, como ya apuntábamos al inicio, si bien Valcárcel representó el productor oficial de la evidencia material para el Indigenismo, este tampoco escapó al ambiente político de su época, concentrándose en la reproducción de un sentimiento nacionalista, apropiado y utilizado malintencionadamente por el gobierno, al cual este se alió. Como Aguirre-Morales explica:

Como fundador del movimiento Resurgimiento, [Valcárcel] planteó la continuidad cultural andina, la defensa del indio contra el dominio de sus opresores, el determinismo telúrico y la afirmación de los valores cuzqueños y serranos, lo que lo convierte en el intelectual orgánico de la burguesía andina urbana y rural que irrumpió en el Perú a partir de 1930. (Aguirre-Morales 2001. Los corchetes son nuestros)

Por otra lado, el ambiente académico imperante hizo lo suyo en la formación de Valcárcel, revistiéndole de una perspectiva evolucionista, una carga etnográfica (lingüística, principalmente) y etnohistórica (Valcárcel 1959). Asimismo, Valcárcel estuvo influenciado por el difusionismo, el cual encajó muy bien con el que desarrolló Julio C. Tello.

Pero, ahora veamos la producción arqueológica de Valcárcel con relación a nuestra área de estudio concreta.

Valcárcel fue uno de los primeros investigadores que llamó la atención acerca de las esculturas de piedra del área altiplánica, publicando una serie de artículos

en la *Revista del Museo Nacional* (Valcárcel 1932a, 1932b, 1935) cuando ejerció el cargo de director del Museo de la Cultura Peruana, institución encargada de publicar dicha revista. Hacia 1925 inició sus investigaciones en la zona del lago Titicaca (Valcárcel 1932a: 7), y estas además de producir los primeros inventarios y hallazgos científicos de la zona trataron de ofrecer una explicación acerca de la iconografía representada en los monolitos y cerámica de Pukara. Esta explicación se realizaba a través de la utilización de mitos, comparaciones iconográficas, toponimias, etc., en un estudio bastante clásico de esta época dentro de un enfoque etnológico y etnográfico. Esta metodología de investigación se advierte en su artículo: “El Gato de Agua” (1932a), donde define a la representación de la “nutria” como el principal ícono reconocible en la mayoría de estelas líticas Pukara. Pero, más allá de esta observación, algo muy importante en las publicaciones de Valcárcel es que establece tempranamente la conexión entre la sociedad Pukara y las de la costa sur, es decir, con Paracas y Nazca¹⁴²: “Se ha reunido un pequeño número de datos, importantes en calidad, que ligan entre sí, enfocando aspectos diversos. Todo hace presumir una estrecha vinculación entre Pukara y Naska, el altiplano y el litoral” (Valcárcel 1932a: 3).

Además, Valcárcel advirtió tempranamente que ciertos motivos pukarenses se encontraban también representados en la iconografía de Tiwanaku.

Hacia 1935, en *Litoesculturas y cerámica de Pukara*, Valcárcel señalará a Pukara “como otro gran centro de la cultura del Altiplano” (Valcárcel 1935: 25). En la misma publicación también ofrece al público las primeras muestras de la materialidad social de Pukara.

En todos estos trabajos queda claro que la descripción prima sobre la explicación. Y aún cuando esta se realiza, solo se refiere a la iconografía representada en los materiales arqueológicos y a su comparación con otras “culturas”. Para Valcárcel, los mitos y leyendas fueron su principal fundamento para explicar los diseños en esa escultura lítica y en la decoración de la cerámica. Asimismo, utilizó el método etnológico, dada su amplia utilización como medio de explicación de la realidad pasada, como se venía haciendo en esos años en Estados Unidos y que estaba inspirado en el método histórico directo de tradición morganiana. Como ya vimos en el capítulo anterior, este método va a arrastrar serios problemas ontológicos y epistemológicos, además de su empleo ideológico, problemas que

¹⁴² Conexión que más tarde será examinada por Paul Goldstein (2001).

Valcárcel también reprodujo al utilizarlo. Asimismo, Valcárcel asumió un difusionismo algo retocado gracias a su conocimiento de los beneficios que provenían de las excavaciones arqueológicas estratigráficas, lo que se deja entrever cuando advierte que: “Monolitos y cerámica orientarán a los arqueólogos no sólo en el sentido horizontal de difusión, sino también en el perpendicular o estratigráfico, que fija los pilotes para el edificio de la historia” (Ibíd.: 28).

Sin embargo, esta postura difusionista para explicar la aparición de artefactos con semejanza formal en diferentes espacios geográficos encontrará su mayor representante en la arqueología peruana en la figura de Julio C. Tello.

La cultura matriz de la civilización andina: el difusionismo de Julio C. Tello (1880-1947)

De orígenes humildes e indígenas, Tello nació en un pueblo de las serranías de Lima. Como consecuencia de dicha extracción de clase y su nacimiento en una comunidad marginal de las serranías, los objetivos de sus estudios arqueológicos podrían justificarse más tarde dentro del Movimiento Indigenista. Sin embargo, por lo menos en su infancia, Tello no careció de los medios necesarios para su educación, y gracias al cargo político de gobernante local que detentó su padre pudo conseguir ciertos privilegios por encima de sus compañeros de estudios. Así, por ejemplo, a los trece años llega a Lima para seguir sus estudios secundarios (Aguirre-Morales 2001). Posteriormente, su formación universitaria fue en Medicina, pero pronto se interesó en los temas arqueológicos, presentando, de esta manera, la tesis titulada: *La antigüedad de la sífilis en el Perú* (1908). Luego de recibirse como médico en 1912, viaja a los Estados Unidos por dos años gracias a una beca otorgada por el Gobierno peruano (Politis 1995: 204). Concretamente, se dirige a la Universidad de Harvard (Nueva York) para obtener una maestría en Antropología. Allí asiste a las clases de diferentes profesores imbuídos en el pensamiento difusionista (com. pers. con César Astuhuamán) liderado en EE.UU. por Franz Boas, antropólogo que, como vimos en el capítulo anterior, fue el encargado de desarrollar y extender las tesis difusionistas. También hace un periplo por Europa, y sería en Berlín donde se convenció de las tesis difusionistas que en esa época se iban desarrollando. En este viaje al extranjero podríamos encontrar el punto de inspiración para las ideas que Julio C. Tello nos trajo de regreso al Perú en 1913 y que materializó en sus planteamientos acerca de la “civilización andina”.

A su regreso al Perú obtiene el cargo de Director de la Sección Arqueológica del antiguo Museo de Historia Natural y, luego, se incorpora a la Universidad Nacional

Mayor de San Marcos. Desde allí dirigió las principales expediciones que realizó, como las de Chavín de Huántar, de la cual obtuvo los materiales arqueológicos para definir a su “cultura matriz” y proponer su difusión por los Andes.

Su posición era abiertamente contraria a la del investigador Max Uhle, quien también era difusionista. Sin embargo, la tesis de Tello tenía la característica de ser autóctonista, con un claro objetivo nacionalista, en contraposición a la tesis alóctonista del arqueólogo alemán. Asimismo, epistemológicamente hablando, Tello partía de hipótesis que iba a comprobar en el campo (deducción), mientras Uhle partía del objeto de estudio (inducción) (Aguirre-Morales 2001). Por ello da la sensación que Tello sabía qué iba a encontrar en sus expediciones antes de realizarlas.

La carrera profesional de Tello corrió paralela a su accionar político. En 1917 es elegido diputado por Huarochiri, su provincia de nacimiento, ubicada en las serranías de Lima, y con el golpe de Estado de Leguía en 1919 se alinearía con este nuevo gobernante, con lo que proseguiría sus investigaciones con el apoyo político y dentro del discurso indigenista-nacionalista del Estado peruano¹⁴³. Así, su discurso implícito sería el de la unidad nacional mediante el reconocimiento de una unidad geográfica-étnica, cultural, lingüística, religiosa (el panteísmo andino) e histórica (Tello 1967: 207-208).

Vemos, pues, que su discurso no se alejaba del de otros tantos arqueólogos que apostaban por la defensa del dogma nacionalista, inventado por medio de los restos materiales de las sociedades antecesoras, amplificándolas e idealizándolas y cayendo muchas veces en el chauvinismo. Este (indígena)nacionalismo tendría como objetivo justificar la economía y política del Estado, del cual, intelectuales como Tello, eran un producto más al servicio de los intereses dominantes. En este sentido, los paradigmas difusionista e histórico-cultural sirvieron bastante bien para revestir al discurso nacionalista de la cientificidad necesaria.

Pero vayamos sin más prolegómenos a lo que nos dejó Tello acerca del área que nos ocupa. Este investigador pasó gran parte de su vida recorriendo el territorio del Estado peruano verificando su teoría acerca de Chavín como “la cultura matriz de la civilización andina”. Por ello se tomará unos días en Pukara, del que conocía su importancia por los trabajos previos de Luis E. Valcárcel:

¹⁴³ Asimismo, la estrecha relación entre Tello y Leguía se puede desprender de la lectura de su correspondencia con Pedro Zulen (Del Castillo y Moscoso 2002).

En octubre de 1935 pasé algunos días en Pukara. La moderna población de Pukara se levanta sobre una extensa terraza aluviónica que en parte sepulta otra población de área mayor cuyos restos, diseminados sobre el llano, se destacan en forma de montículos y de hileras de piedra paradas dispuestas en círculos y en rectángulos. Algunas de estas piedras están talladas, pulidas y grabadas con figuras en gran parte análogas a las que aparecen en los monolitos de Chavín. (Tello [1943] 1970: 102-103).

Y, aunque también observa una gran cantidad de cerámica inca, nota que:

(...) el río en su incesante labor de buscar su cauce ha ido serpenteando primero por la llanura y ahondando después su lecho. En esta actitud de curso inestable, y de desgaste incesante y acarreo de las formaciones sedimentarias producidas por la naturaleza y por el hombre, pone a veces al descubierto lo que ellas ocultan en sus entrañas. La situación geográfica de Pukara es algo semejante a la de Chavín, ambas están cubiertas por gruesas capas de arcilla y grava fina descendidas de las faldas de los montes vecinos y ambas se hallan amenazadas y a veces socavadas por el río. En Pukara puede muy bien suceder lo que en Chavín; esto es, que las estructuras y los monolitos grabados no pertenezcan a la misma edad que la alfarería hallada en la superficie; que ellas solo sean supervivencias de la cultura sepultada bajo el aluvión. Estas consideraciones me llevaron, a raíz de mi arribo a Pukara, a examinar cuidadosamente el cauce del río en las secciones más próximas a las ruinas. Allí en los acantilados descubrí, como era de esperar, varias capas superpuestas de basura, conteniendo rico material arqueológico de la misma clase del hallado en Chavín y Kotosh; multitud de fragmentos de alfarería finísima, incidida; grabada y pintada, tan bella y en ciertos aspectos, superior a los mejores ejemplares de la alfarería Chavín. **El abundante material recogido en Pukara brinda una nueva e ilustrada contribución al conocimiento del arte megalítico de Chavín. La alfarería Pukara es una de las mejores derivaciones de dicho arte, en ella aparecen como motivos ornamentales predominantes las figuras del jaguar, del búho, del pez y de la serpiente modelados, grabados y dibujados en el estilo Chavín.** (Ibíd. El subrayado es nuestro)

Obviamente, para Tello, Pukara era el resultado de la difusión de Chavín hacia el altiplano del lago Titicaca¹⁴⁴ (Tello 1929), reconocida por medio de las semejanzas formales entre artefactos arqueológicos.

¹⁴⁴ Asimismo, Tello pensaba que Chavín se había formado a través de migraciones de habitantes provenientes de la selva (Willey [1951]1970: 165-166).

El buen vecino peruano y el fenómeno histórico-cultural/ neoevolucionista

A partir de la década de 1940 se inició en el Perú la llegada de numerosos investigadores norteamericanos, quienes formalizaron una arqueología histórico-cultural. Aunque llevaba ya varios años de desarrollo en los Estados Unidos y Europa, esta había comenzado a ser introducida por Tello en los Andes centrales, pero sin un sustento teórico sólido. Luego, hacia el final de la misma década, los anteriores arqueólogos y otros recién llegados comenzaron a introducir la teoría neoevolucionista, desarrollada principalmente por Julian Steward. Por tanto, entre las décadas de 1940 y 1960 se desarrolló una arqueología fundamentada, por un lado, por la herencia del discurso de Tello¹⁴⁵ y la arqueología histórico-cultural norteamericana y, por el otro, por la influencia de la arqueología neoevolucionista. Esta amalgama de teorías, como veremos luego, se puede observar en la construcción del esquema cronológico de “horizontes” y “periodos” (ver figura 3). Por ello, nosotros la denominaremos como arqueología histórico-cultural/ neoevolucionista, puesto que no se observa una línea divisoria entre ambas, sino más bien se superponen y conviven en los discursos de los investigadores. Dicha arqueología, también, sería consecuencia de la propia formación académica de los arqueólogos norteamericanos y de la previa arqueología nacional peruana. Para nosotros, esta época de transición llegaría a su fin en 1961, año en que John Rowe publica un artículo de crítica al evolucionismo cultural utilizado por los arqueólogos norteamericanos. Sin embargo, dicha crítica tan sólo allanó el camino al neoevolucionismo preponderante en los círculos académicos norteamericanos, cuestión que se hace patente en el Perú con la llegada de arqueólogos norteamericanos fuertemente influenciados por el paradigma procesual. Como vimos, entre los neoevolucionistas y los procesualistas no existe separación teórica, ya que comparten una teoría sustantiva evolucionista.

Pero regresemos a los años de 1940, cuando esos investigadores que llegaron a Perú contaban con un financiamiento inédito para sus investigaciones arqueológicas. Además, venían respaldados por el Gobierno de los EE.UU., cuestión que agilizaba su rápida introducción en los asuntos arqueológicos. Dicha situación contrastaba

¹⁴⁵ Aunque las teorías difusionistas de Tello fueron negadas por los arqueólogos norteamericanos (v. gr. Willey [1951] 1970), muchos de ellos utilizaron prácticamente los mismos supuestos del arqueólogo peruano. Asimismo, Tello ya había comenzado a explicar el desarrollo de las sociedades andinas, ordenándolas en secuencias histórico-culturales.

con la posición anterior anticolonialista intelectual. Esta nueva situación también fue propiciada por el vacío intelectual que dejó la muerte de Julio C. Tello en 1947 (Burger 1989: 38) y el consecuente abandono de las tesis difusionistas, principalmente sobre Chavín.

Como anotábamos anteriormente, esta llegada de investigadores se hacía de manera institucional. A causa de ello, universidades como la de California desarrollaron una tradición de estudios en los Andes, que si bien comenzaba con los primeros trabajos de Uhle en 1897 aumentó cuantitativamente con los arqueólogos norteamericanos, tales como Alfred Kroeber, Duncan Strong (1942), John Rowe (1952), Dorothy Menzel (1954) y Lawrence Dawson (Rowe [1961] 1970: 419-420). Otros arqueólogos serán Wendell Bennett y Alfred Kidder II, de quienes nos ocuparemos posteriormente. También, hacia 1959, la Universidad Nacional Mayor de San Marcos organizará un programa de exploraciones arqueológicas en la costa en colaboración con la Comisión Fullbright de Intercambio Educativo, donde participaron Dwight Wallace, Lawrence Dawson, Dorothy Menzel y Edward Lanning (Ibíd.: 421). Todo esto fue posibilitado y potenciado por el ambiente político y económico existente en el Perú, el que ofrecía una coyuntura favorable para esa inédita llegada de investigador@s extranjero@s. Explicaremos de manera sucinta dicha coyuntura.

Para los inicios de la década de 1940, el Perú parecía haber superado la crisis económica producto de la crisis mundial originada en EE.UU. La lucha de clases de la década anterior, la cual había llegado a las principales ciudades del Perú, había sido controlada por los gobiernos militares como el de Sánchez Cerro (1931-1933), que la reprimió fuertemente. Por otro lado, el Partido Comunista Peruano, tras la muerte de José Carlos Mariátegui, siguiendo ortodoxamente las indicaciones de la III Internacional Comunista, había fracasado con dicho programa, puesto que el simple traslado de esas fórmulas allá desarrolladas no habían sido enfrentadas con la realidad peruana¹⁴⁶. Asimismo, el APRA bajo la figura de su líder Víctor Raúl Haya de la Torre se había consolidado como el partido de las clases populares (Haworth 1992: 171). Sin embargo, el denominado “Partido del Pueblo” mantenía, a finales de la década de 1920 y los primeros años de 1930 una ambivalencia manifiesta, por un lado, por su discurso antiimperialista, pero con una praxis pro capitalista¹⁴⁷; y, por el otro, por el apoyo a la revolución social de las clases

¹⁴⁶ Salvo los intentos de Mariátegui, como los 7 *ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de 1928.

¹⁴⁷ La contradicción entre el discurso y la praxis del APRA se explicaba porque, según su programa político, mediante el capitalismo se perseguía el crecimiento del mercado interno y con ello expandir a la pequeña y gran burguesía nacional y, por consecuencia, elevar el nivel de vida del proletariado.

oprimidas (Cotler 1978: 243). Estas contradicciones se acentuaban más cuando la burguesía nacional peruana (a causa de su falta de autonomía de los enclaves económicos y del mismo Gobierno norteamericano), como era de esperar, no compartía los objetivos políticos de Haya de la Torre, ya que estos “harían peligrar el andamiaje oligárquico-imperialista que dominaba la existencia de la sociedad” (Ibíd.: 242). Presa de estas contradicciones internas y con la sociedad peruana, el partido nunca pudo llegar al poder (Ibíd.: 244). De este modo, el APRA pierde las elecciones de 1931 ante Sánchez Cerro y se convierte automáticamente en el enemigo del Estado.

La misma situación de apertura al capitalismo norteamericano se seguiría con el gobierno de Oscar Benavides entre los años 1933 y 1939. Por ello, este Gobierno desarrolló políticas populistas con el objetivo de amainar la inminente revolución social de las clases oprimidas y así salvaguardar los intereses de la burguesía nacional y sus aliados norteamericanos. De esta manera, preparó el terreno para que su sucesor llevase adelante los proyectos de la oligarquía, cosa que consiguió anulando las elecciones de 1936 y retomando el poder amparado en los militares, hasta que el terreno político estuvo llano para su sucesor: Manuel Prado (Haworth 1992: 173).

Como era de esperar, Manuel Prado mantendría la tradición política pro oligárquica de forma explícita entre 1939 y 1945 (Ibíd.: 170), años marcados por la II Guerra Mundial. Por esta misma situación, Prado provocó una coyuntura favorable para redimir al país con los Aliados, rompiendo relaciones inmediatamente con el eje fascista¹⁴⁸. Con ese mismo propósito firmó tratados de “préstamos y arriendos” con EE.UU. y permitió el establecimiento de una base norteamericana en el puerto petrolero de Talara. También se deportó a miles de residentes japoneses, previamente a la confiscación de sus propiedades (Ibíd.: 176). Asimismo, se aceptó la voluntad norteamericana al establecerse una política de estabilidad de precios de las materias primas nacionales a cambio de la reducción de tarifas arancelarias norteamericanas.

Como anota Julio Cotler, al respecto de este panorama:

(...) el Perú se convirtió súbitamente en guardián y defensor de las ‘cuatro libertades’ rooseveltianas, esperando así gozar de una retribución correspondiente a su adhesión incondicional a la política norteamericana. (Cotler 1978: 254)

¹⁴⁸ Antes de estos años, la clase dominante había mostrado simpatía hacia los fascismos italiano y español, sobre todo durante el Gobierno de Sánchez Cerro, en los años de 1930.

De esta manera, se había abierto la puerta grande del país para el ingreso directo y formal del colonialismo económico, el cual ya se encontraba en una nueva fase. Este proceso se había gestado con los primeros enclaves económicos de fines de siglo XIX e inicios del XX. Asimismo, dicha situación era un reflejo de lo que acontecía en el continente americano. Igualmente, como bien señala Politis, esto a su vez representaba “la disolución de los lazos entre Europa Occidental y Sudamérica” (1995: 207).

Durante el mandato de Prado y, más aún, durante el Gobierno de su sucesor, José Luis Bustamante y Rivero (1945-1948), la oposición del APRA se relajó y abandonó su radical lucha anticapitalista previa. Incluso contribuyó a que existiese una estabilidad social y política, opuesta a la situación de la década anterior. El APRA había claudicado y se había traicionado a sí mismo¹⁴⁹.

Así, pues, gracias a sus dirigentes políticos, el Perú se convertía en el “buen vecino” que tanto había deseado el presidente norteamericano Franklin Roosevelt.

En este contexto económico y político es más fácil comprender el ingreso, desarrollo y trascendencia de la arqueología norteamericana y su explicación de las sociedades prehispánicas en el Perú. A continuación veremos a los principales arqueólogos que defendieron las posturas antes mencionadas.

La negación del difusionismo de Tello: Gordon Willey

En la época en que Willey comienza a trabajar en la zona andina se respira un ambiente académico dominado por sus colegas de inspiración histórico-cultural. Como él mismo apunta:

(...) un factor sintetizante ha sido la descripción y ordenamiento de fenómenos de amplios horizontes estilísticos como los medios de interrelacionar las secuencias arqueológicas dentro esta de área [Perú y Bolivia]”. (Willey 1952: 58. Los corchetes son nuestros)

¹⁴⁹ Un ejemplo que grafica esta situación es ofrecido por Prentice Cooper, embajador de Estados Unidos en el Perú, quien diría: “Soy de la opinión que Haya merece nuestro apoyo moral en una apropiada lucha contra el Comunismo y entiendo que al menos una universidad norteamericana está contemplando conferirle un grado honorario lo cual en mi opinión sería afortunado en este momento” (Telegrama de Cooper al Secretario de Estado de EE.UU., en 1947. Tomado de Haworth 1992: 184. La traducción es nuestra). Así, pues, se consideraba a Haya de la Torre alineado dentro de la política anticomunista norteamericana.

Otros trabajos bajo esta nueva forma de hacer Arqueología son los de Alfred Kroeber: *Archaeology in Perú* (1944), Gordon Willey: *Horizon Styles and Pottery Traditions* (1945) y Wendell Bennett y Junius Bird: *Andean Culture History* (1949).

Vemos, pues, que la influencia en cuanto a grandes síntesis del pasado prehispánico en los Andes centrales fue netamente norteamericana, la cual repercutió en la práctica de la Arqueología en los Andes y en otras zonas de Latinoamérica. Este factor es relevante y nada extraño, si recordamos que a partir de la II Guerra Mundial hay un gran interés por parte de los Estados Unidos en intervenir también en la arqueología andina, como forma de controlar el avance de las posibles arqueologías nacionalistas y de izquierda que podrían surgir como consecuencia de la difícil situación económica y social que atravesaba el Perú. Si bien es cierto que, entre estos años, también se hicieron presentes en el Perú arqueólogos de otras nacionalidades, tales como españoles, alemanes o japoneses, como bien observa Politis: “solamente los Estados Unidos tuvieron alguna verdadera influencia teórica” (1995: 209).

En el ámbito de la Arqueología misma, el objetivo de la mayoría de las excavaciones en estos años fue la definición de “secuencias culturales”¹⁵⁰. Por consecuencia, conceptos tales como “área cultural” y “tradición” (Willey 1952: 58) fueron aplicados y rápidamente asimilados en los estudios arqueológicos andinos. Hay que recordar que Willey y sus asociados de la “Expedición al Valle de Virú” hacia 1946 ya habían sentado las bases del análisis del “patrón de asentamiento”, un análisis típicamente funcionalista que también había sido puesto en práctica en México (Burger 1989: 45). Por ello, en consecuencia con los planteamientos historicistas culturales, este análisis de patrones de asentamiento llevado a cabo en el Perú “(...) planteó por primera vez la urgencia de elaborar una secuencia maestra, que a la vez que permitiera la ubicación temporal y la interpretación humana en un ambiente limitado, daría los fundamentos para correlaciones más amplias con las otras áreas andinas” (Ravines 1970: 16).

Así, también, la definición de “Horizonte estilístico”, producida originalmente por Kroeber en 1942, se introduce al Perú. El mismo Willey describe esta situación así:

¹⁵⁰ Si bien en estas décadas proliferan las excavaciones con el objetivo de construir “secuencias culturales”, estas ya se habían iniciado con Max Uhle (1856-1944) en el sitio costero de Pachacámac, tan temprano como 1897. Para dicha excavación, Uhle ya contaba con la experiencia de campo en los Estados Unidos, y la excavación misma era patrocinada por la Universidad de Pennsylvania (Uhle [1903] 1991).

La mayor parte de los norteamericanos que han trabajado en el terreno de la arqueología peruana han seguido la tradición del investigador alemán Max Uhle; y especialmente en el esquema de Uhle, tal como ha sido explicado y ampliado por A. L. Kroeber. La metodología de Uhle-Kroeber es la de secuencias culturales regionales del Perú de datación cruzada, con marcadores cronológicos estilísticos o “estilo de horizonte”. Su objeto es construir un armazón tempo-espacial de culturas lo más sincrónicamente perfecto posible. Se utilizaron como horizontes los estilos Incaico y Tiahuanaco, pero ni Uhle ni Kroeber usaron a Chavín de esta manera. (Willey [1951] 1970: 167)

De este modo, vemos como los arqueólogos norteamericanos formarán un frente contrapuesto a las ideas de Tello, cuestión que se grafica cuando señala que: “La opinión de los estudiosos norteamericanos sobre el significado funcional de las difundidas manifestaciones estilísticas de Chavín se acerca más a la de Larco que a la de Tello” (Ibíd.).

Esta postura no se puede comprender sin anotar que Rafael Larco Hoyle tenía todo el respaldo de los arqueólogos norteamericanos. De hecho, Larco se había formado académicamente en EE.UU. y era propietario de amplios terrenos en la costa norte, donde en esos años se había formado una burguesía latifundista, de la cual formaba parte. Es decir, sus intereses económicos estaban a buen recaudo en la línea política que llevaba el país tanto interna como externamente. Así, Larco Hoyle desarrolló su tesis contrapuesta a la de Tello, señalando que “el espíritu del arte Chavín” fue costeño y no serrano o amazónico (Larco Hoyle 1938). También se podría desprender de las teorías de Larco Hoyle, principalmente la del origen de Chavín en la costa, una fuerte carga política, si recordamos que en esos momentos se luchaba por la obtención de la hegemonía en la lucha producida por la contradicción existente entre la sierra (latifundistas y campesinos desposeídos en su mayoría) y la costa (con su burguesía en desarrollo). Como vimos anteriormente, Tello proponía el origen serrano de Chavín (la “civilización”), cuestión que como también vimos poseía su propia carga ideológica.

Pero sigamos con Willey y su relación con la arqueología Altiplánica. Dentro de su crítica a la postura de Tello acerca de Chavín, hablaría sobre Pukara en estos términos:

Este sitio, en el que [Alfred] Kidder llevó a cabo excavaciones, parece ser un centro ceremonial construido con bloques de piedra alineados, que incorpora ciertas características como altares y bóvedas funerarias subterráneas. La cerámica es policroma, negra y amarilla o roja, con las zonas de color separadas por líneas finas incididas. El diseño se centra alrededor del felino, modelado tanto en alto como en bajo relieve; pero la estilización del felino no es la misma de Chavín. (Ibíd.: 199)

Por ello, para Willey, Pukara vendría a ser un “sitio de tercera categoría” con relación a su semejanza con Chavín (Ibíd.: 199).

Otra vez, volviendo sobre el tema acerca de la “tradición Chavín” (principalmente la iconografía felínica) y su *continuum* en el área andina, diacrónicamente hablando, nos dirá:

Estas representaciones felinas, aunque aparecieron en muchos estilos artísticos en diferentes periodos, puede relacionarse razonablemente como tradición Chavín, concepto este muy distinto del de estilo Chavín. Es probable que esta tradición del felino se originase, o fuese introducida a la zona de los Andes centrales hacia la época del horizonte de estilo Chavín. El felino se halla presente en los estilos de Chanapata, **Pucara**, Paracas-Cavernas y Tiahuanaco, para nombrar tan sólo unos cuantos sitios o culturas que se ha identificado como de civilización Chavín”. (Ibíd.: 209. El subrayado es nuestro)

Mediante estas críticas, Willey es el encargado de reaccionar en contra de la tesis de la “unidad” o “civilización andina” de Tello, con lo que el camino está preparado para las nuevas teorías provenientes de la arqueología norteamericana.

La producción de secuencias histórico-culturales: Wendell Bennett

Bennett fue uno de los arqueólogos norteamericanos que más trabajó en los Andes, y gracias a él se adquirió un mayor conocimiento de las principales características materiales de las sociedades prehispánicas. Excavó en sitios arqueológicos tan significativos para la arqueología andina como Chiripa (1934), Tiwanaku (1936), Chavín (1944) y Wari (1950).

Hacia 1946, Bennett integraba el grupo de investigadores norteamericanos liderados por Julian Steward¹⁵¹. El interés de los EE.UU. en colonizar intelectualmente a los países latinoamericanos (como correlato de la intrusión de sus capitales económicos y su influencia política) se materializó en el denominado *Handbook of South American Indians*, de 1946. La institución que llevaba adelante aquellos estudios se denominaba el Bureau of American Ethnology. En la portada del referido documento se podía leer que este estaba: “Preparado en Cooperación con el Departamento de Estado de los Estados Unidos como un proyecto del Comité Interdepartamental sobre Cooperación cultural y científica”, de lo que

¹⁵¹ Como ya vimos, uno de los propulsores del neoevolucionismo.

se desprende que era un proyecto subsidiario del programa político norteamericano. La inspiración del *Handbook...* era de orden etnológico, una herencia de los estudios iniciados por Lewis Morgan. De esta forma, así como las sociedades prehispánicas y sus remanentes (los indios norteamericanos, por ejemplo) estaban segregados de la sociedad “blanca” o “civilizada” en los Estados Unidos, lo mismo se aplicaba en los estudios realizados en los Andes.

En el segundo volumen de dicha obra: *The Andean Civilizations*, el encargado de describir lo que ellos denominaban la “Arqueología de los Andes Centrales” va a ser Bennett. Allí, refiriéndose a Pukara, este dirá que:

(...) representa un estilo básico como Chiripa más una fuerte influencia de Tiahuanaco. Al mismo tiempo, este no puede ser descartado como otra rama del Tiahuanaco serrano puesto que hay demasiados rasgos distintivos e independientes. La mampostería emplea piedras labradas sin la unión o entrabado Tiahuanaco. Las piedras están dispuestas en un patrón de grandes, recintos concéntricos con pequeñas divisiones interiores. La escultura en piedra incluye algunas estatuas que se asemejan a las de Tiahuanaco pero sin la estricta convencionalización o el uso de diseños incisos de línea fina. (Bennett 1946: 121. La traducción es nuestra)

Vemos, pues, que el concepto de “estilo” (en arquitectura, cerámica y escultura lítica) estaba bastante arraigado en el discurso de Bennett; por ello, las descripciones de esos estilos fueron lo más relevante en este capítulo.

Al igual que sus colegas que trabajaban en el norte del Perú (por ejemplo: Willey o Strong), Bennett estaba sumido en la búsqueda de “secuencias culturales”. Así, en 1950, nos describe esta situación:

La mayoría de los arqueólogos que están ocupados en la cronología comparativa han agrupado valles adyacentes y comparado sus secuencias culturales combinadas con las de la cuenca de la sierra. La justificación para este procedimiento ha sido la suposición que la uniformidad cultural podría ser encontrada a través de esas unidades regionales en algún periodo de tiempo dado. (Bennett 1950: 89. La traducción es nuestra)

Hacia 1943, Bennett vislumbró que las influencias de Chavín llegaban hasta Pukara (Bennett 1943), siguiendo las huellas difusionistas dejadas por Tello. Pero, más tarde, y luego de haber acumulado material arqueológico suficiente, trata de realizar un análisis de “la cuenca del lago Titicaca como un todo” (Bennett 1950: 97). Este análisis resulta ser una interesante propuesta sintetizadora (negando las hipótesis de Tello) de los estudios disponibles por aquel entonces. Esto trasciende sobre la Arqueología que se venía haciendo, cuando se aislaban las “culturas”

sobre la base de un centro epónimo¹⁵². Sin embargo, Bennett refiere que la cuenca norte y la cuenca sur: “nunca habrían tenido unidad, excepto en el Periodo Inca y aún entonces hay diferencias significativas” (Ibíd.: 97. La traducción es nuestra). Para los periodos que nos ocupan, Bennett siguió desarrollando su hipótesis de la “desunidad” en la cuenca del lago Titicaca y planteó que: “En los periodos tempranos, como ahora sabemos, la cuenca norte del Titicaca estaba dominada por Pucara, la sur por Tiahuanaco. La distribución de estos dos periodos mayores es mutuamente exclusiva” (Ibíd. La traducción es nuestra).

Por tanto, Bennett disocia a las sociedades de ambos lados del lago Titicaca.

Sus planteamientos estaban apoyados en excavaciones arqueológicas realizadas por él mismo, utilizando niveles arbitrarios en el sitio de Tiwanaku, en 1932, (Lumbreras 1982: 6), con lo que desarrolló sus fases (vitalistas) de Tiwanaku Temprano, Clásico y Decadente (ver figura 4). Habría que apuntar que estas excavaciones, siguiendo la metodología de los investigadores norteamericanos, se habían realizado mediante pozos de sondeo y, por ejemplo, la fase Tiwanaku Temprano se había definido mediante “fragmentos cerámicos en sólo uno de los pozos y por algunas vasijas tomadas de tumbas muchos años atrás” (Kidder [1956] 1978: 137). Esta cuestión ofrecerá serias dudas sobre su fiabilidad como referente temporal. Sin embargo, esta secuencia se ha seguido utilizando casi sin cambio, más que el nominal; y, como veremos luego, Kidder las toma como referente para datar los hallazgos de sus excavaciones y argumentar sus planteamientos acerca de las “relaciones culturales” entre Tiwanaku y Pukara. De la misma manera, Dwight Wallace (1957) y Carlos Ponce Sanginés (1976) siguieron ratificando la secuencia de Bennett. De ello resulta que los nuevos hallazgos siempre vuelven a contradecirse con dicha abstracción de la realidad y, más aún, se extrapolan a regiones alejadas donde se ha hallado presencia Tiwanaku, complicando más la explicación de las sociedades con relación a una secuencia endeble.

Al respecto, como bien señalaría Luis Lumbreras:

[Las fases de Bennett] han sido ratificadas y reproducidas con otros nombres por los arqueólogos posteriores y por el momento, pese a que es evidente que tal secuencia requiere de refinamiento (y revisión en el caso de las fases Clásica y Decadente), no ha sido aún seriamente cuestionada a partir de una evidencia empírica consistente”. (Lumbreras 1982: 6. Los corchetes son nuestros)

¹⁵² Asimismo, Bennett habla de “periodos” y no de “culturas”.

De este modo, Bennett fue uno de los principales constructores de las secuencias arqueológicas en el Altiplano. Por la autoridad que sus investigaciones infunden en sus sucesores, su secuencia se mantendrá sin modificación significativa. Como observaremos, esto le sucede también a Kidder.

*Digging in the Titicaca basin*¹⁵³: Alfred Kidder II

Kidder visitó por primera vez Pukara en 1937, cuando aún era estudiante de la Universidad de Harvard (Franquemont 1986: 1). Fue el primer arqueólogo que realizó excavaciones arqueológicas sistemáticas en el asentamiento de Pukara en 1939 (Rowe [1958] 1978), investigaciones financiadas inicialmente por el Museo Peabody de la Universidad de Harvard y, posteriormente, por el Institute of Andean Research. Este último instituto, a su vez, estaba financiado por la Oficina del Coordinador de Asuntos Inter-Americanos (Kidder 1943: V). Así vemos que había un interés desde el mismo Estado de los EE.UU. para cubrir el mayor espectro posible de investigaciones en el área andina.

Las excavaciones de Kidder en Pukara descubrieron, entre otras cosas, en la parte superior del conjunto denominado Qalabaya, una estructura de patio hundido y, asociado a éste, las bases de un edificio con planta en forma de herradura (ver figura 7). Asimismo, aunque Kidder nunca publicó nada al respecto, descubrió restos de estructuras arquitectónicas en la parte baja de las pirámides, probables indicios de la existencia del núcleo doméstico que no era obvio superficialmente (ver fotografías de Kidder en Rowe [1958] 1978)¹⁵⁴. Sin embargo, gran parte de los resultados de las investigaciones de Kidder no han sido publicados y sólo gracias a otr@s investigador@s con acceso a sus notas de campo o que compartieron sus excavaciones podemos tener una idea de lo hallado en las mismas¹⁵⁵. Por ser la principal excavación realizada en el área durante esta época, nos detendremos un poco en su descripción.

¹⁵³ La traducción sería: “Excavando en la cuenca del Titicaca”, título de un artículo firmado por Alfred Kidder en 1956.

¹⁵⁴ La investigadora Elizabeth Klarich y su equipo han realizado en los últimos años excavaciones relacionadas con esta área.

¹⁵⁵ Las notas y dibujos de Kidder fueron detallados y much@s investigador@s han estudiado y discutido los materiales de esas excavaciones (Carlevato 1988, Franquemont 1986, Chávez 1992, Mohr 1988; ver, también, referencias en Paredes 1985 y Wheeler y Mujica 1981). Asimismo, para un relato de algunas vivencias relacionadas con la estadía de Alfred Kidder en Pukara, se puede consultar el libro de su esposa, Mary Kidder (Kidder 1942).

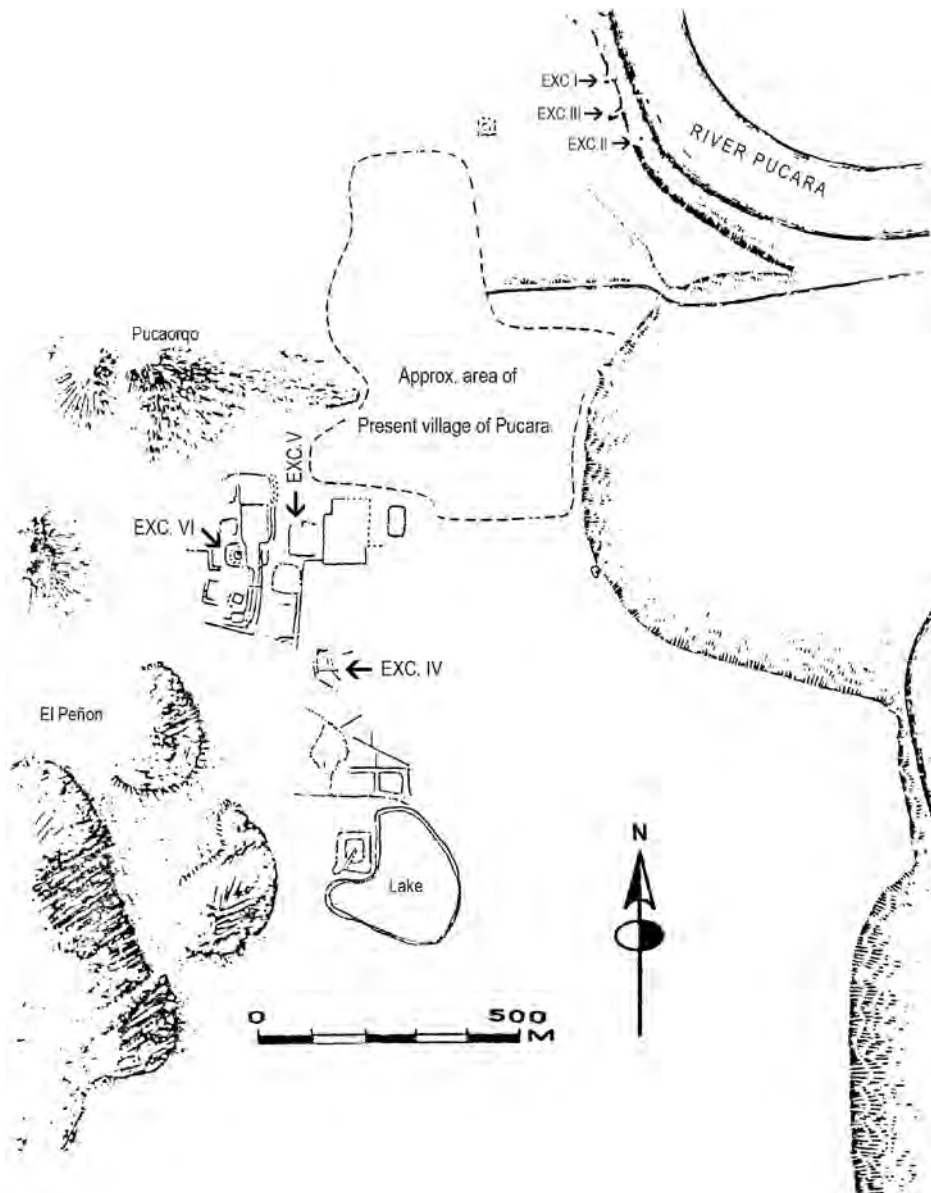


Figura 6. Plano del área del asentamiento de Pucara realizado por Chávez (1992), basado en el croquis hecho por Kidder II, en el que se ubican las excavaciones realizadas por este último en 1939.

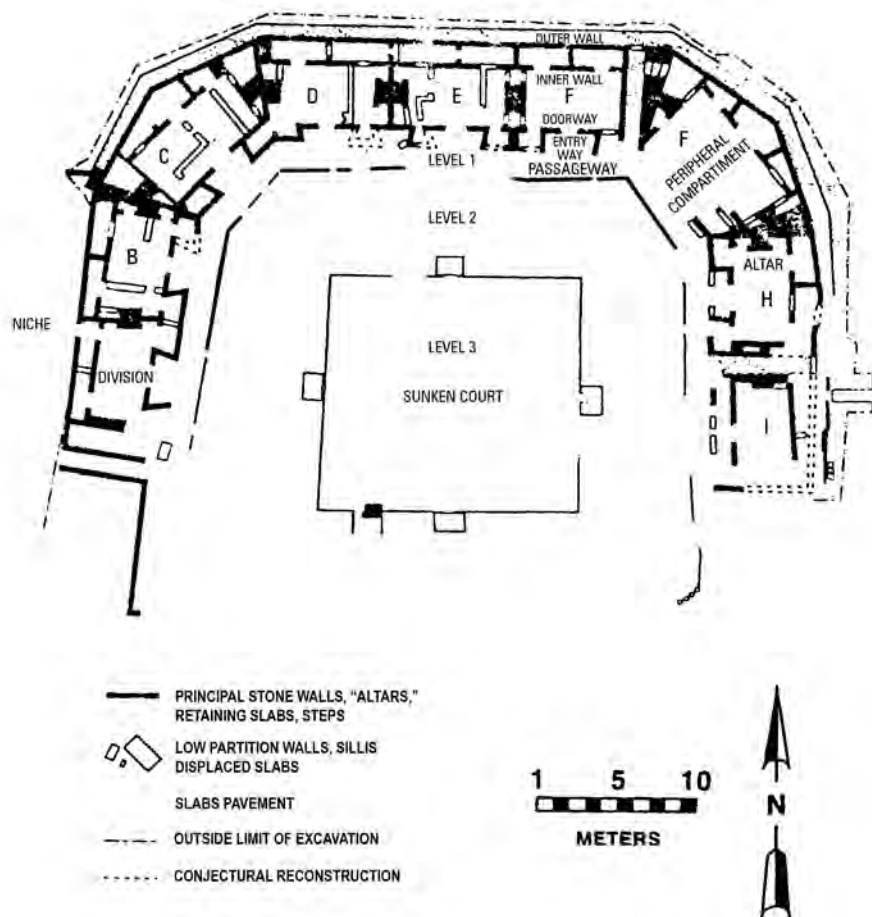


Figura 7. Estructura arquitectónica denominada "Templo Rojo y Blanco", ubicado en la parte superior del sector Qalabaya del sitio de Pukara. Fue excavado por Kidder II en 1939 y reexcavado por Mujica en 1979. Tomado de Mohr (1989: 24).

Sergio Chávez (1992) nos da alcances acerca de los trabajos de Kidder, llevados a cabo de enero a junio de 1939, y sobre dicha descripción sintetizaremos los hallazgos más relevantes. Antes habría que señalar que su excavación se realizó mediante trincheras y por niveles arbitrarios, lo que le provocó dificultades en el registro del material obtenido:

En casi todo momento, Kidder utilizó niveles arbitrarios en su excavación, así que los materiales de más de un nivel natural/cultural fueron mezclados, planteando serias

dificultades para obtener una cronología como también para determinar diferencias funcionales. No obstante, en algunas excavaciones algunos niveles arbitrarios correspondieron o se aproximaron, a niveles naturales/culturales. Otro problema para la cronología fue que el rozamiento de las paredes de las trincheras arrojó tiestos tardíos a los niveles más bajos tales como en la Trincherera D [Excavación IV] donde Kidder identificó esta dificultad. (Chávez 1992: 60-61. La traducción y los corchetes son nuestros)

Kidder excavó en seis áreas del sitio: I, II y III cerca al lecho del río Pucara, IV sobre la pampa al este de la arquitectura monumental y V y VI sobre las terrazas y plataforma principal de la arquitectura monumental llamada Qalasaya (ver figura 6).

Las excavaciones I, II y III se localizaron en áreas con presencia en superficie de artefactos y depósitos arqueológicos erosionados por el río, al este del pueblo moderno de Pucara y donde, también, Tello había recolectado material con anterioridad.

La excavación I fue localizada en la parte más norte del lecho del río y se extendió sobre un área de 9.75 m × 6 m, más algunas adiciones que cubrieron un área total de 49.4 m² y con una profundidad, en algunas partes, de 4 m. Esta excavación reveló cuatro hoyos excavados intencionalmente y que Kidder denominó Concentraciones 1, 2, 3 y 4. Estas contenían tierra negra, ceniza, carbón, fragmentos cerámicos, restos de talla de obsidiana y otros artefactos líticos, como también huesos de camélido, algunos de ellos quemados. Fuera de esas concentraciones no halló mayor material, puesto que estos habían sido practicados en el suelo estéril. Entre muchos interesantes hallazgos se incluía en la Concentración 4 el enterramiento de un cánido y huesos humanos desarticulados. Estos fueron interpretados por Kidder como un enterramiento secundario (con muchos fragmentos de por lo menos dos cráneos, mandíbulas y otros huesos) relacionados a “ofrendas” (se recuperaron fragmentos de cerámica decorada y otros artefactos como un tubo de hueso de camélido para inhalación de alucinógenos) y que le sugirieron relación de esta deposición con temas recurrentes en la iconografía Pukara que representan cuerpos desarticulados (principalmente a las cabezas separadas del resto del esqueleto).

La excavación II tuvo 6 m de largo × 2.5 m de ancho y una profundidad de 1.30 m a 1.45 m, cubriendo un área total de 15 m². En esta área se ubicó un gran pozo (6 m de largo × 2 m de ancho y 1.20 m de profundidad) excavado en el suelo estéril. Dicho pozo fue excavado como una unidad sin utilizar niveles arbitrarios. El pozo contuvo tierra negra, carbón, ceniza, obsidiana, artefactos de piedra pulida, astas de cérvido trabajadas y fragmentos de cerámica.

El lugar de la excavación III fue elegido por Kidder por la abundancia de fragmentos de cerámica Pukara Policroma en la superficie. La trinchera tuvo 12 m de largo por 2.3 m de ancho, pero se modificó por la profundidad (de hasta 6 m) que alcanzó la presencia de material arqueológico, cubriéndose en total un área de cerca de 135.3 m². Kidder halló bastante material arqueológico (incluyendo también huesos humanos, pero sin asociaciones claras) como en las anteriores unidades de excavación (aunque no localizados en hoyos, como en I y II). Esta unidad produjo la mayor cantidad de cerámica decorada. Gracias a la extensión de la trinchera, allí mismo se pudo excavar igualmente una estructura arquitectónica que Kidder definió como “arquitectura doméstica no-elitista”. Esta estructura era rectangular (2.4 m de largo y 1.4-2 m de ancho en el interior), y se conservaron solamente las fundaciones construidas con una sola hilada de cantos de río y un pavimento hecho con una capa de pequeñas piedras. Los hallazgos incluyeron dos morteros rotos y un posible “horno” en la parte exterior de la estructura, que Kidder pensó que fue para cerámica, aunque no se ubicaron muchos fragmentos de cerámica asociados. Lamentablemente, una pared del pozo de excavación se derrumbó y no se pudo exponer toda la estructura.

Del área cercana al río, Kidder pasó a la llanura o pampa debajo de las terrazas de Qalabaya y al sur del pueblo moderno, en el área central del sitio arqueológico y realizó la excavación IV. No habían muchos indicios superficiales de arquitectura enterrada, salvo una pequeña elevación del terreno, unas piedras trabajadas y una hilera de un muro, pero Kidder escogió esta área, porque allí se había encontrado un monolito (monolito 30). Las trincheras de excavación se extendieron en un área de 1245.5 m² y expusieron los muros de un gran recinto (*enclosure*) construido con areniscas blancas y rojas, algunas trabajadas, pero la mayoría sin estarlo. Este recinto de planta más o menos cuadrangular, que midió unos 36.8 m de norte a sur por 38.4 m de este a oeste, estaba a su vez subdividido en “habitaciones” y áreas abiertas y seguía la orientación de las estructuras principales del sitio. Para Sergio Chávez (1992: 62), este recinto estaría asociado a una plataforma próxima. La parte superior de los grandes muros de basamento se encontraron muy cerca a la superficie actual, aproximadamente 20-30 cm en algunas áreas, y las excavaciones en la mayor parte de las áreas fueron sólo de 50 cm de profundidad (aunque en algunas partes se llegó a profundizar hasta 1.90 m).

Los materiales recolectados en el área IV incluyeron fragmentos de cerámica Pukara decorados y llanos, huesos animales quemados y otros desperdicios domésticos. El hallazgo más importante fue un grupo de 100 fragmentos de mandíbulas y cráneos humanos, depositados cerca de una gran laja de piedra en el área central

del recinto. También se halló una cista conteniendo los restos de dos individuos, aparentemente sin ningún objeto de “valor” y un hogar (fogón) constituido por una banqueta de arcilla cocida rodeado por piedras en forma semicircular. Sobre esta había huesos quemados, carbones y unos cuantos fragmentos cerámicos Pukara llanos.

La excavación V fue un sondeo limitado para explorar arquitectura, aunque se extendió en unos 109.43 m². Se localizaba hacia el lado norte del recinto (*enclosure*) 4, en la terraza debajo del área de patios hundidos (excavación VI) y directamente sobre el área de la pampa (donde se hizo la excavación IV). Kidder escogió esta área por la evidencia en superficie de arquitectura y delimitó la existencia de una estructura de 73 m × 65 m mediante excavaciones limitadas. La estructura fue dividida en 3 áreas, a la vez que 2 de esas áreas fueron subdivididas en niveles superiores e inferiores. Kidder designó esta estructura como el templo más grande del sitio y afirmó que guardaba semejanzas con el recinto 2 de la excavación VI.

La excavación VI expuso completamente el recinto 2, en el centro de la parte superior del sistema de terrazas de Qalasaya. Fue la excavación más amplia de Kidder en Pukara (unos 1796 m²). Se expuso una estructura compleja compuesta de una plaza hundida (15 m × 16 m y 2.2 m de profundidad), rodeada de una estructura de piedras labradas en forma de herraje con la parte abierta hacia el este (en dirección al río). A su vez, toda la estructura estaba orientada hacia los puntos cardinales. La plaza hundida tenía en cada pared una cámara, en las cuales se localizaron restos humanos. La cámara este contenía los restos de un adulto; la cámara sur, los restos de dos adultos; la cámara oeste los restos de otros dos adultos (un hombre y probablemente una mujer); y, la cámara norte, probablemente, los restos óseos de un adulto más. Solo la cámara oeste y norte contenían cerámica Pukara. Dentro de la plaza hundida también se recuperaron monolitos y morteros de piedra rotos (Chávez 1992: 83) (ver figura 7).

Además de sus excavaciones en Pukara, Kidder prospectó, en 1941, gran parte de la zona norte del lago Titicaca. Durante este reconocimiento halló muchas esculturas asociadas a asentamientos de época Pukara y del cual nos dejó una publicación pionera para la zona y para la comprensión del fenómeno “Formativo” en el área (Kidder 1943). Su objetivo, como él mismo dice, fue: “resolver algunos de los problemas distribucionales y cronológicos de la sierra sur” (Ibíd.: VI. La traducción es nuestra). La introducción de dicha publicación es un sumario de su conocimiento de los restos materiales prehispánicos de la zona, enfatizando en sus excavaciones realizadas en Pukara y tratando de amarrar su secuencia cerámica

con las de Tiwanaku y Chiripa, ambas realizadas por Bennett y de marcada influencia evolucionista (Temprano, Clásico y Decadente)¹⁵⁶.

Sin embargo, Kidder es cauto al realizar sus conclusiones, puesto que encuentra que no siempre hay una relación entre la cerámica y las esculturas que encuentra en los mismos asentamientos (Ibíd.: 38).

Hacia 1948 seguirá en la misma línea, pero cambiando según lo hagan las secuencias de Bennett. Por ello, está claro que más podían las secuencias histórico-culturales previas que las mismas evidencias arqueológicas. Kidder mantendrá su postura acerca de la “cultura Pukara” sobre la base de la cerámica policroma Pukara, aún cuando él mismo señala que esta sólo representa el 14% de su muestra total (Kidder 1948). De esta manera, su fósil-tipo (la cerámica policroma) tipificará a su “cultura Pukara”, que trató de definir durante todo el tiempo que permaneció en el Altiplano.

A pesar de todo, hay que convenir que gracias a Kidder se reconoció la gran importancia de Pukara *per se* y para el desarrollo de la sociedad en el Altiplano, cuestión que antes de él solo era tratada a partir de objetos arqueológicos descontextualizados.

Nuevos horizontes (y periodos) en la arqueología andina: John Rowe

Aunque Rowe trabajó muy poco en el área del lago Titicaca, introdujo nuevas teorías y metodologías que repercutieron directa o indirectamente en la zona que nos ocupa.

Formado principalmente en arqueología clásica, obtuvo su doctorado por la Universidad de Brown (EE.UU.). Se especializó en Lingüística y Filología, con énfasis en la investigación humanística (Hamel 1998: 92). De ahí que se note en su producción intelectual un significativo uso de los documentos antiguos. En el caso peruano, Rowe estudió a las sociedades prehispánicas mediante los documentos etnohistóricos de los cronistas tempranos, para posteriormente desarrollar una interpretación histórico-cultural (Ibíd.: 92-93). Su primer artículo sobre la

¹⁵⁶ Para comprobar sus hipótesis, incluso el mismo Kidder realiza dos pozos de excavación en Tiwanaku. Llega a la conclusión que “Tiahuanaco, no es probablemente el mejor lugar en el cual estudiar la cultura Tiahuanaco Temprano.” (Kidder 1956 [1978]: 138). Kidder también excavó en Chiripa, pero aquí se hizo la excavación más amplia y se expusieron estructuras arquitectónicas (Ibíd.: 142-143).

arqueología andina fue publicado en 1942, fecha que podríamos tomar como su inicio en la arqueología peruana. También participó en un volumen del *Handbook of South American Indians*; editado por Julian Steward, escribiendo el capítulo correspondiente a los Incas, siendo considerado un clásico de los estudios sobre esta sociedad (Rowe 1946). Sus primeros artículos sobre el área andina, siguiendo su interés y su influencia desde la Lingüística, versaron sobre la lengua quechua de la sociedad incaica (Rowe 1950, 1953).

Rowe traerá consigo el marco teórico y la metodología histórico-cultural que nos ha dejado una herencia conservada hasta la actualidad en la arqueología andina. Este esquema se sigue básicamente con el desarrollo de los “Horizontes” estilísticos, añadiendo los “Periodos Intermedios” (Temprano y Tardío) (Ravines 1970: 22).

Así, Eugene Hamel nos explica esta cuestión:

Otro artículo, también publicado en 1962, trata de las implicaciones teóricas de los conceptos de etapas, periodos y horizontes en arqueología. El tratamiento es otra vez cuidadosamente histórico, regresando al trabajo de Petrie en Egipto en el inicio del siglo [XX]. Rowe hace una defensa muy cuidadosa de la superioridad del ordenamiento de datos por periodo más que por etapa, ya que las injustificadas presunciones evolucionistas están hechas en el concepto de etapa y porque la integridad de las asociaciones culturales envueltas en el concepto de etapa es usualmente válido sólo sobre pequeñas áreas geográficas. De hecho, él da evidencia convincente a partir de su propio trabajo, que el uso cuidadoso de la datación relativa y un sistema de periodos es mucho más productivo para la verdadera comprensión histórica. Lo que Rowe ha hecho en todos esos artículos es actuar como un historiador. En esto, no es solamente cuidadoso y sensitivo con la historia del problema, lo más importante es que él trata a los datos arqueológicos como los historiadores tratan a los documentos”. (Hamel 1998: 95-96. La traducción y los corchetes son nuestros)

Para llegar a formular este esquema, Rowe trabajó ardua e ininterrumpidamente en el Perú:

El mayor trabajo empírico de Rowe ha sido en la parte sureña del Perú, alrededor de Cuzco y en la costa sur. Trabajando primero sobre la base de los reportes de Uhle y los posteriores trabajos de Kroeber, Strong y otros, revisó sus conclusiones y construyó una detallada secuencia arqueológica para la mayoría de la sierra y costa peruana. Para algunas partes de la secuencia y en algunas áreas, ha sido posible especificar periodos de tiempo tan cortos como de 25-50 años, un patrón que no se ha conseguido en otro lugar, en ausencia de documentos escritos, más que en Grecia y otras pocas áreas adyacentes. (Ibíd.: 96. La traducción es nuestra)

Sus investigaciones tan influidas por la Historia del Arte se comprenden mejor dentro de su contexto familiar, pues su padre fue director de la Rhode Island School of Design Museum of Art en Providence, y obtuvo experiencia dentro del campo de la Arqueología en Egipto. Como el mismo Rowe comentó: “Como a menudo pasa, los hijos terminan haciendo lo que los padres quisieron hacer” (Rowe 1998).

Rowe cerraría nuestra época histórico-cultural/neolucionista peruana, cuando en 1962 hizo una crítica al evolucionismo cultural utilizado en la arqueología andina expresado en el uso de las “épocas” para ordenar cronológicamente a las sociedades prehispánicas reconocidas en sus fósiles directores¹⁵⁷. De esta manera, Rowe diría que:

A causa de la cercana asociación de etapas con la teoría de la evolución cultural, virtualmente cada arqueólogo que usa etapas para organizar sus datos construye sobre ellos ciertas presunciones acerca del desarrollo cultural sin estar enterado que lo está haciendo. Luego, al hacer sus interpretaciones culturales, descubre el patrón de desarrollo cultural que fue asumido en su sistema de organización y piensa que lo está derivando empíricamente de sus datos. El argumento llega a ser perfectamente circular. (Rowe 1962: 12)

Como alternativa a la utilización de las “épocas”, Rowe planteó la utilización de los “períodos” o “unidades de contemporaneidad”¹⁵⁸, lo que impediría dicha “circularidad” en el razonamiento del arqueólogo, puesto que no envuelve presunciones acerca de “patrones culturales”.

Sin embargo, se observa que Rowe mantiene una postura difusionista para la existencia de “unidades culturales”:

La situación usual es que las invenciones son hechas una sola vez. Sin embargo, una vez que una serie de invenciones han sido hechas y los nuevos items han sido difundidos sobre una gran área, ellos pueden llegar a ser asociados a otras como partes de un patrón particular común, como había pasado en el caso del Cristianismo, la monogamia y los pantalones. (Rowe [1962] 1978: 3)

¹⁵⁷ Resulta difícil creer que con el ya existente método de datación de radiocarbono todavía no se habían abandonado estas disquisiciones acerca de las secuencias arqueológicas mediante elementos “típicos” de las sociedades. Este hecho impulsa a Rowe a escribir un artículo, en 1966.

¹⁵⁸ Como el mismo Rowe señala, la periodificación ya había sido ensayada por Uhle en 1903 y, luego, por Kroeber y Strong en 1924, en pleno apogeo del difusionismo (Rowe 1962: 5).

Asimismo, se apoyará en los trabajos de corte difusionista de Childe, que vimos en el capítulo anterior, como *The Dawn of European Civilization* o *The Danube in Prehistory* (Ibíd.: 7). Vemos, pues, que Rowe retornaba a la arqueología andina al tiempo de las ideas difusionistas mediante este *revival* bibliográfico. Finalmente, Rowe logró una conciliación entre las posturas difusionista y la postura histórico-cultural mediante los “Horizontes” (estilísticos) y los “Periodos” evolutivos (ver figura 3).

Además de estos desarrollos teóricos, Rowe también visitó Pukara en 1939, durante las excavaciones de Kidder (Rowe [1958] 1978: 126). Escribió algunos artículos sobre Pukara en 1958, uno de los cuales trata sobre litoescultura, específicamente de estatuas de piedra del Titicaca que había comparado con especímenes de colecciones europeas. En esas épocas ya despertaba su curiosidad la similitud entre estas esculturas y las del Tiwanaku clásico: “(...) no pueden estar muy alejadas en el tiempo. Sin embargo, a pesar de esas semejanzas el estilo Pucara no es sólo una imitación provincial de Tiahuanaco sino un estilo original y vigoroso por sí mismo” (Ibíd.: 128. La traducción es nuestra).

Rowe también reconoce, gracias a los hallazgos realizados en la localidad de Livitaca¹⁵⁹, al norte de Pucara, la amplia dispersión de materiales de ese estilo¹⁶⁰. Otra pieza lítica con diseños Pukara (conocida como el “Santo de los Ladrones”), presentada en el mencionado artículo, provendría del mismo sitio de Tiwanaku. Esta se hallaba depositada en el Museo de Bern (Suiza) y había sido adquirida en 1858 por el diplomático, médico y anticuario Johann Jacob von Tschudi en el pueblo de Tiahuanaco. Su pequeño tamaño podría ser la causa de su gran movilidad en el espacio geográfico¹⁶¹.

Asimismo, en el artículo “Urban Settlements in Ancient Peru” en los años en que trataba de superar sus contradicciones y las del medio académico (recordemos su artículo de 1961), Rowe habla acerca del asentamiento de Qaluyu, de esta manera:

(...) probablemente también califica como asentamiento urbano del período inicial. Qaluyu es un sitio estratificado con distintas fases de ocupación. La última, asociada

¹⁵⁹ Provincia de Chumbivilcas, al sur del departamento del Cuzco.

¹⁶⁰ Este mismo tema será profundizado, posteriormente, por Sergio Chávez, como veremos después.

¹⁶¹ Otro ejemplo de desplazamiento de una pieza lítica de mayor envergadura, conocida como la “Estela del Trueno” es proporcionado por Chávez (1975).

con cerámica de estilo Pucara, data del Horizonte Temprano. La ocupación más temprana está caracterizada por un distintivo estilo cerámico llamado Qaluyu que aparece estratigráficamente en una posición temprana en Yanamancha cerca de Sicuani, como también en Qaluyu mismo. Aunque no hay forma de relacionar el estilo Qaluyu con la secuencia de Ica directamente, su consistente posición temprana en secuencias locales y la ausencia de rasgos estilísticos comunes del Horizonte Temprano argumenta un fechado en el periodo Inicial. La acumulación de desperdicios domésticos en Qaluyu forma un montículo bajo de muchos acres en extensión. (Rowe y Menzel 1967. La traducción es nuestra)

Al igual que la mayoría de investigador@s anteriores, advierte la similitud de la cerámica de este sitio con la de Marcavalle. Rowe también observa que el montículo de Qaluyu posee una segunda ocupación asociada con cerámica Pukara, que es menos extensa que en el asentamiento de Pukara mismo, y agrega que los pobladores de la zona creían que este montículo poseía una planta en forma de *catfish* (sucbe, un pez de la zona). Esto le conduce a sostener un probable planeamiento deliberado del sitio y, por consecuencia, un incipiente urbanismo (Rowe [1958] 1978: 299).

En el mismo artículo, Rowe hablará acerca del asentamiento de Pukara de esta manera:

(...) es un sitio de **“un periodo”** y el sitio tipo del estilo de cerámica Pucara. Ninguna cerámica más temprana ha sido encontrada allá, y no hubo ocupación posterior hasta el Periodo Intermedio Tardío. (Ibíd.: 298. El subrayado y la traducción son nuestras)

Otra vez no encuentra evidencia para relacionar a Pukara con la “secuencia maestra” de Ica, cuestión que supera al poseer fechados radiocarbónicos. Rowe sigue describiendo:

Edificios públicos y casas privadas en Pucara fueron construidos de adobe sobre bases de piedra y el colapso de las superestructuras de adobe han enterrado las bases, así que sólo los edificios más grandes pueden ser distinguidos sobre la superficie sin excavación. Hubo por lo menos tres grandes edificios, probablemente templos, sobre una terraza llamada Qalasaya al pie del gran peñón de Pucara. El área residencial estaba en la llanura entre esta terraza y el río y fue aparentemente muy extenso. (Ibíd.)

Luego de advertir la riqueza de las tierras para el cultivo y las especies que probablemente se consumieron en época prehispánica, añade que “si la antigua Pucara fue una ciudad, como su tamaño lo sugiere, su economía probablemente implicó manufactura cerámica, comercio, y actividades religiosas como también agricultura” (Ibíd.: 299).

Una secuencia cerámica para Pukara: Edward Franquemont

Franquemont realizó un estudio de las colecciones cerámicas de las excavaciones en Pukara realizadas por Kidder y que se encontraban depositadas en el Museo Peabody de Arqueología y Etnología de la Universidad de Harvard (Mujica 1987: 22). A partir de ese análisis, hacia 1967, desarrolló una primera secuencia cerámica, fundamentada en un estudio tipológico, estilístico y tecnológico de la cerámica. Lo más relevante de aquel trabajo es que plantea la existencia del estilo cerámico Cusipata, el cual, como veremos posteriormente, parece encontrar Elías Mujica en sus excavaciones en el sector de Qalabaya en el asentamiento de Pukara. Franquemont nos describe su hallazgo de este modo:

(...) los fragmentos cerámicos que han sido utilizados para definir el estilo Cusipata fueron segregados de lo que quedó de la colección por su forma distintiva y los diseños que ellos comparten. No hay evidencia inequívoca en las excavaciones para demostrar la unidad del estilo, sin embargo las vasijas incluidas en él, comparten un número de rasgos distintivos que los distinguen de los especímenes asignados al estilo Pucara. (Franquemont 1986: 3. La traducción es nuestra)

Como vemos, Franquemont llega a una certidumbre acerca de la existencia de la fase Cusipata, solamente por evidencia negativa; es decir, solo se hace su aislamiento por su diferencia con el universo de la colección reunida por Kidder. Así, veremos que más adelante dice: “Cusipata es pobremente comprendido, porque la muestra entera consiste de fragmentos de treinta vasijas con la misma forma característica”.

Todos estos fragmentos del “estilo Cusipata” provienen de la excavación IV de Kidder, y si vemos la ubicación de la misma (ver figura 6), viene a ser la parte extrema sur, casi periférica de lo actualmente observable del asentamiento, cuestión que aumenta la incertidumbre con relación a su posición cronológica relativa. Como Franquemont apunta, el mismo Kidder ya había notado la débil evidencia de la posición estratigráfica de algunos fragmentos de lo que sería Cusipata e, incluso, muchos de ellos se encontraban asociados a periodos tardíos (Periodo Collao: 1110 d.n.e.-1450 d.n.e., aproximadamente), hecho que Kidder adjudicó a procesos postdeposicionales (Ibíd.: 3). Previamente ya hemos anotado los problemas que tuvo Kidder con su registro en sus excavaciones en Pukara.

Aún así, Franquemont desarrolló una secuencia cerámica a partir de su análisis, aunque él mismo dudó que esta pueda tener un verdadero correlato con una sucesión de épocas. Por ello no descartó que tanto el estilo Cusipata como el Pukara provengan de la misma localidad y que comprendan una misma tradición

cerámica (Ibíd.: 9). Pese a estas lagunas en el registro material y las incoherencias creadas por las semejanzas formales de las vasijas, Franquemont definió sus unidades estilísticas de esta forma:

- Estilo Cusipata.
- Fase Pampa Pucara.
- Fase Río Pukara¹⁶².

De este modo, y como hemos venido señalando, Franquemont manifestó su incapacidad para darles una ordenación cronológica: “Es difícil orientar esta secuencia de las tres unidades en el tiempo, puesto que no hay disponibilidad de evidencia estratigráfica u otros complejos cerámicos bien definidos del área inmediata” (Ibíd. La traducción es nuestra).

Por ello no le quedó otra cosa que amarrar su secuencia a hallazgos arqueológicos cercanos temporal y espacialmente hablando, casi todos ellos aislados y sin ningún control estratigráfico. Y recurrió a la contrastación de su secuencia con excavaciones realizadas en áreas cercanas. Así, utilizando su última “línea de evidencia”, que es la de una excavación realizada en 1964, en el asentamiento de Huayapata, por Jorge Flores y Walter Tapia, finaliza dicha sección del artículo, diciendo: “(...) ciertamente [la excavación de Huayapata] no prueba, que la secuencia estilística que propuse es correcta” (Ibíd.: 10. La traducción es nuestra).

Su sección acerca de “las relaciones culturales” va a encaminarse en el mismo propósito: tratar de llevar a la comprobación empírica a su secuencia estilística. De este modo, todo su planteamiento va a girar en torno a elementos de su asamblea cerámica que se asemejen a los de asentamientos con igual o un poco más de información. Por ejemplo, utilizará a Marcavalle en el Cuzco, que ya se ha convertido en todo un clásico para definir relaciones intergrupales, como veremos luego. También recurrió a la secuencia de Ponce Sanginés para Tiwanaku y a la tan conocida “secuencia maestra” de Ocucaje (Menzel et al. 1964) y Nazca (Strong 1957), la cual tuvo que soportar todo el armazón (endoble) de su secuencia: “Las semejanzas más notables están entre la fase Río Pucara y los estilos Ocucaje 10 y Nazca 1” (Ibíd.: 11) o luego: “Esta evidencia sugiere posibles correlaciones entre Ocucaje 8 y los estilos Cusipata y Qalzasaya del altiplano, entre Ocucaje 9 y la Fase Pampa Pucara, y entre Ocucaje 10 y Nasca 1 y la Fase Río Pucara” (Ibíd.: 12).

¹⁶² Franquemont hace la aclaración de que en esta fase se incluyó el material cerámico que no pudo ser asignado a ninguna de las anteriores unidades.

Como era de esperar, solucionará su artículo de esta manera:

Muchos problemas todavía nublan la arqueología del altiplano, pero un hecho emerge claramente de este estudio. Un detallado conocimiento del estilo Pucara y su desarrollo es crucial para alcanzar una comprensión elemental de la **historia cultural** del altiplano. (Ibíd.: 12. La traducción y el subrayado son nuestros)

Otra secuencia arqueológica para el altiplano occidental: Lumbreras y Amat (1966)

Basándose en sus investigaciones realizadas hasta ese momento (1966), estos dos investigadores peruanos van a desarrollar una aproximación a los eventos sociales ocurridos en la zona. Su interés para las épocas tempranas es “lograr una secuencia de dos grandes periodos bien definidos, a los cuales nos referimos con los nombres de Qaluyo y Pucara” (Lumbreras y Amat 1966: 77). Este documento también es de gran valor, porque, entre otras cosas, dan a conocer algunas notas de campo inéditas de Manuel Chávez Ballón en el momento del hallazgo del sitio de Qaluyu.

Los investigadores reconocen en su secuencia arqueológica los siguientes períodos:

- A. Cazadores-recolectores. Que en ese momento se limitaban a las cuevas de Mazocruz y Pizacoma.
- B. Culturas agroalfareras tempranas, que incluyen a Qaluyu, Pukara y una “desconocida”.
- C. Período de integración regional: Tiwanaku.
- D. Período expansivo Altiplánico
- E. Período colonial incaico.

Nosotros sólo trataremos de los periodos que aquí nos interesan: el “Periodo de las culturas agroalfareras” y la “Fase B o Cultura Pukara”.

“El periodo de las culturas agroalfareras”

La Fase A corresponderá a Qaluyu, que para ese entonces se fechaba entre 800-500 a.n.e (con un margen de error de 100 años). Lumbreras y Amat hacen alusión a un fenómeno en la Arqueología de esta época, y ya anotado anteriormente, que es la ocurrencia de cerámica Qaluyu asociada a Pukara (Notas de Kidder 1948: 80). Los autores describen los tipos de cerámica, acusando la posibilidad

de la existencia de varias etapas dentro de lo conocido globalmente como Qaluyu. Sus tipos de cerámica propuestos son: Qaluyu Inciso, Qaluyu Oscuro sobre Claro, Qaluyu Negro sobre Rojo, Qaluyu Crema sobre Rojo y Qaluyu Negro y Crema sobre Rojo (ver figura 15).

Además, asocian a la cerámica llana con bordes en forma de “coma” con el Formativo central andino (Lumbreras y Amat 1966: 78). Pero también algunas cerámicas, como las pintadas de amarillo sobre rojo, les recuerda a Chiripa (Ibíd.: 79). Los autores llaman la atención que pese a conocerse gran cantidad de cerámica, poco se sabe de las estructuras arquitectónicas y la economía de este grupo social. Le dan una distribución espacial al “complejo cerámico” en la región occidental del lago y norteña del altiplano del Titicaca y con reporte de su hallazgo muy cerca al Cuzco. Para ellos, la coetaneidad con Chiripa es evidente, además de las afiliaciones estilísticas, por los fechados radiocarbónicos.

“La fase B o cultura Pukara”

Aquí, nuevamente, los autores hacen la oportuna observación que dentro de “lo que estilísticamente se conoce como ‘Pucara’ [existe] más de una manifestación, que, representando un cierto carácter de unidad tradicional, deben corresponder a más de una fase” (Ibíd.: 81. Los corchetes son nuestros). La descripción de los restos materiales se hace sobre la base de los trabajos de Kidder.

Obviamente, el sesgo histórico-cultural está presente en dicho artículo y les crea contradicciones a los autores cuando, por ejemplo, notan que es probable la existencia de varios estilos cerámicos dentro de lo que se asume debería ser una “unidad cultural”. Por lo demás, no deja de ser un artículo de síntesis y de descripción.

Este mismo esquema prácticamente se repetirá sin mucha variación en el influyente *De los pueblos, las culturas y las artes en el antiguo Perú* (Lumbreras 1969), el manual de arqueología peruana más utilizado y extendido en esos tiempos. En este texto se hace mención de la cerámica Qaluyu en sólo un párrafo y se ofrece una descripción del sitio-epónimo (Ibíd.: 93). Sobre Pukara se extiende un poco más que con Qaluyu, pero siempre hablando de la cerámica Pukara policroma. Lumbreras plantea dos hipotéticas fases dentro de esta cerámica: la primera “naturalista” y la segunda “simbólica” (Ibíd.: 137-138). Lumbreras se refiere básicamente a la cerámica como el principal factor de “unidad cultural”. Vemos, pues, que la carga histórico-cultural (y el consecuente uso del concepto de “cultura”) todavía sigue latente y en plena forma en sus escritos, por lo cual su reproducción por los posteriores investigadores no será difícil.

Hacia 1971, en su artículo: “Proyecto de investigaciones arqueológicas en Puno”, Lumbreras coqueteará con el materialismo histórico, aunque todavía vindica la hipótesis de Steward acerca de las “sociedades hidráulicas” como la forma más viable de desarrollo político en el Altiplano prehispánico:

(...) planteamos la hipótesis de que en el altiplano (...) se forjó una sociedad con una estructura procesal y orgánica diferente a la que se desarrolló en la costa y aún en otras partes de la cordillera andina, que quizá pudieran inscribirse dentro del tipo llamado “hidráulico” por Steward (1950) y sus seguidores. (Lumbreras 1971: 61)

En este artículo avanzó lo que se materializará más tarde en la excavación del sitio de Pukara: un plan de trabajo arqueológico con el objetivo último de explotación turística:

Un programa de excavaciones con fines de conservación y restauración, es pues indispensable y hecho, Pucara se convertirá en un lugar con atractivos semejantes al de Chavín o Tiwanaku. Creemos que en una primera fase, Pucara debe merecer la primera atención. (Ibíd.: 64)

La ideología hecha piedra: Sergio Chávez y Karen Mohr

Nos ocuparemos de estos dos investigadores de manera conjunta, puesto que mucha de su bibliografía si no esta firmada por ambos lleva en sí planteamientos que comparten, fruto de investigaciones conjuntas en el área altiplánica. Ambos desarrollaron una de las trayectorias arqueológicas más prolongadas de la zona, excavando importantes sitios de la “época formativa” y reconociendo localidades con presencia de esculturas de esta época. Esto les lleva a reafirmar la existencia de una identificación de la zona norte con un proceso social y que, incluso, se va a llegar a notar hasta Tiwanaku (Chávez 1975).

Hacia 1969, Karen Mohr hizo una primera pequeña reseña de sus trabajos de investigación como estudiante graduada en Antropología por la Universidad de Pennsylvania (Mohr 1969), cuando estaba interesada en los tiempos anteriores a la ocupación inca en el Cuzco, de la que se conocía muy poco (Ibíd.: 48). Sin embargo, también tomó en cuenta en su investigación al “estilo cerámico Qaluyu”, ya que asume la compartición de “rasgos culturales” entre las sociedades formativas de Cuzco y Puno. De ahí que señalara que ellas conformaron un “área cultural”. Así, en esa época, su investigación:

(...) está dirigida a establecer las secuencia de ocupaciones, esto es, las cronologías relativas y absolutas; y a clarificar la naturaleza de esas culturas Pre-Waru [en el

Cuzco], Pre-Pucara [en Puno], individualmente y como un todo". (Ibíd.: 48-49. La traducción y los corchetes son nuestros)

Con ese propósito realizó excavaciones en el montículo de Qaluyu, concretamente 5 trincheras que variaban de 1 m × 1.50 m a 3 m × 5 m y con profundidades variables entre 1 y 4 metros (Ibíd.: 50). Los resultados obtenidos en esta investigación sirvieron en parte para la redacción de su tesis doctoral, presentada en 1977¹⁶³.

A partir de 1970 saldrán a la luz una serie de artículos firmados por ambos, pero en el que Sergio Chávez será el inspirador, como se desprende su interés de investigación en esos años:

Sergio Chávez, actualmente estudiante de la Universidad Central de Michigan en Mt Pleasant, es originario del Cuzco, Perú, y ha pasado muchos años haciendo trabajo arqueológico en la región Cuzco-Puno, teniendo un especial interés en los materiales líticos, desde las herramientas hasta la escultura de las culturas en el área andina. (Chávez y Mohr 1970: 39)

Este interés en los temas arqueológicos no es gratuito, porque hay que recordar que su padre, Manuel Chávez Ballón, fue discípulo de Tello, investigador que, además de hacer extenso trabajo empírico en dicha área, definió el estilo cerámico Qaluyu.

En su artículo: "Newly Discovered Monoliths from Highlands of Puno" (Chávez y Mohr 1970), Chávez y Mohr realizaron su primera aproximación al material lítico del área altiplánica: las esculturas y estelas ya conocidas desde antiguo más algunas nuevas registradas por ellos. Pero, más allá de la descripción de dicho material, también comenzaron a desarrollar su interés por la ideología representada en la iconografía:

El hecho que los monolitos son de piedra, un material permanente y menos plástico, que por ejemplo la cerámica, requiriendo más tiempo y trabajo para su producción, nos lleva a creer que su función fue importante, en muchos casos reflejando una porción del sistema ideológico o de creencias de la sociedad. Es posible que los monolitos esculpidos representaron una síntesis de sus creencias religiosas, expresadas visualmente en piedra; la cual, podría describir cultura como un sistema simbólico. Esos monolitos fueron símbolos que dieron vida a significados que fueron interiorizados y compartidos por los miembros de la sociedad, además, mantuvieron, identificaron visualmente y organizaron sus creencias. (Ibíd.: 25)

¹⁶³ La versión revisada de la misma se publicó en la serie Baessler-Archiv, de Berlín (Mohr 1980-81).

De esta anterior cita se desprende su perspectiva idealista acerca del estudio de las sociedades, basado en el análisis de la ideología plasmada en la piedra. Con ese objetivo, también describirán por primera vez la estela ubicada en la localidad de Taraco, provincia de Huancané, en 1968 (Ibíd.: 33), conocida por los pobladores de la zona como “Yaya-Mama”, con la que desarrollarán su idea de la existencia de un primer estilo altiplánico que bautizaron con el mismo nombre. Estos investigadores observan las similitudes con estelas de Tiwanaku, y más adelante plantearán esta cuestión formalmente:

No podemos estar seguros en este punto, sí esas similitudes indican relaciones históricas entre los pueblos poseedores de esos estilos. Sin embargo, esta estela provee evidencia adicional para determinar la naturaleza y relaciones entre las culturas de Pucara y Tiahuanaco y sus posibles conexiones con otros grupos no altiplánicos tales como el de Paracas en la costa. (Ibíd.: 34)

Posteriormente, hacia 1975, tras registrar y estudiar un número importante de esculturas con semejanzas iconográficas, finalmente definen el “estilo Yaya-Mama” de esta manera:

Este artículo se centra sobre la discusión de una estela de Taraco, en el departamento de Puno. Su combinación única de elementos estilísticos será comparada con la de algunos monolitos pre-Tiahuanaco de alrededor de las márgenes del Lago Titicaca, monolitos de estilo Pucara y luego con elementos Paracas o Nazca tempranos. Un grupo de similar de escultura lítica de alrededor del lago, incluyendo esta estela de Taraco, será distinguida como componente de un nuevo estilo, posiblemente pre-Pucara en fechado relativo. (...) La estela Yaya-Mama es, entonces, representativa de un grupo estilísticamente similar de esculturas de piedra, un grupo que sugerimos denominar “Grupo Yaya-Mama”. (Chávez y Mohr 1975: 46. La traducción es nuestra)

En 1975, otro artículo acerca de dos fragmentos de una misma estela lítica dividida entre Arapa (Puno, Perú) y Tiwanaku (Bolivia) les ofreció evidencias adicionales sobre la relación entre ambas sociedades y, sobre todo, la influencia que ejerce Pukara sobre Tiwanaku y fundamentar más su tradición escultórica (Chávez 1975), en la que se encuentran los estilos pre-Pukara y Pukara.

En un último trabajo publicado, Mohr (2001) no va a variar en absoluto su discurso de 1975 acerca de la “Tradición Yaya-Mama” (ver, también, Burger et al. 2000). Como señalará Kolata (1993:81), siguiendo a Mohr y a Chávez, esta tradición serviría al posterior Estado Tiwanaku como una poderosa base para la “legitimación de su agresiva religión, proselitismo cultural y económico que lo llegó a caracterizar”.

Para Mohr y Chávez, evidentemente, lo mismo sucede con Pukara, donde se conservan muchos de los elementos iconográficos de dicha “tradición”¹⁶⁴:

Alrededor del 2150 BP, cerca al inicio del Periodo Intermedio Temprano, Pucara emerge en la cuenca norte del Lago Titicaca. Centrada en el sitio de Pucara, con sus monumentales múltiples templos hundidos, fina escultura de piedra y cerámica ceremonial, la elite Pucara continuó la tradición religiosa Yaya-Mama y controló la producción de poderosas imágenes supernaturales explícitamente expresada en un estilo corporado. (Burger et al. 2000: 315. La traducción es nuestra)

De esta manera, observamos que dichos investigadores se concentraron específicamente en el estudio de la iconografía para realizar una hermenéutica de las sociedades que comparten similitudes en sus representaciones escultóricas líticas. Como cuestión estilística, el “Grupo Yaya-Mama” es una interesante propuesta para articular ideológicamente a las sociedades altiplánicas. Sin embargo, no se han definido aún las características materiales que hicieron posible la producción y reproducción de dicha ideología. En ese sentido, la introducción del materialismo histórico en la interpretación de dichas sociedades trataría de solventar dichas deficiencias en la investigación arqueológica, como veremos a continuación.

El materialismo histórico se introduce en la arqueología de la cuenca norte del Titicaca

Como vimos en el capítulo anterior, para el Perú y gran parte de la arqueología latinoamericana, el punto de inflexión en la teoría hacia un materialismo histórico va a ser la publicación de *La arqueología como ciencia social* (Lumbreras 1974). Asistimos a una época en que hay un movimiento ideológico de orientación política izquierdista, promovido desde el gobierno militar populista de Velasco Alvarado, bajo el cual Luis Lumbreras y su equipo encontraron una cobertura necesaria para impulsar su manera de hacer arqueología. Por el contrario, este impulso nacionalista “produjo un ambiente en el que los arqueólogos de los Estados Unidos encontraron difíciles o no placenteras condiciones para trabajar” (Burger 1989: 42. La traducción es nuestra).

La llegada al poder de los militares surge como una reacción a los ineficaces gobiernos que seguían una política que, por un lado, permitía y aseguraba a las empresas norteamericanas y a su aliada élite peruana el dominio del poder

¹⁶⁴ Para otra interpretación de la estela Yaya-Mama, se puede ver Kolata (1993: 80-81).

económico; mientras que, por el otro, permitía y justificaba la explotación de las masas campesinas y obreras. Pronto esta situación contradictoria llegó a un punto en que no se pudo controlar. Para comprender esto, haremos un poco de historia de cómo se presentó la situación económica y política antes de esa radical acción tomada por los militares a finales de la década de 1960.

Manuel A. Odría había llegado al poder en 1950 gracias a un golpe militar (Skidmore y Smith 1996: 230). Sin embargo, se alineó con los propietarios peruanos y facilitó la explotación de las compañías norteamericanas, como las mineras y petroleras. Luego de este gobierno siguió, por una segunda oportunidad, el de Manuel A. Prado, el cual, como era de esperar, continuó su línea económica previa y la de su antecesor (Ibíd.: 231).

En 1963, tras un proceso electoral irregular, en el que por todos los medios los militares evitaron la llegada al poder del APRA (Deniz 1978: 30), se instala en el gobierno, en su primer mandato, el arquitecto Fernando Belaúnde Terry. Este era miembro de la alta burguesía arequipeña y había estudiado en la Universidad de Texas. Belaúnde realizó ajustes en el modelo económico del Estado, “intentando aumentar el papel del mismo y a extender los servicios sociales. Empezó a conceder incentivos para la manufactura e insistió en la necesidad de la reforma agraria” (Skidmore y Smith 1996: 232). Pero esta “reforma agraria” sólo se llevaría a cabo más tarde, con el gobierno de Velasco Alvarado. Belaúnde también trató por medios violentos aplacar la situación de insatisfacción de la población campesina, que ya había formado movimientos insurreccionales y que hacia 1966, se estimaba en unos 300.000 insurrectos. Estos fueron brutalmente reprimidos por el Ejército, resultando de ello la muerte de 8.000 campesinos, 19.000 sin hogar, 3.500 encarcelados y unas 140.000 hectáreas destruidas por acción del fuego y del napalm (Ibíd.: 232). Esto constituyó toda una experiencia traumática para la sociedad peruana en su conjunto.

Sin embargo, Belaúnde fracasaría en su política económica de connotación nacionalista, cuestión que se puede graficar en las fallidas negociaciones con la International Petroleum Company, las cuales terminaron en un escándalo público y con el agregado de ventajosos acuerdos para la compañía petrolera norteamericana. Esta situación, acompañada de una depresión económica, que no pudo frenar ni siquiera con su populismo, condujo a una respuesta de la población a través de huelgas en diversos puntos del país (Deniz 1978: 34). Pero habría que esperar una acción radical desde un grupo que contase con la fuerza necesaria para realizar un cambio de esta situación. Ello ocurrió el 3 de octubre de 1968, cuando los militares tomaron el poder, pero esta vez por un espacio de tiempo importante.

El general Juan Velasco Alvarado, presidente de la Junta Militar, fue designado para llevar adelante el plan de un gobierno “revolucionario”, y como él mismo afirmaba: “No somos marxistas, pero estamos haciendo una revolución, y esto es lo que importa” (Moreira 1975: 9). En este golpe militar, por primera vez se tenía independencia de los grupos de poder económicos peruanos, con lo cual había cierta libertad de acción en el desarrollo de sus planes y no existiría una “subordinación de la economía peruana a los centros de decisión donde se originan las acciones que afectan fundamentalmente a la vida económica de la nación e impide un proceso de desarrollo autónomo dirigido al logro de los objetivos nacionales”. (Ibíd.: 233). Para ello, el Gobierno se había sensibilizado notablemente con la causa campesina. Esto puede ser atribuido, principalmente, a la experiencia traumática que supuso la violenta represión de la guerrilla campesina por los militares durante el gobierno de Belaúnde. Por ello, uno de los objetivos del Gobierno Militar fue realizar la tan esperada “reforma agraria”, cometido que inició hacia 1969. De esta manera, todos los grandes latifundios fueron sometidos a expropiación.

Pero, mientras se realizaron aparentes mejoras en las condiciones de vida de la masa explotada (campesinos y obreros), no se tenía como objetivo conducir al Perú a una especie de socialismo; por el contrario, se buscaba la reducción de la lucha de clases, que ya había tomado un cariz violento. Así, el Estado se encargaría de tutelar a los grupos de presión social, regulando las disputas civiles. En este momento, el régimen peruano, podría denominarse como un “Estado corporativo típico” (Ibíd.: 235). Otro objetivo que se logró fue el de la “nacionalización” o expropiación de los sectores productivos estratégicos, como el de la minería y el petróleo. Para ello, por ejemplo, se expropiaron la International Petroleum Company (Deniz 1978: 9), creándose en su lugar PetroPerú. Esta misma situación atravesaron la ITT (1969), Chase Manhattan Bank (1970), Cerro de Pasco (1974) y Marcona Mining (1975) (Skidmore y Smith 1996: 236). Y, aunque esto despertó la hostilidad de los Estados Unidos, pronto se llegó a un acuerdo para que el Gobierno peruano compensara económicamente a dichas empresas.

Sin embargo, la ilusión populista pronto entró en crisis. Los descontentos no se hicieron esperar, situación que fue acompañada de una nueva crisis económica (Deniz 1978: 10), además de los problemas de salud del general Velasco Alvarado, provocando que el experimento militar fracasara.

En 1975, Velasco Alvarado fue reemplazado por la Junta Militar y se designó al general Francisco Morales Bermúdez como conductor del Gobierno Militar; este nuevo gobierno simplemente llevaría a cabo el desmantelamiento de la obra de su

antecesor. Las presiones del Fondo Monetario Internacional (FMI) hicieron que el Gobierno peruano se ajustará nuevamente al programa económico establecido, lo que condujo a nuevos problemas en la economía nacional. Esto obligaría a Morales Bermúdez a abrir nuevamente las puertas a las inversiones extranjeras, otorgándoles grandes concesiones (Deniz 1978: 12). Finalmente, todo este sistema político sucumbió ante el anuncio de una Asamblea Constituyente en 1978, la cual abría la transición hacia la democracia.

En lo que respecta a la Arqueología del Altiplano peruano, fue durante este periodo cuando se realizó la excavación del sitio de Pukara como parte del Proyecto de Puesta en Valor de Monumentos del Plan COPESCO/UNESCO y ejecutados por el Instituto Nacional de Cultura (Mujica 1978: 290). Este proyecto fue iniciado por Luis Lumbreras como parte de un taller de Arqueología (Paredes Eyzaguirre, com. pers., 1998); sin embargo, quien se encargó de la investigación y posterior publicación de los resultados fue Elías Mujica, miembro del Instituto Arqueológico de Estudios Andinos (INDEA), institución donde se encontraría el “núcleo duro” del pensamiento arqueológico materialista histórico en el Perú.

Las excavaciones en Pukara entre 1975-1980 y la coyuntura con el Gobierno Militar

Este segundo proyecto de excavación a gran escala en Pukara fue financiado por COPESCO/UNESCO y llevado a cabo entre 1975 y 1980 (Paredes 1985, Wheeler y Mujica 1981). El proyecto realizó excavaciones adicionales en el área de la plaza hundida, excavada anteriormente por Kidder en 1939; mediante estas excavaciones se estableció la presencia de una construcción más temprana bajo la plaza de la época de Pukara Clásico, denominada Cusipata (siguiendo las fases estilísticas definidas por Franquemont), y otra no identificada, probablemente del Formativo Temprano (¿Qaluyu?) (Mujica 1987). El proyecto también estimó la excavación y reconstrucción de las terrazas (donde se localizaron monolitos *in situ* [Paredes 1985]) y escaleras de Qalasaya con el objetivo de la “puesta en valor” del sitio. Un reporte inédito dirigido a la National Science Foundation por Jane Wheeler y Elías Mujica (1981) provee una síntesis de los hallazgos de estas investigaciones.

Materializando la historia: Elías Mujica Barreda

Es uno de los pocos arqueólogos que ha descrito un proceso histórico-social al interesarse por realizar una explicación socio-económica de las sociedades tempranas en esta área. Como integrante del grupo de estudios de Luis Lumbreras (INDEA),

se inscribe en el discurso materialista histórico. Tendrá la ventaja de desarrollar mayores observaciones de campo que Lumbreras y así publicará varios artículos acerca del área.

Así, hacia 1978, publicará *Nuevas hipótesis sobre el desarrollo temprano del Altiplano, del Titicaca y de sus áreas de interacción*. Analizando este trabajo, salta a la vista, en primer lugar, la “herencia culturalista” de este temprano artículo, cuestión de la cual Mujica era consciente (Mujica 1978: 296). Sin embargo, dicho artículo es sumamente interesante, puesto que describe a Tiwanaku como el resultado del trabajo acumulado por las sociedades de toda la cuenca del Titicaca:

Tiwanaku es el resultado de todo un proceso previo que se inicia en el Formativo, proceso cuya peculiaridad principal radica en que este fue posible debido a una fuerte interacción existente entre dos áreas históricamente antagónicas: el área de la cuenca del Titicaca, al norte y área situada al sur. Adicionalmente existieron otras áreas ligadas íntimamente al desarrollo altiplánico: la cuenca del Vilcanota en el actual Departamento del Cuzco (Perú), la costa sur-central peruana en donde se desarrollaron Paracas y Nasca, y la costa del extremo sur peruano y norte chileno, en donde sobresale la fase Alto Ramírez. (Ibíd.: 289-290)

De este modo, para Mujica, Pukara habría jugado un rol decisivo en los desarrollos previos a Tiwanaku. Por otro lado, aquí se plantea una dialéctica entre las cuencas norte y sur, una hipótesis bastante sugerente para interpretar el desarrollo de las sociedades altiplánicas. Sin embargo, aunque como hipótesis es muy interesante, el conocimiento arqueológico de ese entonces era bastante pobre, situación que el mismo autor reconoce cuando trata de comprobar sus fases hipotéticas con el material arqueológico disponible en ambos lados del lago. Finalmente, cayó en la misma forma de hacer arqueología histórico-cultural y hermenéutica.

Para Mujica, Pukara sería el articulador de “las culturas agroalfareras [siguiendo a Lumbreras y Amat 1966] Qaluyo y Chiripa y un estadio notablemente más desarrollado que es Tiwanaku” (Ibíd.: 290. Los corchetes son nuestros). Pero, como él mismo nos advierte, estas cuestiones allí planteadas están en el nivel de hipótesis a comprobar.

Un punto de inflexión en los estudios de la cuenca norte del Titicaca, y que le supone a Mujica una contradicción que trata de superar, está relacionado con las secuencias arqueológicas del área: “Como vemos, la secuencia cronológica se nos presenta hasta el momento como grandes bloques culturales cuando sabemos que en realidad no fue así” (Ibíd.: 293).

Si bien esta crítica es bastante pertinente, para Mujica, los desarrollos sociales y económicos se deberían a causas externas como la interacción:

Debió de existir una fuerte interacción entre diversas culturas altiplánicas, lo cual se refleja fundamentalmente en los estilos cerámicos; y pudo existir también un fuerte contacto entre el altiplano y la costa sur peruana y norte chilena, en los inicios del desarrollo altiplánico. (Ibíd.)

Como podemos apreciar, los planteamientos son retomados de los investigadores previos, prácticamente desde que Luis E. Valcárcel los sugiriera en la década de 1920.

Así, también, en este intento de reconocer el desarrollo histórico que lleva a la emergencia de Pukara, va a retomar la cuestión de la “Fase Cusipata” (Mujica 1987). Como vimos con anterioridad, fue Edward Franquemont quien definió esta fase cerámica producto del análisis de las materiales cerámicos provenientes de las excavaciones de Alfred Kidder. Asimismo, vimos cómo esta fase estilística tuvo problemas para ser aislada, siendo en su momento un intento arriesgado por su poca representatividad dentro del *corpus* arqueológico y sus condiciones de hallazgo. Sin embargo, Mujica cree haber encontrado la evidencia estratigráfica para la secuencia de Franquemont, donde este antecedería a Pukara:

Este artículo es un informe preliminar en donde presentamos las evidencias ceramográficas más importantes de lo que estamos llamando FASE CUSIPATA, cuyas características y posición estratigráfica nos permiten proponer que es tanto el antecesor de Pukará como una fase intermedia entre esta y Qaluyu. (Ibíd.: 22)

Como ya hemos apuntado, Mujica dará por cierta la secuencia de Franquemont gracias a sus excavaciones realizadas en Pukara. Los materiales arqueológicos que le permiten establecer esta confirmación de la secuencia:

(...) han sido ubicados en contextos superpuestos en diversas partes de la pirámide principal o “Qalasaya” de Pucará. Tanto en el nivel hundido del “templo blanco y rojo” (Sector BB) excavado por Kidder en 1939 como en el frontis de la pirámide (Sector BF y BG)”. (Ibíd.: 24)

Para Mujica, la principal evidencia para separar a Cusipata de Pukara es la existencia de “una capa de tierra arcillosa y muy compacta (...) hecho por los Pukara para cubrir construcciones más tempranas dentro de un proceso de remodelación de la pirámide” (Ibíd.).

Sin embargo, como él bien anota, la cerámica Cusipata aparece asociada a la cerámica Qaluyu en dos capas: “(...) es importante señalar que [la cerámica Qaluyu] también se mantiene presente durante buena parte de la fase Cusipata, ya que salen ambos estilos asociados en capas más tardías” (Ibíd. Los corchetes son nuestros).

Resulta, pues, que ahora la única evidencia sólida para separar a Qaluyu y Cusipata es “la capa arcillosa roja” de la estructura piramidal, cuando bien esta puede haber sido causada por una remodelación del edificio, sin que pasase mucho tiempo tras la deposición de la “cerámica Cusipata”. De hecho, esta capa no puede ser señalada directamente como producto de la acumulación natural, sino más bien como producto de la actividad humana. De este modo, por un lado, Mujica se arriesga a ecualizar capa cronológica (por acumulación natural de material en el tiempo) con capa constructiva (producto social en un solo evento). Por el otro, quizá producto de la característica divulgativa del artículo, nunca se especifican cantidades de muestra analizada, con lo cual la cuantificación se torna en calificación casi arbitraria. Así, como resultado de sus observaciones, tendrá que admitir que: “(...) sin duda alguna hay una evidente continuidad entre la cerámica Cusipata y la Pukara, sin cambios traumáticos entre ambos estilos” (Ibíd.: 25).

Es decir, nos encontramos nuevamente con la misma propuesta dudosa como la realizada por Franquemont.

Todos estos planteamientos, a nuestro modo de ver, son resultado de la forma estática de observar la producción de los restos materiales y, por consecuencia, de la explicación de las sociedades. De esta manera, se traslada mecánicamente el concepto de “cultura arqueológica” al registro arqueológico. Con este proceder, todo resulta en un afán por acomodar los datos arqueológicos en aquella abstracción conceptual. Se busca la confirmación de la precedencia de Cusipata en su aparente “tecnología inferior” frente a la cerámica Pukara Policroma de “tecnología superior”. Se cae en el error de equiparar menor desarrollo tecnológico (calidad) con mayor antigüedad. Obviamente, aquí todavía se sigue un esquema evolucionista. A la vez, creemos que el sitio epónimo de Pukara no sería el mejor lugar para definir una sucesión temporal de la sociedad altiplánica por sus características de asentamiento social aglutinante. Es probable que durante algún tiempo varias sociedades (o grupos dentro de una misma sociedad) estarían llevando su cerámica consigo para ser allí depositada. Los sitios de Chavín y Pachacámac son buenos ejemplos para ilustrar este tipo de fenómeno social¹⁶⁵.

¹⁶⁵ Un novedoso planteamiento para la reproducción del Estado andino, concretamente el de Tiwanaku (Goldstein 2005), ofrece una alternativa de explicación, en la que diferentes grupos sociales están envueltos en un mismo sistema político. Asimismo, en el mismo centro urbano de Tiwanaku se han hallado diferentes tipos de estilos cerámicos que convierten a estos sitios en espacios cosmopolitas (Janusek 2005).

Por otra parte, un factor que determinaría el tipo de explicación de Mujica sería el concepto de “tradición”, el que supone a una sociedad cumpliendo normas de producción cerámica que permanecen en la conciencia colectiva por largos espacios de tiempo:

(...) en el sitio de Pucará existen dos tradiciones ceramográficas tempranas que confluyen en Pukara. Una primera netamente altiplánica cuyos antecedentes están en las capas más profundas del sitio a 2.80 m. por debajo de la capa roja arcillosa de relleno Pukara (...) y una segunda tradición de probable origen norteño (Marcavalle-Pikicallepata) y más tardía que la anterior (...). La primera tradición estaría representada por la cerámica Cusipata Pintada y la segunda por la Incisa, influyendo de manera más notable la tradición incisa o “altiplánica” en el posterior desarrollo de Pukara. (Ibíd.: 28)

De este modo, para Mujica, los cambios en los conjuntos cerámicos (y “culturales”) se darían principalmente por influencia externa a la sociedad Pukara.

Sus siguientes artículos van a ser de síntesis de lo conocido de Pukara (1991) y sus planteamientos originales no van a variar en demasía. Sin embargo, desarrollará una jerarquización de los asentamientos, definiendo a Pukara como un “núcleo principal”, así como “centros secundarios” (o, también, semiurbanos) y “aldeas” (Mujica 1991: 279-284). En estos últimos artículos, Mujica no denominará a Pukara como un Estado, como era de esperar, y más bien le denominará “Sociedad Compleja”, un concepto prestado de la arqueología procesual, con su evidente carga evolucionista-funcionalista.

Los últimos 20 años

Luego de la desaparición de la cobertura del gobierno de Velasco Alvarado para los proyectos arqueológicos por parte del Estado peruano, la apertura realizada del gobierno de Morales Bermúdez (1977-1979) favoreció la llegada de investigadores norteamericanos (Burger 1989: 42-43). Esto trajo consigo la correspondiente introducción al Perú de conceptos y métodos asociados con la teoría procesual. Este tipo de Arqueología, aunque ya se había fundado con el influyente artículo de Lewis Binford (1962), debió esperar a encontrar un ambiente propicio para su introducción en el Perú mediante trabajos de campo. Ello se produjo hacia 1977 con proyectos arqueológicos regionales, como el de la Universidad de Michigan y la UCLA en el valle superior del Mantaro, realizado por arqueólogos tan representativos como Timothy Earle, Kent Flannery, Joyce Marcus, entre otros (Burger 1989: 43). Así: “Perú fue un laboratorio conveniente en el que los problemas de la evolución cultural general podían ser aislados y estudiados”. (Ibíd. La traducción y el subrayado son nuestros).

De este modo, las teorías de la escuela histórico-cultural se confrontaban, en ese momento, con las plenamente neoevolucionistas, pero que ahora estaban re-mozadas por las teorías binfordianas y acompañadas de las técnicas que apoyaban su neopositivismo. La rápida aceptación de las teorías procesuales, también, fue producida por la incapacidad del materialismo histórico de consolidarse como una escuela de pensamiento arqueológico en el Perú, perdiendo de esta forma el espacio ganado durante el Gobierno Militar de las FF.AA. durante su primer periodo (Tantaleán 2004). La arqueología procesual tuvo apoyo de arqueólogos peruanos tan influyentes como Ramiro Matos.

Sin embargo, el desarrollo que experimentó la arqueología procesual (y otras, como la materialista histórica y la tradicional) también estaría determinada por nuevas condiciones políticas y económicas. La llegada de la democracia tras las elecciones de 1980 (y la previa aprobación de la Constitución Política del Perú, de 1979), donde nuevamente ganó Fernando Belaúnde Terry, abrió un nuevo tiempo de frágil estabilidad política. Esta situación se rompió pronto por la incursión en la lucha armada de Sendero Luminoso, una facción radical del Partido Comunista Peruano, y, más tarde, del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). Belaúnde autorizó una ofensiva militar que no aminoró su fuerza y, por el contrario, comenzó a extenderse por otras provincias de la sierra, llegando hasta la misma capital (Skidmore y Smith 1996: 239). La sierra central sería el principal foco de subversión (especialmente Ayacucho, donde el movimiento subversivo se inició) y que imposibilitaría la consecución de proyectos de investigación, principalmente extranjeros (Burger 1989). Esta situación no cambiaría mucho con la llegada del APRA al poder, liderada por la figura del carismático Alan García, quien impulsó un nacionalismo económico, bajo las premisas originales de Haya de la Torre. Si bien el populismo aprista tuvo el inicial afecto de los peruanos, pronto dicho programa tuvo que afrontar la contradicción con el sistema económico capitalista imperante, al cual García se había empeñado en atacar en sus intereses, principalmente incumpliendo los pagos de la deuda externa. Asimismo, el enfrentamiento con Sendero Luminoso devino en frontal y llegó a la misma capital, causando un ambiente de violencia e inseguridad en la mayor parte del territorio peruano, situación que fue agravada por la penosa situación económica de las masas obreras y campesinas. Como consecuencia de ello, en el Perú de la década de 1980 hubo muy poca investigación y en el Altiplano peruano esta fue nula.

Para 1990, la llegada al poder del ingeniero agrónomo Alberto Fujimori y su lucha frontal contra los movimientos subversivos y su aparente victoria sobre estos crearon una nueva coyuntura favorable para las investigaciones en el Perú. La

política económica se tornará neoliberal: se controló la hiperinflación y se asumieron nuevamente los pagos de la deuda externa. Esta cuestión hizo de nuevo evidente la situación de dependencia económica del Perú. Hacia 1992, Fujimori realizó un autogolpe apoyado por las FF.AA. y reformó la Constitución Política del Perú, con lo que este podía ser reelegido, lo que consiguió en 1995, otorgándole un gobierno de cinco años más.

Dentro de ese contexto económico y político se iniciarán algunas investigaciones en el Altiplano peruano, básicamente dirigidas por norteamericanos.

Un materialismo histórico aplicado: Sergio Chávez (1992)

La tesis doctoral de Sergio Chávez (1992), realizada para graduarse por la Universidad de Michigan, es un estudio bastante serio y formal acerca de la naturaleza de la sociedad Pukara y que se basa en el análisis de la cerámica en su producción/estandarización, distribución y consumo. Se percibe cierta influencia marxista en su marco teórico, aunque nunca lo hace explícito, utilizando términos como “modo” y “medios de producción” en su modelo o hipótesis principal:

Los niveles elevados de especialización de la labor y estandarización en la producción artesanal están relacionados cercanamente a niveles más altos de integración socio-económica y centralización en sociedades complejas. Mientras que los **modos y medios de producción** se incrementan bajo el control, soporte y demanda de una autoridad centralizada secular y/o religiosa, un grupo de especialistas a tiempo completo, no productores de alimentos, emergen para satisfacer esas demandas. Tal caso puede ocurrir en la manufactura de la cerámica, vasijas llanas y/o vasijas ceremoniales de lujo. (Ibíd.: 6. La traducción y el subrayado son nuestros)

La confirmación de su hipótesis requeriría la identificación de la evidencia crucial en los datos disponibles de la cerámica del área en cuestión. Esta se cruzaría con la evidencia independiente de contextos sociales y ambientales, entre otros. Para Chávez, con Pukara se marcaría los comienzos de las sociedades estatales (Ibíd.).

Sin embargo, por lo menos en el texto introductorio de su tesis, si bien sugiere que Pukara podría ser un Estado, finalmente se inclinará por el uso del término “sociedad compleja”, cuestión que implica una carga neoevolucionista en su discurso.

Asimismo, al asumir que Marcavalle sería un tipo de sociedad de pequeña escala, producto de la negación de su evidente especialización artesanal (Ibíd.: 7), traslada dicha caracterización a Qaluyu, puesto que ambas presentarían las mismas características socioeconómicas. Así, para Chávez, los dos principales elementos

de prueba para la defensa de la “sociedad compleja” son la especialización y la estandarización en la producción (Ibíd.: 5). Aunque también expone ejemplos etnológicos donde esta situación no se produce.

Si bien su estudio se basa en la producción de la cerámica, el análisis iconográfico conformó el grueso de su tesis (algo más de 300 páginas). Sin embargo, observa que la producción de cerámica Pukara es estandarizada: “Aparte de las relativas variaciones menores, que pueden ser esperadas en las vasijas hechas a mano o atribuidas a ceramistas individuales, las vasijas del estilo Pucara están estandarizadas en tamaño, forma, acabado de superficie y pasta” (Ibíd.: 510).

Respaldado por la experimentación, el análisis de remanentes de contenidos, las huellas de uso en la cerámica y observaciones etnográficas, Chávez planteó interesantes funciones para las vasijas Pukara (Ibíd.: 511). Así, también, mediante su análisis iconográfico definiría los principales personajes de las decoraciones cerámicas Pukara (los temas del *Hombre Felino* y la *Mujer Camélido*. Ver figuras 30 y 31) y esbozará una interpretación de su ideología (Ibíd.: 521 y ss). A partir de allí, el discurso se tornará hermenéutico, estructuralista y actualista, aunque hay visos de conciliación de la relación entre iconografía y la base económica de la sociedad productora (Ibíd.: 527).

Chávez llegará mediante la iconografía y algunas evidencias arqueológicas a denominar a Pukara como un Estado:

Estos motivos [las cabezas sin cuerpos], que son públicamente exhibidos y representados de una manera repetitiva, magnifican el acto violento, mientras que al mismo tiempo sugiere control social por amenaza de fuerza o terrorismo visual para prevenir algún evento o conflicto. Asimismo, la imaginería es intencionalmente estandarizada, sugiriendo control centralizado y manipulación. La religión respaldó esto mediante la decapitación por la fuerza, proveyendo un medio de racionalizar el dominio de la clase dominante por la fuerza o amenaza de ella, especialmente cuando las amenazas religiosas o supernaturales no llegan a ser efectivos en la dominación por persuasión (...). El control centralizado de la decapitación que es ritualizado públicamente puede expresar y santificar la autoridad dada a un grupo restringido, de este modo sugiriendo un monopolio sobre la fuerza. **Esta interpretación es tan cercana a denominar a Pucara como un Estado prístino.** (Ibíd.: 529. La traducción, los corchetes y subrayados son nuestros)

Sin embargo, como vimos, esta postura no fue la única defendida en la tesis de Chávez, pues también postuló una explicación alternativa acerca del carácter ceremonial/mítico con los mismos materiales antes descritos. De esta manera, hay dos posturas en su discurso: una inspirada en el materialismo histórico y otra, en el procesualismo.

El regreso del neoevolucionismo: el “Programa Collasuyu”

Charles Stanish, que ya había trabajado en el área del sur del Perú, concretamente en el “Programa Contisuyu”, en Moquegua, inició sus investigaciones en el Altiplano del Titicaca en la década de 1990. Junto a Lee Steadman excavó en el montículo “Formativo” de Tumatumani (Stanish y Steadman 1994) y, hacia 1997, funda el “Programa Collasuyu” junto a Edmundo de la Vega, arqueólogo peruano de la Universidad Técnica del Altiplano de Puno (Stanish 2000: 4).

Hacia 1997 publicarán los resultados de una prospección regional en la zona de Juli-Desaguadero. Gracias a esta prospección se desarrolló una secuencia arqueológica, utilizada más tarde por otros miembros de su equipo cuando se ocupen del área Qaluyu-Pukara. Así, buscando un marco cronológico referencial, se sirvieron de los marcos evolucionistas (la secuencia Bennett-Ponce) y los evolucionistas-históricos (Lumbreras 1974) previos:

Hemos adoptado un sistema cronológico dual que formaliza tanto los enfoques históricos como los evolucionistas en la arqueología de los Andes centrales en general, y en la Hoya del Titicaca en particular. En el primer caso, usamos una cronología evolucionista muy amplia que pensamos es apropiada para la Hoya del Titicaca como un todo. En forma paralela a esta cronología evolucionista, empleamos cronologías históricas locales para áreas diferentes tales como la región Juli, el área del Desaguadero, el área de Tiwanaku, y así. Mantenemos ciertos rasgos de la secuencia de Ica (los períodos Tiwanaku Expansivo y el Inca Expansivo, por ejemplo, que generalmente se correlacionan con el Horizonte Medio y el Horizonte Tardío, respectivamente), pero hemos alterado esta secuencia para encajar la historia cultural de la Hoya del Titicaca de acuerdo a nuestros datos.

La cronología general se representa por ocho períodos: Arcaico Tardío (ca. 5000-2000/1800 a.C.), Formativo Temprano (ca. 1800/1300-1300/900 a.C.), Formativo Medio (1300/900-500/200 a.C.), Formativo Superior (500/200 a.C.- 400 d.C.), Tiwanaku Expansivo (400-1100 d.C.), Altiplano (1100-1450 d.C.), Inca Expansivo (1450-1532 d.C.), y Colonial Español Temprano (1532-1700 d.C.). Junto a la cronología general están las cronologías históricas locales, proveyendo un sistema dual para cada área”. (Stanish et al. 1997)

Para el objeto de nuestro estudio, veremos qué es lo que dicen estos investigadores acerca de los periodos más tempranos o el discutible utilizado término de “formativo”¹⁶⁶:

¹⁶⁶ Para una crítica de este concepto, se puede ver Bueno, Alberto. “El formativo andino: análisis, revisión y propuestas” [en línea]. www.geocities.com/peru_inka/formativo.htm

El Período Formativo Temprano (ca. 1800/1300-1300/900 a.C.)

El largo período de tiempo desde las poblaciones sedentarias más tempranas en la región, fundamentalmente agrícolas, hasta la emergencia del estado Tiwanaku como un señorío expansivo, constituye el Período Formativo en la prehistoria de la Hoya del Titicaca (ca. 1800 a.C.- 400 d.C.). Siguiendo a Lumbreras (1974b), reconocemos tres grandes divisiones del Período Formativo, definidos en términos evolutivos: el Formativo Temprano, Medio y Superior.

El Formativo Temprano se define aquí como el período de tiempo desde las poblaciones sedentarias más tempranas hasta el desarrollo de jerarquías políticas y económicas reconocibles en las sociedades de la Hoya del Titicaca. Este período comenzó hace 1800 a.C. en algunas áreas al norte y sur de la región del Titicaca; pudo haber empezado en otras áreas a más tardar en los 1300 a.C. (...) El Período Formativo Temprano se caracterizó por la existencia de pequeñas aldeas ubicadas en zonas óptimas para la agricultura y los pastizales.

El Período Formativo Medio (1300/900-500/200 a.C.)

El Período Formativo Medio representa el establecimiento de sociedades jerarquizadas en la Hoya del Titicaca. Es durante este período que se encuentra evidencia de una organización del trabajo corporado muy por encima de las capacidades de las unidades domésticas individuales. **Dicha organización del trabajo está asociada a sociedades jerarquizadas, o jefaturas simples, como son conocidas en la teoría antropológica.** La consecuencia de esta organización del trabajo más compleja es, especialmente evidente, en el desarrollo de una arquitectura elaborada y en las tradiciones cerámicas. Las más importantes de las culturas del Formativo Medio son Qaluyu (ca. 1300-500 a.C.) y Chiripa Temprano y Medio (1300-850 a.C. y 850-500 a.C. respectivamente, ver Chávez, 1988a: p. 2, 1988b).

El Período Formativo Superior (500/200 a.C.-400 d.C.)

El Formativo Superior representa el desarrollo de las primeras sociedades marcadamente jerarquizadas en la Región del Titicaca. **Estas sociedades corresponderían a los modelos de organización de señoríos complejos en la literatura antropológica.** La adopción de jerarquías sociales y políticas hereditarias, equiparado casi con toda certeza a una jerarquía económica, señala en la región del Titicaca, la transición del Período Formativo Medio al Superior. El Formativo Superior se define, por lo tanto, como el período en el cual se desarrollan señoríos complejos que fueron las organizaciones políticas dominantes en la región.

Diversos señoríos complejos se desarrollaron en la región durante este tiempo - posiblemente el Período Cusipata en Pucara (500-200 a.C.), Pucara Clásico (200 a.C.-400 d.C.), Chiripa Tardío (500-200 a.C.), Kalasasaya (ca.200 a.C.-200 d.C.), Sillumocco Tardío (200 a.C.-400 d.C.), Ckackachipata (200 a.C.-400 d.C.), y Qeya (200-400 d.C.). (Stanish et al. 1997. El subrayado es nuestro)

Es significativo y de gran importancia el trabajo de Stanish y sus asociados, puesto que revela que la falta de investigación en esta zona del lago nos brindaba una imagen sesgada del desarrollo de las sociedades y la existencia de áreas de transición entre la cuenca norte y sur¹⁶⁷.

Sin embargo, nos parece que la utilización del marco cronológico, que ya hemos citado arriba, induce a los investigadores a ecualizar sociedades de diverso nivel de desarrollo socioeconómico. Dichas sociedades o “señoríos” han sido definidos a través de sus tipos cerámicos. Por ello, no sorprende que cuando realizan la definición de estos, las similitudes con los tipos cerámicos definidos en el lado peruano como el boliviano resulten obvias. Esto se incrementa si observamos que las muestras provienen de recolecciones superficiales y que muchos de los tipos cerámicos no presenten asociaciones lo suficientemente claras (la cerámica Pasiri, por ejemplo).

De todas formas, como ellos advierten, sus presunciones no pretenden ser definitivas y se irán comprobando a través del tiempo. Como podemos advertir, la terminología utilizada es evolucionista, cuestión que se enmarca dentro de la arqueología procesual. Además, Stanish remarca su influencia desde la antropología económica, desarrollada por Karl Polanyi (Stanish 1992), y que, como ya vimos en el capítulo anterior, también hacen uso antropólogos neoevolucionistas como Sahlins o Fried. De hecho, en el año 2001, los postulados neoevolucionistas de Stanish no variarán mucho. Adhiriéndose al “modelo de culto regional”, desarrollado por Helaine Silverman (1995: 27, citado en Stanish 2001), observará que, para el Horizonte Temprano (para el Altiplano, esto corresponde a lo conocido como Pukara): “(...) un gran asentamiento, con arquitectura sustancial [caso de Pukara] puede ser construido en un contexto no-estatal” (Stanish 2001: 52. La traducción y los corchetes son nuestros).

¹⁶⁷ Como los mismos autores señalan: “La investigación arqueológica en el Período Formativo Superior en la Hoya del Titicaca históricamente se ha centrado en dos áreas: el norte del Collao y el sur de Pacajes. Estas son las áreas de Qaluyu/Pucara y Chiripa/Tiwanaku, respectivamente. Este sesgo en la investigación ha llevado a una visión implícita o explícita de la Hoya del Titicaca como caracterizada por estos dos centros de desarrollo cultural que influenciaron, en diferentes grados, a las áreas vecinas. En muchos modos, esta visión es reminiscente de la noción de los centros nucleares de la civilización, aquella de los ‘generadores’ de grandes estilos artísticos y de cultura que subsecuentemente se difunden hacia otras áreas. Por ejemplo, todas las asambleas cerámicas decoradas y las estelas labradas se evalúan como si éstas fueran representativas de las tradiciones Chiripa/Tiwanaku o estuvieran más relacionadas a los tipos Qaluyu/Pucara. Los sitios intermedios entre estas dos regiones se identifican como ‘Chiripa’, ‘Qeya’, ‘Pucara’ etc., sobre la base de unos cuantos fragmentos con decoración superficial, sin importar el resto de la asamblea u otras características del sitio” (Stanish et al. 1997).

Así, todas las características encontradas en la materialidad social de Pukara se justificarían por la importancia del oráculo, tipo Chavín, Pachacámac o, en este caso, Nazca, como aduce Silverman. De esta forma, Stanish reconoce la presencia del Estado para la región andina en la sociedad Moche (Ibíd.: 54-55) y rechaza su existencia antes de esta época. Bajo este supuesto, Pukara no representaría un Estado: “El modelo que mejor puede caracterizar el paisaje político pre-Horizonte Medio es una serie de políticas (*polities*) autónomas y semiautónomas sin ninguna evidencia de complejidad más allá de una sociedad de jefatura” (Ibíd.: 56. La traducción es nuestra).

Stanish finaliza su ensayo asumiendo que la historia del desarrollo de las sociedades se ajusta al esquema evolucionista cultural emulado en otras regiones del mundo:

La perspectiva opuesta¹⁶⁸ asume que mucha de la historia andina puede ser comprendida como un ejemplo del típico proceso antropológico de todas las sociedades humanas. Desde esta perspectiva, los Andes proveen un rico corpus de datos para refinar nuestros modelos de la evolución de las sociedades estatales. Esto provee una cantidad de paralelos y contrastes para otras áreas de desarrollo de estados de primera generación. (Ibíd.: 57)

Para una hipótesis similar, no hay más que ver las viejas hipótesis de Steward acerca de sus áreas nucleares con características similares (áreas áridas y semiáridas, por ejemplo) que determinarían la evolución cultural. Lo que llama la atención es la crítica hacia el modelo del archipiélago vertical de Murra, principalmente, por ser, para Stanish, muy particular y no encajar dentro del esquema de evolución general. Aunque estudios realizados por él (Stanish 1989) acerca de la arqueología doméstica lo inducen a concebir esto. Nosotros no defendemos el modelo de Murra, pero creemos que hay evidencias suficientes que lo pueden avalar, sobre todo para la época Tiwanaku (Goldstein 1993, 2005. Para evidencia bioantropológica, ver Blom et al. 1998 y Sutter 2000: 61).

Stanish moderniza sus enunciados previos y rechaza las hipótesis monocausales y deterministas (circunscripción y presión poblacional o las de conflicto) y apoyará su hipótesis mediante modelos que podrían ser comprobados en el área andina

¹⁶⁸ En dicho artículo, Stanish refuta la perspectiva de John Murra (1968), quien argumenta un caso de desarrollo social particular para las sociedades andinas mediante la llamada “verticalidad” o “complementariedad zonal”. Para una defensa de este modelo en los Andes del extremo sur peruano, se puede ver Goldstein (2000b, 2005).

como los de *Dynamic Cycling*, elaborado por Joyce Marcus (1992) para el área maya y los de Economía Política (D'Altroy y Earle 1985, Earle 1997), aplicado por él (Stanish 1992) para el área andina del extremo sur costero y altiplano (Stanish 2001: 60).

Otra arqueología del colonialismo: el impacto de las sociedades formativas de la cuenca norte del Titicaca

Finalmente, para completar el marco referencial sobre la acumulación de datos y explicaciones referentes a Qaluyu y Pukara, nos detendremos en las investigaciones acerca de los materiales arqueológicos hallados fuera del contexto geográfico original al que corresponderían dichas sociedades.

Los primeros hallazgos de material arqueológico altiplánico alejado de su lugar de producción se relacionaron con unas posibles colonias Tiwanaku y demostrarían un control ecológico vertical por parte de las sociedades altiplánicas. Este modelo fue desarrollado por John Murra (1968) para la época incaica y se argumentó por medio de documentos etnohistóricos (siglo XVI), en los que se hacían referencia a poblaciones asentadas en áreas distantes a su lugar de origen, las cuales no perdían su pertenencia a la misma y tenían como objetivo la explotación económica, principalmente de recursos agrícolas inexistentes en su lugar de procedencia. Asumido esto para la época incaica, la extrapolación hacia la época Tiwanaku fue plausible¹⁶⁹.

Para Pukara, también se ha tratado de explicar la aparición de elementos de su materialidad social fuera de su lugar de producción mediante este modelo¹⁷⁰. Sin embargo, este modelo se ha tachado de “reduccionismo de verticalidad” (*verticality reductionism*) (Dillehay y Núñez 1988: 610, citados en Sutter 2000: 47), puesto que se asume que los artefactos, principalmente cerámica decorada típica (estilísticamente hablando), hallados en la costa tienen que ser necesariamente objetos transportados hasta allá por colonos. Para superar dicha crítica, recientemente se ha ampliado la corroboración de este modelo, además de cerámicas o textiles, al análisis de las mismas poblaciones prehispánicas (por ejemplo, Blom et al. 1998,

¹⁶⁹ Ver, por ejemplo, Berenguer y Dauelsberg (1989), Browman (1978: 332, 1984), Lumbreras (1974), Mujica (1996), Mujica et al. (1983), Murra (1972).

¹⁷⁰ Por ejemplo, Mujica (1990), Mujica et al. (1983). Sutter (2000: 49) cita a Kolata (1993: 76), Muñoz (1983, 1989), Rivera (1984, 1991) y a Santoro (1980) para el área de Azapa.

Rothhammer y Santoro 2001, Sutter 2000), con lo que se ha generado una perspectiva más objetiva de la ocupación de poblaciones altiplánicas en la costa. Por ejemplo, las supuestas colonias Pukara en Alto Ramírez (Azapa) no disponen de pruebas desde la bioantropología¹⁷¹. Sin embargo, para la parte peruana, aún se carecen de estos análisis poblacionales, con lo cual la polémica sigue abierta.

Por ello, aunque puede ser arriesgado este planteamiento, lo cierto es que las evidencias materiales existen, y alguna explicación tendrá que ser planteada para su presencia.

Los principales lugares donde se han hallado materiales arqueológicos relacionados con el Altiplano (los más tempranos y relacionados supuestamente con Pukara) son: el valle de Moquegua u Osmore (Feldman 1989; Goldstein 2000, 2005); Alto Ramírez, San Pedro de Atacama (Rivera 1991: 21); Ica (Conklin 1983); Arequipa: valle del Chili (De la Veracruz 1996:146), Camaná (McEwan 2000)¹⁷².

Las hipótesis que se manejan están íntimamente relacionadas a las concepciones que se tienen acerca del carácter sociopolítico de Pukara y las explicaciones de la aparición de objetos se dan sobre la base de mecanismos, como la colonización o el intercambio comercial.

Para William Conklin (1983), por ejemplo, la cuestión tiene que ver con relaciones de intercambio. Al desarrollar su secuencia estilística a partir de la tecnología y el estudio iconográfico de los textiles encontrados en la costa, remarcará la relación temprana entre esta y la sierra. Así, a la par de desarrollar una temprana relación con las sociedades de la costa que se iniciaría con Pukara, también soportará su continuidad con Tiwanaku, desarrollando la existencia de una tradición textil altiplánica:

Las culturas de la sierra emergieron y cayeron, pero sus tradiciones textiles fueron extremadamente conservadoras. La transmisión del conocimiento textil de persona a persona a través de siglos, hasta el presente, es un continuum asombroso. (Conklin 1983: 20. La traducción es nuestra)

¹⁷¹ Sutter (2000: 63) la cruza, además, con la evidencia arqueológica. También se puede recurrir a Rothhammer y Santoro (2001).

¹⁷² También se puede consultar “Los petroglifos del valle de Arequipa y sus relaciones con los caminos antiguos” [en línea]. <http://www.angelfire.com/pe/CIARQ/petro.html>. En esta dirección electrónica se ofrecen muestras de material cerámico y arte rupestre con motivos Pukara.

De esta manera, Conklin sella su firme creencia en una “tradición”, que incluso llega hasta la actualidad. Así, pues, se mantendría la “esencia” de la “cultura andina” a través del tiempo, un planteamiento que propondría la conservación de supuestos “valores” o “esencias” indígenas.

Asimismo, Conklin basará su estudio en la aceptación del modelo de verticalidad de Murra (Ibíd.: 21). Pero, como él apunta, este se daría en el ámbito de enclaves agrícolas, y la aparición de artefactos a distancias más alejadas serían consecuencia de intercambios en el ámbito de élites, lo que supone la aceptación de la idea de la existencia de una reciprocidad con relación a “objetos de prestigio” (idea extraída del modelo de “jefatura”). De esta forma, señala que: “Los textiles serranos que han sido encontrados en las áreas costeras parecen ser textiles de elite y estarían probablemente asociados con entierros u otras ofrendas, como es manifiesto en los muy raros casos de asociaciones conocidas”. (Ibíd.)

Para llegar a dicho supuesto, traspolará los ejemplos de la sociedad incaica a épocas más tempranas, cuando, como hemos visto, el propio modelo es desarrollado para el contexto incaico concretamente (Murra 1968). Sin embargo, para Conklin, la cuestión que determina la aparición de estos materiales altiplánicos supone una cuestión superestructural; por ello, desafiando a su evidencia material y trasladándose al terreno metafísico, finalizará su artículo con este párrafo:

Los textiles de alta calidad expresan además de un sentido de arte y pompa otros más que estas simples explicaciones funcionales. Quizá los entierros de elite en el desierto fueron parte de una ecuación que garantizaba eternidad para los héroes de la sierra a cambio de algunos favores religiosos o ecológicos, arqueológicamente indetectables, proporcionados a los residentes costeños. (...) **La verdadera explicación (...) probablemente envuelve más religión y mito que lo que connotan los conceptos de comercio y conquista.** (Ibíd.: 22. La traducción y el subrayado son nuestros)

Por otro lado, Paul Goldstein (2000a) hará una síntesis de las investigaciones previas que se han venido desarrollando en su largo proyecto de estudios realizados en el valle de Osmore (Moquegua). Allí, un grupo de arqueólogos, principalmente norteamericanos, entre los que se encontraba Goldstein, reunidos en el denominado “Programa Contisuyo”, desarrolló trabajos arqueológicos con el objeto de conocer la historia del valle. Durante sus trabajos reconoció la existencia de artefactos provenientes del Altiplano. Por eso, aquí también, el modelo de “archipiélago vertical” de Murra fue puesto a prueba, con análisis que incluyeron los bioantropológicos (Blom et al. 1998, Sutter 2000). Dichos estudios prueban efectivamente la presencia de habitantes del Altiplano en el valle en época

Tiwanaku. Para la época Pukara, Goldstein propone que el valle de Moquegua, por su característica de “área intermedia”, sirvió de zona de articulación entre las sociedades altiplánicas (Pukara) y las costeras (Paracas-Nazca) (Goldstein 2000a: 335) y que la élite de la sociedad local (Huaracane) utilizó esos artefactos para recrear su poder político y económico (Ibíd.: 336). Así, este análisis otorga más importancia a la situación de dependencia de una sociedad con respecto otras más desarrolladas. En este caso, Huaracane estaría emulando sociopolíticamente a Pukara (Ibíd.: 337) y la presencia de elementos Pukara en Moquegua sería producto de una asimilación de la élite local y no de una política de Pukara sobre la misma. De este modo, Goldstein asume la defensa de las relaciones sociales mediante objetos de prestigio, en una clave procesualista de la línea de Timothy Earle (1996). De hecho, la evidencia lo conduce a ello, puesto que no observa ningún cambio en el patrón de asentamiento local, tanto de arquitectura doméstica como pública (Goldstein 2000b: 356).

COMENTARIOS

A través de este recorrido por el desarrollo de la Arqueología en un área concreta del actual Estado peruano, hemos podido reconocer que existe un correlato entre la situación socioeconómica y sociopolítica y los modelos de interpretación arqueológica que se han utilizado. Esta situación es, además, producto de las relaciones económicas y políticas dependientes con los países desarrollados y su afán de inclusión dentro de otras esferas aparte de las estrictamente económicas, como un medio para naturalizar ciertas situaciones como la política. De allí que el tema del surgimiento del Estado sea una interrogante obsesiva a resolver a partir de la segunda mitad del siglo XX.

Así, pues, los discursos estatales buscarán reconocerse a sí mismos en el pasado y justificar su accionar. En este caso, el interés nacionalista peruano jugará un rol significativo desde dentro de la sociedad peruana con el Indigenismo, el mismo que será rápidamente asimilado al discurso imperialista. Al crecer el poder económico y político capitalista estadounidense, sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial, habrá una apertura del Perú a dicho crecimiento. Por consecuencia, también se adoptarán los nuevos desarrollos teóricos arqueológicos, los que llegarán de la mano de arqueólogos estadounidenses y que influirán capitalmente en la investigación realizada en los Andes. Más tarde, tras una nueva época de nacionalismo fomentada por el Gobierno Militar hacia la década de 1970, la situación de dominación económica impedirá dicho desarrollo, cuestión

que se verá reflejada en la carencia de un discurso nacionalista de izquierda en los años siguientes. Por el contrario, llegarán nuevos modelos arqueológicos que buscarán la uniformización del devenir de las sociedades en el ámbito mundial, con su punto culminante en el Estado. Asimismo, con estos discursos liberales se conseguirá la negación de la temprana explotación de una clase por otra.

Por el lado de las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en la cuenca norte del Titicaca, hemos observado que como consecuencia de estas formas previas de entender la realidad prehispánica Pukara y Qaluyu son definidas como dos sociedades disociadas. Los investigadores generalmente han definido a las sociedades prehispánicas mediante la cerámica y esta correlación ha llevado a definir las como unidades étnicas o políticas. Dicha conceptualización, también, tiene que ver con el aún utilizado concepto de “cultura arqueológica”, el que describe a una sociedad mediante “rasgos-tipo” o “fósiles directores” y estos a su vez pueden ser elevados a la categoría de idiosincrásicos, recurriendo a su interpretación como a la presencia de grupos humanos portadores de los mismos (Castro y González 1989: 10). De este modo, se clasifica a Qaluyu y a Pukara como “culturas”, “jefaturas”, “señoríos”, “unidades sociales”¹⁷³ e incluso “unidades políticas”, sublimando la explicación de su origen y/o desarrollo socio-económico.

Esta forma estática de apreciar a las sociedades tendrá cabida en los marcos teóricos evolucionistas y difusionistas, aunque también permanecerá en los discursos materialistas históricos. De este modo, la disociación entre Qaluyu y Pukara aumentará, cuando para cada una de ellas se ha elegido un estadio de evolución correspondiente. Por ejemplo, Qaluyu sería una “jefatura” y Pukara, una “jefatura compleja”. De esta manera, los arqueólogos procesuales han tratado de “encajonarlas” dentro de las categorías sociopolíticas antropológicas de corte evolucionista, con lo que se ha tratado de eludir el análisis de su propia historia. Tampoco explican su carácter material y como mucho se ha ecuilizado “cultura” con “jefatura”, sin que existiera mayor aportación de evidencia material. Incluso, un último trabajo acerca de esta área geográfica en épocas prehispánicas, representa a las sociedades altiplánicas como meros productos de la interacción económica (Burger et al. 2000), desmereciéndose el análisis de las causas que originan la extracción de las materias primas y la producción de bienes dentro de cada sociedad. De esta forma, casi todos los modelos parten de una abstracción que se desea acomodar a la realidad. Así,

¹⁷³ Incluso se habla de una “etnicidad prehispánica” (Sutter 2000).

pues, **la realidad no es independiente, sino que ha sido enajenada por los productores de dicha interpretación arqueológica.** Finalmente, aquí es donde se revelarán las concepciones idealistas y conservadoras de analizar a las sociedades. En ese sentido, la utilización del concepto de “jefatura”, y la consecuente negación de la existencia de Estado, no será más que un intento de restarle importancia al hecho de que existieron diferencias sociales en el pasado, una clara existencia de productores y no productores y los conflictos inherentes a dicha situación, cuestiones que los mismos materiales arqueológicos soportan ampliamente.

Resumiendo: del análisis que hemos realizado sobre las diferentes interpretaciones acerca de las sociedades prehispánicas altiplánicas tempranas, colocando por cuestiones didácticas el caso de la sociedad Pukara, se desprenden las principales (pro)posiciones:

Idealistas	Materialistas
Posiciones evolucionistas: <ul style="list-style-type: none"> • Pukara como “civilización”: Valcárcel (1932a, 1935) Posiciones difusionistas: <ul style="list-style-type: none"> • Pukara como “difusión de Chavín”: Tello (1943) Posiciones histórico-culturales: <ul style="list-style-type: none"> • Pukara como “cultura”: Kidder 1943, Willey (1970 [1951]) Posiciones neoevolucionistas: <ul style="list-style-type: none"> • Pukara como “jefatura compleja”, Stanish et al. (1997), Stanish (2001) 	Posiciones materialistas históricas: <ul style="list-style-type: none"> • Pukara como “sociedad compleja”: Mujica (1991), Chávez (1992) • Pukara como “Estado”: Chávez (1992)

Para terminar con esta discusión, plantearemos algunas cuestiones en torno a los últimos desarrollos de la teoría arqueológica y que se hacen necesarias al ser conscientes de la “condición postmoderna” del capitalismo actual (Bintliff 1993) en el que estamos inmersos y que se manifestaría en nuestra disciplina con la denominada arqueología postprocesualista. Dicha arqueología tendrá en su agenda como uno de sus objetivos principales el negar la dialéctica contradicción existente entre explicación/interpretación, objetivo/subjetivo, material/ideal, social/individual (Hodder 1987, Hodder et al. 1995), difuminándola mediante discursos literarios subjetivos (“narrativa”) y que no tendría más objetivo que el de relativizar todo conocimiento científico (en este caso, el positivista). Aunque dichas teorías no han

conocido un desarrollo y una extensión significativa en el Perú¹⁷⁴, es de suponer que cuestiones como la “subjetividad” o las “múltiples lecturas del pasado” (“pluralismo”, “multivocalidad” y/o “polisemismo”) en el discurso arqueológico serán temas a tomar en cuenta de cara al debate futuro.

Incluso estas posturas de “vanguardia” podrían ser solapadas con lecturas *new age* de la materialidad social prehispánica, lecturas que no han sido ajenas a la arqueología andina, y que hoy en día son bastante populares (v. gr. von Daniken). Todo esto no es difícil de postular, puesto que la ontología y epistemología idealista de la ya extendida arqueología procesualista ha conocido un “desarrollo sostenible” en los círculos académico-arqueológicos peruanos. Por consiguiente, una “arqueología rompedora” como la postprocesualista o “interpretativa” puede enfrentársele y aparentemente “superarla”.

Por el contrario, como ya ha quedado expresado con anterioridad, nuestra posición es materialista (histórica y dialéctica) y, en consecuencia, desde esta posición plantearemos una explicación en el siguiente capítulo.

¹⁷⁴ Aunque ya existen textos en dicha línea, siendo pionero el artículo de Joan Gero, de 1991 (D’Altroy 1997: 22). Asimismo, otras aproximaciones postprocesuales son las de Jerry Moore (1996) y William Isbell (1997). Para el área Circun-Titicaca, tenemos a Gil García (2001), quien desde su arqueología de la percepción interpreta el “fenómeno chulpario” de épocas tardías.

IV. *El Felino en la Roca*: una representación arqueológica materialista histórica de la formación del Estado en la cuenca norte del Titicaca

Entonces todos comprobaron que Garabombo era verdaderamente invisible. Antiguo, majestuoso, interminable, Garabombo avanzó hacia la Guardia de Asalto que bloqueaba la Plaza de Armas de Yanahuanca. Sólo perros nerviosos habitaban la friolenta soledad. Veinte guardias, con los capotes levantados contra el cierzo, defendían la bajada de Chaupiguaranga. El sol de las cinco fulgía sobre los cascos. Sin amedrentarse, Garabombo enfiló hacia los centinelas. En la esquina la angustia devastó a los chinchinos. ¿Lo veían o no lo veían?. Despreciando fusil ametrallador montado sobre un trípode de combate, Garabombo progresó hacia el pelotón acumulado delante del Puesto (porque lo ineptos guardias civiles sólo servían para darle agua a los caballos de las Tropas Especiales).

Scorza. *Garabombo, el invisible* (1972)

En este capítulo brindaremos una alternativa de explicación o representación arqueológica materialista histórica de las sociedades prehispánicas de la cuenca norte del lago Titicaca. De este modo, nuestra alternativa espera superar la contradicción existente entre nuestra teoría y nuestra práctica arqueológica y entrar en el debate acerca de estas sociedades. Asimismo, observaremos este proceso de manera dialéctica y la confrontación de nuestras hipótesis se realizará mediante la materialidad social existente acerca de las sociedades en cuestión.

Sin embargo, tenemos el grave problema de abarcar espacios de tiempo muy grandes para cada una de estas partes del desarrollo histórico, cuestión que obviamente no ha resuelto la producción de fases estilísticas y que más bien ha planteado contradicciones durante el desarrollo de nuevas investigaciones.

Para nosotros, el cambio social se realiza a través de la superación de contradicciones que aparecen históricamente en el seno de la misma sociedad. Así, los cambios

sociales se producen en situaciones históricas, donde una serie de elementos se han de encontrar para que esto sea posible. En cualquier caso, la sociedad cambiará cuando sus condiciones materiales de existencia lo permitan. El trabajo social será el elemento clave en la transformación de la sociedad, como factor que media entre el ser social y la naturaleza y entre los mismos seres sociales. La Arqueología se encontrará en una posición privilegiada para la explicación de estos cambios sociales, pues si las sociedades desarrollan sus capacidades productivas, los restos de las mismas han de ser reconocidos mediante las investigaciones arqueológicas

Una cuestión que nos parece importante resaltar es que una forma de superar las explicaciones basadas exclusivamente en cronologías relativas o cruzadas sería mediante los fechados radiocarbónicos de contextos arqueológicos significativos. Sin embargo, a la fecha, estos son escasos para el área que nos ocupa y generalmente han sido realizados con muestras procedentes de pozos de sondeo, sin dar a conocer el contexto específico de su recolección¹⁷⁵, lo que plantea algunos problemas, como veremos a continuación.

Los primeros fechados radiocarbónicos¹⁷⁶ fueron realizados por Alfred Kidder en 1955 de muestras obtenidas en los sitios de Qaluyu y Pukara. Los fechados para Qaluyu proceden de un pozo de sondeo excavado por Kidder y Chávez Ballón y son los denominados P-155, con 640 ± 117 B.C., y P-156, con 1093 ± 124 B.C. (Mohr 1980: 241¹⁷⁷). Suponemos que estos fechados se habrían calibrado, pues, según Rowe (1963: 298), el fechado P-155 tiene 565 B.C. ± 114 y el P-156 tiene 1005 B.C. ± 120 . Asimismo, Rowe señala que ambas muestras de carbón fueron tomadas a la misma profundidad y en el mismo pozo de sondeo, por lo que no deberían estar tan alejadas temporalmente, planteando que ambas no pueden ser aceptadas en el primer sigma. Aún así, Rowe asume que el fechado más antiguo es el que más se ajusta a la evidencia arqueológica (Rowe 1963: 298).

También están los fechados de Karen Mohr, igualmente conseguidos en pozos de sondeo en el sitio de Qaluyu (Mohr 1980), y que son las muestras P-1585, las

¹⁷⁵ También habría que reconocer la procedencia y el material que componen la muestra fechada, así como también las calibraciones realizadas por los mismos investigadores. Para todas estas cuestiones relacionadas a los fechados y los problemas que puede suponer su utilización y, en concreto, en el Formativo en los Andes centrales, se puede consultar Velarde (1998).

¹⁷⁶ Hemos conservado la forma de presentación de los fechados radiocarbónicos para que el lector pueda tener acceso a la información tal cual ha sido presentada por los investigadores. En estos fechados B.C. es *Before Christ* y BP, *Before Present*.

¹⁷⁷ Karen Mohr anota que su conversión de vida media es de 5730 años.

cuales según la autora parecen anómalas, pues están entre los años 1441 y 1333 a.n.e., resultando muy tempranas¹⁷⁸ y alejada del rango de sus otras tres muestras: P-1584, que cayó en el rango de años de 1245 a 1129 B.C., P-1583, de 1146 a 1020 B.C., y P-1582, de 1126 a 1000 B.C. (Ibid.: 1980: 242 y fig. 3).

Para el año 2000, Richard Burger, Karen Mohr y Sergio Chávez presentan los fechados de Kidder de esta manera: P-155 con 2522 B.P. \pm 114 y P-156 con 2962 B.P. \pm 120. A ellos se le suman los de Karen Mohr que son las mismas muestras de P-1582 con 2925 BP \pm 61 y P-1583 con 2945 BP \pm 61.

De esta manera, actualmente solo tenemos seis fechados absolutos para la sociedad relacionada con la cerámica Qaluyu¹⁷⁹ y que, como observamos, han sido presentados de diversas formas y sin la indicación de las calibraciones realizadas. Además, para el caso de los fechados de Kidder, a pesar de que ambas muestras proceden de una misma capa arqueológica, distan muchos años entre ellas, cuestión que plantea problemas para la investigación que se someta a dichos fechados. En el caso de los fechados de Karen Mohr, uno de ellos sería muy temprano y no guardaría relación con los otros tres presentados originalmente, y de los cuales solamente conservará dos.

Más allá de estos problemas técnicos, un grave problema es que la mayoría de dichos fechados pertenecen al sitio más temprano donde se descubrió el estilo Qaluyu; es decir, donde se está utilizando cerámica, por lo que solamente se estaría fechando a esta, cuando la aparición de la cerámica no necesariamente marca el inicio de la sedentarización y, siguiendo el viejo modelo del Neolítico del Cercano Oriente, supone la correlación entre asentamientos aldeanos y agricultura. Así pueden haber existido grupos sociales que aún no hemos podido reconocer con estrategias de subsistencia semejantes a las de Qaluyu, pero que no tuvieron por qué utilizar la cerámica¹⁸⁰.

¹⁷⁸ Este fechado es el que más se utiliza en la literatura arqueológica del área. Sin embargo, aunque la misma autora plantea que es un fechado muy temprano señala que no sería extraño por la existencia de fechas igual o más tempranas como las de Chiripa (P-1291), con 1379+134 B.C., Sokotiña (P-1134) con 1241+62 B.C. y Huancarani (Gak-1037) 1305 \pm 113 B.C. (Chávez y Mohr 1980: 242).

¹⁷⁹ Pero hay que anotar que Steadman (1995: Tabla 2), mediante sus excavaciones en el sitio de Camata nos aporta 9 fechados para sus fases relacionadas con cerámica Qaluyu y 8 para las fases relacionadas con cerámica Pukara. Aunque algo alejados del área de la cuenca Pukara-Ayaviri, estos fechados ayudan a entender el problema Qaluyu-Pukara.

¹⁸⁰ Por ejemplo, el sitio de Qaqachupa, cercano a la ciudad de Ayaviri y asociado con cerámica Qaluyu (Rowe 1956: 144), tuvo una ocupación precerámica (Burger et al. 200: 299).

Para Pukara, los fechados obtenidos se hicieron a partir de las muestras tomadas en 1955 por Kidder y Chávez Ballón en el sitio epónimo y que fueron P-152 (143 B.C.±108), P-170 (74 B.C.±106), P-154 (111 B.C.±106 a.n.e.), P-217 (2 B.C.±90), P-172 (82 B.C.±109) y P-153 (83 B.C.±107) (Lumbreras y Amat 1966).

Para este mismo sitio, Karen Mohr tiene el fechado de la muestra P-1581, y que arrojó un rango de años entre el 112 al 4 B.C. (Mohr 1980: 242 y fig. 3). La misma muestra (P-1581) fue presentada, posteriormente, con 1949 B.P.±52 (Burger et al. 2000: 315).

Como en el caso anterior, se plantea la existencia de la sociedad Pukara desde los fechados realizados en el sitio epónimo donde se localizó el estilo cerámico y, además, con muestras que estarían fechando a las estructuras monumentales¹⁸¹. Como consecuencia de ello, se plantea una diferenciación temporal y social entre Pukara y todo lo anterior. Sin embargo, como muchos sitios de la misma cuenca demuestran¹⁸², existe una continuidad entre Qaluyu y Pukara. Asimismo, se plantea la desaparición de Pukara a partir del fechado más reciente obtenido por Kidder, extendiéndolo para toda la sociedad que estuvo relacionada a este sitio principal.

Por el momento, dejemos de lado estas cuestiones cronológicas, que sabemos nuestros colegas solucionarán en los próximos años, para empezar con nuestra representación arqueológica de estas sociedades altiplánicas. Así, pues, comencemos con los primeros habitantes del área de la cuenca norte del Titicaca.

Para el área concreta de nuestro estudio, no existe un fechado radiocarbónico que registre presencia humana más temprana, siendo aún escasos los estudios relacionados a los cazadores/recolectores realizados en la cuenca del Titicaca¹⁸³. Por ello, el sitio de Asana excavado por Aldenderfer (1998b) se ha convertido en la referencia más segura para la ocupación temprana de esta zona altiplánica.

¹⁸¹ Excavaciones realizadas por Elías Mujica (1987) definieron ocupaciones humanas más tempranas en Pukara, algunas de ellas incluso más tempranas que las asociadas a cerámica Qaluyu. En este caso, la secuencia cronológica fue establecida por la superposición de capas y la cerámica asociada a ellas.

¹⁸² Son los casos de Qaqachupa (Burger et al. 2000), Balsaspata (Tantaleán 2005), Huatta (Erickson 1988) y el mismo sitio de Qaluyu (Chávez 1992: 41).

¹⁸³ Estamos a la espera de la monografía sobre el sitio de Quelcatani (Ilave), investigado por Mark Aldenderfer y que seguramente planteará nuevas cuestiones acerca del temprano poblamiento del área del Titicaca. En el texto de Aldenderfer y Klink (2005) se adelanta que los fechados radiocarbónicos en

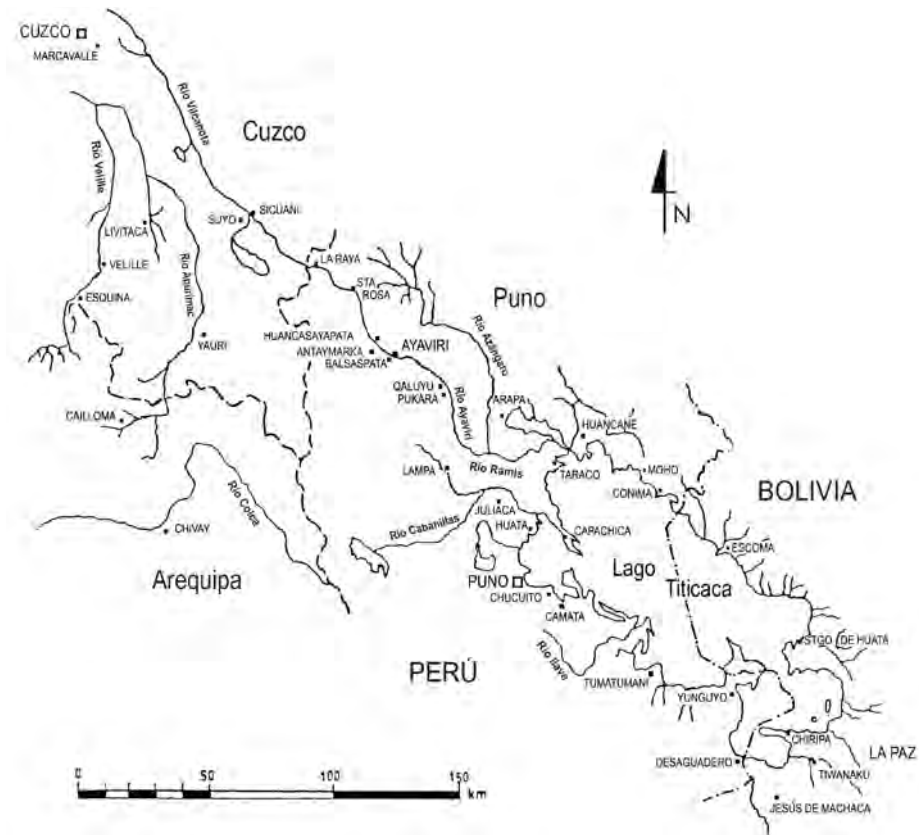


Figura 8. Mapa del área de la cuenca del Titicaca, con énfasis en los sitios tempranos de la cuenca norte del Titicaca. Dibujo basado en Arizaca (1999).

Pero hay que anotar que el campamento al aire libre de Asana pertenece a la cuenca alta del río Moquegua y su extrapolación al área circunlacustre es riesgosa. Sin embargo, la presencia de espacios al aire libre, cuevas y abrigos, algunos de ellos con pinturas rupestres¹⁸⁴, asociados a artefactos líticos como puntas, raederas y

el sitio de Quelcatani plantean una ocupación humana temprana alrededor de 7300 años B.P. También se puede consultar Klink (2005) y Cipolla (2005) para síntesis de investigaciones de sitios “arcaicos” en las áreas de Ilave y Huanané, respectivamente.

¹⁸⁴ La existencia de arte rupestre no ha sido definitivamente corroborada con la ocupación humana temprana, ya que solo se han hecho registros y comparaciones estilísticas de dichos paneles.

otros, supone la existencia de sociedades con estrategias de subsistencia cazadora-recolectora en el área de la cuenca norte del Titicaca. Por ello se ha procedido a la construcción de secuencias tipológicas a partir de los útiles líticos encontrados en dichos lugares (para el área de Ayaviri, relacionada posteriormente con Qaluyu y Pukara, se puede recurrir a Arizaca 1999 y Calero 1998), para asociar dichas “industrias líticas” con otras del área andina, cuestión que si bien planteará nuevas hipótesis a contrastar, parte del supuesto de una relación tipológica directa entre artefactos y no de la explicación de la sociedad que la produjo, en tanto su propio desarrollo histórico.

Así es muy probable que existiese en la cuenca norte del Titicaca una serie de fenómenos de desarrollo sociopolítico que desconocemos hasta ahora, pues nos enfrentamos a un lapso de tiempo muy largo y a una área bastante extensa. Lo anterior se agrava más, porque, como hemos observado en el capítulo anterior, se ha equiparado cerámica con desarrollos sedentarios y “complejidad sociopolítica”, condicionando con ello el análisis de sociedades que desconociendo la cerámica, o simplemente no utilizándola, ordenaron su sociedad según sus propios desarrollos socioeconómicos.

Si la sociedad cazadora/recolectora, como parece ser por su largo tiempo de existencia, fue conservadora, pues no desarrolló sus fuerzas productivas¹⁸⁵, esta habría desarrollado prácticas sociales consensuadas colectivamente para controlarlas. En este caso, la población podría haber sido controlada para condicionar socialmente la explotación de los recursos naturales de su medio ambiente, cuestión que como puede verse en estudios etnográficos e históricos se puede realizar mediante el asesinato de los sujetos de sexo femenino, controlando así la reproducción biológica del grupo. Esto mismo se podría haber realizado también mediante el control del número de parejas reproductoras, por ejemplo mediante el matrimonio y sus diversas modalidades, en los que el número de mujeres para cada hombre podría haber sido definido por el grupo social con el objetivo de controlar la capacidad reproductora de la mujer. En cualquier caso, hay que tomar en cuenta que una de las primeras formas de explotación social sería la que realiza el hombre sobre la mujer, cuestión que recién se está desarrollando como campo de estudio en la arqueología de dichas sociedades (ver, por ejemplo, Estévez et al. 1998).

¹⁸⁵ Fuerza productivas = fuerza de trabajo (número de seres sociales) + medios de producción (instrumentos de producción, como útiles líticos).



Figura 9. Pinturas rupestres, posiblemente realizadas por grupos cazadores recolectores tempranos ubicados en la zona de Mazocruz, cuenca del río Ilave. Fotografía del autor.



Figura 10. Vista desde el abrigo de Antaymarka. En la parte inferior, cercana a las filtraciones de agua, se halla una gran dispersión de artefactos líticos de grupos cazadores-recolectores. Fotografía del autor.



Figura 11. Puntas líticas halladas en el área del abrigo de Antaymarka, Ayaviri. Las puntas de la parte superior pertenecerían a grupos cazadores-recolectores; mientras que las inferiores, hechas con obsidiana, se hallaron en Balsaspata y están asociadas a cerámica Qaluyu. Fotografía del autor.



Figura 12. Vista del río Ayaviri. Las aldeas asociadas con cerámica Qaluyu se hallan generalmente en sus riberas. Fotografía del autor.

Planteamos que el paso de las sociedades cazadoras/recolectoras a las agrícolas/ganaderas fue consecuencia de la superación de esta contradicción entre las condiciones sociales de producción de bienes materiales y los procesos de reproducción biológica y social (Ibíd.: 11-12). Esta superación se realizará mediante el desarrollo de las fuerzas productivas (medios de producción y fuerza de trabajo), originándose una elevación de la productividad e incrementándose la fuerza de trabajo de la sociedad. Este desarrollo de las fuerzas productivas, materializado objetivamente en la producción agrícola (Erickson 1983, 1988, 2000) y ganadera¹⁸⁶, impulsará y condicionará nuevas formas de organización del trabajo (las relaciones sociales de producción) y la consecuente diferenciación laboral. Esto quiere decir que la producción de alimentos¹⁸⁷, lograda mediante el desarrollo tecnológico (domesticación de plantas y animales), provocará consecuentemente una nueva forma de organización social del trabajo. Esta promoverá que los grupos humanos puedan reproducirse biológica y socialmente sin temer a la precariedad que les imponía la forma de explotación del medio ambiente de tipo cazador/recolector¹⁸⁸. Gracias a ello, los grupos humanos también pudieron controlar y apropiarse del espacio natural, cuestión que devendría, primero, en propiedad colectiva y, posteriormente, en propiedad particular.

De esta manera, se habría dado un gran salto cualitativo y cuantitativo, pues el humano se ha despojado de la dependencia absoluta que tenía con respecto a la naturaleza: el hombre ha superado la contradicción con la naturaleza y puede producir sus propios alimentos. A la espera de mayor información de esta época, tendremos que señalar que dicho salto se correlacionaría con lo que se ha venido en denominar Qaluyu (ver discusión de fechados arriba) a la que los investigadores dan un asombroso tiempo de duración de casi un milenio. Sin embargo, este proceso social sería anterior a la aparición de la cerámica Qaluyu, la misma

¹⁸⁶ En ninguna de las investigaciones revisadas (salvo Wheeler y Mujica 1981) pudimos encontrar alguna referencia significativa de la explotación intensiva de los camélidos como factor del desarrollo económico-social temprano de la cuenca norte del Titicaca, cuando, por ejemplo, el mismo asentamiento de Qaluyu poseía una cantidad significativa de restos óseos de estos animales (el 34% del total de la dieta. Mohr 1982: 5) y, adicionalmente, se han encontrado artefactos producidos en ese soporte, algunos de los cuales utilizados en la producción textil y cerámica (Tantaleán 2005).

¹⁸⁷ Si bien la agricultura y la ganadería de camélidos parecen ser las actividades que solucionaron el problema de la alimentación básica de la sociedad Qaluyu, la caza y la pesca siguen siendo actividades complementarias para la dieta humana (Mohr 1980).

¹⁸⁸ Puesto que el espacio temporal del que nos ocupamos escapa a estos antecedentes sociales, lo anterior representará una hipótesis que habrá de contrastarse con la materialidad social de dicha formación económico-social.

que no puede ser homologable a un desarrollo sociopolítico. Lamentablemente, el afán de l@s arqueólog@s en ecualizar cerámica con sociedad (“cultura”) ha favorecido y fortalecido dicho normativismo.

Para nosotros, lo conocido como Qaluyu representaría, en primera instancia, la existencia de aldeas y, consecuentemente, la domesticación de un espacio natural concreto. Según estas aldeas conocidas (como el sitio de Qaluyu mismo, Balsaspata, Qaqachupa o Santa María en Viluyo¹⁸⁹) y los materiales asociados a ellas (Arizaca 1999; Fernández 1998, Mohr 1980, 1981, Mujica 1985; Rowe 1956: 144, 1963: 298), podríamos hablar de una sociedad igualitaria, pues los asentamientos no presentan sectores alejados de la producción primaria¹⁹⁰. De hecho, la mayoría de dichos asentamientos están ubicados cerca de fuentes de agua o a las orillas de los ríos, con el objetivo primordial de controlar áreas para la producción agrícola. Una pequeña prospección realizada por nosotros en 1997 en el sector de Ayaviri nos acercó a dicho fenomenología, que relacionaba asentamientos con presencia de cerámica Qaluyu con áreas inundables por los ríos; en uno de los casos se podían observar vestigios de camellones. Asimismo, la mayoría de dichos asentamientos incluyen una serie de alfares de diferentes lugares de producción, lo que nos remite al supuesto que la producción, distribución y consumo de cerámica no estaban controlados por un grupo social, por lo menos en el área de la cuenca norte del lago Titicaca¹⁹¹. Asimismo, la extracción de mano de obra no constituyó la edificación de grandes estructuras arquitectónicas. Si bien, al parecer, existió una ideología compartida por estos grupos circunlacustres como puede ser la tradición Yaya-Mama de escultura lítica (Chávez y Mohr 1975), esta no definiría una ideología utilizada para la explotación socioeconómica intragrupal. Por el contrario, esta constituiría una ideología que supuso la ordenación de la sociedad de manera igualitaria y corporativa. De hecho, las estelas líticas (así como la cerámica), que son las principales manifestaciones de la ideología en los edificios principales de los asentamientos Qaluyu, no describen mayor complejidad ideográfica, ni mucho menos representan actividades coercitivas o violentas.

¹⁸⁹ Para la ubicación y descripción de los pocos sitios relacionados con cerámica Qaluyu, ver Lumbreras y Amat (1966), Mujica (1985).

¹⁹⁰ Cuando decimos “producción primaria” nos referimos a la producción de los alimentos necesaria para la reproducción biológica de la sociedad.

¹⁹¹ Asimismo, los pocos entierros humanos asociados a cerámica Qaluyu conocidos (Mohr 1969, Steadman 1995) no incluyen amortización o consumo pasivo de productos. Por el contrario, los individuos son enterrados individualmente en los mismos montículos, sin ningún artefacto (que sobrevivió hasta su excavación) que plantee la acumulación de bienes por parte de un grupo social.



Figura 13. Vista general del sitio arqueológico de Huancasayapata. Una gran dispersión de cerámica Qaluyu y artefactos de obsidiana y algunas pequeñas elevaciones sobre el terreno demuestran su intensa ocupación humana. Aún se puede apreciar la Huanca, junto a la que está Eduardo Arizaca, a la que los habitantes actuales de la zona realizan ofrendas. Fotografía del autor.



Figura 14. Vista del sitio arqueológico de Balsaspata, ubicado exactamente entre el río y la carretera. En la parte superior se aprecia la ciudad moderna de Ayaviri. Fotografía del autor.

Asimismo, en Qaluyu se daría la primera división técnica del trabajo o división de tareas con el objetivo de (re)producir las condiciones materiales de existencia del grupo. Esto sería observable, por ejemplo, en la producción de textiles, demostrada indirectamente por el hallazgo en los asentamientos de instrumentos de hilar (“piruros” elaborados a partir de fragmentos cerámicos) y de tejer (“wichuñas” o “espadas” elaboradas con huesos de camélido). Como hemos observado, la producción cerámica aparece con Qaluyu y esta aumenta de forma significativa cualitativa y cuantitativamente. Por ello, también se encuentran en los asentamientos gran cantidad de “alisadores” de cerámica e instrumentos para realizar la decoración incisa en las mismas (Steadman 1995, Tantaleán 2005). Adicionalmente se observa proliferación de obsidiana en los asentamientos (artefactos, núcleos y desechos), que supone una producción lítica especializada (Burger et al. 2000). Los numerosos fragmentos de ollas de cocina y morteros de piedras son también una característica dentro del material excavado (Tantaleán 2005). Esta diversidad de artefactos (medios de producción y reproducción social) indicarían una especialización en la producción de objetos para el consumo de la misma sociedad y como parte del “intercambio comercial”¹⁹² con otras sociedades (Burger et al. 2000), como la de Marcavalle en el Cuzco (Ibíd.) o las de la parte sur del lago (Stanish et al. 1997)¹⁹³. Para nosotros, la existencia de esta temprana división técnica del trabajo supondría la base para la posterior división social, momento originado cuando la producción ya no se hizo exclusivamente para la reproducción social, sino más bien para la producción de excedentes (explotación), los cuales, al ser enajenados por algunos miembros de la sociedad, devendrían en una diferenciación económico-social, es decir, una distribución asimétrica de los productos en la cual hay explotación por parte de un grupo de la sociedad.

¹⁹² Como todavía no se ha establecido la cuestión de las relaciones económicas entre dichas sociedades, el término “intercambio comercial” todavía no es aceptado plenamente por nosotros. Más aún, cuando hemos visto que el término intercambio procede de las teorías antropológico-económicas de Karl Polanyi e introducidas a la prehistoria por Sahlins y Fried.

¹⁹³ Aunque esta relación se materializa en vasijas cerámicas, estas además de ser productos intercambiables por sí mismos, también son contenedores de alimentos u otras sustancias. Obviamente, estas son sustancias que no soportan el paso del tiempo y que por nuestro afán “cacharrológico” hemos desestimado como parte de la explicación de las relaciones económicas entre sociedades. Por ello, una posición materialista histórica se aproximará a la cerámica en su “tridimensionalidad”; vale decir, como producto, medio de (re)producción y de distribución.

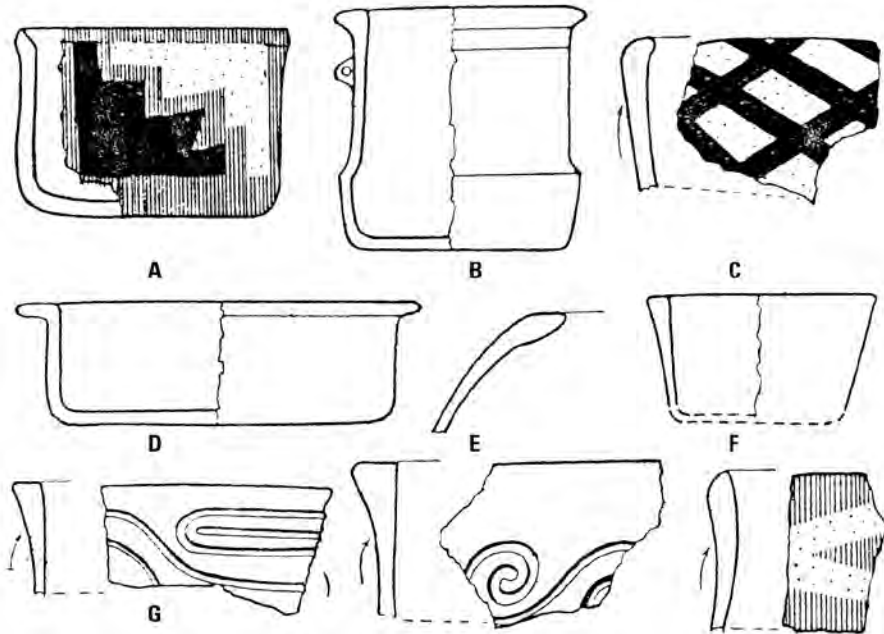


Figura 15. Cerámica Qaluyu, según Lumbreras y Amat (1966).

Con ese propósito habría que investigar en qué momento l@s productor@s de estos instrumentos de trabajo y artefactos se tornan trabajador@s desligad@s de la producción directa de alimentos y si realizan estas actividades fuera de sus espacios domésticos para, así, confirmar nuestra hipótesis de su alejamiento de la producción primaria. De esa manera, podríamos conocer si eran propietarios o no de los medios y/o espacios de producción; es decir, si estaban o no controlados por una facción de la misma sociedad. Esto será verificable siempre y cuando demos que la producción de bienes ya no se realiza dentro de unidades domésticas, sino en talleres especiales; es decir, que la producción ya no se realice para la reproducción social, sino para la producción de excedentes acumulados por un grupo social.



Figura 16. Fragmentos de cerámica Qaluyu hallados en las excavaciones del sitio de Balsaspata. Fotografía del autor.



Figura 17. Vasija cerámica de “Estilo Cusipata” hallada en el sitio de Balsaspata. Fotografía del autor.



Figura 18. Artefactos de hueso de camélido hallados en las excavaciones del sitio de Balsaspata. Dos de ellos serían artefactos utilizados en la actividad textil (“wichuñas” o “espadas”). Estaban asociados a cerámica Qaluyu. Fotografía del autor.



Figura 19. Artefactos de hueso. Dada su morfología, dureza y huellas de uso, serían utilizados para la actividad cerámica, específicamente para realizar las incisiones en la superficie de las vasijas cerámicas. Estaban asociados a fragmentos de cerámica Qaluyu. Fotografía del autor.



Figura 20. Punta de obsidiana hallada en el sitio de Balsaspata y asociada a cerámica Qaluyu. Fotografía del autor.

La existencia de una fuerte similitud e incluso la existencia de cerámica Marcavalle y otras aún no aisladas en los asentamientos Qaluyu, relacionaría a estas sociedades por medio de “relaciones de intercambio comercial” (Burger et al. 2000, Lumbreras 1981, Mohr 1977). Esta relación, materializada en la cerámica, también estaría reflejada en la obsidiana, un recurso que es extraño a la cuenca del Titicaca¹⁹⁴. Como ha evidenciado el registro arqueológico, los textiles formarían un elemento relevante dentro de esta red de intercambio de materias primas y productos y que es más patente en Pukara (Conklin 1983). Todo esto no hace más que confirmar un rápido desarrollo en la transformación de materias primas para la producción de objetos con “valor de uso”¹⁹⁵ y los consecuentes contactos sociales que supondría el desarrollo de un sistema económico que organice dichas relaciones sociales.

Sin embargo, dicha situación no fue inmutable y, por lo menos para sus tiempos tardíos, Qaluyu representaría una transición y esta bien podría haber estado asociada con la cerámica Cusipata, como ya avanzó Mujica hace unos años atrás (Mujica 1987). Con el término transición nos referimos a un desarrollo económico-social dinámico que deviene en una forma diferente (y no superior o inferior) de formación económico-social. En el caso que nos ocupa, dicha transición desembocará en la afirmación, legitimación e institucionalización de las disimetrías socioeconómicas, vale decir en un Estado. Asimismo, para nosotros, una transición no representa una categoría socioeconómica universal (no trasladable a otras realidades), sino que correspondería a una realidad concreta (fenomenológica)¹⁹⁶. También, gracias a este concepto esperamos superar en primera instancia el normativismo de las arqueologías procesuales anclado en un

¹⁹⁴ La obsidiana encontrada en sitios asociados con cerámica Qaluyu provendría de la fuente de obsidiana de Chivay, en el cañón del río Colca, Arequipa. Para los sitios relacionados con cerámica Pukara, además de la anterior fuente, se utilizaría la de Alca, ubicada en el cañón del Colca (Burger et al. 2000), lo que supondría que si bien existe una utilización permanente de la primera fuente dada su cercanía relativa a estos sitios, será durante Pukara cuando se amplíe la distribución y el consumo centralizado de productos exóticos como la obsidiana.

¹⁹⁵ Según la teoría del valor, de Marx ([1867] 1973), existen dos tipos de valor: el “valor de uso” y el “valor de cambio”. En este caso, el valor de uso es el valor real del objeto y que está relacionado directamente con sus características físicas (materiales). De tal forma que el producto solo tiene un valor funcional y se hace domésticamente para la producción de mantenimiento ($MP+FT=VU$). Donde MP es materia prima; FT, fuerza de trabajo, y VU, valor de uso).

¹⁹⁶ Para una discusión en esta perspectiva, se puede consultar Bonilla (1980).

registro parcial y deficiente y que, por ejemplo, le otorga a Qaluyu la asombrosa e inmanente longevidad de casi un milenio. Así, pues, Qaluyu y Pukara conformarían un mismo proceso histórico, donde en este caso la formación del Estado es un fenómeno que siguió una trayectoria histórica basada en la existencia de una base socioeconómica que la posibilitó.

El cambio de una sociedad aparentemente igualitaria a otra con clases sociales, en nuestro caso de Qaluyu a Pukara, se daría en esa transición. En ella, la contradicción principal de la sociedad Qaluyu se tornaría dramática, la misma que, como ya hemos señalado, se habría dado entre las fuerzas productivas (incremento de fuerza de trabajo y medios de producción) y las relaciones sociales de producción (división de la sociedad en productores de alimentos y productores de bienes de mantenimiento).

Detengámonos a explicar esta contradicción en la sociedad Qaluyu. Como consecuencia de la productividad alcanzada con Qaluyu, es decir, en el desarrollo de las fuerzas productivas materializadas en la agricultura (camellones, cochas, andenes, etc.), se posibilitará la capacidad real para que una parte de la población pueda alejarse de la producción de alimentos (producción primaria). En este caso, el desarrollo de las fuerzas productivas permitió la existencia de productores a tiempo completo de objetos de mantenimiento o producción secundaria (cerámica, textiles, sal, útiles líticos), los que conformaron un sector de la población alejada laboral y espacialmente de la producción primaria, constituyendo un grupo social diferenciado (aún no económicamente) por su especialidad dentro de la producción. Las relaciones sociales de producción en Qaluyu fueron igualitarias, pues la distribución de los productos no permitía la acumulación o explotación del trabajo de otros, el mismo que no tenía por qué existir mientras no hubiese obligación mediante la coerción (física o psicológica). Esas relaciones sociales de producción o forma de organizarse socialmente para el trabajo se mantuvieron inmutables hasta que la ideología que controlaba que la distribución de los bienes fuese igualitaria dejó el campo libre para su acumulación.

Por ello, para confirmar arqueológicamente esto, sería necesario averiguar en qué sitios arqueológicos se constituyeron los referidos espacios alejados de la producción primaria, a fin de demostrar que los productores secundarios fueron los encargados de asumir el control de la producción primaria. Asimismo, los productores secundarios habrían enajenado las fuentes de las materias primas (su objeto de trabajo), controlando su distribución que antes se hacía colectivamente, pero que en ese momento fue gestionado por ellos mismos. Un rápido análisis de los principales asentamientos Pukara plantea que estos se ubicaron asociados a

recursos principales para la producción de mantenimiento; por ejemplo, Pukara estaba asociado a fuentes de arcilla y Arapa, a canteras de sal. Sin embargo, esto podría ser un fenómeno producido después que se constituyó el Estado Pukara.

De esta manera, planteamos que en Pukara se tendrían las pruebas materiales de la existencia del primer Estado en la cuenca norte del lago Titicaca. Dicho Estado estaría caracterizado por la institucionalización, afirmación y reproducción de las diferencias socioeconómicas. Estas diferencias socioeconómicas son producidas por una distribución desigual (explotación) de la producción, en la que un grupo social productor secundario se apropia de los excedentes de producción de los productores primarios. Asimismo, un aparato coercitivo desarrollado por los interesados en mantener su control de la producción hará uso de la violencia física para obligar a los productores primarios a entregar parte de su producción y de su fuerza de trabajo.

Para nosotros, al crearse la primera ciudad y capital (el asentamiento de Pukara), una clara división socioeconómica (no productores/productores) se materializaría en la contradicción ciudad/poblados rurales. Dicha ciudad acumularía un capital (fuerza de trabajo¹⁹⁷ y materiales empleados en su construcción) manifiesto en la concentración de estructuras arquitectónicas y talleres de artesanos especializados (Chávez 1992). Asimismo, dichos talleres estarían produciendo artefactos estandarizados morfológica y decorativamente para el grupo social dominante (Ibíd.). La existencia de talleres artesanos dentro de la misma ciudad acusaría la propiedad y el control de los medios de producción por parte de ese grupo social¹⁹⁸. En este caso, aparecería un “valor de cambio” en estos artefactos, y que ya no representa lo que costó producirlos, sino que tienen un valor agregado resultante de la apropiación del plustrabajo del trabajador. De momento no se ha registrado arqueológicamente que durante la presencia de la sociedad Pukara se mejorasen los medios de producción (plusvalía relativa), consecuentemente se habría dado un plustrabajo (plusvalía absoluta). En el caso concreto de la producción cerámica, los instrumentos de producción fueron siendo los mismos con los que se produjo la cerámica Qaluyu, aunque, como decíamos arriba, podría ser que el control

¹⁹⁷ La fuerza de trabajo aquí empleada sería tanto la invertida en la construcción misma de los edificios y estructuras anexas como en la previa producción de elementos que los componen (tanto constitutivos como ornamento-seculares: estelas, monolitos, pintura, etc.).

¹⁹⁸ Las fuentes de arcilla para la producción de las vasijas decoradas estarían dentro del área del sitio de Pukara (Chávez 1992: 519). Esto es relevante, pues habría un control directo sobre una materia prima.

exclusivo de las fuentes de arcilla de Pukara fuese un elemento que elevaría el costo de la producción con relación a sus consumidores.

La teoría anterior se puede sintetizar así:

$$MP+FT+PT=VC$$

Donde MP son los medios de producción; FT es la fuerza de trabajo mínima necesaria para la producción; PT, plustrabajo, y VC, valor de cambio.

Este valor de cambio se daría durante la existencia del Estado Pukara, en el que los artefactos que incluyen diseños iconográficos (el objeto está “cargado de ideas”) y otros tienen un valor irreal y aumentado, puesto que son producidos en espacios controlados por el Estado. Así, estos artefactos, además de su mejor tecnología y su “belleza artística”, poseen un valor ideológico que cobra sentido dentro de un sistema de creencias que reproduce la religión oficial, transmitiendo información a la población y a otras sociedades por medio de variados soportes. Al ser producidos y distribuidos exclusivamente por el Estado, se convierten en productos exclusivos, cuestión que aprovechan las élites para reproducir el sistema económico.

Asimismo, el control del territorio Pukara como característica del control de la propiedad privada (Castro y González 1989, Lumbreras 1994) estaría representado en el emplazamiento de centros satélites o secundarios en la cuenca norte del Titicaca (Mujica 1991), los cuales reproducen las características arquitectónicas generales del centro político principal de Pukara, así como los elementos más representativos de la materialización de su ideología (Chávez 1988, Kidder 1943, Mujica 1991, Tantaleán y Pérez 1999). Además, muchos de estos asentamientos estarían relacionados directamente con la explotación agrícola realizada mediante técnicas como los camellones, las lagunas artificiales o cochas¹⁹⁹ (Flores Ochoa y Paz 1983) y las terrazas o andenes (Mujica 1997), para la explotación de pastos para rebaños de camélidos (Mujica 1985), explotación de recursos lacustres y ribereños (Ibíd.) y la explotación de materias primas para la producción de instrumentos de producción, como el basalto olivino para producir azadas (Bandy 2001: 597).

¹⁹⁹ Estas son depresiones en el terreno donde se captan las aguas de lluvia o de una fuente de agua cercana.



Figura 21. Vista desde el este del sitio de Pukara. Resalta el Cerro Calvario o “El Peñón”, en cuya base se hallan las estructuras arquitectónicas con mayor volumen. Fotografía del autor.



Figura 22. Vista desde el sur del edificio Qalasaya, del sitio de Pukara. Se pueden apreciar las terrazas que le confieren el aspecto piramidal. Fotografía del autor.



Figura 23. Terrazas del edificio Qalasaya. Su aspecto actual se debe a las excavaciones y restauraciones realizadas por el Plan COPESCO/UNESCO de finales de 1970. Fotografía del autor.



Figura 24. Vista del sector superior de Qalasaya desde el Cerro Calvario. Se pueden apreciar los patios hundidos y las estructuras que las rodean con planta en forma de herradura. Fotografía del autor.



Figura 25. Detalle de las piedras de base de los muros de la estructura en forma de herradura en el sector superior de Qalasaya. Fotografía del autor.



Figura 26. Vista del patio hundido excavado por Kidder y restaurado por Mujica en la parte superior de Qalasaya. Fotografía del autor.



Figura 27. Cerámica Pukara, según Lumbreras y Amat (1966).



Figura 28. Motivos decorativos de la cerámica Pukara Policroma, según Lumbreras y Amat (1966).

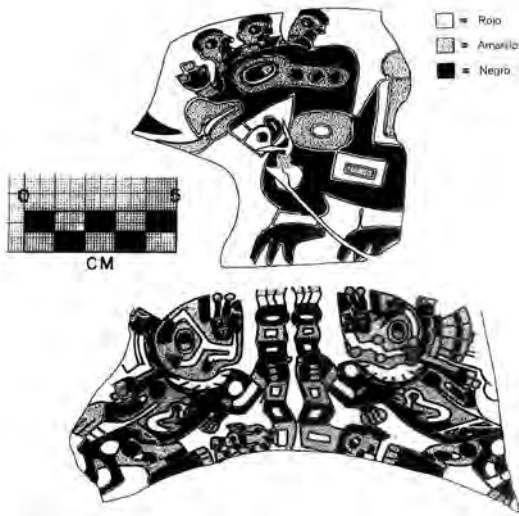


Figura 29. Motivos decorativos de la cerámica Pukara Policroma, según Lumbreras y Amat (1966).

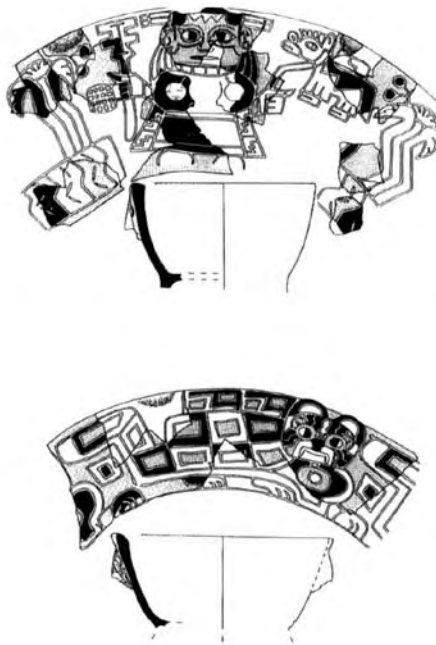


Figura 30. Motivos de la cerámica Pukara Policroma, según Shimada (1999).



Figura 31. "Tema del Hombre-Felino" en la cerámica Pukara Policroma, según Chávez (1992). Nótese que los personajes ostentan artefactos cortantes y, en el caso inferior, una cabeza trofeo.



Figura 32. Vasija cerámica Pukara Policroma, depositada en el museo de sitio de Pukara. Fotografía del autor.



Figura 33. Fragmento de Vasija cerámica Pukara Policroma, depositada en el museo de sitio de Pukara. Fotografía del autor.

Aquí habría que resaltar que la característica principal de un Estado sería el control y explotación de la propiedad privada de un recurso (un “objeto de trabajo”); en el caso de Pukara sería principalmente la tierra para la producción agrícola y ganadera. Dicho control del “objeto de trabajo” por una clase social reside, además del hecho de su producción, en la capacidad de su reproducción. Esto quiere decir que un grupo social dominante, además de explotar una materia prima (que, como se señaló, en el caso de Pukara sería la tierra), debe ser capaz de reproducirla (en este caso, aumentando su productividad), pues si no lo realiza está condenado al fracaso, puesto que el sistema económico que dominan no se recrea.

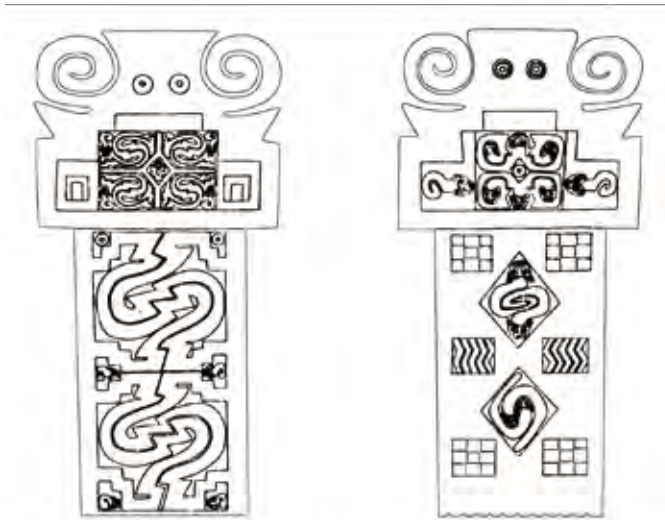


Figura 34. *Estela del Trueno*, una muestra de la escultura lítica pukarense. Tomado de Chávez (1975: 489). Mide más de dos metros de altura y está elaborada de arenisca.

El Estado Pukara también controlaría las rutas de intercambio, especialmente entre el Altiplano y la costa del Pacífico, en busca de recursos naturales y artefactos indispensables para satisfacer las necesidades del grupo social dominante²⁰⁰. Como consecuencia de dichos intercambios, incluso han llegado a registrarse artefactos Pukara en zonas tan alejadas de su núcleo principal, como el valle medio y la

²⁰⁰ Las necesidades básicas de la población común estarían aseguradas por la producción agrícola y ganadera (Bandy 2001: 593).

desembocadura del río Moquegua (Goldstein 2000, Alcalde 2001), Arequipa (De la Veracruz 1996) o incluso Ica (Conklin 1983), en el sur del Perú, y Azapa, en el extremo norte de Chile (Mujica 1991), etc. Dicha aparición recurrente de artefactos Pukara también ha planteado la existencia de colonias altiplánicas en la costa (Feldman 1989), cuestión que no sería efectiva para Azapa, como demuestran los estudios bioantropológicos (Rothhammer y Santoro 2001, Sutter 2000), pero que para el extremo sur de la costa peruana todavía no sería definitivo por la carencia de estudios, como por ejemplo en el valle de Moquegua, donde también se han recuperado artefactos Pukara (Goldstein 2000, 2005).

Asimismo, con Pukara se producirían y reproducirían las manifestaciones de coerción ideológica, encargadas de justificar y mantener las diferencias socioeconómicas. Este tipo de coerción se observaría en la creación de un discurso religioso que incluye seres mitológicos, algunos de ellos visualmente terroríficos, y que fue plasmado de manera estandarizada en materiales tan variados como escultura lítica²⁰¹ (Chávez 1976, 1981; Chávez y Mohr 1976; Hoyt 1975; Nuñez del Prado 1971; Ponce Sanginés y Rowe 1958), cerámica (Chávez 1992, Lumbreras y Amat 1966, Mujica 1991), textiles (Conklin 1983), metales (McEwan 2000) y hueso (Alcalde 2001). Esta coerción, también, estaría materializada en los sacrificios humanos, inferidos por las denominadas “piedras de sacrificio” localizadas en el mismo asentamiento de Pukara y que estaban asociadas a gran número de fragmentos de mandíbulas y cráneos humanos (Chávez 1992: 64, Franco Inojosa 1940: 131). Además, las bolsas de textil Pukara conteniendo cabezas humanas seccionadas excavadas en sitios arqueológicos de valles costeros del extremo norte de Chile (Mujica 1991) estarían relacionadas con estas actividades sacrificiales-coercitivas. Incluso, algunas huellas de uso en vasijas Pukara (con diseños de cabezas humanas decapitadas) serían producidas con el fin de utilizarlas como recipientes para cabezas humanas (Chávez 1992: 512). Todo esto probaría que efectivamente en Pukara se realizaban sacrificios humanos, una cuestión casi siempre abordada desde la iconografía, pero que nos permite reconocer que dichas acciones violentas se materializaban y estaban institucionalizadas por el Estado. Es más, habría un interés por parte de los ejecutores en que esta actividad fuese

²⁰¹ De hecho, el personaje de *El Degollador* fue representado en piedra de manera estandarizada, como se puede apreciar en las esculturas de Pukara (Valcárcel 1932b: 19 y 23), Japisi, Arapa (Chávez 1981, fig. 1), Altarane, Hatuncolla (Paredes 1984) y dos esculturas más ubicadas en la isla del Sol (Ponce Sanginés 1969).

(re)conocida más allá de los lugares de ejecución (propaganda). De hecho, no se puede invalidar la hipótesis de la antropofagia, actividad que puede ser argüida por la aparición de huesos humanos en contextos de desperdicios domésticos²⁰² (Kidder 1939, en Chávez 1992). Por todo ello, mientras no se pruebe lo contrario, se puede plantear que Pukara poseyó un cuerpo coercitivo (no necesariamente regular) que ejercía la violencia física contra los individuos de la misma sociedad o sociedades cercanas y con las cuales competía.

El fin de Pukara no ha sido discutido seriamente por l@s arqueólog@s que han trabajado en el área, pero dado el panorama que hemos planteado dentro de la sociedad Pukara, es muy posible que la contradicción creada entre los productores y los no productores terminase con el abandono del sistema estatal, pues la capacidad de los no productores para subvertir dicho sistema se plasmó en el abandono de los principales sitios Pukara y todo su aparato estatal, sobre todo el ideológico, que también fue abandonado sin dejar huellas en el registro arqueológico.

²⁰² No sería extraño que esto sucediese cuando en Chavín (y sin que esto signifique una extrapolación simple) dicha actividad era realizada como se desprende del análisis paleoantropológico de los huesos humanos recuperados en la *Galería de las ofrendas* y de las observaciones de Rosa Fung en otros sectores del sitio (Lumbreras 1993).



Figura 35 y figura 36. *El Degollador o Hatun Nakaj.* Está depositado en el Museo de Sitio de Pukara. El dibujo pertenece a Kubler (1986: 462) y la fotografía al autor.



Figura 37. Escultura lítica que respeta los cánones oficiales pukarenses. Depositada en el Museo de Sitio de Pukara. La escala mide 18 cm. Fotografía del autor.

V. A modo de conclusiones finales

Mediante el desarrollo de este trabajo creemos que hemos logrado en gran parte los objetivos que nos propusimos. Primero, hemos podido rastrear la procedencia y trasfondo de las explicaciones de las sociedades prehispánicas que se dan en la arqueología peruana en general y, en concreto, en la cuenca norte de lago Titicaca. Así, podemos concluir que, efectivamente, existen dos posiciones filosófico-políticas que subyacen en los modelos arqueológicos explicativos de la formación del Estado: una idealista y otra materialista, las mismas que por su antagonismo entran en contradicción, impregnando el ambiente académico con sus posicionamientos. Asimismo, hemos observado que por diversas circunstancias económicas y políticas la primera de ellas goza de popularidad, principalmente por ser reproductora de los Estados actuales. Su antítesis, la concepción materialista y los modelos desarrollados a partir de ella, por consecuencia, no lo serán.

Por otro lado, al hacer este análisis, también hemos podido observar, cómo los contextos económicos y políticos, en los cuales se desarrollan dichos modelos de explicación del Estado, fomentaron o detuvieron su implantación en los diferentes países. En ese sentido, la dependencia económica será clave en la dependencia ideológica, por ello su implantación será rápida y se aceptará como algo natural.

Así, pues, la arqueología realizada en el Perú es un claro ejemplo de dicha dependencia. Por ello, la arqueología que se realiza actualmente en el área altiplánica es sintomática de la que se realiza en otras áreas de los Andes. Asimismo, la actual Arqueología, como consecuencia de su propio proceso de producción en el tiempo, arrastra cargas del evolucionismo, difusionismo y neoevolucionismo. Por tanto, se nos presenta como irreflexiva, pues fomenta la estaticidad en la explicación arqueológica de las sociedades prehispánicas.

Un ejemplo de ello es que actualmente Pukara no sea reconocida como una sociedad estatal, encubriéndose los conflictos intrasociales que este sistema provocó y que, finalmente, lo llevarían a su abandono entre el 200 y el 400 d.n.e, aproximadamente. Por ello, actualmente las teorías liberales gozan de mayor popularidad en la arqueología de la zona, conduciendo a una visión sesgada de la realidad (y materialidad) social prehispánica.

Por todo lo anteriormente expresado, creemos, mucho más que al comienzo de este trabajo de investigación, que una perspectiva materialista histórica y dialéctica es, por el momento, la propuesta más coherente con nuestro objeto de estudio (los restos de la materialidad social) y nuestro objeto de conocimiento (la realidad social). En ese sentido, como hemos visto, se han realizado intentos para su aplicación en la arqueología andina. Lamentablemente, dichos esfuerzos que se dieron en su momento han carecido de un verdadero impacto en la comunidad científica, no tanto por su ontología o epistemología, sino muchas veces por su posicionamiento político, no acorde con algunas situaciones históricas. De este modo, el proceso de desarrollo de la arqueología materialista histórica en el Perú parece haberse detenido. Pero, más allá de ello, lo que será necesario en un futuro inmediato, si se quiere adelantar y desarrollar este campo, será tener en cuenta la dialéctica que debe existir entre la teoría y la materialidad social.

Así, cualquier modelo explicativo, incluyendo el nuestro, deberá ser contrastado con la materialidad social de Qaluyu-Pukara. Conocemos las características finales del proceso que afirma la existencia de un Estado en Pukara, pero nos faltan evidencias nuevas y más significativas para explicar su génesis y desarrollo previo. De ahí que nuestra proposición realizada sea por demás teórica, aunque a la espera de una oportunidad para entrar en dialéctica con el objeto de estudio²⁰³.

Por el momento se podría señalar que debido a la escasez de material arqueológico disponible, tanto para Qaluyu como para Pukara, nuestro proceso de investigación, actualmente, sólo se podría realizar reconociendo un control de la producción por parte de una clase social. Vale decir, establecer si existen un estándar, un sistema de medidas oficiales y una relación entre la forma y la deco-

²⁰³ Como decíamos al comienzo de este libro, a partir del año 2006 hemos iniciado el Programa de Investigaciones Arqueológicas Asiruni (PIARA), desde el cual se ha desarrollado nuevas metodologías, descripciones y explicaciones de los objetos arqueológicos y sus productores en la cuenca norte del Titicaca.

ración de la cerámica que nos hable de dicho control exclusivo de la producción. Sin embargo, esto se basaría en material recuperado con anterioridad, pero, como hemos visto, en su mayoría con defectos de registro.

En un futuro habría que desarrollar un plan de trabajo en el área con objetivos y metas concretas que alcanzar desde una metodología coherente con el materialismo histórico. Como expresábamos con anterioridad, una investigación conducida a definir el tipo de propiedad presente en la sociedad Qaluyu beneficiaría nuestro conocimiento de su desarrollo económico, social y político. Asimismo, para el caso de Pukara, la verificación de la propiedad de los medios de producción (plusvalía relativa) o la sobreexplotación (plusvalía absoluta) de los trabajadores por parte de un grupo social dominante podrá ser determinante en la consecución de dicho objetivo.

Para cerrar este trabajo, no nos queda más que decir que si se quiere salir del aparente “callejón sin salida” teórico y metodológico en el que se encuentra la arqueología andina, habrá que desechar los conocimientos que nos retornen a modelos estáticos y desfasados, planteándose una superación dialéctica que integre los conocimientos previos y genere nuevos desde una armazón teórica que las someta a críticas y plantee una epistemología arqueológica materialista. En conclusión, habrá que construir nuestro edificio teórico y metodológico sobre nuevos y sólidos cimientos, para lo cual tendremos que entablar un diálogo entre lo concreto y lo abstracto, entre el objeto y el sujeto. El lugar en el que estos opuestos mejor se “encuentren” será lo más cercano a la realidad social prehispánica.

Referencias bibliográficas

ADAMS, Robert

1966 *The Evolution of Urban Society. Early Mesopotamia and Prehispanic Mexico*. Chicago: Aldine.

AGUIRRE-MORALES, Manuel

2001 “La arqueología social en el Perú”. Trabajo de Investigación de 3.^{er} ciclo. Programa de Doctorado de Arqueología Prehistórica, Universidad Autónoma de Barcelona.

ALCINA, José

1991 “La arqueología en España: Una revisión crítica de sus planteamientos teóricos”. *Trabajos de Prehistoria*. Vol. 48, pp. 13-28.

ALDENDERFER, Mark

1998a “Deixeu Florir Cent Flors, Malgrat les Males Herbes i els Ocells: Teoría a l'Arqueologia Americana”. *Cota Zero*. Vol. 14, pp. 53-60.

1998b *Montane Foragers. Asana and the South Central Andean Archaic*. Iowa: University of Iowa.

ALDENDERFER, Mark y Cynthia KLINK

2005 “A Projectile Point Chronology for the South-Central Andean Highlands”. En STANISH, Charles, Amanda COHEN y Mark ALDENDERFER (eds.). *Advances in Titicaca Basin Archaeology-1*. Los Ángeles: Cotsen Institute, pp. 25-54.

ALTHUSSER, Louis

1965 *Pour Marx*. París: François Maspero.

ANGELO, Dante

- 2005 “La arqueología en Bolivia. Reflexiones Sobre la disciplina a inicios del siglo XXI”. *Arqueología Suramericana*. Vol. 1, N.º 2, pp. 185-211.

ARISTÓTELES

- 1970 *Política*. Traducción de Antonio Tovar. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

ARIZACA, Eduardo

- 1999 “Proyecto de investigación arqueológica de los sitios: Antaymarka, Wilaqollo, Huancasayapata, Cangallepata y Balsaspata (Ayaviri-Puno)”. Informe de Práctica Pre-Profesional. Carrera Profesional de Arqueología, Universidad Nacional de San Antonio de Abad del Cuzco.

BAKUNIN, Mikhail

- 1978 *Escritos de filosofía política*. Compilación de GP. Maximoff. Madrid: Alianza.

BARRETT, Richard

- 1989 “The Paradoxical Anthropology of Leslie White”. *American Anthropologist*. Vol. 91, pp. 986-999.

BATE, Luis

- 1984 “Hipótesis sobre la sociedad clasista inicial”. *Boletín de Antropología Americana*. Vol. 9, pp. 47-86.

BAUDIN, Louis

- 1955 [1928] *El imperio socialista de los incas*. Santiago de Chile: Zig-Zag.

BENAVIDES, Hugo

- 2001 “Returning to the Source: Social Archaeology as Latin American Philosophy”. *Latin American Antiquity*. Vol. 12, N.º 4, pp. 355-370.

BENNETT, Wendell

- 1943 “The Position of Chavin in Andean Sequences”. *Proceedings American Philosophical Society*. Vol. 86, N.º 2, pp. 323-327.
- 1946 “Archaeology of Central Andes”. En STEWARD, Julian (ed.). *Handbook of South American Indians*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology. Vol. 2, Bulletin N.º 143, pp.
- 1950 “Cultural Unity and Disunity in the Titicaca Basin”. *American Antiquity*. Vol. 41, N.º 2, pp. 89-98.

BERTALANFFY, Ludwig von

1982 *Perspectivas en la teoría general de sistemas*. Madrid: Alianza.

BINFORD, Lewis

1962 "Archaeology as anthropology". *American Antiquity*. Vol. 28, pp. 217-225.

BINTLIFF, John

1993 "Why Indiana Jones is Smarter than the Post-Processualists?" *Norwegian Archaeological Review*. Vol. 26, N.º 2, pp. 91-100.

BLOCH, Maurice

1987 *Marxism and anthropology*. Oxford / New York: Oxford University Press.

BLOM, Deborah et al.

1998 "Tiwanaku 'Colonization': Bioarchaeological Implications for Migration in the Moquegua Valley, Perú". *World Archaeology*. Vol. 30, pp. 238-261.

BOAS, Franz

1992 [1911] *La mentalidad del hombre primitivo*. Buenos Aires: Almagesto.

1940 *Race, Language and Culture*. New York: The Free Press.

BOBBIO, Norberto

1985 *Estudios de historia de la filosofía. De Hobbes a Gramsci*. Madrid: Debate.

1987 *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

BOURDIEU, Pierre

1977 *Outline of a Theory Practice*. Cambridge: Cambridge University Press.

1997 *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.

BRÜCK, Joanna

2005 "Experiencing the Past? The Development of a Phenomenological Archaeological in British Prehistory". *Archaeological Dialogues*. Vol. 12, N.º 1, pp. 45-72.

BRUMFIEL, Elizabeth y John FOX (eds).

1994 *Factional Competition and Political Development in the New World*. Cambridge: Cambridge University Press.

BURGER, Richard

1989 "An Overview of Peruvian Archaeology (1976- 1986)". *Annual Review of Anthropology*. Vol. 18, pp. 37-69.

1992 *Chavin and the Origins of Andean Civilization*. London: Thames and Hudson.

BURGER, Richard, Karen MOHR y Sergio CHÁVEZ

2000 "Through the Glass Darkly: Prehispanic Obsidian Procurement and Exchange in Southern Peru and Northern Bolivia". *Journal of World Prehistory*. Vol. 14, N.º 3, pp. 267-362.

CALDWELL, Joseph

1959 "The New American Archaeology". *Science*. Vol. 129, pp. 303-307.

CALERO, Jorge

1998 "Ubicación cronológica e identificación de los procesos y técnicas de manufactura del material lítico, así como la posible función y uso de estos sociofactos". *Primer Cuaderno del Museo e Instituto de Arqueología y Antropología de Ayaviri-Melgar*.

CARANDINI, Andrea

1984 *Arqueología y cultura material*. Barcelona: Mitre.

CARLEVATO, Denise

1988 "Late Ceramics from Pucara, Peru: An Indicator of Changing Site Function". *Expedition*. Vol. 30, N.º 3, pp. 39-45.

CASTRO, Pedro y Paloma GONZÁLEZ

1989 "El concepto de frontera: implicaciones teóricas de la noción de territorio político". *Arqueología Espacial*. Vol. 13, pp. 7-18.

CASTRO, Pedro et al.

1996 "Teoría de las prácticas sociales". *Complutum Extra*. Vol. 6, N.º II, pp. 35-48.

CASTRO, Pedro, Vicente LULL y Rafael MICÓ

1996 *Cronología de la prehistoria reciente de la península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal a.n.e.)*. Oxford: BAR International, Series 805.

CASTRO, Pedro et al.

1998 "Teoría de la producción de la vida social. Mecanismos de explotación en el sudeste ibérico". *Boletín de Antropología Americana*. Vol. 33, pp. 25-77.

CASTRO, Victoria, Carlos ALDUNATE y Jorge HIDALGO (eds.)

2000 *Nispa Ninchis/Decimos Diciendo. Conversaciones con John Murra*. Lima: IEP/IAR.

CHATTERJEE, Partha

2007 *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Lima: IEP.

CHÁVEZ, Sergio

1975 "The Arapa and Thunderbolt Stelae: A Case of Stylistic Identity with Implications for Pucara Influences in the Area of Tiahuanaco". *Ñawpa Pacha*. Vol. 13.

1981 "Notes on Some Sculpture from the Northern Lake Titicaca Basin". *Ñawpa Pacha*, Vo. 19, pp. 79-91.

1992 *The Conventionalized Rules in Pucara Pottery Technology and Iconography: Implications of Socio-Political Development in the Northern Titicaca Basin*. Ph.D. Thesis. Michigan: Michigan State University.

CHÁVEZ, Sergio y Karen MOHR

1970 "Newly Discovered Monoliths of Puno, Perú". *Expedition*. Vol. 12, N.º 4, pp. 25-39.

1975 "A Carved Stela from Taraco, Puno, Perú, and the Definition of an Early Style of Stone Sculpture from the Altiplano of Perú and Bolivia". *Ñawpa Pacha*. Vol. 13, pp. 45-87.

CHESNAUX, Jean et al.

1969 *El modo de producción asiático*. México, D.F.: Grijalbo.

CHILDE, Gordon

1925 *The Dawn of European Civilization*. London: Kegan Paul, Trench, Trubner & Co., LTD.

1984 [1936] *Los orígenes de la civilización*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

1940 "Archaeology in the U.S.S.R.". *Nature*. Vol. 145, pp. 110-111.

1969 [1941] *Qué sucedió en la historia*. Buenos Aires: La Pléyade.

1942a "Prehistory in the U.S.S.R. I. Paleolithic and Mesolithic, A: Caucasus and Crimea". *Man*. Vol. 42, pp. 98-100.

1942b "Prehistory in the U.S.S.R. I. Paleolithic and Mesolithic, B: The Russian Plain". *Man*. Vol. 42, pp. 100-103.

1942c "Prehistory in the U.S.S.R. II. The Copper Age in South Russia". *Man*. Vol. 42, pp. 130-136.

- 1942d “The Significance of Soviet Archaeology”. *Labour Monthly*. Vol. 24, pp. 341-343.
- 1943 “Archaeology in the U.S.S.R. The Forest Zone”. *Man*. Vol. 43, pp. 4-9.
- 1945 “Archaeology and Anthropology [en la URSS]”. *Nature*. Vol. 156, pp. 224-225.
- 1952 “Archaeological Organization in the U.S.S.R.”. *Anglo-Soviet Journal*. Vol. 13, N.º 3, pp. 23-26.

CHOY, Emilio

- 1960 “La revolución neolítica en los orígenes de la civilización americana”. En *Antiguo Perú, Espacio y Tiempo*. Lima: Mejía Baca, pp. 149-197.

CIPOLLA, Lisa

- 2005 “Preceramic Period Settlement Patterns in the Huancané-Putina River Valley, Northern Titicaca Basin”. En STANISH, Charles, Amanda COHEN y Mark ALDENDERFER (eds.). *Advances in Titicaca Basin Archaeology-1*. Los Ángeles: Cotsen Institute, pp. 55-63.

CLAESSEN, Henri y Peter SKALNIK (eds.)

- 1978 *The Early State*. La Haya: Mouton.

CLARK, Graham

- 1980 *Arqueología y sociedad*. Madrid: Akal.

CLARKE, David (ed.)

- 1972 *Models in Archaeology*. London: Methuen.

CONDE, Remigio

- 1968 *Sociedad, Estado y derecho en la filosofía marxista*. Madrid: Cuadernos para el diálogo.

CONKLIN, William

- 1983 “Pucara and Tiahuanaco Tapestry: Time and Style in a Sierra Weaving Tradition”. *Ñawpa Pacha*. Vol. 21, pp. 1-36.

COTLER, Julio

- 1978 *Clases, Estado y Nación en el Perú*. Lima: IEP.

D'AGOSTINO, Bruno

- 1991 “The Italian Perspective on Theoretical Archaeology”. En HODDER, Ian (ed.). *Archaeology Theory in Europe. The Last Three Decades*. London / New York: Routledge, pp. 52-64.

D'ALTROY, Terence

1997 "Recent Research on the Central Andes". *Journal of Archaeological Research*. Vol. 5, N.º 1, pp. 3-73.

DANIEL, Glyn

1987 *Un siglo y medio de arqueología*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

DE AQUINO, Santo Tomás

1995 [1265-7] *La monarquía*. Madrid: Tecnos.

DE LA VERACRUZ, Pablo

1996 "El papel de la sub región norte de los valles occidentales en la articulación entre los Andes centrales y los Andes centro sur". En ALBÓ, Xavier y otros (comps.). *La integración surandina cinco siglos después*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de las Casas", pp. 135-157.

DEL CASTILLO, Miguel Ángel y María MOSCOSO

2002 "El 'Chino' y el 'Indio': Pedro S. Zulen y Julio C. Tello, una amistad del Novecientos a través de su correspondencia, 1914-1922". *Arqueología y Sociedad*. Vol. 14, pp. 165-188.

DENIZ, José

1978 *La revolución por la Fuerza Armada*. Salamanca: Ediciones Sígueme.

DÍAZ-ANDREU, Margarita

2001 "Guest Editor's Introduction Nationalism and Archaeology". *Nations and Nationalism*. Vol. 7, N.º 4, pp. 429-440.

DÍAZ-ANDREU, Margarita y Timothy CHAMPION (eds.)

1996 *Nationalism and Archaeology in Europe*. London: UCL Press.

DIRLIK, Arif

1974 "Mirror to Revolution: Early Marxist Images of Chinese History". *Journal of Asian Studies*. Vol. 33, N.º 2, pp. 193-223.

DOWSON, Thomas

1998 "Homosexualitat, Teoría Queer i Arqueologia". *Cota Zero*. Vol. 14, pp. 81-87.

DUNNELL, Robert

1989 "Aspects of the Application of Evolutionary Theory in Archaeology". En LAMBERG-KARLOVSKY, Clifford (ed.). *Archaeological Thought in America*. New York: Cambridge University Press, pp. 35-49.

EARLE, Timothy

- 1978 *Economic and Social Organization of A Complex Chiefdom: The Halalea District, Kauai. Hawaii*. Anthropological Papers of the Museum of Anthropology 63. Ann Arbor: Museum of Anthropology.

ENGELS, Friedrich

- 1973 *Los bakuninistas en acción. Memorias sobre la insurrección de España (verano de 1873)*. México, D.F.: Roca.

ERICKSON, Clark

- 1983 "Los Waru-Waru de Huatta, Puno". *Gaceta Arqueológica Andina*. Vol. 7, pp. 4-5.
- 1988 "Raised Field Agriculture in the Lake Titicaca Basin. Putting Ancient Agriculture Back to Work". *Expedition*. Vol. 30, N.º 3, pp. 8-16.
- 2000 "The Lake Titicaca Basin: A Precolumbian Built Landscape". En LENTZ, David (ed.). *Imperfect Balance: Landscape Transformation in the Precolumbian Americas*. New York: Columbia University Press, pp. 311-356.

ESTÉVEZ, Jordi y Assumpció VILA

- 1999 *Piedra a piedra. Historia de la construcción del Paleolítico en la península Ibérica*. Oxford: BAR International, Series 805.

ESTÉVEZ, Jordi et al.

- 1998 "Cazar o no cazar, ¿es esta la cuestión?" *Boletín de Antropología Americana*. Vol. 33, pp. 5-23.

ESPINOZA, Waldemar (ed.)

- 1981 *El modo de producción en el imperio de los incas*. Lima: Amaru.

FAGES, Jean

- 1977 *Introducción a las diferentes interpretaciones del marxismo*. Barcelona: Oikos-Tau.

FALKENHAUSEN, Lothar von

- 1993 "On the Historiographical Orientation of Chinese Archaeology". *Antiquity*. Vol. 67, N.º 257, pp. 839-849.

FEINMAN, Gary y Joyce MARCUS (eds.)

- 1998 *Archaic States*. New Mexico: SAR Press.

FELDMAN, Robert

- 1989 "The Early Ceramics Periods of Moquegua". En RICE, Don, Charles STANISH y Phillip SCARR (eds.). *Ecology, Settlement, and History in Osmore Drainage, Peru*. Oxford: Oxford University Press, pp. 207-217.

FERNÁNDEZ, Mildred

- 1998 "Qaluyo: un estilo del Horizonte Temprano en el Altiplano del sur. Aproximaciones en sus fases". *Primer Cuaderno del Museo e Instituto de Arqueología y Antropología de Ayaviri-Melgar*.

FERNÁNDEZ, Víctor

- 1993 *Teoría y método de la arqueología*. Madrid: Síntesis.
- 2006 *Una arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado*. Barcelona: Crítica.

FLANNERY, Kent

- 1972 "The Cultural Evolution of Civilizations". *Annual Review of Ecology and Systematics*. Vol. 3, pp. 399-426.
- 1973 "Archaeology with a Capital S". En REDMAN, Charles (ed.). *Research and Theory in Current Archaeology*. New York: Wiley, pp 47-58.
- 1994 "Childe the Evolucionist. A Perspective from Nuclear America". En HARRIS, David (ed.). *The Archaeology of Gordon Childe*. London: UCL Press, pp. 101-119.

FLORES, Jorge y Percy PAZ

- 1983 "La agricultura en lagunas del Altiplano". *Ñawpa Pacha*. Vol. 21, pp. 127-152.

FOWLER, Don

- 1987 "Uses of the Past: Archaeology in the Service of the State". *American Antiquity*. Vol. 52, N.º 2, pp. 229-248.

FRANCO, José María

- 1939 "Informe sobre los trabajos arqueológicos de la Misión Kidder en Pukara, Puno (enero a julio de 1939)". *Revista del Museo Nacional*. Vol. IX, N.º 1, pp. 128-142.

FRANKENSTEIN, Susan

- 1997 *Arqueología del colonialismo. El impacto fenicio y griego en el sur de la península Ibérica y el suroeste de Alemania*. Barcelona: Crítica.

FRANQUEMONT, Edward

1986 "The Ancient Pottery from Pucara, Peru". *Nawpa Pacha*. Vol. 24, pp. 1-30.

FRIED, Morton

1979 [1963] "Sobre la evolución de la estratificación social y del Estado". En LLOBERA, Josep (comp.). *Antropología política*: Barcelona: Anagrama, pp. 133-151.

1967 *On the Evolution of Political Society*. New York: Random House.

GAILEY, Christine

1984 "The Kindness of Strangers: Transformations of Kinship in Precapitalist Class and State Formation". *Culture*. Vol. 5, N.º 2, pp. 3-16.

1985 "The State of the State in Anthropology". *Dialectical Anthropology*. Vol. 9, N.º 1-2, pp. 65-89.

1987 *Kinship to Kingship. Gender Hierarchy and State Formation in the Tongan Islands*. Austin: University of Texas Press.

GAILEY, Christine y Thomas PATTERSON

1988 "State Formation and Uneven Development". En BENDER, Barbara, Gledhill y Larsen MOGENS (eds.). *State and Society: The Emergence and Development of Social Hierarchy and Political Centralization*: London: George Allen and Unwin, pp. 77-90.

GÁNDARA, Manuel

1982 "La vieja 'Nueva Arqueología'". En *Teorías, métodos y técnicas en arqueología*. México, D.F.: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, pp. 59-176.

GARBARINO, Merwin

1977 *Sociocultural Theory in Anthropology: A Short History*. Prospect Heights, Illinois: Waveland Press.

GIDDENS, Anthony

1979 *Central Problems in Social Theory*. London: MacMillan.

1984 *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*. Cambridge: Polity Press.

GIL, Francisco

2001 "Ideología, poder, territorio. Por un análisis del fenómeno Chullpario desde la arqueología de la percepción". *Revista Española de Antropología Americana*. Vol. 31, pp. 59-96.

GILMAN, Antonio

- 1989 "Marxism in American Archaeology". En LAMBERG-KARLOVSKY, Clifford (ed.). *Archaeological Thought in America*. New York: Cambridge University Press, pp. 63-73.

GODELIER, Maurice

- 1974 *Esquemas de la evolución de las sociedades*. Madrid: Miguel Castellote.

GOLDSTEIN, Paul

- 2000a "Exotic Goods and Everyday Chief: Long Distance Exchange and Indigenous Sociopolitical Development in the South Central Andes". *Latin American Antiquity*. Vol. 11, N.º 4, pp. 335-361.
- 2000b "Communities Without Borders. The Vertical Archipelago and Diaspora Communities in the Southern Andes". En CANUTO, Marcello y Jason YAEGER (eds.). *The Archaeology of Communities. A New World Perspective*. London / New York: Routledge.
- 2005 *Andean Diaspora. The Tiwanaku Colonies and the Origins of South American Empire*. Gainesville: University of Florida Press.

GURVITCH, Georges

- 1974 *Proudhon. Su vida, su obra y su filosofía*. Madrid: Guadarrama.

HAAS, Jonathan

- 1982 *The Evolution of Prehistoric State*. Nueva York: Columbia University Press.

HAAS, Jonathan (ed.)

- 2001 *From Leaders to Rulers*. Nueva York: Kluwer Academic / Plenum Publishers.

HAAS, Jonathan y Winifred CREAMER

- 2006 "Crucible of Andean Civilization. The Peruvian Coast from 3000 to 1800 BC". *Current Anthropology*. Vol. 47, N.º 5, pp. 745-775.

HAAS, Jonathan, Shelia y Thomas POZORSKI (eds.)

- 1987 *The Origins and Development of the Andean State*. Cambridge: University of Cambridge Press.

HAKKEN, David y Hanna LESSINGER

- 1987 *Perspectives in U.S. Marxist Anthropology*. Boulder: Westview Press.

HAMEL, Eugene

- 1998 "Peck's Archaeologist. Eighth Emeritus Lecture Honoring John Howland Rowe. 1998". *The Kroeber Anthropological Society Papers*. Vol. 40, pp. 93-99.

HAMPSCHER-MONK, Iain

- 1996 *Historia del pensamiento político moderno. Los principales pensadores de Hobbes a Marx*. Barcelona: Ariel.

HARRIS, Marvin

- 1987 *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*. Madrid: Siglo XXI.

HAWORTH, Nigel

- 1992 "Perú". En BETHELL, Leslie y Ian ROXBOROUGH (eds.). *Latin American Between the Second World War, 1944-1948*. New York: Cambridge University Press.

HEGEL, Georg

- 1948 [1796] "Positivity of Christian Religion". En *Early Theological Writings* (para esta edición, ver HAMPSCHER-MONK 1996).

HERNANDO, Almudena

- 1999 "Percepción de la realidad y prehistoria. Relación entre la construcción de la identidad y la complejidad socio-económica en los grupos humanos". *Trabajos de Prehistoria*. Vol. 56, N.º 2, pp. 19-35.

HOBBS, Thomas

- 1991 [1651] *Leviatán*. Madrid: Tecnos.

HOBSBAWM, Eric

- 1979 *Formaciones económicas precapitalistas*. Barcelona: Crítica.

HODDER, Ian

- 1994 *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Barcelona: Crítica.

HOYT, Margaret

- 1975 "Two New Pucara Style Stelae Fragments From Yapura, Near Capachica, Puno, Perú". *Ñawpa Pacha*. Vol. 13, pp. 27-34.

ISELL, William

- 1997 *Mummies and Mortuary Monuments. A Postprocesual Prehistory of Central Andean Social Organization*. Austin: University of Texas Press.

JANUSEK, John

- 2005 "Of Pots and People: Ceramic Style and Social Identity in the Tiwanaku State". En REYCRAFT, Richard (ed.). *Us and Them: Archaeology and Ethnicity in the Andes*. Los Ángeles: Cotsen Institute, University of California, pp. 34-53.

JOHNSON, Allen y Timothy EARLE

- 2003 *La evolución de las sociedades humanas*. Barcelona: Ariel.

JOHNSON, Matthew

- 2000 *Teoría arqueológica. Una introducción*. Barcelona: Ariel.

JORGENSEN, Joseph (comp.)

- 1975 *Biología y cultura. Introducción a la antropología biológica y social. Selecciones de Scientific American*. Madrid: H. Blume Ediciones.

KAULICKE, Peter

- 1997 *Contextos funerarios de Ancón. Esbozo de una síntesis analítica*. Lima: PUCP, Fondo Editorial.

KELSEN, Hans

- 1957 *Teoría comunista del derecho y del Estado*. Buenos Aires: EMECÉ.

KIDDER, Alfred

- 1943 "Some Early Sites in the Northern Titicaca Basin". *Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology*. Vol. XXVII, N.º 1.
- 1948 "The Position of Pucara in Titicaca Basin Archaeology". En BENNETT, Wendell (ed.). *Reappraisal of Peruvian Archaeology*. Wisconsin: Menasha, pp. 87-89.
- 1967 "Digging in the Titicaca Basin". En ROWE, John y Dorothy MENZEL (eds.). *Peruvian Archaeology. Selected Readings*. Palo Alto, California: Peek Publications, pp. 133-145.

KIDDER, Mary

- 1942 *No Limits But the Sky. The Journal of an Archaeologist's Wife in Peru*. Cambridge: Harvard University Press.

KLEJN, Leo

- 1993 *La arqueología soviética. Historia y teoría de una escuela desconocida*. Barcelona: Crítica.
- 1994 "Childe and Soviet Archaeology: A Romance". En HARRIS, David (ed.). *The Archaeology of Gordon Childe*. London: UCL Press, pp. 75-93.

KLINK, Cynthia

- 2005 "Archaic Period Research in the Río Huenque Valley, Peru". En STANISH, Charles, Amanda COHEN y Mark ALDENDERFER (eds). *Advances in Titicaca Basin Archaeology-1*. Los Ángeles: Cotsen Institute, pp. 13-24.

KOHL, Philip

- 1981 "Materialists Approach to Prehistory". *Annual Review of Anthropology*. Vol. 10, pp. 89-118.
- 1987 "The Use and Abuse of World Systems Theory: The Case of the 'Pristine' West Asian State". En SCHIFFER, Michael (ed.). *Advances in Archaeological Method and Theory*. San Diego: Academic Press, Vol. 11, pp. 1-35.
- 1989 "The Use and Abuse of World Systems Theory: The Case of the 'Pristine' West Asian State". En LAMBERG-KARLOVSKY, Clifford (ed.). *Archaeological Thought in America*. New York: Cambridge University Press, pp. 218-240.
- 1998 "Nationalism and Archaeology. On the Constructions of Nations and Reconstructions of the Remote Past". *Annual Review of Anthropology*. Vol. 27, pp. 223-246.

KOHL, Philip y Claire FAWCETT (eds.)

- 1995 *Nationalism, Politics, and the Practice of Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press.

KOLATA, Alan

- 1993 *The Tiwanaku. Portrait of an Andean Civilization*. Cambridge: Blackwell.

KRADER, Lawrence

- 1972 *La formación del Estado*. Barcelona: Labor.

KUBLER, George

- 1986 *Arte y arquitectura en la América precolonial. Los pueblos mexicanos, mayas y andinos*. Madrid: Cátedra.

LARCO, Rafael

- 1938 *Los mochicas. Vol. I: Origen y evolución de los agregados sociales de la costa del Perú*. Lima: Casa Edit. La Crónica y Variedades.

LEFEBVRE, Henri

- 1974 *Marx*. Madrid: Guadarrama.

LENIN, Vladimir Ilich

1974 [1908] *Materialismo y empiriocriticismo*. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras.

1976 [1917] *El Estado y la revolución*. Barcelona: Anagrama.

LEONE, Mark

1984 "Interpreting Ideology in Historical Archaeology: The William Paca Garden in Annapolis, Maryland". En MILLER, Daniel y Christopher TILLEY (eds.): *Ideology, Power and Prehistory*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 25-35.

LEWIS, Herbert

2001 "The Passion of Franz Boas". *American Anthropologist*. Vol. 103, N.º 2, pp. 447-467.

LINARES, Eloy

1964 *El antropólogo alemán Friedrich Max Uhle. Padre de la arqueología peruana*. Lima: Talleres Gráficos P.L. Villanueva.

LOCKE, John

1985 [1690] *Ensayo sobre el gobierno civil*. Barcelona: Orbis.

1990 [1698] *Segundo tratado sobre el gobierno civil*. Madrid: Alianza.

LORA, José

1994 "Somos desarrollados no sólo frente al capitalismo avanzando sino, también, frente al Tahuantinsuyo. Entrevista a Luis Guillermo Lumbreras". *Cuadernos de COMUL*. N.º 6.

LORENZO, José Luis (coord.)

1976 *Hacia una arqueología social. Reunión en Teotihuacan (octubre de 1975)*. México, D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

LUBBOCK, John

1987 [1870] *Los orígenes de la civilización y la condición primitiva del hombre*. Barcelona: Alta Fulla.

LULL, Vicente

1983 *La "cultura" de El Argar*. Madrid: Akal.

1988 "Hacia una teoría de la representación en arqueología". *Revista de Occidente*. Vol. 81, pp. 62-76.

- 1991 “La prehistoria de la teoría arqueológica en el Estado español”. En VILA, Assumpció (ed.). *Arqueología*. Madrid: CSIC, pp. 231-250.
- LULL, Vicente y Rafael MICÓ
- 1997 “Teoría arqueológica I. Los enfoques tradicionales: las arqueologías evolucionistas e histórico-culturales”. *Revista d'Arqueologia de Ponent*. Vol. 7, pp. 107-128.
- 1998 “Teoría arqueológica II. La arqueología procesual”. *Revista d'Arqueologia de Ponent*. Vol. 8, pp. 61-78.
- 2007 *Arqueología del origen del Estado. Las teorías*. Barcelona: Bellaterra.
- LULL, Vicente y Marina PICAZO
- 1989 “Arqueología de la muerte y estructura social”. *Archivo Español de Arqueología*. Vol. 62, pp. 5-20.
- LULL, Vicente y Roberto RISCH
- 1995 “El Estado Argárico”. *Verdolay*. Vol. 7, pp. 97-109.
- LUMBRERAS, Luis
- 1969 *De los pueblos, las culturas y las artes del antiguo Perú*. Lima: Moncloa-Campodónico.
- 1971 “Proyecto de investigaciones arqueológicas en Puno”. *Pumapunku*. Vol. 3, pp. 58-67.
- 1974a *La arqueología como ciencia social*. Lima: Histar.
- 1974b *Los orígenes de la civilización en el Perú*. 2.^a edición. Lima: Milla Batres.
- 1981 *Arqueología de la América andina*. Lima: Milla Batres.
- 1993 *Chavín de Huántar. Excavaciones en la Galería de las Ofrendas*. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, Mainz am Rhein: Verlag Philipp von Zabern, Vol. 51.
- 1994 “Acerca de la aparición del Estado”. *Boletín de Antropología Americana*. Vol. 29, pp. 5-33.
- 2000 “Demarcación del área sudamericana”. En ROJAS, Teresa y John MURRA (eds.). *Historia general de América Latina I. Las sociedades originarias*. París: UNESCO, pp. 99-116.
- 2005 “Introducción”. En GONZÁLES, Enrique y Carlos DEL ÁGUILA (eds.). *Arqueología y sociedad*. Lima: IEP.
- LUMBRERAS, Luis y Hernán AMAT
- 1966 “Secuencia arqueológica del Altiplano occidental del Titicaca”. *Actas del 37 Congreso Internacional de Americanistas*. Tomo II. Mar del Plata.

LUMBRERAS, Luis y Elías MUJICA

1982 “50 Años de Investigaciones en Tiwanaku”. *Gaceta Arqueológica Andina*. Vol. 1, N.º 3, pp. 6-7.

MALINA, Jaroslav y Zdenek VASÍCEK

1990 *Archaeology Yesterday & Today. The Development of Archaeology in the Sciences & Humanities*. New York: Cambridge University Press.

MANACORDA, Daniele

1982 “Per un ‘Indagine Sull’ Archeologia Italiana Durante il Ventennio Fascista”. *Archeologia Medievale*. Vol. 9, pp. 443-470.

MAQUIAVELO, Nicolás

1999 [1513] *El príncipe*. Madrid: Espasa-Calpe.

MARIÁTEGUI, José Carlos

1994 [1928] *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. 60.ª edición. Lima: Empresa Editora Amauta.

MARX, Karl

2002 [1843] *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*. Madrid: Biblioteca Nueva.

1973 [1867] *El capital. Crítica de la economía política*. Traducción de Wenceslao Roces. 2.ª edición. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

1971 [1875] *Crítica del Programa de Gotha*. Madrid: Ricardo Aguilera Editor.

1974 [1880-2] *The Ethnological Notebooks of Karl Marx (Studies of Morgan, Phear, Lubbock)*. Transcritos y editados con una introducción por Lawrence Krader. Assen: Van Gorcum & Comp. B. V.

[1859] “Prólogo de la Contribución a la Crítica de la Economía Política” [en línea]. Ediciones Electrónicas Bandera Roja, <<http://www.marxist.org>>

MARX, Karl y Friedrich ENGELS

1846 “La ideología alemana” [en línea]. Ediciones Electrónicas Bandera Roja. <<http://www.marxist.org>>

McCANN, William

1990 “‘Volk und Germanentum’: The Presentation of the Past in Nazi Germany”. En GATHERCOLE, Peter y David LOWENTHAL (eds.). *The Politics of the Past*. New York: Routledge, pp. 74-88.

McEWAN, Colin

- 2000 "Ancestors Past but Present. Gold Diadems from the Far South Coast of Perú". En McEWAN, Colin (ed.). *Precolumbian Gold. Technology, Style and Iconography*. London: British Museum Press, pp. 16-27.

McGUIRE, Randall

- 1992 *A Marxist Archaeology*. San Diego: Academic Press.
- 1998 "Una Aproximació Marxista Dialèctica a l'Arqueologia". *Cota Zero*. Vol. 14, pp. 61-71.

McGUIRE, Randall y Dean SAITTA

- 1996 "Although They Have Petty Captains, They Obey Them Badly: The Dialectics of Prehispanic Western Pueblo Social Organization". *American Antiquity*. Vol. 61, N.º 2, pp. 197-216.

McGUIRE, Randall y Rodrigo NAVARRETE

- 1999 "Entre motocicletas y fusiles: las arqueologías radicales anglosajona e hispana". *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia*, Suplemento. Vol. 3, pp. 181-199.

McGUIRE, Randall y Robert PAYNTER (eds.)

- 1991 *The Archaeology of Inequality*. Oxford: Basil Blackwell.

MEGGERS, Betty

- 1998 *Evolución cultural y difusión cultural. Enfoques teóricos para la investigación arqueológica*. Quito: Abya-Yala.

MEGGERS, Betty y Clifford EVANS

- 1973 "United States 'Imperialism' and Latin American Archaeology". *American Antiquity*. Vol. 38, N.º 3, pp. 257-258.

MEILLASOUX, Claude

- 1985 *Mujeres, graneros y capitales. Economía doméstica y capitalismo*. México, D.F.: Siglo XXI.

MENZEL, Dorothy, John ROWE y Lawrence DAWSON

- 1964 *The Paracas Pottery of Ica: A Study in Style and Time*. Berkeley: University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, Vol. 50.

MESÍA, Christian

- 2006 “Julio C. Tello: teoría y práctica de la arqueología andina”. *Arqueología y Sociedad*. Vol. 17, pp. 49-66.

MILLER, Mikhail

- 1956 *Archaeology in the U.S.S.R.* New York: Frederick A. Praeger Publishers.

MOHR, Karen

- 1969 “Excavations in the Cuzco-Puno Area of Southern Highland Perú”. *Expedition*. Vol. 11, N.º 2, pp. 48-51.
- 1980 “The Archaeology of Marcavalle, an Early Horizon Site in the Valley of Cuzco, Perú”. *Baessler-Archiv, Neue Folge*. Vol. XXVIII, pp. 203-329.
- 1981 “The Archaeology of Marcavalle, an Early Horizon Site in the Valley of Cuzco, Perú”. *Baessler-Archiv, Neue Folge*. Vol. XXIX, pp. 107-205.
- 1982 “Resumen de los trabajos arqueológicos realizados en Marcavalle, un sitio correspondiente al Horizonte Temprano en el valle del Cuzco”. En *Arqueología del Cuzco*. Cuzco: INC.
- 2001 “La Cultura Chiripa. Religion et Sacralité sur les Rives du Lac Titicaca”. *Dossier d’Archeologie*. Vol. 262, pp. 24-29.

MONTESQUIEU

- 1993 [1735] *Del espíritu de las leyes*. Madrid: Tecnos.

MONTOYA, Rodrigo

- 1999 “Todas las sangres: ideal para el futuro del Perú” [en línea]. <www.andes.missouri.edu/andes/arguedas/rmcritica/rm_critica2.html>

MOORE, Jerry

- 1996 *Architecture and Power in the Ancient Andes. The Archaeology of Public Buildings*. Cambridge: Cambridge University Press.

MOREIRA, Neiva

- 1975 *La vía revolucionaria peruana*. Barcelona: Avance.

MORGAN, Lewis

- 1971 [1877] *La sociedad primitiva*. Madrid: Ayuso.

MORLON, Pierre

- 1987 “Del clima a la comercialización: un riesgo puede ocultar otro. Ejemplos sobre el Altiplano peruano”. *Agricultura y Sociedad*. Vol. 45, pp. 133-182.

MOSELEY, Michael

1975 *Maritime Foundations of Andean Civilization*. Menlo Park: Cummings.

1992 *The Incas and Their Ancestors*. London: Thames & Hudson.

MUJICA, Elías

1978 "Nuevas hipótesis sobre el desarrollo temprano del Altiplano, del Titicaca y de sus áreas de interacción". *Arte y Arqueología*. Vols. 5 y 6, pp. 285-308.

1987 "Cusipata: una fase pre-Pukara en la cuenca norte del Titicaca". *Gaceta Arqueológica Andina*. Vol. 13, pp. 22-28.

1991 "Pukara: una sociedad compleja temprana en la cuenca norte del Titicaca". En *Los incas y el antiguo Perú. 3000 años de historia*. Madrid: Sociedad Estatal, Quinto Centenario.

1997 *Los andenes de Puno en el contexto del proceso histórico de la cuenca norte del Titicaca*. Manuscrito en posesión del autor.

MURRA, John

1968 "An Aymara Kingdom in 1567". *Ethnohistory*. Vol. 15, N.º 2, pp. 115-151.

MUSSOLINI, Benito

1928 "Discursos de 1928". En *El fascismo (doctrina e instituciones)*. Buenos Aires: Editorial TOR.

NAVARRETE, Rodrigo

1999 *Latin American Social Archaeology: One Goal, Mutiple Views*. Thesis submitted in partial fulfillment of the requirements for the degree of Master of Arts in Anthropology in the Graduate School of Binghamton University. State University of New York.

NICHOLS, Deborah

2000 Recensión del libro *Archaic States*, editado por Feinman y Marcus. *Journal of Field Archaeology*. Vol. 27, N.º 3, pp. 354-358.

NOCETE, Francisco

1984 "Jefaturas y territorio: una visión crítica". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*. Vol. 9, pp. 289-304.

1988a *El espacio de la coerción: la transición al Estado en las campiñas del Alto Guadalquivir (España), 3000-1500 a.C.* Oxford: Bristish Archaeological. Reports.

1988b "Estómagos bípedos/estómagos políticos". *Arqueología Espacial*. Vol. 12, pp. 119-140.

NÚÑEZ, Juan

- 1971 “Dos nuevas estatuas de estilo Pukara halladas en Chumbivilcas, Perú”. *Ñawpa Pacha*. Vol. 9, pp. 23-32.

OELGART, Bernd

- 1970 *Ideólogos e ideologías de la nueva izquierda*. Barcelona: Anagrama.

OYUELA-CAYCEDO, Augusto y otros

- 1997 “Social Archaeology in Latin America?: Comments to T.C. Patterson”. *American Antiquity*. Vol. 62, N.º 2, pp. 365-374.

PAREDES, Rolando

- 1984 “El ‘Degollador’ (Nakaj) de Altarane, Puno”. *Gaceta Arqueológica Andina*. Vol. 11, p. 13.
- 1985 *Excavaciones arqueológicas en Pukara, Puno*. Tesis de licenciatura en Ciencias Sociales con mención en Arqueología. Cuzco: Universidad Nacional San Antonio Abad del Cuzco, Facultad de Ciencias Sociales.

PAREDES, Martín

- 2001 “Asedios al indigenismo”. *Quehacer*. Vol. 128, pp. 88-93.

PATTERSON, Thomas

- 1985 “Exploitation and Class Formation in the Inca State”. *Culture*. Vol. 5, N.º 1, pp. 35-42.
- 1986a “The Last Sixty Years: Towards a Social History of Americanist Archaeology in the United States”. *American Anthropologist*. Vol. 88, pp. 7-22.
- 1986b “Ideology, Class Formation, and Resistance in the Inca State”. *Critique of Anthropology*. Vol. 6, N.º 1, pp. 75-85.
- 1987a “Tribes, Chiefdoms, and Kingdoms in the Inca Empire”. En PATTERSON, Thomas y Christine GAILEY (eds.). *Power Relations and State Formation*. Washington, D.C.: American Anthropological Association, pp. 117-128.
- 1987b “Merchant Capital and the Formation of the Inca State”. *Dialectical Anthropology*. Vol. 12, N.º 2, pp. 217-27.
- 1991 *The Inka Empire. The Formation and Disintegration of a Pre-Capitalist State*. Oxford: Berg.
- 1994 “Social Archaeology in Latin America: An Appreciation”. *American Antiquity*. Vol. 59, N.º 3, pp. 531-537.
- 1997 “A Reply to Oyuela-Caycedo, A. Anaya, C.G. Elera, and L.M. Valdez”. *American Antiquity*. Vol. 62, N.º 2, pp. 375-376.

- 2003 *Marx's Ghost. Conversations with Archaeologists*. Oxford: Berg.
- 2004 "Class Conflict, State Formation and Archaism. Some Instances from Ancient Peru". *Journal of Social Archaeology*, Vol. 4, N.º 3, pp. 288-306.
- PATTERSON, Thomas y Christine GAILEY (eds.).
- 1987 *Power Relations and State Formation*. Washington, D.C.: American Anthropological Association.
- 1988 "State Formation and Uneven Development". En BENDER, Barbara, John GLEDHILL y Mogens LARSEN (eds.). *State and Society: The Emergence and Development of Social Hierarchy and Political Centralization*. London: George Allen y Unwin, pp. 77-90.
- PERUSEK, Glenn
- 1994 "Factional Competition and Historical Materialism". En BRUMFIEL, Elizabeth y John FOX. *Factional Competition and Political Development in the New World*. Cambridge: Cambridge University Press.
- PLATÓN
- 1971 *La República o el Estado*. Madrid: Espasa Calpe.
- POLANYI, Karl
- 1976 *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Barcelona: Labor Universitaria.
- POLIBIO
- 1981 *Historias*. Madrid: Gredos.
- POLITIS, Gustavo
- 1995 "The Socio-Politics of the Development of Archaeology in Hispanic South America". En UCKO, Peter. *Theory in Archaeology. A World Perspective*. London: Routledge, pp. 197-235.
- PONCE, Carlos
- 1976 *Tiwanaku. Espacio, tiempo y cultura. Ensayo de síntesis arqueológica*. La Paz: Pumapunku.
- 1969 *Tunupa y Ekako. Estudio arqueológico acerca de las efigies precolombinas de dorso adunco*. La Paz: Academia Nacional de Ciencias de Bolivia.
- 1990 *Descripción sumaria del templo semisubterráneo de Tiwanaku*. 6.ª edición. La Paz: Editorial Juventud.
- 1991 "El lago Titikaka en el marco de la investigación científica". *Pumapunku*. Año 1, N.º 2, pp. 67-118.

POZORSKI, Shelia y Thomas POZORSKI

1987 *Early Settlement and Subsistence in the Casma Valley, Peru*. Iowa: University of Iowa Press.

1999 “Una reevaluación del desarrollo de la sociedad compleja durante el Pre-cerámico Tardío en base a los fechados radiocarbónicos y a las investigaciones arqueológicas en el valle de Casma”. *Boletín de Arqueología PUCP*. Vol.º 3, pp. 171-186.

PREUCCEL, Robert

1995 “The Postprocessual Condition”. *Journal of Archaeological Research*. Vol. 3, N.º 2, pp. 147-175.

QUIJANO, Aníbal

1985 *Imperialismo, clases sociales y Estado en el Perú, 1890-1930*. Lima: Mosca Azul Editores.

RATHJE, William

1971 “The Origin and Development of Lowland classic Maya Civilization”. *American Antiquity*. Vol. 36, N.º 3, pp. 275-285.

RAVINES, Rogger

1970 “Los comienzos de la arqueología andina”. En RAVINES, Rogger (ed.). *100 años de arqueología en el Perú*. Lima: IEP, pp. 29-53.

REDMAN, Charles

1990 *Los orígenes de la civilización. Desde los primeros agricultores hasta la sociedad urbana en el Próximo Oriente*. Barcelona: Crítica.

RENFREW, Colin

1990 *Arqueología y lenguaje: la cuestión de los orígenes indoeuropeos*. Barcelona: Crítica.

RENFREW, Colin y Paul BAHN

1998 *Arqueología. Teoría y métodos*. Barcelona: Akal.

RIVERA, Mario

1991 “The Prehistory of Northern Chile. A Synthesis”. *Journal of World Prehistory*. Vol. 5, N.º 1, pp. 1-46.

ROIES, Albert

1974 *Lectura de Marx por Althusser*. Barcelona: Laia.

ROTHHAMMER, Francisco y Calogero SANTORO

- 2001 “El desarrollo cultural en el valle de Azapa, extremo norte de Chile y su vinculación con los desplazamientos poblacionales altiplánicos”. *Latin American Antiquity*. Vol. 12, N.º 1, pp. 59-66.

ROTHMAN, Mitchell

- 1994 “Evolutionary Typologies and Cultural Complexity”. En STEIN, Gil y Mitchell ROTHMAN (eds.). *Chiefdoms and Early States in the Near East. The Organizational Dynamics of Complexity*. Madison: Prehistory Press.

ROUSSEAU, Jean-Jacques

- 1973 [1762] *El contrato social*. Madrid: Aguilar.

ROWE, John

- 1946 “Inca culture at the time of the Spanish Conquest”. En STEWARD, Julian (ed.). *Handbook of South American Indians*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology. Vol. 2, Bulletin N.º 143, pp. 183-330.
- 1956 “Archaeological Explorations in Southern Peru, 1954-1955; a Preliminary Report of the Fourth University of California Archaeological Expedition to Peru”. *American Antiquity*. Vol. 22, N.º 2, pp. 135-151.
- 1967 “The Adventures of Two Pucara Statues”. En ROWE, John y Dorothy MENZEL (eds.). *Peruvian Archaeology. Selected Readings*. Palo Alto, California: Peek Publications, pp. 125-133.
- 1970 “La arqueología de Ica”. En RAVINES, Rogger (ed.). *100 años de arqueología en el Perú*. Lima: IEP, pp. 415-437.
- 1967 “Stages and Periods in Archaeological Interpretation”. En ROWE, John y Dorothy MENZEL (eds.). *Peruvian Archaeology. Selected Readings*: Palo Alto, California: Peek Publications, pp. 1-15.
- 1967 “Urban Settlements in Ancient Perú”. En ROWE, John y Dorothy MENZEL (eds.). *Peruvian Archaeology. Selected Readings*. Palo Alto, California: Peek Publications, pp. 293-320.
- 1998 “Interview with John H. Rowe, Honoree of Anthropology’s Eighth Emeriti Lecture”. *The Jawbone: Anthropology Department Newsletter*. Berkeley: University of California.

ROWE, John y Dorothy MENZEL (eds.)

- 1967 *Peruvian Archaeology. Selected Readings*. Palo Alto, California: Peek Publications.

ROWE, John y Catherine BRANDEL

1969-1979 "Pucara Style Pottery Designs". *Ñawpa Pacha*. Vol. 7-8, pp. 1-16.

RUIZ, Arturo, Manuel MOLINOS y Francisco HORNOS

1986 *Arqueología en Jaén (Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente)*. Jaén: Diputación Provincial de Jaén.

SAHLINS, Marshall

1979 "Hombre pobre, hombre rico, gran hombre, jefe. Tipos políticos en Melanesia y Polinesia". En LLOBERA, Josep (comp.). *Antropología política*: Barcelona: Anagrama, pp. 267-288.

SANAHUJA, María

1988 "Marxisme i Arqueologia". En BALLESTÍN, Xavier y otros (eds.). *Corrents Teòrics en Arqueologia*. Barcelona: Columna, pp. 103-110.

SCHNIRELMAN, Víctor

1995 "From Internationalism to Nationalism: Forgotten Pages of Soviet Archaeology in the 1930s and 1940s". En KOHL, Philip y Claire FAWCETT (eds.). *Nationalism, Politics, and the Practice of Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 120-138.

1996 "The Faces of Nationalist Archaeology in Russia". En DIAZ-ANDREU, Margarita y Timothy CHAMPION (eds.). *Nationalism and Archaeology in Europe*. London: UCL Press, pp. 218-242.

SERVICE, Elman

1984 *Los orígenes del Estado y de la civilización*. Madrid: Alianza.

SHADY, Ruth y Carlos LEYVA (eds.)

2003 *La ciudad sagrada de Caral-Supe. Los orígenes de la civilización y la formación del Estado prístino en el antiguo Perú*. Lima: Instituto Nacional de Cultura.

SHADY, Ruth, Jonathan HAAS y Winifred CREAMER

2001 "Dating Caral, a Preceramic Site in the Supe Valley on the Central Coast of Peru". *Science*. Vol. 292, pp. 723-726.

SHIMADA, Izumi

2000 "The Evolution of Andean Diversity: Regional Formations 500 BCE - 600 CE". En SALOMON, Frank y Stuart SCHWARTZ (eds.). *Cambridge History of Native Peoples of the Americas. Vol. III, South America*. Cambridge: Cambridge University Press.

SHANKS, Michael y Christopher TILLEY

1987 *Social Theory and Archaeology*. Cambridge: Polity Press.

1992 *Re-Constructing Archaeology*. 2.^a edición. London: Routledge.

SHIMADA, Izumi

1999 “Evolution of Andean Diversity: Regional Formations (500 B.C. E-C.E. 600)”. En SALOMON, Frank y Stuart SCHWARTZ (eds.). *Cambridge History of Native Peoples of the Americas. Vol. III, South America*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 350-517.

SKIDMORE, Thomas y Peter SMITH

1996 *Historia contemporánea de América Latina. América Latina en el siglo XX*. Barcelona: Crítica.

SKINNER, Quentín

1998 *Maquiavelo*. Madrid: Alianza.

SOFRI, Gianni

1971 *El modo de producción asiático. Historia de una controversia marxista*. Barcelona: Península.

SORIANO, Ignacio

2001 “Una aproximación teórica y práctica del origen del Estado en China. El caso del valle del río Amarillo en la Edad del Bronce [en línea]”. <<http://www.recercat.net/bitstream/2072/4056/1/Treball+de+Recerca+1.pdf>>

SPENCER, Herbert

1995 [1892] “La evolución de las sociedades. En ERZIONI, Amitai y Eva ERZIONI (eds.). *Los cambios sociales*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

SPRIGGS, Matthew

1984 “Another Way of Telling: Marxist Perspectives in Archaeology”. En SPRIGGS, Matthew (ed.). *Marxist Perspectives in Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 1-9.

SPRIGGS, Matthew (ed.)

1984 *Marxist Perspectives in Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press.

STALIN, Joseph

1938 “Materialismo histórico-materialismo dialéctico [en línea]”. <<http://www.marxists.org/reference/archive/stalin/works/1938/09.htm>>

STANISH, Charles

- 1992 *Ancient Andean Political Economy*. Austin: University of Texas Press.
- 2000 "Archaeology in the Andes. Lake Titicaca Basin, Perú". *Backdirt. Newsletter of the Cotsen Institute of Archaeology at UCLA*. Los Ángeles.
- 2001 "The Origin of State Societies in South America". *Annual Review of Anthropology*. Vol. 30, pp. 41-64.
- 2003 *Ancient Titicaca. The Evolution Ancient Titicaca. The Evolution of Social Power in the Titicaca Basin of Peru and Bolivia*. Berkeley: University of California Press.

STANISH, Charles et al.

- 1997 "Archaeological Survey in the Juli-Desaguadero Region of Lake Titicaca Basin, Southern Peru [en línea]". *Fieldiana. Anthropology*. N.º 29. <<http://www.archive.org/details/archaeologicalsu29stan>>

STANISH, Charles y Lee STEADMAN

- 1994 "Archaeological Research at Tumatumani, Juli, Peru". *Fieldiana Anthropology*. N.º 23.

STANISH, Charles, Amanda COHEN y Mark ALDENDERFER (eds.)

- 2005 *Advances in Titicaca Basin Archaeology-1*. Los Ángeles: Cotsen Institute.

STEWART, Julian

- 1946-50 *Handbook of South American Indians*. 6 Vols. Washington, D.C.: Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology. Bulletin N.º 143.
- 1955 *Theory of Culture Change*. Urbana: University of Illinois Press.
- 1995 "Un enfoque neoevolucionista". En ETZIONI, Amitai y Eva ETZIONI (comps.): *Los cambios sociales*. México, D.F: Fondo de Cultura Económica, pp. 126-133.
- 1977 *Evolution and Ecology. Essays on Social Transformation*. Editado por STEWARD, Jane y Robert MURPHY. Urbana: University of Illinois Press.

STRONG, William

- 1957 "Paracas, Nazca y Tiahuanacoid Cultural Relationships in South Coastal Perú". *Memoirs of the Society for American Archaeology*. Vol. 13.

SUTTER, Richard

- 2000 "Prehistoric Genetic and Culture Change: A Bioarchaeological Search for Pre-Inka Altiplano Colonies in the Coastal Valleys of Moquegua, Perú, and Azapa, Chile". *Latin American Antiquity*. Vol. 11, N.º 1, pp. 43-70.

TANTALEÁN, Henry

- 2004 "L´Arqueología Social Peruana: ¿Mite o Realitat?". *Cota Zero*. Vol. 19, pp. 90-100. Disponible en <<http://arkeomala.blogspot.com>>
- 2005 "Balsaspata y las sociedades formativas en la cuenca nor-occidental del lago Titikaka". *Nuevos Aportes*. Vol. 2, pp. 36-63. Disponible en <www.arqueobolivia.com/revistas/21_37-1125002180.pdf>
- 2006a "Asentamientos y producción. La cuenca norte del Titicaca entre el siglo XII a.n.e. al III d.n.e.". *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*. Vol. 8, pp. 109-137.
- 2006b "La arqueología marxista en el Perú. Génesis, despliegue y futuro. *Arqueología y Sociedad*. Vol. 17, pp. 33-47.
- 2008 "Las miradas andinas: Arqueologías y nacionalismos en el Perú del siglo XX". *Revista de Arqueología Suramericana*. Vol. 4, N.º 1, pp. 34-52.

TANTALEÁN, Henry y Carmen PÉREZ

- 2000 "Pukara y el surgimiento de la civilización en el Altiplano Andino". *Revista de Arqueología*. Vol. 215, pp. 32-42.

TELLO, Julio C.

- 1929 *Antiguo Perú. Primera época*. Lima: Comisión Organizadora del Segundo Congreso Sudamericano de Turismo.
- 1970 "Sobre el descubrimiento de Chavín en el Perú". En RAVINES, Rogger (ed.). *100 años de arqueología en el Perú*. Lima: IEP, pp. 69-105.
- 1967 *Páginas escogidas*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

THOMAS, Julian

- 1996 *Time, Culture and Identity. An Interpretive Archaeology*. London: Routledge.

TIERNO, Enrique

- 1993 "Introducción". En MONTESQUIEU. *Del espíritu de las leyes*. Madrid: Tecnos.

TILLEY, Christopher

- 1994 *A Phenomenology of Landscape. Places, Paths and Monuments*. Oxford: Berg.
- 2004 *The Materiality of Stone. Explorations in Landscape Phenomenology*. Oxford: Berg.

TORELLI, Mario

- 1991 "Archeologia e Fascismo". En ARCE, Javier y Ricardo OLMOS (coords.). *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII y XX)*. Madrid: Ministerio de Cultura, pp. 243-249.

TRIGGER, Bruce

- 1982 *La revolución arqueológica. La obra de Gordon Childe*. Barcelona: Fontamara.
- 1984 "Alternative Archaeologies: Nationalist, Colonialist, Imperialist". *Man*. Vol. 19, pp. 335-370.
- 1986 "The Role of Technology in V. Gordon Childe's Archaeology". *Norwegian Archaeological Review*. Vol. 19, N.º 1, pp. 1-14.
- 1987 "V. Gordon Childe: A Marxist Archaeologist". En MANZANILLA, Linda (ed.). *Studies in the Neolithic and Urban Revolutions. The V. Gordon Childe Colloquium. Mexico, 1986*. Oxford: BAR International, Series 349, pp. 1-8.
- 1992 *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona: Crítica.

UHLE, Max

- 1991 *Pachacamac: Report of the William Pepper, M. D., LL. D., Peruvian Expedition of 1896*. Philadelphia: Department of Archaeology of the University of Pennsylvania.

VALCÁRCEL, Luis

- 1927 "Tempestad en los Andes". *La Sierra*. Vol. 1, N.º 10.
- 1932a "El 'Gato de Agua'. Sus representaciones en Pukara y Naska". *Revista del Museo Nacional*. Vol. 4, N.º 1, pp. 3-27.
- 1932b "El personaje mítico de Pukara". *Revista del Museo Nacional*. Vol. I, N.º 1, pp. 18-31.
- 1935 "Litoesculturas y cerámica de Pukara". *Revista del Museo Nacional*. Vol. 4, N.º 1, pp. 25-28.
- 1959 *Etnohistoria del Perú Antiguo. Historia del Perú (Incas)*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

VALDEZ, Lidio

- 2004 "La 'filosofía' de la arqueología de la América Latina". En POLITIS, Gustavo y Roberto PERETTI (eds.). *Teoría arqueológica en América del Sur*. Olavarría: Incuapa, pp. 129-140.

VAUGHN, Kevin, Denis OGBURN y Christina CONLEE

- 2004 *Foundations of Power in Prehispanic Andes*. Archaeological Papers of the American Anthropological Association. Vol. 14.

VASCO, Luis

- 1984 "Lewis Morgan: primer creador de la 'nueva' etnografía". Lectura Adicional N.º 184. Bogotá, D.C: Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia. Disponible en <www.colciencias.gov.co/seiaal/documentos/lgvu11.htm>.

VÁZQUEZ, José Manuel y Roberto RISCH

- 1991 "Theory in Spanish Archaeology Since 1960". En HODDER, Ian (ed.). *Archaeological Theory in Europe. The Last Three Decades*. London / New York: Routledge, pp. 25-51.

VELARDE, Leonid

- 1998 "Problemática de los fechados carbono 14 y su calibración: El caso del Formativo de los Andes centrales". *Arqueología y Sociedad*. Vol. 12, pp. 11-28.

WALLACE, Dwight

- 1957 *The Tiahuanaco Horizon Styles in the Peruvian and Bolivian Highlands*. Tesis de doctorado en Antropología. Berkeley: Universidad de California, Departamento de Antropología.

WEBSTER, David

- 1975 "Warfare and Evolution of the State: A Reconsideration". *American Antiquity*. Vol. 40, pp. 464-470.

WHEELER, Jane y Elías MUJICA

- 1981 "Prehistoric Pastoralism in the Lake Titicaca Basin, Peru (1979-1980 Field Season)". Reporte presentado a la National Science Foundation.

WHITE, Leslie

- 1982 *La ciencia de la cultura. Un estudio sobre el hombre y la civilización*. Barcelona: Paidós Studio.
- 1959 *The Evolution of Culture: The Development of Civilization to the Fall of Rome*. New York: Mc Graw-Hill.

WILLEY, Gordon

- 1970 "El problema de Chavín: revisión y crítica". En RAVINES, Rogger (ed.). *100 años de arqueología en el Perú*: Lima: IEP, pp. 161-214.
- 1952 "A Survey of South American Archaeology". *Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*. Vol. 83, N.º 1, pp. 58-64.

WILLEY, Gordon y Jeremy SABLOFF

- 1993 *A History of American Archaeology*. 3.ª edición. New York: W.H. Freeman & Company.

WILLEY, Gordon y Philip PHILLIPS

- 1958 *Method and Theory in Archaeology*. Chicago: University of Chicago Press.

WITTFOGEL, Karl

- 1966 *Despotismo oriental: Estudio comparativo del poder totalitario*. Madrid: Guadarrama.

WIWJORRA, Ingo

- 1996 "German Archaeology and Its Relation to Nationalism and Racism". En DIAZ-ANDREU, Margarita y Timothy CHAMPION (eds.). *Nationalism and Archaeology in Europe*. London: UCL Press, pp. 164-188.

WRIGHT, Henry

- 1994 "Pre-state Political Formations". En STEIN, Gil y Mitchell ROTHMAN (eds.). *Chiefdoms and Early States in the Near East. The Organizational Dynamics of Complexity*. Madison: Prehistory Press, pp. 67-84.

YAEGER, Jason y José María LÓPEZ

- 2004 "Reconfiguración de un espacio sagrado: los inkas y la pirámide Pumapunku en Tiwanaku, Bolivia". *Chungara*. Vol. 36, pp. 337-350.

YOFEE, Norman

- 1993 "Too many Chiefs? (or, Safe Texts for the '90s)". En YOFEE, Norman y Andrew SHERRAT (eds.). *Archaeological Theory: Who sets the Agenda?* Cambridge: Cambridge University Press, pp. 60-78.
- 2005 *Myths of the Archaic State. Evolution of the Earliest Cities, States, and Civilizations*. Cambridge: Cambridge University Press.

